

Security Ward 6
El infierno
de Ian

N.Q. PALM

EL INFIERNO
DE
Ian

N. Q. Palm

Copyright © N.Q. Palm
Obra Registrada Safe Creative:
1809138360371

Diseño y portada: N.Q. Palm

Primera Edición: Septiembre 2018

Correo electrónico:

nqpalmescritora@gmail.com

Twitter: @NQPalm

www.facebook.com/NQPalm

Instagram: @NQPalm_autora

La siguiente historia ha salido de la mente de la escritora y es totalmente

inventada, cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia. Algunos de los lugares, acontecimientos y personajes incluidos en ella, no existen y son enteramente ficticios.

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total y o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento. Así como la utilización de los personajes que intervienen en ella.

Índice:

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Biografía](#)

*“Si la libertad significa algo,
será, sobre todo, el derecho
a decirle a la gente aquello
que no quiere oír”.*

George Orwell.

Prólogo

*Sanarac Lake, Norte de Nueva
York*

6 años atrás.

Ian ancló las manos en la pequeña cintura mientras embestía una y otra vez.

—Más fuerte —exigió la chica.

Sostenía su cuerpo a pulso contra la pared de madera, ella envolvía su

cuerpo con las piernas, cruzando los tobillos a su espalda.

—Estoy en ello —logró contestar apretando su agarre y atrayéndola más contra su erección.

—Sí, así...

En cuanto ella gimió en voz alta él se dejó llevar también. Apoyó su frente en la de ella intentando recuperar el aliento, y en un último esfuerzo, la alzó lo justo para salir de ella y dejarla sobre sus pies.

La morena se bajó el vestido que lucía arrugado en sus caderas y lo miró. Se puso de puntillas y besó la

comisura de sus labios.

—Hasta la vista, ha sido muy placentero conocerte.

Ian sonrió.

—Lo mismo digo.

Cuando ella salió del cuarto en el que se habían arrinconado el uno al otro, arrancó el preservativo e hizo un nudo, se subió la cremallera de los vaqueros y buscó algún lugar donde tirarlo.

Se estaba tomando una cerveza en la barra, cuando sus amigos se

acercaron.

—Joder, mira que eres rápido, tío
—soltó Sam.

—Eso no es un cumplido, lo sabes,
¿no? —inquirió levantando una ceja.

—La señorita ha salido con una
sonrisa en la cara. —Chaisse miraba
hacia la puerta de la taberna.

—Me debo a las damas,
satisfacerlas es todo lo que pretendo.

—Eres todo un caballero —ironizó
Sam.

Los dos se echaron a reír, malditos
cabrones. Pero él se consideraba un
hombre honesto, nunca hacía falsas

promesas, un rato de diversión y juegos sexuales, y cada uno por su lado. Aunque en este caso, lo había hecho para dejar de pensar en la razón que lo había llevado hasta el lago con sus amigos.

—¿Volvemos a la cabaña? — preguntó Sam algo desanimado.

Sam no había conseguido lo que buscaba, era demasiado prudente, él no entraba a las mujeres como lo hacían Chaisse o él mismo.

—Vamos —concedió.

Aquella noche cayeron en los

colchones como piedras y durmieron hasta el mediodía.

Estaba tumbado haciendo...nada. Y esos locos no paraban de darle la brasa.

—Vamos Ian, es nuestra última noche antes de incorporarnos —intentó convencerlo Sam por enésima vez al día siguiente.—. Unas cervezas y volvemos.

Chaisse y Sam eran dos experimentados pilotos de combate, y al día siguiente debían volver a la base, pero a él aún le quedaba una

semana antes de volver al cuerpo de Marines.

—Podemos tomarnos las cervezas en la cabaña...

—No, tengo ganas de ver chicas guapas, y si se dejan..., también de tocarlas —soltó Chaisse socarrón.

—Podéis ir sin mí —ofreció por... ni sabía cuántas veces.

—Capullo, te vas a quedar más tiempo y solo. Las mujeres se lanzan a tus pies, ni siquiera te tienes que molestar en gustar —apostilló Sam.

Él se dio el lujo de sonreír con

suficiencia. Eso ya lo sabía, sus amigos lo envidiaban y admiraban a partes iguales.

Pero se había largado de Maine después de una monumental bronca con su madre, dos meses le había durado el luto por la muerte de su padre, dos putos meses. Y ahora había metido en casa a un tipo que parecía un leñador con muy pocas luces y unos modales más que discutibles, ¿su madre pretendía que se quedara a ver como ensuciaba la memoria de su marido muerto? No estaba de humor para eso. En cuanto supo que sus amigos irían a

la cabaña del lago cogió su petate, aún sin haber sacado la ropa, y se marchó. Llevaban tres días aquí.

—¡Ian! —El grito de Sam lo sacó de sus pensamientos.

Lo miró y tuvo la impresión de que no era la primera vez que lo llamaba.

—Tu madre tiene derecho a rehacer su vida, joder.

—No voy a hablar de eso —contestó arisco.

—Hay que admitir que quizás ha precipitado las cosas, pero es su vida —añadió Sam.

Dio un largo trago a su *Budweiser* y fijó la mirada en el lago, ya era de noche y la luna se reflejaba en él.

Su padre había sido un buen hombre, con una insana devoción por su madre, una mujer muy poco cariñosa a la que poco le importaba ser un tanto hosca, tanto con él como con su marido. Había sido proclamada la chica más guapa de Maine en su juventud, tenía unos preciosos ojos azules y una ondulada melena negra además de un cuerpo de infarto. Pero se quedó embarazada demasiado

pronto y, según ella, su cuerpo se había resentido. Cada vez que un vestido no le quedaba como a ella le gustaba lo miraba mal. Él no había pedido nacer y ella ni siquiera lo abrazaba cuando era pequeño. Pero su padre era todo lo contrario; le enseñó a montar en bici y a jugar a la pelota. El hombre siempre había tenido palabras afectuosas para él y Ian lo quería.

No había podido acudir a su entierro porque, aunque le dieron permiso para volver a EEUU, la muerte repentina por un ictus había terminado con su vida en tan solo unas horas. La

semana que había pasado junto a su madre, después del funeral, no la había visto llorar ni una sola vez. Era la mujer más fría que había conocido.

La vida era injusta. Malcom Patrick Morrison había sido un hombre magnífico y un padre que amaba con locura a su único hijo, ya que su madre se había negado a tener más.

—... no debe condicionar tu vida.

¿Qué?

No había entendido lo que acababa de decir Sam, pero se le estaban hinchando los cojones.

—Está bien, vamos, si esa es de la única manera en que vais a cerrar esas bocazas. Malditos tarados, dejad de diseccionar mi vida.

Los dos se rieron.

—Solo eran consejos. —La sonrisa de Sam fue muy grande, se había salido con la suya.

Habían crecido juntos y se tenían una confianza tan extrema que ya sobrepasaba el límite establecido. La línea imaginaria de lo que se podría considerar, entre ellos, que era demasiado íntimo y personal, se había

borrado hacía años. Pero quería a esos tíos.

Una hora más tarde estaban de nuevo en la taberna llena de gente, era sábado por la noche. Y la primera ronda de cervezas ya estaba sobre el barril que hacía las veces de mesa.

La canción que sonaba era *Lef it Flow* de Toni Braxton y él se balanceaba mientras bebía.

—Es un bellezón —dijo Sam.

—¿Quién? —preguntó distraído mientras barría el local con la mirada.

—La chica que está bailando con

Chaisse.

Sí, era una morena de piernas largas, y bonita. Chaisse era un tipo grande y a pesar de que ella era alta se veía pequeña a su lado.

—Su amiga me gusta más, la rubia —admitió Sam, señalando una mesa a su derecha.

Sam había estado mirando los avances de Chaisse, por eso sabía que esas dos chicas iban juntas, pero él ni se había fijado. La observó y solo pudo dar la razón a su amigo. La rubia era preciosa, aunque solo la veía

parcialmente. Hasta que ella se giró y sus ojos color miel quedaron anclados en los suyos. Después de unos segundos miró su boca y el conjunto de su rostro. Sí, era muy bonita y juraría que tenía algunas pecas en sus mejillas algo sonrosadas, podía verlo a pesar de la poca luz.

Cuando ella rompió el contacto y siguió mirando a su amiga que aún bailaba con Chaisse, él ya había decidido que la quería en su cama. Se levantó y fue hacia ella. A su espalda escuchó a su amigo llamarle «cabrón», pero no le importó. Acababa de

escoger a su presa y no la iba a dejar escapar, por mucho que Sam se hubiera fijado antes en ella.

—¿Puedo? —preguntó señalando el taburete a su lado.

Ella lo miró con una gran sonrisa y asintió. Después de sentarse alargó la mano y se la ofreció.

—Soy Ian, amigo de Chaisse —dijo señalando a la pareja con la barbilla.

—Encantada, soy... Isabella, amiga de Clara. —Estrechó su mano sin abandonar la sonrisa.

También los señaló.

De repente se acordó de Sam y se giró a mirarlo, parecía un perro desvalido, maldito capullo. Pero no era capaz de dejarlo ahí solo.

—¿Te importa si se nos une otro amigo? Hemos venido juntos.

Estaba seguro de que su noche se había ido a la mierda. Pero Sam era Sam, demasiado tímido para acercarse a una mujer. Y ahora mismo; un coñazo para sus planes.

Se giró de nuevo e hizo una señal para que se acercara. Sam se levantó

como un resorte y agarrando su cerveza se sentó al otro lado de Isabella. Lo miró entrecerrando los ojos, marcar territorio se le daba bien. Como Sam pretendiera levantarle a la chica, lo ahogaría en el lago sin ningún remordimiento. Sus amigos no sabían que él también tenía sus dudas cuando de chicas se trataba, aunque trataba de ocultarlo. Tenía una reputación que mantener.

—Isabella, te presento a Sam. Sam, ella es Isabella. —Hizo las presentaciones y volvió a observarla.

Estuvieron hablando de todo un

poco, ellas estaban pasando también unos días relajadas junto al lago, eran estudiantes de medicina y se quedarían ocho días más, llevaban dos ya en la cabaña alquilada.

Cuando Chaisse y Clara se escabulleron durante media hora, él ya se subía por las paredes. No podía insinuarse con Sam de adorno. Así que se deleitó con sus tímidas sonrisas, sobre todo cuando hablaba de sí misma. Ella vivía en Nueva York con su familia, y acababa de terminar unas prácticas en el hospital presbiteriano

de la ciudad. Explicó que cuando terminase la carrera quería viajar junto a sus amigas y conocer mundo.

Ellos le explicaron que eran soldados de permiso, y que tanto a Sam como a Chaisse solo les quedaba esa noche libre. Cuando los tortolitos volvieron de donde fuera que hubieran estado, Chaisse llevaba una sonrisa de oreja a oreja. Maldita sea. Era un cabrón con suerte.

Salieron los cinco de la taberna y comenzaron a caminar en la misma dirección, casualmente la cabaña de las chicas estaba a solo unos

veinticinco metros de la suya, aunque la frondosa vegetación y los altos árboles les tapaban la visibilidad. Se despidieron y cada uno se fue a su cama. Él, particularmente frustrado, se dejó caer en el colchón.

Al día siguiente, fue a llevar a sus amigos a la estación de tren y se despidieron con un «hasta pronto» y un «suerte en las misiones». Los echaría de menos, ellos siempre alegraban las tardes de pesca en el lago.

Volvió a la cabaña y se sentó en el

pequeño porche cerveza en mano. Llevaba más o menos media hora sumido en sus truculentos pensamientos y viendo la puesta de sol cuando vio pasar a Clara, la amiga de Isabella, se encontró en el camino con la morena con la que él había tenido más que un roce dos noches atrás, y las dos siguieron caminando hacia el pueblo, aunque antes levantó la mano y lo saludó, hizo lo mismo y observó que la otra ni siquiera lo miró.

Una idea rondó su cabeza. Dejó el botellín y caminó por el estrecho sendero hasta la cabaña de las chicas.

Tal vez hoy podría estar a solas con la *rubia*. Y la llamaba así con cariño, era una chica dulce y apocada, además de inteligente y guapa.

Mientras se acercaba la vio apoyada en la baranda mirando el lago. Parecía estar relajada, sus dulces facciones reflejaban un estado de placidez que envidiaba. Hacía tiempo que él no sentía ese grado de despreocupación, aunque fuera por poco tiempo.

Ella encontró su mirada y sus preciosos ojos sonrieron al mismo

tiempo que su boca se curvaba.

—Hola, forastero —dijo
alegremente.

—Buenas noches, preciosa. Acabo
de ver a Clara...

Se paró justo enfrente, ella quedaba
a más altura en el porche por unos
cincuenta centímetros.

—Jane y ella han quedado con unos
chicos, no me apetecía ir, creo que yo
estaba de más —explicó sonriendo.

¿Jane era la otra amiga que no
había visto la noche antes? ¿Sabría
Isabella que Jane y él ya se conocían
de una manera un poco íntima? Ni

siquiera sabía su nombre, hasta ahora. Las mujeres se lo contaban todo, ¿no? Optó por no sacar el tema.

—Yo también me he quedado solo, mis amigos ya han subido al tren.

—Ah, sí. Ayer dijeron que se despedían...

—El deber es el deber.

—¿Y tú?

—Me queda una semana más antes de volver.

—Nosotras también estaremos una semana más, quizás te quieras unir a alguna cena...

No le importaría, pero ahora que sabía que Jane era alguien cercana a Isabella prefería no mezclarse con ellas.

—Te propongo una cena en mi cabaña, esta misma noche.

Ella lo miró fijamente y después sonrió desde arriba. El pelo rubio colgaba por encima de uno de sus hombros y la postura hacía que sus pechos se vieran más prominentes y apetecibles... y como no parara de pensar en eso, y en sus esbeltas piernas que estaban a la vista porque llevaba

un diminuto vaquero corto
deshilachado, terminaría
empalmándose justo allí.

—Es usted muy directo.

—No me gusta perder el tiempo. —

Guiñó un ojo.

—Eso debería asustarme.

—Eso debería tentarte.

Ella se rio, era una risa alegre y
cantarina que inundó la quietud del
anochecer.

—No te conozco...

—No muerdo, bueno en según qué
circunstancias, sí.

Ella levantó una ceja.

—Se supone que deberías convencerme.

—Ya lo he hecho, rubia. —Estaba siendo un poco prepotente, pero no le importaba.

Le dio una sonrisa torcida sabiendo el efecto que tenía en las mujeres, por lo menos hasta ahora.

—Dame una hora.

—De acuerdo. ¿Sabes dónde...

—Sé dónde está tu cabaña —le cortó ella.

—Perfecto. Hasta luego, Isabella.

—Nos vemos, Ian.

Aquella noche cenaron pescado frito, una ensalada y un helado artesano típico de la zona. La hora que ella tardó en llegar dio para mucho, preparó la mesa y se duchó. Se puso unos vaqueros desgastados y una camiseta de algodón negra. Isabella llevaba un vestido blanco, corto y estrecho, que le dejó sin respiración. Pocas mujeres podían lucir ese atuendo con tanta soltura.

—Estaba todo delicioso —dijo ella limpiándose con la servilleta de

manera delicada.

—Gracias, ayer lo compré en el pueblo y quería usar la receta de mi padre.

Cenaron tarde, pero ninguno le dio importancia, estaban de vacaciones y los horarios podían quedar en el olvido.

Cuando terminaron se levantó, rodeo la mesa, y la cogió de la mano.

—Vayamos a sentarnos fuera.

Ella asintió y lo siguió.

El balancín con cojines era lo suficientemente cómodo, así que la invitó a sentarse a su lado.

—Hace buena noche —dijo sentándose más cerca de lo socialmente correcto. La deseaba.

Cogió su mano y besó su muñeca pálida. Su piel no estaba excesivamente bronceada.

—Sí. Y dime, Ian. ¿Pretendes engatusarme para llevarme a tu cama, con estos maravillosos gestos?

Sonrió buscando sus ojos.

—Por supuesto. Aunque nunca me salto los preliminares y creo que debo advertirte de que voy a besarte, es inminente.

Eso la hizo sonreír.

Enmarcó su rostro entre sus manos y la besó, sentía que era así como debía hacerlo. Isabella era dulce y el sexo que practicaba con otras mujeres no encajaba ahora. Quería ir despacio, saborearla y llevarse un bonito recuerdo.

Capítulo 1

En la actualidad.

—¿Te vas? —La profunda voz del capitán le llegó por la espalda.

Se giró y lo vio caminar hacia él, que estaba en la zona donde todos los coches y motos de los invitados a la boda de Matt y Thomas habían aparcado.

—La boda ha terminado, ¿no?

Slade metió las manos en los bolsillos, cuando llegó plantándose ante él, y lo miró directamente a los ojos. Parecía valorar algo, Ian se imaginaba el qué.

—Dijiste que podía volver a incorporarme...

—Y lo mantengo —contestó el jefe para su alivio.

Entrecerró los ojos.

—Hay un pero, ¿cierto?

Slade sonrió de lado.

—Digamos que imagino adónde vas...

Ian pasó sus dedos por su cabeza revolviéndose el pelo.

—Su hermana acaba de decirme que ha habido cambios en el estado de Isabella. Sin más información.

—Lo sé.

¿Cómo coño lo sabía? Este hombre empezaba a dar miedo, estaba tan pendiente de sus hombres que rozaba la locura.

—Te ha cambiado el rostro en cuanto has mirado tu móvil —se explicó el capitán.

Levantó una ceja.

—¿Estabas pendiente de mí? —
preguntó un tanto cabreado.

—No eres tan guapo como crees —
contestó dejándolo igual que antes.

—Sí, lo soy —aseguró solamente
para provocarlo.

Slade levantó una ceja.

—¿Entonces? —insistió Ian.

—Joder, Ian. ¿Desde cuándo crees
que me gustan las bodas?

Eso lo hizo sonreír.

—Que yo sepa, desde nunca. Pero
eso no es excusa para vigilar mis
pasos.

El capitán soltó el aire por la nariz y se enfocó en los compañeros que volvían hacia la fiesta después de despedir a los novios.

—No seas capullo. No te estaba vigilando, estaba pensando en ti.

Ian resopló.

—¿En serio? ¿Llevas algún micro oculto y después os reiréis todos a mi costa? Porque esta conversación empieza a incomodarme.

—Ya sabes a lo que me refiero, idiota.

—No, no lo sé. Dijiste...

—Sé lo que dije, pero lo primero que vas a hacer es ir a Washington a ver a esa chica. Si ha despertado, te va a afectar. Y si no lo ha hecho, también. Poniéndonos en el mejor de los casos, adivino que esa gente no te conoce y puede ser que no te dejen ni acercarte, no eres de la familia.

Ian lo observó serio.

—Quiero ver por mí mismo cómo está. Si no soy bienvenido, me iré. Tengo unos días, ¿verdad?

Estaba siendo algo brusco, pero no entendía qué cojones le pasaba al jefe.

—Los tienes.

—Bien, pues entonces me voy.
Estaré de vuelta a tiempo.

Se estaba dando la vuelta para coger el casco que estaba encima del asiento de la Ducati, cuando Slade se adelantó y lo cogió antes que él.

—Matt y tú sois los que mejor os desarrolléis como guardaespaldas, lo habéis hecho antes. Como has podido ser testigo, Matt no está disponible. Había pensado en ti para el trabajo.

Ian asintió.

—Lo haré —aseguró.

—No se trata solo de eso. Vas a ser el escolta de un empresario durante un par de meses, ha recibido ya varias amenazas. ¿Puedo contar con que estés bien, sea cual sea la situación de tu chica?

—No es mi chica.

—Lo que tú digas...

—Me irá bien ponerme en marcha con el trabajo, jefe. Cuenta conmigo, no la cagaré.

Slade siguió observándolo algunos segundos más y después le ofreció el casco.

—Me gustaría saber cómo está...
ella.

—Isabella.

—Isabella —repitió—. Me
gustaría saberlo.

—Te llamaré en cuanto pueda.

—Hazlo.

Arrancó la moto y no se despidió de nadie, ni siquiera del capitán. El hombre era un incordio en su mejor día. Él solo quería saber cómo estaba Isabella. Suponía que había despertado, la hermana no sería tan cabrona de no decirle que había

muerto. Un nudo se instaló en su estómago y tragó saliva.

Dos horas después estaba en un avión de American Airlines rumbo a Washington. Cuando llegó a su casa consiguió un billete de una baja de última hora. Era lo que tenía acceder al aeropuerto en tiempo real, algo del todo ilegal, pero si eran capaces de descubrirlo, él mismo les daría los trofeos. En sus ratos libres había *hackeado* cualquier web que le diera información. El JFK no iba a ser menos.

No sabía el nombre de su hermana, había quedado tan sorprendido cuando fue al hospital la primera vez, que cuando ella le dio su número, y se ofreció a hacerle saber cualquier cambio, solo atinó a coger el papel que ella le ofrecía. Era rubia, igual que Isabella, aunque sus ojos eran más oscuros en lugar del color de la miel como los de su hermana. Y creía que más mayor, pero igual de atractiva y cordial.

Una hora después aterrizó en el

Washington - Dulles, y cuando pudo esquivar a todo bicho viviente que serpenteaba por el aeropuerto, se metió en un taxi en dirección al Sibley Memorial Hospital. No sabía muy bien cómo enfrentarse a lo que se encontraría al llegar.

Solo llevaba una pequeña mochila con muda, así que la llevó consigo, mientras llegaba a los ascensores. En la quinta planta buscó la sala de espera para los familiares de este tipo de pacientes. Estaba vacía.

Sacó el teléfono del bolsillo para llamar a la hermana de Isabella.

—¿Puedo ayudarle en algo?

Se giró para ver a una enfermera de unos treinta años que lo estaba repasando minuciosamente.

—Sí, gracias. Busco a una paciente, estaba en esta planta... su apellido es Sawyer.

—¿Ian?

Se volvió a dar la vuelta y allí estaba la hermana de Isabella, que había entrado por otra puerta.

—Hola, sí, soy Ian, recibí tu mensaje.

La enfermera que parecía molesta

por la presencia de la chica, se adelantó poniéndose entre ellos.

—Señorita Sawyer, si no es de la familia, este señor no puede estar aquí.

—No se preocupe, es mi primo — soltó la hermana de Isabella de carrerilla.

Ian levantó una ceja, pero asintió rápidamente.

—Si tiene intención de entrar en la habitación de la paciente, solo deberá estar diez minutos.

—No va a entrar aún, de momento vamos a hablar aquí —dijo señalando los asientos.

Él quería ver a Isabella, pero parecía que su hermana tenía otros planes.

—De acuerdo, si me necesitan estaré fuera.

—Gracias.

Esperó a que la enfermera saliese para sentarse al lado de la chica.

—Creo que no sabes mi nombre, todo fue muy rápido la última vez que nos vimos. —acercó su mano a él—. Soy Cassey. Mi familia me llama Cass. Y antes de que digas nada, sé lo que hubo entre mi hermana tú. Ella me lo

contó y también sé que perdisteis el contacto.

Ian estrechó su mano.

—Un placer, Cassey. Tu hermana y yo solo estuvimos juntos una semana, pero...

—Fue intenso —le cortó con una sonrisa.

Apoyó la espalda en la silla.

—Sí, supongo que sí. La he buscado durante unos años y hasta hace poco, no he podido dar con ella.

Cass soltó el aire.

—Ya. Somos una familia que nos movemos mucho por el trabajo de mi

padre. Y ella estuvo en Sudáfrica ejerciendo la medicina, fue al poco de volver que tuvo ese accidente, podemos dar gracias de que, según el médico que la atiende, ha estado poco tiempo en coma y no le quedarán secuelas.

—¿Ha despertado, entonces?

—Sí.

Él asintió contento.

—¿Cuándo ocurrió el accidente?

—Hace una semana, un camión embistió a su vehículo por detrás y lo lanzó fuera de la carretera, Isabella se

golpeó la cabeza cuando impactó contra un árbol. Pero también tiene una pierna rota y magulladuras —Sus ojos fueron a un anillo en su dedo, estaba casada, dedujo Ian—. El conductor se dio a la fuga, el camión era robado. La policía no ha podido encontrar nada que les dé una pista de quién era el tipo que lo conducía, o si iba solo. Barajan la posibilidad de que lo robó (o robaron) por la carga, para venderla en el mercado negro. Eran aparatos electrónicos.

Ian hubiera deseado estrangular al idiota.

—Siento lo que le ha pasado a Isabella y espero que los agentes hagan su trabajo. ¿Crees que podría verla?

—Sí, mi padre no deja entrar a nadie, ni siquiera a sus amigos, no quiere que se altere. Él es muy digamos... estricto. En la puerta de la habitación hay un guardaespaldas. Pero se trata de ti, ella te tiene aprecio. Puedes entrar.

Se sorprendió por esa revelación. Pero no preguntó.

—No es mi intención ponerla nerviosa.

—Al contrario de lo que piensan ellos, creo que le puede hacer bien verte, como ya te he dicho me habló mucho de ti, en pasado, hace tiempo que no ha vuelto a nombrarte.

Eso le dolió, tal vez ella no había sentido lo mismo que él. Se estaba metiendo en terreno pantanoso, ¿y si tenía pareja y ahora aparecía él? Era un completo idiota por no haberse informado antes. Pero no quería preguntarle a su hermana. La tristeza se apoderó de él.

—Lo siento. —Cassey parecía

arrepentida de haber hablado.

—No lo sientas, han pasado años, supongo que es normal. Solo quiero verla, convencerme de que está bien.

Cassey puso una mano sobre su hombro.

—Ella me dijo que eras un buen chico, le gustará verte.

Asintió, ahora ya no estaba muy seguro de eso. Había vivido muchas cosas desde que no se veían.

—Te pido que no estés más tiempo del indicado, necesita descansar.

—De acuerdo.

Isabella miraba la ventana desde su cama, alguien había entornado las persianas y estaba casi en penumbra, la luz le molestaba, así que lo agradecía. Se sentía perdida, como si hubiera estado en un vuelo trasatlántico y tuviera un gran Jet Lag. Había tenido un accidente, según su doctor, y ni siquiera lo recordaba, las horas anteriores, sí. Y a sus padres, a su hermana y a su cuñado también. El médico le había hecho mil preguntas

que parecían un jodido interrogatorio. Su madre había llorado y el semblante grave de su padre no la había sorprendido.

Cass la había abrazado hasta casi asfixiarla y su cuñado le había guiñado el ojo mientras acariciaba su brazo. Su hermana era al mismo tiempo su mejor amiga, se lo contaban todo y se daban consejos.

Miró su pierna escayolada y apoyada en una almohada. La habían operado, pues se había roto la tibia y el peroné, ahora tenía fijados los huesos con placas y tornillos quirúrgicos. Y

estaba segura de que necesitaría rehabilitación.

Debía tener una imagen desastrosa, se lamentó interiormente.

Alguien golpeó la puerta y sin esperar contestación abrió.

—¿Estás despierta? —preguntó su hermana.

—Sí. —La voz le salió ronca y carraspeó—. Estoy despierta, Cass.

Cuando su hermana se acercó, besó su frente que aún tenía varios colores debido a los cardenales, no lo había visto pero su madre la había

informado.

—Ahí fuera hay alguien que quiere verte.

—Siempre que no enciendas la luz... ¿Quién es? Cass, no me apetece...

—Sí, sí te apetece. Te prometo que te gustará. ¿Le puedo decir que pase?

Se removió en la cama y un dolor perforó su pierna, aunque intentó guardarse la mueca para sí misma.

—Incorpórame un poco, por favor.

—Enseguida.

Cuando Cass terminó, dejó el mando cerca de su mano y salió. Al

momento una figura masculina entró en la habitación. Era alto y ancho de hombros, pelo corto y disparado en todas direcciones, o se había pasado los dedos por él en demasiadas ocasiones. Lo veía a contraluz y su silueta imponía bastante, pero ni Cass ni el hombre que vigilaba su puerta lo habrían dejado entrar si fuera alguien peligroso.

—¿Isabella? —dijo el hombre parándose a medio camino.

Esa voz...

—Hola —titubeó.

¿De qué conocía esa voz?

—¿Quién...

—Isabella, soy Ian. ¿Me recuerdas?

Algo se instaló en la boca de su estómago, un nudo enorme que le causó incluso dolor. Lo había buscado antes de irse a África. Se había vuelto loca al no dar con él de ninguna manera. ¿Qué quería ahora?

—Sí, te recuerdo —contestó seca.

Claro que le recordaba, era su maldito e inacabable sueño húmedo. Le había costado olvidarle... y no se iba a

engañar. Nunca podría olvidar aquella semana que pasaron juntos, ni a él. Pero después supo que también se había acostado con su mejor amiga, después de haberlo buscado por toda la ciudad de Nueva York, seguro que la había engañado durante esos días en el lago, solo quería tener sexo y punto. Y ella había accedido como una estúpida, enamorada de una cara bonita.

—¿Puedo acercarme? —preguntó cauto.

No contestó, simplemente fijó la mirada de nuevo en la ventana. La iba a ver en su momento más bajo.

—Siento que nos encontremos de nuevo en estas circunstancias. —Su voz sonó más cerca.

Giró el rostro, quería verlo a pesar de todo, quería volver a ver aquellos ojos de los que se enamoró. Y ahí estaban, azules, profundos y totalmente fijos en ella. Su rostro era más anguloso, los rasgos más marcados, muy masculinos. Estaba más guapo si eso era posible. Y su cuerpo más desarrollado. Antes era atlético, ahora era fuerte.

—¿A qué has venido, Ian?

—Supe lo que te había ocurrido.

Se tocó la cara y después el pelo, debía parecer una bruja. Ian cogió su mano.

—Isabella, estás preciosa.

Apartó la mano de golpe.

—Vete, Ian —pidió intentando por todos los medios que él no notase su turbación y que las lágrimas no se le escaparan en su presencia. ¡Maldito idiota!

—Siento que haya pasado tanto tiempo, pero...

No quiso oír nada más.

—Ian, ya me has visto, ahora vete, por favor.

Sus ojos se encontraron, la poca luz que entraba por la ventana iluminaba su rostro. Seguía siendo atractivo, tal vez más, los años lo habían mejorado.

—¿Es eso lo que deseas?

No, sí. Ahora no podía lidiar con esto, era mejor que él no estuviera aquí, no ahora. Ni nunca.

—Sí —contestó contundente.

Ian dio un paso atrás como si le hubieran atestado un puñetazo, su semblante cambió a otro que más bien

parecía una máscara pétrea y sin sentimientos.

—Está bien, espero que te recuperes pronto y puedas volver a tu vida.

Salió de la habitación como una exhalación. Quiso llamarle, pero se contuvo, los hombres como él terminaban haciendo daño y ella ya había tenido su parte de dolor. Oyó cómo se despedía de su hermana y le daba las gracias. ¿Lo habría buscado ella? Su hermana era idiota.

—Isabella, ¿qué ha pasado? ¿Te ha dicho algo que te ha molestado?

¿Quieres que vaya a buscarlo? — preguntó su hermana entrando enseguida.

Cuando escuchó esto último cogió la muñeca de su hermana.

—No, Cass. Déjalo marchar. Lo nuestro ocurrió hace tiempo y ya está en el olvido. Prefiero que siga así.

Su hermana la miró confundida.

—Pero, tú siempre me hablabas de él...

—No lo sabes todo, Cass. Y en este momento no quiero hablar de él. Estoy cansada, me duele la cabeza —

mintió.

Cassey acarició su cara y besó su mejilla.

—Está bien, descansa cielo. Siento que haya salido mal la visita de ese hombre.

Isabella cerró los ojos y giró el rostro apartándose de su hermana.

—¿Lo has buscado?

—¿Qué? ¡No! —contestó tajante.

—¿Entonces?

—Te ha buscado él y te ha encontrado, Isabella.

«Te ha buscado él» repitió en su mente.

Mantuvo los ojos cerrados hasta que su hermana salió de la habitación, y entonces dio rienda suelta a sus sentimientos.

Capítulo 2

Nigeria, África.

Dos meses después.

Cuando aterrizaron en suelo africano, y salieron del avión de carga que los había llevado hasta allí, el viento excesivamente caliente golpeó sus rostros.

—¡Qué mierda de clima! —se quejó Dan.

Ian lo miró, pero fue Pam la que respondió.

—Deja de quejarte, Dan. En unos días estaremos de vuelta.

—Nena, nos vamos a derretir.

Jacob, Killian y Aylan, que iban detrás, se echaron a reír.

Pam bufó y echó a andar hacia dentro de la pequeña oficina, justo detrás de Slade que hacía oídos sordos a las maldiciones de Dan. Allí estaba el hombre que les debía dar las coordenadas para llegar al lugar perdido en las montañas, donde un

poblado había sido atacado, las mujeres vendidas o violadas, y varios hombres torturados y mutilados. Pero, a pesar de la barbarie, ellos no estaban allí para vengar esas atrocidades, sino, para rescatar a un diplomático americano que estaba en el lugar que lo vio nacer. Ese hombre había construido escuelas y una iglesia, pagándolo de su propio bolsillo.

Los habían pillado por sorpresa. Mientras inauguraban una de las dos escuelas los habían atacado y ahora tenían al señor Johanson retenido y pidiendo un rescate por él. Se trataba

de un grupo de insurgentes revolucionarios, más peligrosos por tener armas que por saber usarlas.

—Buenas tardes, soy Helc, imagino que ustedes son los americanos — saludó un hombre tan oscuro como el carbón.

—Afirmativo —contestó el capitán estrechando su mano, sin presentarse.

—Bien, un camión con víveres y ropa les está esperando, llevarán a un conductor y a un traductor.

—Perfecto.

Salieron de la oficina y después de

que el hombre les entregara una *Tablet* con información, se despidió. Dos hombres fueron hacia Helc y él los señaló.

—Vamos, antes de que caiga la noche, suelen haber controles en la zona y sospecharán de nosotros si circulamos en plena noche —dijo el traductor.

Que tío más simpático.

—Estoy de acuerdo —contestó Slade consciente de que a ese tipo no le caía bien ninguno de ellos.

Subieron al camión y se prepararon para rebotar durante horas. Mientras

todos hablaban entre sí, en voz baja y manteniéndose alerta, Ian estaba sumido en sus pensamientos. Había mentido con respecto a su salud mental, pero había hecho su trabajo de escolta durante seis semanas, y todo había ido sobre ruedas. Slade lo había acorralado al volver de Washington, y él le había dicho que Isabella estaba bien, pero que las cosas se habían enfriado entre ellos, que ella no significaba nada en su vida. Y todo para poder mantenerse ocupado con su trabajo.

Levantó la vista y encontró los ojos del capitán clavados en él. Mucho se temía que el hombre había accedido a que fuera con ellos porque Elijah y Michael aún se estaban recuperando de sus heridas, no porque se hubiera creído una sola de sus palabras. Slade era un lince, y cuando algo no cuadraba no soltaba a su presa.

Desvió la mirada del escrutinio al que estaba siendo sometido y observó el polvo que levantaba el camión a su paso, la lona se levantaba por el viento generado por el propio vehículo, y

pudo ver que la vegetación cada vez era más y más densa, se estaban adentrando en el corazón de la selva.

Cuando el motor se paró, Slade se levantó del banco de madera que iba de una parte a la otra de la zona trasera.

—Abajo —ordenó.

El capitán saltó primero apuntando con su arma y fue a hablar con el traductor. Ellos esperaron vigilando hacia todos los puntos desde donde alguien podía aparecer de repente. Aunque las copas de los árboles creaban una magnífica cobertura.

—Pasaremos la noche aquí, montad un par de tiendas —dijo cuando volvió—. Esos tipos dicen que dormirán en el camión.

—¿Saben algo que yo no sé? —preguntó Dan.

—No hay serpientes —contestó Killian riéndose, ya sabía que a Dan le gustaban tanto como los perros.

—Y una mierda que no.

—Llevo algún antídoto, creo que el correcto, no te preocupes por eso —soltó Jacob como si fuera algo normal y guiñando un ojo a Pam.

—Joder, Doc, me estás acojonando de verdad. —Dan se dio la vuelta despotricando.

Jacob se echó a reír y empezó a montar la tienda que sacó de su mochila.

Al día siguiente, en cuanto empezó a amanecer, se dispusieron a continuar el camino, habían hecho pequeños turnos de vigilancia nocturna. No conocían ni al traductor ni al conductor como para dejar su seguridad en sus manos.

—Si no hablas de vez en cuando, corres el peligro de convertirte en un antisocial redomado.

Killian lo miraba divertido mientras le daba un bocado a una barrita energética.

—¿En serio? —preguntó Ian, mordaz.

—Completamente en serio. Mira a Slade.

Se oyó un gruñido procedente de la garganta del capitán.

—¿Lo ves? Ni siquiera Sue ha conseguido que actúe como una

persona normal.

Ian observó a su teniente, todos pensaban que Killian estaba como una puta cabra, y parecía que a él le enorgullecía que así fuera.

—Juro que te abriré la cabeza como sigas hablando —amenazó el jefe.

Killian se terminó la barrita y estrujó el envoltorio en un puño.

—Me pone cachondo que digas esas cosas, jefe.

Slade pasó por su lado sin mirarlo.

—Ahora en serio, Ian. —Killian puso una mano sobre su hombro y le

dio un pequeño apretón—. ¿Se trata de una tía? Fóllatela y termina con este sufrimiento.

Ian levantó una ceja.

—Deberías abrir un consultorio sentimental, Phoenix, se te da de lujo —dijo sarcástico.

—Gracias...

—...Y en el proceso, deja de intervenir en mis asuntos.

—¡Ja! —soltó Pam que pasaba por su lado.

—¿Ya estás dando consejos? Te dije una vez dónde deberías metértelos

—dijo Jacob.

Killian se giró un momento y fulminó a Doc con la mirada.

—No puedo meterlos *ahí* porque todos necesitáis que os los dé, es mi misión en esta vida —explicó totalmente serio.

Jacob no daba crédito. Dan tuvo un ataque de tos y Pam frunció el ceño.

—Cada vez está peor —refunfuñó Slade.

—¿Por qué a mí no me has dado ninguno? —preguntó Pam.

—Porque, cariño. Amo demasiado a mis huevos.

Algunos se carcajearon.

—Buena elección —dijo Dan recomponiéndose—. ¿Acabas de llamar «cariño» a mi mujer?

Pam levantó un dedo en clara advertencia a su hombre. Diciendo, sin palabras, que le rompería el cuello si seguía por ese camino de «yo soy el alfa aquí».

—¿Y qué te hace pensar que ninguno de estos tarados te va a abrir la cabeza? —preguntó ella realmente interesada.

—Eso es fácil de responder. Me

quieren, me respetan y saben que aquí el único experto en relaciones sexuales soy yo.

—¿Sexuales o sentimentales?

—Lo que sea.

Una sarta de impropiedades e insultos resonaron entre los árboles.

—¡Basta! Al camión, ahora.

La orden de Slade los puso a todos en camino. Ian dio un último vistazo a Killian, el muy cabrón se estaba descojonando a costa de sus compañeros.

Un control, de tres tíos borrachos, fue fácil de superar, el siguiente, los

tenía a todos en guardia, apuntando a cualquiera que se atreviera a levantar la lona, finalmente no ocurrió cuando las interminables preguntas que hicieron los rebeldes, dieron con las respuestas adecuadas por parte del conductor y su acompañante.

—Joder, voy a terminar desquiciado —soltó Ian intentando apartar el estado de tensión en el que se encontraba.

—Respira hondo —animó Jacob, que también era obvio que había sentido lo mismo.

Media hora después, el camión se detuvo y ellos saltaron. Se adentraron un poco en la arboleda y esperaron al traductor para echar a andar los cinco kilómetros que los separaban del maldito poblado.

Caminaron bajo el sol ardiente pese a la cobertura de las copas. Cuando llegaron a las inmediaciones del lugar Killian sacó sus cacharros y observó las pantallas. Esperaron el veredicto mientras bebían agua.

—El satélite registra a un grupo de personas en la iglesia y a otro en la

casa de al lado —susurró comparando varias imágenes.

—Retenidos y captores —dedujo Ian.

—No, creo que están repartidos, unos y otros, en los dos lugares.

—Mierda —soltó Dan.

—Sí, eso es una putada —convino Jacob.

Slade hizo una señal para que retrocedieran.

—Dejaremos que oscurezca.

Asintieron y lo siguieron. Debían modificar el plan.

—Hay niños —anunció Slade dos horas después.

—¿Y el resto de habitantes? —preguntó Ian.

—Piensa en lo peor.

—Maldita sea —farfulló Jacob.

Slade apretó el puño en la culata del fusil hasta dejar los nudillos blancos. ¿Qué coño le pasaba a la gente con los niños? Esas inocentes criaturas deberían vivir su infancia en la inocencia, no en la maldad. Y siendo padre y completamente consciente de lo que Nathan, su hijo, había vivido

años atrás, era bastante probable que en algún momento se le fuera la pinza y empezara a disparar a las cabezas de esos hijos de puta.

—Vamos, terminemos con esto. Ese hombre necesita ser rescatado y los niños devueltos a sus familias... o lo que quede de ellas.

Los rostros de sus hombres y de Pam, mostraban la desolación que sentían en esos momentos.

—Cubrid el perímetro. Phoenix, conmigo.

Se abrieron en abanico y rodearon el pequeño poblado. Ian distinguió un

hombre que apuntaba hacia el bosque mientras se fumaba un cigarrillo, el humo hacía que tuviera que cerrar un ojo ya que lo llevaba colgando de los labios. Vaya mierda de vigilancia.

Dio un rodeo y lo alcanzó por detrás, el tío ni lo vio venir y él ni siquiera se planteó capturarlo, solo sacó el machete y le rebanó el cuello. Esa escoria no merecía vivir, saber que había niños retenidos sacaba lo peor de sus compañeros y de él, que además estaba lleno de impotencia y frustración con respecto a su encuentro

con Isabella. Sabía que eso no era excusa y que si Slade llegaba a adivinar que esa era una de las razones por que estaba actuando sin sentir culpa, lo dejaría fuera de la unidad sin contemplaciones.

Descargar la rabia mientras estaba trabajando no era nada profesional, pero en estos momentos, mientras acompañaba la caída del cuerpo del idiota para que el impacto no pusiera sobre aviso a otros de su calaña, se sentía más que satisfecho.

Uno menos.

Levantó las gafas de visión

nocturna y se adentró entre dos pequeñas edificaciones. En frente vio a Jacob que levantó un puño. Todo iba según el plan. En el centro del poblado había una gran fogata y varios cuerpos calcinados alrededor. Joder, estos tíos eran unos desalmados.

Slade y Killian se apostaron uno a cada lado de una puerta de madera que estaba seguro que se podía derribar con solo expulsar el aliento cerca.

Cuando el capitán y el teniente entraron se oyeron varios disparos, Dan y Pam entraron detrás de ellos

seguidos de Aylan. Jacob y él vigilaron que nadie más apareciera de improviso.

Pasados unos minutos, cuatro hombres salieron al exterior con las manos atadas con bridas y sus compañeros apuntándolos desde detrás.

—¡De rodillas! —ordenó Slade. El traductor habló en su idioma.

Siguiendo las órdenes del capitán. Jacob, Aylan y él empezaron a registrar las casas. Sabían por las imágenes del satélite que no había más personas desperdigadas, pero debían asegurarse.

Aparte de encontrar todo patas arriba, nada más indicaba que hubiera nadie cerca. Así que se dirigieron directamente a la casa donde, según las coordenadas, estaban los rehenes.

Mientras Jacob y Aylan la rodeaban, él accedió por la puerta. Entró apuntando hacia delante y varios gritos infantiles inundaron sus oídos. Olía muy mal, a orina y excrementos, se temía que humanos.

La poca iluminación que llegaba de la hoguera exterior y de su linterna, le dejaron ver a unos niños pequeños

metidos en jaulas para animales. Sus ojos abiertos por el horror resaltaban sobre sus oscuras pieles. Había niñas también, y un adulto enjuto que le miraba también con temor.

Bajó su arma y levantó las dos manos, mientras su mirada se clavaba en la figura de un hombre tirado en un rincón sobre un gran charco de sangre.

—¿Alguno habla mi idioma? — preguntó, pero pasados unos segundos nadie dijo nada, solo sollozaban —. No os voy a hacer daño.

Al momento sintió a Jacob y a Aylan detrás de él.

—Mierda, baja tu arma Aylan —
dijo Jacob que corrió hacia el hombre
ensangrentado.

La mirada de Aylan recorrió a los
cinco niños y las tres niñas que estaban
enjaulados. La ropa de las niñas estaba
hecha girones, la de los niños, no. No
hacía falta ser un lince para atar cabos.
Esos tíos de ahí afuera iban a morir, de
eso no había duda.

Dio un paso al frente con la
intención de abrir las jaulas.

—Señor, por favor. Solo son niños
—dijo de repente el adulto.

—Hemos venido a ayudar, somos norteamericanos.

—Alabado sea el señor —dijo el hombre relajando su rostro.

—Está muerto, es Johanson. Herida de bala en el vientre —informó Jacob.

Una niña rompió a llorar con un gran desconsuelo.

—Es Dina, la hija —explicó el hombre señalando a Johanson con la barbilla—. Le dispararon hace una hora delante de ella.

—Maldita sea —soltó Aylan buscando en los bolsillos de su

mochila.

—¿Quién es usted? —interrogó él.

—El párroco, somos católicos.

—Voy a abrir las jaulas —dijo

Aylan acercándose al rincón con unas tenazas en donde estaban las niñas, todas se apelotonaron al fondo, pegadas a los barrotes traseros—.

Dícales que no voy a herirlas.

—Entienden su idioma.

Jacob se puso a su lado.

—Ve a informar —susurró—, me ocuparé de echarles un vistazo, parece que las pequeñas han sido...

—Lo sé, voy fuera —le cortó.

—Dile a Pam que venga —pidió
Doc.

Sabía lo que habían hecho con las niñas y eso le estaba revolviendo el estómago. Joder mataría a esos gusanos uno por uno. Salió hecho una furia.

—¡Capitán!

Capítulo 3

Slade vio la expresión de furia de Ian y fue hacia él.

—¿Qué ocurre?

—Johanson está muerto. Hemos llegado tarde.

—Joder.

—Hay niños y niñas, también un párroco. Las niñas, parece que han sido violadas. Joder, no creo que tengan más de diez años.

Slade apretó los labios.

—Jacob quiere que Pam esté con ellas —continuó Ian ante el silencio del jefe.

El capitán se giró y señaló a Pam que se acercó corriendo.

—Entra ahí, Doc te necesita.

—Copiado.

Los dos se miraron, Ian sabía que Pam iba a montar en cólera cuando viera el estado de sus ropas.

—La hija de Johanson, está entre esas crías —advirtió Ian.

—No hemos sido informados de

eso.

—Algo ha cambiado, ¿por qué iban a matar a un rehén después de haber pedido un rescate?

—Tendremos que averiguarlo. Johanson tenía doble nacionalidad, que cambiaran de idea solo podría ser por dinero. ¿Pero quién se supone que puede pagar más que el tío Sam? ¿Y por qué se han echado atrás?

—La niña —dijo Jacob a sus espaldas—. Su hija.

—Mierda— masculló Ian.

—Las niñas no han sido violadas, pero sí sometidas a tocamientos, según

han explicado. A la hija de Johanson, Tasmin, ni la han rozado. Me ha dicho que vino con su padre para conocer a sus abuelos, nunca había estado en el país. Imaginaos, criada en Estados Unidos y con una innata devoción por las matemáticas. Era un caramelo para ellos. Iban a entregarla como esposa a un ruso, que ha sido el que ha pagado ya una parte por ella. Personalmente, no creo que sea eso, más bien para formar parte de algún club de alterne clandestino.

—¿Eso también te lo ha explicado

ella? —preguntó Slade intrigado y cabreado a partes iguales.

—No, esto último el párroco. Y para que cooperara, mataron a su padre ante sus narices y después amenazaron con hacer lo mismo con ella, también tuvo que presenciar la humillación de las otras niñas, está aterrada.

Se acercaron de nuevo a los hombres retenidos en el suelo.

—Hijos de puta —soltó Pam apuntando con su pistola al jefe de la banda, que la miraba con una sonrisa de dientes ensangrentados a causa del golpe que le había propinado Dan al

entrar.

La ex Marine iba directa hacia el hombre.

—Pam, quiero respuestas, ¿puedes esperar?

Slade sabía que Pam quería a ese hombre entre sus manos.

—Con mucho gusto.

Pero ella no se apartó ni un milímetro.

—¿Puedes traducirles lo que te voy a decir? —preguntó al traductor.

Esos idiotas solo hablaban en *Pidgin*, que era una lengua criolla

derivada del inglés. Y para ser honestos, ellos no entendían una mierda de esas frases inconexas y palabras simplificadas.

—Pregúntale el nombre del tipo que ha comprado a la niña.

Cuando el traductor lo hizo, el hombre soltó una carcajada.

—Dile que no va a salir vivo de aquí como no nos de algo. Y que me aseguraré de que en su puta lápida ponga, en esa mierda de idioma que usa, que fue abatido por una mujer mientras suplicaba por su vida.

Ian conocía a Pam desde hacía

años y no tenía la menor duda de que cumpliría su palabra. Ese tío estaba ya muerto.

El jefe de la banda miró con odio a Pam, pero no contestó. Pam miró a Slade buscando su consentimiento, el capitán asintió. Así que la chica disparó a la rodilla del hombre que tenía a su derecha y este empezó a gritar como un poseso.

—La próxima va a tu cabeza. Si tú no hablas, alguno de ellos lo hará.

El jefe habló entre dientes sin apartar la mirada de Pam,

—Está amenazando a la señora —
dijo el traductor—. Dice que...

—Aparta la paja y traduce lo
importante —ladró Dan—. Si sé lo que
está diciendo ahora mismo, se me va a
escapar alguna bala.

El hombre asintió.

—Dice que le ofrecieron el triple
por la niña, y que todos estamos
muertos.

—Vaya —dijo Jacob, pragmático
—. Y yo que quería ser abuelo algún
día.

Todos se lo quedaron mirando,

Doc no bromeaba nunca, esa Paige estaba obrando milagros en él.

De repente uno de los hombres se levantó y echó a correr hacia los árboles.

—Necesito dormir —dijo Dan rascándose la cabeza sin perder de vista al estúpido que había decidido escapar. Los otros hombres arrodillados lo vitorearon.

Levantó su fusil y disparó a una de sus piernas haciéndolo caer.

—Tráelo —ordenó el capitán por encima de los gritos del caído.

—Estoy en ello —dijo caminando

hacia el bosque.

—¿Y bien? —preguntó Slade al jefe.

Cuando volvió a farfullar algo ininteligible, el capitán resopló.

—Nos está haciendo perder el tiempo.

—Eso parece —convino Doc.

—Terminemos con esto...

—¿Le puedo pegar un tiro? —preguntó Pam esperanzada.

El traductor iba repitiendo las palabras en el idioma de esos hombres. Así que sus rostros cambiaban de

expresión por momentos.

—Pam, debemos evitar derramar más sangre —Slade se giró hacia el traductor y lo señaló con el dedo—. Eso no lo traduzcas.

—El nombre —apremió Pam.

Dan traía a rastras al que había escapado y lo tenía cogido por el tobillo de la pierna herida, lo que lo hacía gritar como un desquiciado.

—¡Cállate de una puta vez! —gritó Dan dejándolo cerca del jefe de la banda que escupió en su rostro con desprecio.

—Eso ha sido asqueroso —dijo

Pam sin dejar de apuntar a su cabeza.

Cuando volvió a hablar terminó riéndose, desde luego estaba bastante tarado, aunque bien pensado. Un hombre que permitía los abusos a menores no podía estar muy cuerdo.

—Dice que esta noche vendrán los tipos que compraron a Tasmin, y que no saldréis con vida.

Ahora el que se rio fue Slade.

—¿Crees que nos vamos a quedar para comprobarlo? No os vamos a matar, os vamos a dejar atados a un árbol y cuando ese ruso venga a por su

mercancía y no la encuentre ¿a quién crees que lo va a hacer pagar?

El traductor habló y cuando terminó los hombres tenían los ojos como platos. El jefe volvió a hablar enseguida y dijo un nombre.

—Yegor Gusav —dijo el traductor—. Ese es el hombre que ha comprado a la pequeña.

—¿Y has dicho que van a venir esta noche sus hombres? —inquirió Ian.

Estaba claro que el ruso ese ni siquiera se iba a desplazar hasta África. Lo extraño es que supieran su

nombre, pensó Ian.

—Pregúntale si ese es el comprador real o solo un intermediario. —Slade pareció leerle el pensamiento a Ian.

—Es el comprador —tradujo de nuevo.

—¿Cómo es que sabe su nombre?

Dejó que hablaran y esperaron la explicación.

—Uno de ellos habló por teléfono, y ese de ahí entiende el ruso —explicó señalando al que estaba más alejado en la fila, al lado de Ian —. Oyó que

decía que Yegor Gusav ordenaría cortarles los huevos si estropeaban la mercancía.

—Malditos tarados —masculló Jacob apretando los dientes.

Referirse a las pequeñas en esos términos, era lo más parecido a compararlas con cualquier cosa que se vendiera en el mercado negro. Como si no fueran nada más que despojos.

—¿Qué pensaban hacer con los niños? —preguntó Dan, pero al momento rectificó—. Entrenarlos como soldados.

—Sí, eso es lo que hacen. Las

niñas se convierten en esposas compradas o en putas, y los niños en soldados al servicio de los rebeldes — explicó Killian.

El hombre volvió a hablar.

—Ya os ha dicho el nombre, dice que os llevéis a las niñas, pero que los dejéis ir.

El rostro de Slade era demasiado bonito para acojonar a estos tipos, aun así, la sarcástica sonrisa que asomó en su cara hubiera acojonado al más valiente. Ian sonrió también.

—Atadlos a los árboles, los

hombres de Gusav acabarán con ellos.
Y eso puedes traducirlo.

Los gritos no se hicieron esperar. Y Pam le soltó un puñetazo en la boca al jefe que le hizo saltar varios dientes y después soltar improperios contra ella.

—No traduzcas eso o no voy a poder pararla —dijo Slade antes de darse la vuelta para ir hacia Aylan, que estaba con los pequeños y el párroco.

Mientras, Ian, Pam, Jacob y Dai procedieron a atar a los cuatro hombres. Los heridos no dejaban de gritar. Killian destruyó la radio con la que se comunicaban.

El jefe escupió en el pecho de Pan cuando ya estaba atado, joder, eso no podía ser bueno, pensó Ian. Ella lo agarró por sus partes blandas y apretó, haciendo que los suyos mismos lloraran ante tal tortura.

—Espero que estos no te sirvan para una mierda, nunca más.

El tipo tuvo la decencia de asustarse y ensanchar los ojos asustado. En el lenguaje universal, que te atraparán los genitales no era un buen augurio.

—Nena, ¿estás tocándole los

huevos a otro hombre en mi presencia?
—preguntó Dan apoyándose en otro árbol, pero en su tono había diversión.

—Créeme, no quieres que te los acaricie así, cariño.

Todos se echaron a reír, mientras Dan se encogía.

—No, estoy seguro de que no.

—Eres una puta americana.

Dan se acercó, y sacando su pistola, apuntó directamente a la sien del hombre.

—Cuidado con lo que dices.

—Pues parece que acabas de aprender mi idioma. Entonces me

entenderás perfectamente ¿verdad? — preguntó Pam, apretando más fuerte, a solo un par de centímetros de su oscuro rostro—. He visto las caras de esas niñas inocentes, he visto lo que tú, y otros como tú, hacéis con ellas y ¿sabes? Ya sé que quieres una provocación para que mi compañero te mate, y no tengas que sufrir la lenta tortura a la que te van a someter, pero eso no va a pasar. Te vamos a dejar aquí para que sufras y sepas lo que es el dolor.

Sacó un machete de su cinturón.

—¡No!

—¿No? Solo voy a asegurarme de que ayudo a esos rusos a terminar contigo.

Apartó la mano y le clavó la hoja solo un par de centímetros en lo que se suponía que era el pene, a través de los pantalones. Los gritos del hombre hicieron eco en todo el bosque. Pam arrancó el pañuelo que llevaba en el cuello y se lo metió en la boca a la fuerza, amortiguando el sonido.

—Te irás desangrando lentamente, con un poco de suerte, aún no habrás

muerto cuando lleguen esos hombres a los que has engañado, porque así se sentirán. Y si sabes rezar, hazlo, para que tu Dios te otorgue la gracia de una muerte rápida.

Pam hablaba sin levantar la voz a pesar de sus gritos. Cuando terminó se dio la vuelta y se fue en la misma dirección que Slade, cabreada pero templada.

—Joder, pobre Dan. Espero que nunca la cabree de verdad —soltó Killian.

—Pues parece su deporte favorito —añadió Doc.

—No quisiera ver a estos dos en una pelea, gana ella, seguro —convino Ian.

Ian, los adelantó.

—¡Eh! Que estoy aquí.

—¿Y? —preguntó Phoenix levantando una ceja.

—Estáis hablando como si no estuviera, capullos.

—Ah, eso —dijo Jacob—. Sí, sí lo sabemos.

—Pues cerrad el pico.

—Lo que tú digas —contestó Ian riéndose.

Dan caminó deprisa delante de ellos.

—Maldita sea —lo oyeron farfullar.

Se carcajearon, pero Ian y sus compañeros eran conscientes del amor que se prodigaban esos dos. Pam daría la vida por Dan y al revés. Pero picar a Dan era una manera de soltar la tensión, y a alguien tenía que tocarle.

Después de utilizar un par de desvencijados *Jeep*, llevaron a los niños al pueblo de donde era el párroco, incluso pasaron los controles

gracias a él, dijo que las familias que allí vivían se harían cargo de ellos. La pequeña Tasmin no soltó la mano de Pam en ningún momento, y aunque la chica no era conocida por sus muestras de cariño, a la niña no dejaba de hablarle y de acariciarle el pelo. Iba a volver con su madre que vivía en Washington, y para eso, viajaría con ellos. Slade no quiso dejarla al cuidado de la embajada, y a ellos les parecía bien el pequeño vínculo que la niña había forjado con Pam.

Capítulo 4

Ian salió del hotel y caminó hasta el hospital. Había intentado hablar con Cassey en varias ocasiones, pero ella lo había esquivado, o ya había salido o ese día no había aparecido. Cruzó la calle mientras llovía a mares, una gran tormenta amenazaba con poner fin a la tierra. Ian miró al cielo un momento, este parecía tan furioso como él. Ya habían pasado demasiados días desde

que Isabella lo había obligado a abandonar la habitación, sin darle explicaciones, sin darle la más mínima pista de lo que pasaba.

Y él era tozudo, muy tozudo. Dejar las cosas así no era su estilo. Así que nada más volver de África había volado hasta Washington. Necesitaba respuestas, y si Isabella no quería dárselas, las buscaría en su hermana. No subió, era muy probable que su familia no lo recibiera de buen grado, así que entró en una cafetería y se sentó en una posición en la que tendría controlada la puerta principal del

hospital, entraba y salía mucha gente, pero estaba seguro de que en algún momento vería a Cassey.

La camarera, una chica guapa de estatura media y bonitas curvas, le preguntó qué iba a tomar. Solo pidió un café cargado y dejó de mirarla, terminando así con el escrutinio al que le estaba sometiendo y que en algún otro momento habría aprovechado para su beneficio carnal. Se pasó la mano por el pelo empapado y siguió vigilando.

Dos horas después y cuatro cafés

en vena, vislumbró a Cassey, dejó un billete de veinte sobre la mesa y salió de la cafetería.

Se acercó a ella con las manos en los bolsillos, iba sola, así que quería parecer casual y no asustarla. Aún llovía, pero era una ligera llovizna.

—Hola, Cassey —saludó al llegar a su altura.

Ella levantó la vista.

—Ah, hola, Ian. No te había visto.

Él compuso esa sonrisa que sabía que gustaba a las mujeres.

—¿Tienes prisa?

—Iba a casa a ducharme y a

cambiarme de ropa.

Estaban plantados delante de la zona de taxis, si ella pedía uno ya no podría retenerla.

—¿Te apetece un café?

Ella lo miró sonriente.

—¿Eres consciente de que estás con la hermana equivocada? Yo soy la casada.

—Prometo no propasarme —dijo solemne, poniendo una mano en su propio pecho.

—Confiaré en tu palabra.

Estaban bromeando, pero no dejaba

de sentir que ella mantenía una barrera. Deseaba saber qué le había contado Isabella.

—¿Vamos a esa? —Señaló la misma en la que había estado antes.

—Sí, no puedo estar mucho tiempo. Imagino lo que quieres.

—Ah, ¿sí?

—Sí, Ian. Vi tu rostro y después el de ella. Mucho has tardado en volver.

—He estado fuera del país.

—Ya.

—¿Por qué sigue ingresada?

—Tiene fuertes dolores de cabeza y no le dan el alta para tenerla

controlada, está harta de estar en esa cama.

—Joder —susurró con la esperanza de que ella no lo oyera.

Guardó silencio mientras abría la puerta de la cafetería y la sostenía para ella. Cassey estaría de parte de su hermana, eso ya lo sabía, pero que dudara de su palabra... no tenía ninguna razón para hacerlo.

En la mesa, que él había ocupado antes, ahora había una pareja de ancianos. Así que fueron hasta el fondo del local donde había otras mesas

vacías.

—¿Otro café? —preguntó la misma camarera, que ahora miraba a su acompañante con el ceño fruncido.

—¿Qué quieres, Cassey? — preguntó antes de atender a la chica.

—Un café estará bien.

—Dos, entonces —pidió a la chica sin mirarla.

Cuando ella se quitó el abrigo, y lo dejó en la silla de al lado junto a su bolso, él la miró. Tenía los mismos rasgos que su hermana, pero su mirada no era tan dulce sino más endurecida, tal vez por esos años que tenía por

encima de Isabella.

—Parece que la has cabreado.

—¿De verdad? —preguntó él con sorna.

—Sí, Casanova. Parece que sueles cabrear a las mujeres. La camarera ya sabía que ibas a tomar café, ¿también la conoces?

Resopló.

—Tengo que confesar que he estado aquí esperándote.

Ella levantó una ceja.

—¿En serio?

—Sí, quería saber si Isabella está

bien.

—Le van a dar el alta pronto. Está bien, pero triste. —Le señaló con un dedo acusador—. Y tú tienes mucho que ver en eso.

—El problema es que no sé qué he podido hacer para que esté así.

Cassey bufó.

—Lo de siempre, la cagáis y después no tenéis ni idea de lo que habéis hecho. Pero te diré una cosa: como le hayas hecho daño de alguna manera, iré a por ti, guapito. No me importa lo alto y fuerte que puedas parecer, te machacaré.

A duras penas contuvo una carcajada, la chica tenía agallas. Le gustaba Cassey, le hablaba como si lo conociera de toda la vida.

La camarera dejó sus cafés en la mesa y lo miró con desdén, había oído la última parte de la frase acusadora. ¿Por qué cojones las mujeres tendían a aliarse contra un hombre, a pesar de no conocerse de nada? Porque no se conocían ¿verdad? Si no se andaba con cuidado, esas dos podían dejarle sin ojos.

—Veamos, listilla, hacía años que

no sabía nada de Isabella, nos conocimos un verano y...

—Ahórrate los detalles escabrosos, los sé todos.

—¿Escabrosos?

—Sí, me ponen enferma, dejaste a mi hermana montada en una nube y le costó mucho bajarse, fue insufrible.

—Hum... No sé cómo tomarme eso.

—Tómalo como quieras, siempre y cuando dejes tu ego a un lado.

Sonrió, esta mujer era la hostia.

—Bien pues dejaré esos detalles... la busqué durante un tiempo, y fui

incapaz de encontrarla.

—¿Y?

Cassey le estaba ocultando algo.

—Cuando al fin doy con ella, está en un hospital en coma.

—¿Y?

—¿Es todo lo que vas a decir?

—Creo que sí.

Levantó una ceja, la chica era difícil.

—Mira, no sé lo que ha pasado ni lo que he podido hacer para que esté tan cabreada como tú dices...

—Pues ya somos dos, lo siento,

Ian. Sé que piensas que la estoy protegiendo y que no quiero traicionar su confianza, pero no suelta prenda.

Se apoyó en el respaldo y miró su café que ya debía estar frío.

—Joder —murmuró de nuevo.

—No desesperes, hablaré con ella, pero no te prometo nada. Tienes suerte de que me gustas...

—Gracias, quiero que sepas que, si le he hecho daño, ha sido inconscientemente.

—Como todos, Ian. Como todos.

—Eso es un estereotipo y lo sabes
—dijo frunciendo el ceño, maldita

mujer.

—¿Y en cuanto a eso de que todas las mujeres somos unas histéricas cuando estamos en esos días?

Cruzó los brazos sobre el pecho.

—*Touché*. Aunque diré en mi defensa que nunca lo he apoyado.

—Mas te vale, cielo —dijo con una fingida voz dulce.

—¿Cassey?

—¿Sí?

—Das miedo.

—Ajá.

Lo cierto, es que era fácil hablar

con Cassey.

Se terminó su café y se puso el abrigo, ya no llovía.

—Tienes mi número de teléfono. Gracias, por acceder a hablar conmigo, Cassey.

—Gracias a ti por el café.

Él asintió.

—Solo voy a estar veinticuatro horas más en la ciudad, tengo... cosas que hacer.

—Está bien, aunque creo que es poco tiempo para que ella...

—Lo entiendo.

Se despidieron y ella salió de la

cafetería antes que él. La vio coger un taxi y después él volvió al hotel, no había querido que ella se diera cuenta de lo cerca que estaba hospedado, podría parecer un acosador.

Las siguientes horas se las pasó en la cama de su habitación, intentando apaciguar sus pensamientos y dejando descansar el cuerpo para la siguiente misión. No había mentido a Cassey. No podía quedarse más tiempo, pero había tenido la esperanza de ver a Isabella de nuevo.

Ni siquiera intentó entrar en el

hospital, las palabras de su hermana habían sido concluyentes. Ella estaba cabreada y no quería alterarla más, estaba convaleciente, no podía contribuir a empeorar su estado.

Miraba el teléfono a menudo, pero Cassey no daba señales de vida. Había tenido tiempo de sobras para hablar con su hermana.

Finalmente le envió un mensaje:

«¿Nada?»

«Lo siento».

Y con esa contestación volvió a Nueva York, con las manos tan vacías, tal como se había ido.

Capítulo 5

Budapest, Europa.

Un mes más tarde.

—¡Joder! ¿Por qué lo has hecho?
—susurró Ian. La pistola de Tavalas aún echaba humo después de disparar.

—Ian, no dejaré que caigas en el mismo agujero oscuro en el que yo aún estoy metido —contestó Tavalas en el mismo tono.

Él sabía hacer su trabajo, no necesitaba niñera.

—¿Y si nos descubren? Maldita sea. Nos jugamos mucho. Deja de hacer el héroe, Tavalas. Sé cuidarme solo.

—Entonces usa mi *nick*, Bruno Bracco.

En ningún momento levantaron la voz.

Ian resopló mientras levantaba los brazos del cadáver y Tavalas, o Lucas Devos, desde que estaban infiltrados en una banda de mafiosos que movían

droga por toda Europa, cogía al desgraciado muerto por los tobillos. Era inquietante la destreza de Adrian Tavalas para deshacerse de un cadáver. Había apuntado y disparado a la frente del tío sin titubear, y ahora que lo tenían al borde del río, y le había atado un bloque de cemento con cadenas a los pies. Le ayudó a lanzarlo al agua y esperaron a que las burbujas dejaran de salir a la superficie.

—¡Eh! Vosotros, ¿habéis terminado? El jefe nos espera.

No estaban solos, uno de los gorilas del capo de la droga los estaba

esperando apoyado en el BMW negro de gran potencia y blindado. Cruzado de brazos, esperando a que ellos terminaran de hacer el trabajo sucio, era un tipo a tener en cuenta, debía pesar unos ciento veinte quilos y medir más de metro ochenta. La cabeza afeitada y llena de tatuajes, hacían que dieras un paso atrás o cambiases de trayectoria si te lo encontrabas.

Tavalas y él caminaron hacia el coche. Y como había ocurrido en todas las ocasiones en las que habían viajado de un lado a otro, Tavalas lo había

obligado a ir en el asiento de atrás mientras él se sentaba al lado del gorila y tenían conversaciones de lo más surrealistas en ruso. Tavalas estaba acostumbrado a estar infiltrado y se desenvolvía con fluidez.

Cuando volvieron a la civilización se entretuvo en mirar y memorizar las calles de Budapest, eran pintorescas, llenas de vida y también frías. Le gustaba la ciudad, aunque no era el mejor momento para visitarla.

—¡Eh! Bracco, pareces un marica enamorado. ¿Hace tiempo que nadie te hace una mamada? Porque la necesitas,

tío.

Miró al retrovisor central mientras ese capullo se reía y Tavalas lo imitaba, haciendo su papel a la perfección.

—Que te follen, Sokolov — contestó con hastío y cabreado porque eso era cierto. Aunque no lo echaba de menos. Pensaba a menudo en Isabella y en la manera en que lo echó de su habitación del hospital. Estaba claro que él no había significado nada para ella.

Dejó que los hombres siguieran

hablando y se olvidaran de él, tenían que cruzar la ciudad para llegar al castillo propiedad de Yegor Gusev, el jefe de la banda organizada de narcos. Y por lo que habían averiguado en Nigeria, también se dedicaba a la trata de blancas o tráfico de personas. Slade había aceptado esta misión con mucho gusto, todos habían visto a aquellas pequeñas, en sus ojos aterrorizados, no había habido esperanza hasta que ellos llegaron. Y todos querían echarle el guante al cabronazo.

Habían oído hablar de un club y Tavalas le había propuesto hacerse el

necesitado en cuanto al sexo, Sokolov solía llevar a sus hombres allí para desahogarse, así que había una buena posibilidad de que lo llevara a él después de lo que acababa de comentar.

Gusav se hacía pasar por un marchante de arte para mover la droga, las reuniones se hacían en museos famosos, utilizando sus instalaciones impunemente y a la vista de todos, según él, era la mejor manera de pasar desapercibidos. Se aseguraban de que no hubiera micros y allí pactaban la

distribución, aparte de las obras de arte. En Estados Unidos tenían el laboratorio y el FBI era sabedor de su ubicación, pero si querían dismantelar a toda la banda debían ser cautos y seguir sus pasos. Slade sabía que Tavalas tenía contactos en ese oscuro mundo, y así había conseguido que Sokolov los contratara como guardaespaldas, escoltas y asesinos a sueldo de Gusev.

Boris Sokolov era el hombre de confianza del capo, todo lo dejaba en sus manos, y después de haberlos contratado no hacía más que ponerlos a

prueba, juntos o por separado. Hoy tenían que matar a un socio descarriado. Había vendido por su cuenta en la isla de Ibiza y ese error le había costado caro. No habían determinado quién debía apretar el gatillo, por eso Tavalas había disparado antes que él, queriendo mantener su conciencia intacta. Pero lo que Tavalas no sabía es que a él le importaba poco sacar a un traficante de las calles de la manera que fuera, no iba a tener remordimientos.

Nota mental: darle una paliza a su

compañero infiltrado.

Hacia algo más de un mes que estaban metidos en esta misión, no había explicado nada de su encuentro con Isabella al capitán. Le había encomendado un trabajo y quería hacerlo, ya lo había sacado de una misión una vez y eso no le gustó. Tenía que olvidar a Isabella, y lo mejor era mantenerse ocupado. Además, no había recibido noticias de Cassey, su móvil estaba ahora abandonado en un cajón de su diáfano apartamento de Nueva York. Si al fin había contactado, lo sabría a la vuelta.

—Esta noche hay una fiesta en casa de los Gusev, tenemos reunión dentro de dos horas para prepararnos y distribuirnos, no faltéis.

Joder, toda la noche de plantón al lado de alguna planta ornamental viendo pasar a un montón de cabrones con espectaculares mujeres colgadas de sus brazos. Una bomba a tiempo y terminaría su misión, lástima que él no podía tomar la decisión.

—Ahí estaremos —contestó Tavalas por los dos.

Cuando entró en su habitación, ubicada en el sótano del castillo, se metió en la ducha y apoyó las manos en los azulejos. Las instalaciones eran modernas, como todo el interior del castillo. Pero el exterior decía a gritos exactamente los siglos que hacía que había sido construido. Ubicado en lo alto de una colina, desde la azotea se podía contemplar toda la ciudad y el río.

—Esto se está torciendo —dijo en voz alta.

La misión estaba centrada en

Estados Unidos, donde la nueva droga de diseño había llegado y matado a no pocos jóvenes. El capo y su familia, tenían una mansión en California y allí se habían infiltrado ellos, pero al cabo de quince días, y sin avisar con antelación, los había metido en un avión privado con rumbo a Budapest, a duras penas había alertado a su unidad corriendo el riesgo de ser descubierto, imaginaba que también andaban por la ciudad, pero no se habían podido comunicar aún.

Tenía algo en mente para poder alertar al capitán de dónde estaban

exactamente y de los nombres de los que asistirían esta noche, pero no sabía si saldría bien. Una vez superada la fiesta, pondría el plan en marcha.

Salió de la ducha y se preparó para la reunión de escoltas barra asesinos. El traje negro, la camisa negra, la corbata también negra y los zapatos, era lo único elegante que colgaba dentro del armario. Era su traje profesional, exactamente igual que los otros guardaespaldas o *Byki*, como se les conocía en ruso. Y Gusev no se andaba con idioteces. Todo era de

Armani, mandaba huevos.

Se vistió, se puso gel en el pelo y lo dejó tal como estaba, medio despeinado como si fuera casual. Se puso las gafas de sol envolventes, escondió todas las armas que estaba obligado a llevar en su cuerpo y salió al pasillo. La habitación de Tavalas estaba al fondo, pero no fue hasta allí, en los pasillos había cámaras, no podían dejar que sospecharan que se conocían o que habían hecho amistad dentro de este trabajo.

Subió las escaleras al trote y accedió al espacio común donde Boris

Sokolov ya los esperaba, eran unos quince hombres y aún faltaban unos cuantos, entre ellos Adrian.

—Hay que joderse, parece un puto modelo.

El idioma oficial era el inglés, así que el idiota que había hablado lo había atropellado con su puto acento ruso de mierda. El tipo era una mole de músculos que solo obedecía órdenes, estaba bastante seguro que su cerebro ocupaba el uno por ciento de su cráneo.

—Aquí el modelo te va a meter una bala en el culo y a ver si con suerte te

corta la lengua. Capullo.

Ese imbécil siempre estaba pendiente de él, y no era la primera vez que sacaba a relucir su físico como si le molestara, sería al primero que se cargaría en cuanto se hicieran las detenciones. Una bala siempre se podía perder en la cabeza de ese tal David. Incluso Slade podría entenderlo, o quizás no.

—Me gustaría ver eso —dijo otro payaso.

—¡Basta! —gruñó Sokolov.

En ese momento llegaron los que faltaban y evitó mirar a Tavalas.

—Vosotros dos, en la puerta, si es necesario cacheáis —dijo a Tavalas y a otro tipo a su derecha—. Elka estará pendiente del arco de seguridad y de las mujeres.

Elka era la única mujer del grupo, pero era igual que un maldito camionero ucraniano, igual de grande que ellos y vestida exactamente igual, su feminidad no existía o ella misma la había anulado.

Sacó un plano del castillo de su bolsillo y fue distribuyendo a sus hombres. Tavalas estaba al otro lado

del salón, ni siquiera se verían. Ese lugar era enorme y estaba lleno de columnas.

—El mismo *modus operandi*; si alguien es sospechoso o hay que sacarlo de la fiesta, lo traeréis aquí y yo me encargaré. Deberéis avisar si tenéis que abandonar vuestro puesto de vigilancia. No hace falta decir que para que eso ocurra tiene que haber una razón de peso.

Y así era como Yegor Gusev mostraba su poderío y al mismo tiempo intimidación, los repartía para ser vistos por los invitados, dando así el

mensaje de que estaba bien protegido. En el exterior también había hombres armados y estos daban señales de vida cada diez minutos al idiota que se quedaba en esta sala controlando todas las cámaras, interiores y exteriores, el lugar parecía un maldito búnker.

Se apresuraron cada uno a su puesto, Tavalas y él cruzaron una mirada que básicamente quería decir: «cuida tu culo».

Cuando entró en el salón, se fijó en que estaba bastante modificado, no había muebles y a su derecha había una

barra con tres camareras, llevaban unos uniformas bastante escuetos; una especie de corpiño rojo por donde asomaban casi la totalidad de sus pechos, y también mostraban la parte baja de sus glúteos, en donde las pequeñas faldas terminaban. Los tacones eran muy altos, y pensó que sería raro si alguna de ellas no terminaba en el suelo. Cuando aparecieron el resto de camareras se sorprendió al ver que todas llevaban unas pelucas rubias de media melena. Parecían todas iguales. Hasta el tipo de maquillaje era el mismo, no es que

entendiera de eso.

Hizo un barrido visual y volvió a memorizar los aseos, los puntos de acceso y salidas. De repente apareció, por el amplio pasillo a su izquierda, Gusav con la mano en la cintura de su joven esposa. Él tenía dos hijos pequeños de un matrimonio anterior, aunque hoy no estaban aquí. Slade había intentado descubrir quién era su anterior esposa, pero aún no lo habían conseguido.

Mientras su actual esposa contoneaba las caderas fijó su mirada

en él. Mierda, ya lo había hecho otras veces, y le estaba poniendo en una mala situación con su ahora jefe. Giró el rostro y miró a una de las camareras con sumo interés, intentando enviar el mensaje de que le interesaba otra, aunque dudaba que con las gafas que les obligaban a usar, ella pudiera darse por aludida.

Cuando ya la tuvo de espaldas, Tavalas hizo un leve movimiento cambiando su peso de un pie a otro. Lo había visto y ya le había advertido de que eso sería dar un paso en falso dentro de la operación. Pero, ¿qué

culpa tenía él de que la muñeca hinchable se hubiera fijado en uno de los escoltas de su marido? De momento la había esquivado bien, y confiaba en que continuara siendo así.

Era alta y esbelta, con una larga melena rubia y con los ojos tan claros que parecían transparentes, muy guapa y modelo. Aunque a él no le atraía en absoluto. Vestía un vestido rojo de tela brillante que hacía resaltar las pocas curvas que tenía y sus enormes pechos redondos y operados. Una larga pierna asomaba por un lateral cuando

caminaba, segura de sí misma y con una sonrisa perfecta que mostraba su también perfecta dentadura.

Los primeros invitados empezaron a llegar, y después de saludar a los anfitriones, accedían directamente a la barra para consumir. Pronto dejó de tener contacto visual con la entrada al castillo y con Tavalas que se hallaba cerca de esta. La música de Vivaldi sonaba de fondo y las camareras, con sus bandejas de aperitivos, se paseaban entre la gente ofreciendo sus manjares y bebidas.

Memorizó algunos rostros, se

centró sobre todo en los hombres. Uno de los invitados, alto y elegante, había dejado a su mujer hablando con otras damas y se había acercado a Gusav. Hablaban cerca del pasillo, pero no podía oír nada. El gesto adusto del hombre y los vistazos que echaba a su alrededor le indicaban que estaba algo nervioso. Sin embargo, su jefe actuaba con frialdad, como siempre. Ian mantenía la cabeza recta, pero los observó de reojo tras las gafas de sol, cuando caminaron cerca de su posición.

—No toleraré ningún otro agravio... —decía el hombre

—Seguimos investigando, daremos con él y se lo haremos pagar.

Puso los ojos en blanco cuando ya no pudo escuchar nada más mientras desaparecían tras una puerta. Otro idiota que había osado contrariar a Gusav. ¿Les encargarían de nuevo llevar a cabo otro asesinato?

La mujer del jefe estaba enfrente y de espaldas a él, pero se giró, y después de mirar al pasillo, fue hacia él. Se preparó para lo que fuera.

—Quítate las gafas —demandó plantándose ante él.

Levantó una ceja sin bajar la vista, era alta, pero él lo era más. Así que mantuvo la vista al frente por encima de la cabeza de la chica.

—No estoy autorizado.

—Yo te autorizo —soltó con soberbia.

—Me temo que eso no es suficiente. —Tenía las manos cruzadas delante de su cuerpo en la posición en la que debían permanecer, igual que sus compañeros, durante la vigilancia.

Pero se preparó por si ella hacía algún movimiento.

—Mi marido ha insistido en que, si tenía que salir de esta sala pidiera escolta, así que necesito ir a mi habitación, he olvidado...

—Por supuesto. —Se llevó la muñeca a los labios y habló—: La señora Gusav necesita protección. Salida este junto a la barra.

—Oído —contestó alguien por el auricular oculto en su oreja.

La chica se envaró.

—Enseguida la acompañarán, señora.

—Te lo estaba pidiendo a ti —dijo pasando la larga uña pintada del índice por su corbata y cambiando completamente de actitud. Estaba pegado a la pared, no podía moverse ni apartar su dedo sin que parecía un desagravio hacia ella.

—Lo siento, no puedo abandonar mi puesto. —Seguía sin mirarla.

—¿Te estás haciendo el duro? —preguntó apartando el dedo de golpe.

Ahora sí la miró, incluso bajó las gafas para que viera el acero en su mirada.

—Solo estoy cumpliendo con mis funciones, que son las de vigilar esta sala por orden del señor Gusav.

Volvió a su posición, pareciendo imperturbable ante sus ojos.

—¿Señora Gusav? —Uno de sus compañeros se había posicionado al lado de la mujer.

Ella seguía mirándolo con el ceño fruncido. Había intentado ser lo más profesional posible. ¿Quería ver sus ojos? Pues ya lo había conseguido, y había puesto todo de su parte para que no fueran amables.

—¿Señora Gusav? —repitió el escolta.

—Vamos —dijo apartando la mirada y empezando a caminar hacia la escalera a paso ligero a pesar de los tacones. Con el *Byki* pegado a ella.

Y era indudable que acababa de cabrear a la señora Kathryn Gusav, estadounidense de nacimiento y ex modelo. Descartó a la mujer y volvió a barrer la sala. Todo parecía ir bien. Había grupos conversando, algunas parejas bailando y algunos hombres habían accedido al despacho de Gusav.

Todos parecían pertenecer al mundo del arte, aunque era obvio que tenían otros negocios mucho más suculentos tras sus respectivas tapaderas.

La noche iba a ser larga y aburrida.

Capítulo 6

—¿Algún avance? —preguntó Slade entrando en el piso que habían alquilado con un nombre falso.

—Ninguno, siguen sin dar señales de vida —contestó Aylan.

—Démosles un poco más de tiempo —contestó dirigiéndose a la cocina dónde Killian estaba peleándose con una tostadora.

En ese preciso instante, el teniente

le asestó un golpe con el talón de la mano que hizo que las dos tostadas salieran volando en diferentes direcciones. Las pilló al vuelo haciendo malabarismos varios y golpeándose el tobillo con una silla en el proceso.

—Mierda, joder. —Rebotaba cojeando, mientras hacía saltar en las palmas de sus manos las tostadas medio quemadas.

Slade no se inmutó cuando dejó un par de bolsas, con la compra que acababa de hacer, encima de la mesa.

—¿Todo bien por aquí? —preguntó

buscando en la bolsa los *croissants* recién hechos.

Killian hizo un lanzamiento de tostadas, y acertó de pleno en el cubo de basura que había a un par de metros al fondo de la cocina. Después se agachó y se masajeó el tobillo.

—Genial —contestó sentándose enfrente del capitán y robando un bollo que asomaba por una de las bolsas.

—Me alegro.

—¿Quieres café? —preguntó el teniente.

Slade buscó la cafetera con la

mirada e hizo una mueca cuando la encontró.

—¿Eso funciona?

—Perfectamente.

—Está bien, me arriesgaré. ¿Tú no tomas?

—Ya he tomado —contestó levantándose.

En ese momento entró Jacob terminando de ponerse una camiseta.

—Buenos días, ¿alguna novedad?
—preguntó refiriéndose a Adrian y a Ian.

—Nada —respondió el capitán—. Les daremos unas horas más.

—Espero que estén bien.

Slade asintió. Podían localizarlos, los dos llevaban un rastreador que era imposible de localizar con un escáner, pero esperaría antes de llegar a ese extremo.

—Jacob, ¿quieres café? —preguntó Killian.

Doc levantó una ceja extrañado.

—Si vas a servirte uno, sí.

Al momento llenó dos tazas y las puso en la mesa, con un par de cucharillas y terrones de azúcar.

—Gracias, supongo —dijo Jacob

confundido al ver que él no tomaba.

—¿Qué te traes entre manos? — preguntó Slade, conocía a Killian.

—¿Por qué debería traerme nada entre manos?

—¿Has decidido ser la maldita sirvienta de la unidad?

—¿No puedo ser amable? Voy a ser padre y tengo que desarrollar eso de alimentar a alguien, aunque sea con café.

—Espero que no uses café con la criatura —se lamentó Jacob.

—¿Por quién me has tomado? — dijo con sorpresa.

—Maldito tarado —gruñó Slade.

Killian se levantó fingiendo estar ofendido y se fue al lado de Aylan, saliendo de la cocina.

—¿Qué hay, tío? —dijo sentándose a su lado.

—Nada.

De repente se oyeron exabruptos y toses que venían de la cocina.

—¡Será cabrón!

—Pero, ¿qué mierda es esta?

—¡Agua sucia, eso es! ¡Y me alegro de que lo hayáis notado! —gritó Killian riéndose.

Aylan lo miró.

—Han tomado café, deduzco.

Killian se encogió de hombros.

—Nadie les ha obligado.

—Joder, que escándalo —dijo Dan bostezando—. ¿Algo nuevo?

—No —contestaron Aylan y Killian al unísono.

—Voy a desayunar. Pam está en la ducha.

Killian sonrió sin girarse.

—Otro pardillo.

—Un día de estos te van dar de hostias —advirtió Aylan sin dejar de

mirar la pantalla que tenía delante.

—Quiero ver cómo lo intentan. —
Aunque lo más sensato sería salir corriendo. Pero ese pensamiento se lo guardó.

—Me aburro. —Dan se sentó al otro lado de la pantalla masticando un *croissant*.

—Como todos —contestó Aylan.

—Hola, chicos. —Pam apareció con unos vaqueros estrechos y una camiseta de manga larga ajustada, haciendo resaltar su envidiable figura.

La saludaron, y cuando ella se dio la vuelta para entrar en la cocina, Dan

la llamó.

—Nena, no tomes café. Está desparramado por toda la mesa, y eso me ha dado una valiosa información sobre su calidad.

—Gracias, cariño.

—Pillado —dijo Aylan mirando a Killian.

Dan siguió observándola mientras ella se alejaba, centró sus ojos en su culo y ladeó la cabeza aguantando el equilibrio sobre las dos patas traseras de su silla.

—¿En serio te aburres? —preguntó

Killian con envidia.

—Bueno, no siempre.

Se echaron a reír. Era un hombre con suerte, gracias a que Slade mantenía a la pareja dentro de la misma unidad, rompiendo todas las reglas.

—Las radiografías acaban de ratificar lo que te acabo de decir. Tu pierna está perfecta, Isabella.

—Gracias, Nate.

—Esa pequeña cicatriz ni siquiera

se va a notar.

—No me preocupa.

Se removió en la cómoda silla de la consulta.

—Debo irme —dijo finalmente, levantándose.

Vio como él hacía lo mismo y dando la vuelta a su mesa la alcanzó.

—Isabella, ¿quieres cenar conmigo? —preguntó cogiendo su mano.

Resopló interiormente, ¿cuántas veces se lo había preguntado en los últimos años? ¿Cuántas veces se había

negado? Había conocido a Nate en la facultad, era un buen hombre, divorciado y con una niña de ocho años, eso no la asustaba, le gustaban los niños. Pero haber mantenido el contacto con él durante todos estos años no despertaba en ella nada más que amistad.

Era uno de los mejores traumatólogos de la ciudad y se había puesto en sus manos nada más de salir del hospital.

Durante los dos años anteriores había tenido un par de relaciones con buenos chicos, atentos y guapos, pero

había terminado por dar marcha atrás antes de que las cosas se pusieran demasiado intensas. Seguía enamorada de Ian como una idiota. Debía continuar con su vida, aunque fuera incapaz de centrarse en su corazón, hacer algo por encarrilar su existencia.

—Me has dicho que vas a viajar dentro de dos días.

La voz de Nate la sacó de sus pensamientos.

—Sí.

—Pues deja que te invite, hablaremos de los viejos tiempos y nos

divertiremos.

Paró un taxi al salir de la consulta de Nate y se dirigió a su piso directamente. Aún no tenía muy claro por qué había aceptado la invitación. Tal vez porque quería dejar de sentirse sola. Tal vez para dejar de ver la decepción en los ojos de Ian, y después en los de su hermana, cuando le pidió que se fuera. ¿Había exagerado? Se lo preguntaba a menudo. Bien podían haber continuado con la amistad. Pero un hombre que no quiere ser encontrado...

Dos horas más tarde estaba sentada en el coche de Nate. Estaba muy guapo, era un hombre atractivo que no dejaba indiferente a ninguna de las mujeres que se cruzaban con él. Se sentaron en una mesa algo apartada y hablaron de los viejos tiempos mientras cenaban. Dentro de quince días se iba a incorporar al hospital presbiteriano como especialista de medicina interna. Lo estaba deseando, su trabajo le encantaba, y Nate estaba contento de tenerla de nuevo en Nueva York.

Nate era rubio, sus ojos azules como el hielo, la escudriñaban cada vez que hablaba. Cualquier mujer se sentiría halagada por la atención que ponía en cada una de sus palabras. Y lo hacía de forma natural, sin parecer demasiado interesado ni fingir entusiasmo. Nate era un cielo.

—Mañana tengo que madrugar — dijo ella antes de que a Nate se le ocurriera ofrecer ir a tomar una copa.

—Yo también. Tal vez, cuando vuelvas de vacaciones, podríamos vernos de nuevo.

—Te llamaré cuando regresemos.

Su familia había insistido en que viajara con ellos, su hermana y su marido también irían, así que aceptó. El tiempo que había estado en Sudáfrica no había viajado nada y era algo que le gustaba. De hecho, lo iba a hacer sola de todas formas. Aquel viaje que iba a realizar junto a sus amigas, nunca se llevó a cabo, las cosas se enfriaron entre ellas.

Cuando Nate pagó la cuenta y se levantaron para salir, él agarró su mano con suavidad, eso era demasiado

íntimo, pero negarse a que la cogiera no parecía estar bien. Llegaron al coche, subieron y él arrancó el motor.

—¿Adónde vais a viajar?

—No lo sé. Mi padre quiere sorprendernos.

Nate la miró un momento y levantó una ceja.

—No me veo sorprendiendo a mi hija cuando tenga nuestra edad.

Eso la hizo reír.

—Nunca se sabe. Tendrás que probarlo. Mi padre viaja muy a menudo y sé que le hace especial ilusión que lo acompañemos esta vez.

Él se quedó pensativo.

—¿Me llamarás, o enviarás algún mensaje? Me gustaría saber de ti durante estos días.

Quería decirle que no, que no iban a pasar de esta cena y que solo como amigos funcionarían. A lo que sospechaba que él quería llegar, no llegarían. Y sería solamente por su culpa.

Optó por no contestar y mirar las luces de las tiendas ya cerradas de las calles por las que pasaban. Ni siquiera fue consciente de que Nate había

detenido el coche frente a su portal.

—¿Isabella? Te has quedado muy callada...

Se giró para encontrarlo inclinado hacia ella con el brazo apoyado sobre el respaldo de su asiento. Hizo un amago de sonrisa.

—Gracias por la cena. —Se apresuró a decir.

Nate cogió su barbilla y acercó su rostro al suyo. Besó la comisura de sus labios, y ella se apartó un poco antes de que llegara a más.

—Nate...

—Lo sé, voy a tener que buscar en

Google como conquistar a una bella dama. Creo que se me ha olvidado.

Se rieron de la ocurrencia.

—No lo estás haciendo mal, pero me voy a ir...

—De acuerdo —la cortó—. Cuando vuelvas podemos retomar esto, y ver qué pasa.

Isabella sabía lo que pasaría, pero no iba a dejarlo con mal sabor de boca. Ya tendría tiempo de explicarle que él no era lo que estaba buscando. Tampoco le estaba dando esperanzas.

—Buenas noches, Nate.

Le dio un beso en la mejilla, como solía hacer siempre, y salió del coche en dirección a su portal. Se había puesto un vestido gris perla ajustado y los tacones que hacía tiempo que no se ponía, quería estar cómoda en su sofá y no pensar en nada. Mañana haría las maletas. Se giró un momento para alzar la mano y él arrancó en cuanto ella entró en el portal.

Nada más poner la llave en la puerta de su piso el teléfono móvil empezó a sonar. Cerró la puerta y buscó dentro de su bolso. Era su

hermana. La canción *Hymn For The Weekend* de Coldplay, era la favorita de Cass y la tenía puesta como tono de llamada para ella.

—Hola peque. —Saludó sabiendo que eso la molestaría.

—¡Soy mayor que tú! —replicó Cass.

—¿Y? —la pinchó.

Su hermana resopló.

—Bella, ¿cómo ha ido la visita a Nate? ¿Te deja viajar? —Lo de «Bella» era insoportable y Cass lo sabía también, así que se la estaba devolviendo.

—Está bien, lo dejaremos en tablas
—sugirió riéndose.

—Estoy de acuerdo —gruñó su
hermana.

—Sí, puedo viajar.

—¡Sí! No sabes lo feliz que me
hace eso.

—Y a mí. Pero hubiera sido muy
raro que no hubiera podido. Es solo
una pierna.

Cass resopló de nuevo.

—Ya sabes cómo es papá. Tiene
que asegurarse del más mínimo detalle.

—Lo sé. ¿Ha soltado algo sobre

nuestro destino?

—Es una maldita tumba. Pero debemos llevar ropa de abrigo, también te llamaba por eso. Es lo único que he conseguido de él.

Se carcajearon y se despidieron.

Era bastante extraño que Cass no hubiera nombrado a Ian, últimamente lo hacía bastante a menudo, por eso no le había comentado nada de que había ido a cenar con Nate. Su hermana parecía enamorada de Ian y lo defendía. Algo que no entendía, y no pretendía hacerlo en un corto espacio de tiempo.

Ian estaba fuera de sus planes más

inmediatos, quería disfrutar del viaje y punto.

Sacudió la cabeza, se estaba mintiendo a sí misma, y eso era bastante preocupante.

Capítulo 7

Ian se quitó el traje y se metió en la ducha, al salir, se puso unos vaqueros y un jersey negro de cuello alto, hacía frío, aunque tenían la calefacción a una buena temperatura. Por la mañana bajaría a la ciudad e intentaría contactar con su unidad.

Unos golpes en la puerta le hicieron dejar la cerveza que se estaba bebiendo sobre la mesita ante el

televisor, y fue a abrir.

—Ven conmigo —demandó Sokolov nada más abrir la puerta de su habitación.

Eso no podía ser bueno.

—Estaba tomándome una cerveza...

Solo quería ganar tiempo.

—Me importa una mierda, no hagas que te saque a rastras.

—Está bien.

—Coge tu cazadora, tus armas, y sígueme.

Cuando lo alcanzó en el pasillo a grandes zancadas, no miró hacia la

puerta de Tavalas, sabía que hoy estaría en lo más alto del castillo vigilando. Esperaba que esta mierda fuera por algún invitado que hubiera dado problemas. A él, y a los otros escoltas, los habían obligado a retirarse cuando la fiesta bajó de ritmo, y solo quedaron los más íntimos amigos de Gusav.

Miró al hombre que caminaba delante de él, también se había cambiado y llevaba ropa informal con una gruesa parca como abrigo. Iban a salir al exterior, no tenía ni idea de a

dónde ni podía preguntar.

—Sergei, ¿está el coche preparado? —preguntó Sokolov, casi sin pararse, al hombre que les abrió la puerta de servicio.

—Sí, señor.

Bajaron las escaleras de la entrada y antes de entrar en el coche, le señaló con el dedo.

—Siéntate a mi lado, y no hagas preguntas.

Asintió y se preparó para lo peor, ¿lo había descubierto? Iba armado, se había metido una 22 en la bota. Aparte de las armas que debía portar.

Sokolov arrancó y dio la vuelta al castillo para esperar delante de la escalinata principal. Cuando vio bajar a toda prisa a Gusav soltó el aire de sus pulmones de puro alivio, solo iban a hacer de niñeras. Un hombre abrió la puerta de atrás, y el jefe entró sacando su móvil del bolsillo.

—Vamos, arranca —ordenó sin mirarlos a ninguno de los dos.

Bien, esto parecía ser una escolta a donde fuera que tuviera que ir Gusav. Pero, ¿por qué él? Solo hacía dos meses que estaba con ellos, no parecía

ser el más idóneo para acompañarlos. No parecían confiar en nadie y no sabía si quería saber que otros submundos habían detrás de las drogas de diseño. Solo tenían que atraparlos y terminar con el tráfico ilegal de estupefacientes, y con el sufrimiento de las niñas que compraba.

Después de recorrer unos diez kilómetros, Sokolov detuvo el coche blindado delante de un club a las afueras de la ciudad. Ante la mirada que le lanzó Sokolov, salió apresuradamente para abrirle la puerta trasera a Gusav.

—Podéis esperar en la zona del bar. No tardaré más de una hora —dijo entrando en el club.

—Espera aquí —advirtió Sokolov.

Lo siguió con la mirada mientras aparcaba en una zona cercana y cuando estuvo a su lado entraron también en el club. Era un lugar bastante oscuro y lleno de gente para la hora que era. Llegaron hasta un rincón en el que había varios hombres con chicas sobre sus rodillas todos tirados en un sofá, y con un chasquido de sus dedos, Sokolov hizo que se fueran y

despejaron la zona. En seguida vino una camarera con escasa ropa y les sirvió dos vasos de un líquido ambarino con hielo. Supuso que era whisky.

—Tráeme algunas de tus mejores putas —ordenó a la chica.

Él aún no había abierto la boca cuando tres chicas muy delgadas y vestidas con solo unos camisones de tirantes, cortos y transparentes, de color rojo llegaron hasta ellos. Sokolov se levantó y después de mirarlas, cogió de las muñecas a dos de ellas.

¿Sería aquí a donde traían a las pequeñas de África?

—Esta para ti, fóllatela, solo tienes veinte minutos —soltó señalando a la tercera con la barbilla.

No, no quería follarse a estas crías, dudaba que tuvieran la mayoría de edad y eran todo huesos.

—Estoy bien así. Las tres para ti —dijo levantándose.

De repente el hombre soltó a las chicas y se encaminó hacia él decidido. Lo cogió por el cuello y lo estampó en la pared más cercana ante los rostros

sorprendidos de las chicas.

—He dicho que te la folles, Bracco. No te lo voy a repetir, es la única mujer que vas a tener. La mujer del jefe está prohibida para ti, idiota.

Ian dejó a un lado las ganas de forcejear y después pegarle un tiro, solo para calmar el dolor de cabeza que le había causado el golpe, para fruncir el ceño mirándolo inquisitivo.

—Sí, sé que te has convertido en el nuevo capricho de Kathryn, esa ninfómana. Muchos hemos pasado por eso. Pero evítala o me veré obligado a meterte una bala entre ceja y ceja. Por

si tienes dudas; no, no se me escapa nada de lo que pasa en el castillo, así que tírate a la putita y todos felices. En un par de días habrá otra fiesta y te quiero lejos de ella. ¿Entendido?

¿Acaso había tenido alguna opción? Esa mujer había ido a por él. ¡Joder! Dio por sentado que esa excusa no le valdría ante este hombre.

—Perfectamente, ahora suéltame.
—Lo empujó y Sokolov sonrió antes de darse la vuelta sin afectarse.

Ian hizo una señal a la chica para que se acercara y miró alrededor,

buscando algún sitio más íntimo.

—¿Cómo te llamas? ¿Hablas mi idioma? —preguntó sin mirarla, vigilaba a Sokolov de reojo.

—Olga, y te entiendo perfectamente.

Eso hizo que la observara. Tenía acento, pero pronunciaba bien. Tenía una melena castaña y unos bonitos ojos de color miel. Pero no era muy agraciada, para su gusto.

—Bien, Olga. ¿Dónde podemos tener intimidad?

—En ningún sitio. La gente lo hace aquí, en los reservados.

—No te iras de aquí, Bracco —
soltó Sokolov sentado entre las dos
putas sin ni siquiera mirarlo.

Mierda, había tenido la esperanza
de darle una buena propina e invitarla
a una copa, sin llegar a nada más.

—Normas de la casa, y esto
también —dijo la chica mostrando un
preservativo en su envoltorio.

Buscó a su jefe directo y lo pilló
observándolos, y eso que una de las
chicas le estaba haciendo una mamada
y la otra estaba a punto de ponerle los
pequeños pechos sobre su rostro.

¡Joder!

Se sentó a un par de metros de la escena y la chica se subió en su regazo.

—Oye... Olga. ¿Eres mayor de edad?

—Sí —contestó seria—. Y antes de que me preguntes: Sí, hago esto voluntariamente, me tratan bien y debo alimentar a mi hijo.

No era la primera vez que un hombre se había preocupado por ella, pensó para sí mismo. Y la chica parecía dispuesta a hacerle entender que no debía hacer más preguntas.

—No te veo muy animado, deduzco que tu jefe te obliga a esto. Así que seré rápida.

—No es por ti —se apresuró a aclarar.

—No importa, solo hago mi trabajo.

El roce de sus partes íntimas hizo que su pene despertara a pesar de su estado de ánimo. Suponía que después de estar varios meses sin tocar a una mujer, ayudaba a que el deseo terminara por aparecer.

Ella bajó la cremallera de sus

vaqueros y acarició su pene erecto. Ian cerró los ojos, pero los abrió de golpe cuando sintió los labios de Olga contra los suyos. Se había arrodillado entre sus piernas.

—¿Cómo te llamas? —preguntó ella sin separarse.

—Bruno —contestó en un susurro.

—Bien, Bruno, relájate y déjame hacer, ¿de acuerdo? —propuso despegando sus labios.

—Está bien.

Pero se sentía mal; esto estaba mal, era una cría, no debería estar aquí, ni él ni ella.

No quería girar el rostro y ver a Sokolov con esas chicas, y no quería tocar a Olga. Lo único que quería era salir de allí y buscar un momento para comunicarse con Slade.

Dio un respingo cuando sintió los labios de la chica de nuevo sobre su polla. Se dejó llevar e intentó disfrutar del momento. Tener al idiota de Sokolov cerca no era un aliciente.

Cuando la chica se sentó nuevamente en su regazo lo hizo cerca de las rodillas y le puso el preservativo. Apoyó sus largas piernas

en el suelo, y alzándose, se posicionó sobre su miembro dejándose caer lentamente de rodillas en el sofá. En ningún momento acercó su rostro al suyo de nuevo. Olga simplemente cabalgó hasta que él se corrió. Después se levantó y sacando el preservativo lo lanzó a una papelera que había en el rincón. Joder, no le gustaba dejar restos suyos en ningún sitio, y menos aquí, pero prefería no buscar entre lo que había tirado ahí adentro.

Olga no se despidió, solo se fue por donde había venido. Supuso que eso entraba dentro de su rutina de

trabajo.

Se levantó y se fue a la barra a por una cerveza. Muchos hombres estaban hablando entre sí en aquella zona. Cuando entraron y fueron directamente a un reservado no imaginó que era para follar, y además con ese gilipollas de Sokolov al lado.

—¿Cuánto has durado? ¿Diez minutos? —La voz del idiota se oyó por encima de la música.

—Exactamente tres minutos menos que tú —contestó antes de dar un trago largo a su cerveza.

Las carcajadas de Sokolov lo pillaron por sorpresa.

—Tenías que haberte visto la cara.

Lo miró de reojo.

—No me gusta follar con crías, ni siquiera en apariencia.

—No todas son menores, pero a muchos hombres nos gusta esa apariencia que a ti tanto te desagrada.

Putos enfermos. Se dio la vuelta y apoyó los codos en la barra. Si le contestaba acabarían a puñetazos. Tres chicas del club fijaron su atención en él, pero las ignoró. Ninguna era de

color, así que había dos opciones, o Gusav las vendía en otro antro o no había comprado antes chicas africanas.

—Les gustas, si quieres te traigo la próxima vez, parece que lo has disfrutado —dejó caer Sokolov con sorna.

A Ian no se le daba bien morderse la lengua, pero si esto servía para atraparlos, lo soportaría.

—Por ahí viene el jefe, vamos —apuntó Sokolov, dejando la cerveza que también había pedido sobre la barra.

Ian iba a sacar la cartera cuando él

lo detuvo dándole un golpe en el hombro.

—Aquí tenemos barra libre, ¿de quién crees que es este sitio?

Debió imaginarlo, Gusav tocaba demasiadas teclas.

Fueron a por el coche y entraron ocupando los mismos asientos que cuando habían ido al club.

—¿Cómo ha ido jefe? —preguntó Sokolov mirando por el retrovisor interior.

—Cuando llegemos al castillo, quiero que escojas a dos de tus

mejores hombres y vayáis a mi despacho. Tenemos que solucionar un asunto urgente.

A Ian no le gustó cómo sonó aquello. Ellos dejaron de hablar del asunto y se hizo el silencio durante el camino de vuelta.

Cuando llegó a su habitación buscó el paquete de cigarrillos para casos de urgencia y se lo metió en el bolsillo, aunque él hacía años que no fumaba. Después salió, y con la excusa de que iba a fumar, subió hasta la azotea. Sabía que Tavalas estaría allí, era su turno de vigilancia.

Encendió un cigarro y fue paseando hasta la posición de su compañero. No solían buscarse, pero tenía que saber si él había oído algo. Cuando Sokolov sacó el móvil del bolsillo al llegar, ya supo que él no era uno de los escogidos para la misión, y parecía ser que Tavalas tampoco. Así que no podían saber qué se llevaban entre manos esta vez.

—¿Quieres fumar?

—Dame uno —aceptó Tavalas, que normalmente fumaba.

—Van a hacer otro trabajo.

—Algo he oído. He apuntado algunos nombres. —Sacó un papel del bolsillo y se lo entregó.

—Es un comienzo. Voy a intentar contactar con la unidad.

—Aquí no, métete entre las sombras de las torres, yo vigilaré. Dame el paquete de tabaco.

Sacó el teléfono móvil de la bota en cuanto encontró un rincón libre, era un móvil seguro. Tavalas no era el único que hacía rondas, debía ir con cuidado.

—Slade —contestó el capitán al

primer tono.

—Nada nuevo. Te voy a enviar algunos nombres que Tavalas ha cazado al vuelo. En un par de días habrá otra fiesta o reunión. No sabemos si asistirán los mismos.

—No intervendremos, necesitamos sorprenderlos a todos. ¿Estáis bien?

—Perfectamente.

Colgó y empezó a enviar la captura de pantalla del papel que le había dado Tavalas. Después hizo una bola con él y se lo metió en la boca.

—¿Te apetece uno? —Levantó la mirada para ver a su compañero

hablando con uno de los otros vigilantes.

Esperaba que no hubiera visto la luz de la pantalla, que, aunque era tenue, la noche era muy oscura.

—Me ha parecido ver algo ahí — dijo el hombre señalando en su dirección.

Se escondió de nuevo el móvil en la bota y sacó una navaja de su bolsillo. Si este tipo sospechaba algo lo quitaría de en medio, nadie iba a joderles la misión.

—Es Bracco, ha subido a fumar —

explicó Tavalas.

Él dio un paso al frente dando una calada al cigarro.

—No puede estar aquí. —El hombre se dirigió a su compañero.

—Ya lo has oído, Bracco, lárgate —gruñó Tavalas.

—Está bien, ya me largo. Hace un frío de cojones aquí arriba. — Masticaba el papel como si fuera un chicle.

Volvió a la habitación, escupió el papel en el váter, y deseó que ese tipo no le fuera con el cuento a Sokolov.

Los días en este lugar iban a ser

eternos si no encontraban algo a lo que agarrarse, y él iba a poner todo su empeño en que ocurriera de una vez.

El rostro magullado de Isabella apareció en su mente, pero se negó a pensar en eso. Ella no quería ni verlo, y aún no entendía el por qué.

Capítulo 8

Isabella tomó miles de fotografías de Budapest. Era un lugar mágico y maravilloso. Caminar por sus empedradas calles, o admirar sus preciosos puentes y pequeños locales de negocios, la relajaba. Junto a ella, paseaban Cass y su marido Dean. Sus padres habían viajado a París por los negocios de su progenitor, el hombre se había disculpado mil veces. Pero lo

entendía, su trabajo a veces tiraba de él y no podía desatenderlo, solo sería por un día y después seguirían visitando otras ciudades de Europa.

—¿Queréis cenar? —preguntó Dean.

Su cuñado era alto y delgado, le pasaba una cabeza a su hermana, y era un buen tipo que amaba a Cass con locura. Solo hacía tres años que se habían casado, pero se conocían desde los dieciséis años, y nunca más se había separado.

—Alguien tiene hambre —dijo Cass risueña.

—Nena, hace más de una hora que mis tripas han decidido quejarse.

—No sé dónde metes todo lo que llegas a comer.

—Ni yo, cariño. Pero lo debo digerir muy rápido.

Se echaron a reír.

—Yo también tengo hambre —dijo apoyando a su cuñado.

Se encaminaron a un restaurante que se hallaba en la pintoresca plaza a la que habían ido a parar. Pidieron platos con nombres impronunciables y disfrutaron de un buen vino.

Cuando Dean se fue al baño, dentro del restaurante, pilló a su hermana mirándola fijamente.

—¿Qué? —preguntó sonriendo.

—Ian...

Quería saber lo que había pasado en el hospital, aún no lo habían hablado y cuando la llamaba por teléfono evitaba el tema.

—Dean volverá en seguida, no creo que...

—Pues más razón para que me lo cuentes cuanto antes.

No había hablado de Ian con nadie.

Sus amigas más cercanas se habían distanciado aún más de ella en cuanto pasó los tres años en África. Al volver las llamó, pero ninguna se había mostrado demasiado entusiasmada con su vuelta, y los hijos y otros compromisos habían pasado por encima de tomar un café, dejó de insistir.

—Lo busqué, Cass. Di con su familia en Maine, su madre y su padrastro no sabían nada de él, y después de darme una dirección en Nueva York, prácticamente me cerraron la puerta en las narices.

¿Recuerdas a Jane? Cuando le dije que había estado buscándolo y que no daba con él, me confesó que se habían acostado. Conclusión: esa *magnífica* semana en la que estuvimos juntos, solo había sido un maldito pasatiempo para él. Se esfumó de la faz de la tierra. Supongo que no quería que lo encontrara. Yo me había enamorado de él, pero después de lo que descubrí... En definitiva, él no sentía lo mismo. Y ese sería el resumen —soltó del tirón.

Cass se la quedó mirando con la boca abierta.

—No sé de qué te sorprendes, Cass. No es el primer hombre que actúa así —dijo decepcionada.

Cass echó una mirada al interior del restaurante por si Dean ya venía.

—¿Le preguntaste en el hospital?

—No.

—¿No?

—No, Cass. Ya sabía lo que había, ¿para qué darle el gusto de soltármelo a la cara?

Su hermana se puso un mechón de su dorado cabello detrás de la oreja y se inclinó hacia adelante.

—No me lo puedo creer. Todo lo complicas. —La miró seria—. Te repito que fue él quien te buscó.

Isabella la miró confundida.

—¿Él? —No recordaba que se lo hubiera dicho.

—Sí, idiota. ¿O crees que cayó del cielo por casualidad?

—Creí que lo habías buscado tú. Te había hablado de él...

Ahora la sorprendida fue su hermana.

—¿Yo? Eso mismo me preguntaste cuando él se marchó del hospital.

Cómo narices iba a saber yo dónde encontrarlo, ¿eh?

—¿Encontrar a quién? —Preguntó Dean dejándose caer en la silla de nuevo.

Cassey la miró unos segundos más, y después miró a su marido fingiendo una sonrisa.

—A un antiguo compañero de clase de Isabella.

—Ah —contestó su marido sin dar demasiada importancia.

Isabella se metió de lleno en una maraña de imágenes. Él apareciendo en el hospital y ella dando por hecho que

Cass había tenido algo que ver en eso. Entonces ¿Por qué Ian había aparecido? ¿Por qué después de cuatro años la había ido a ver?

Nunca lo sabría, lo había sacado de su vida y él estaría cabreado por su reacción.

—No me gustan esas fiestas, Cass.

Habían pasado cuatro días desde que tuvieron la conversación sobre Ian. Por la tarde fueron de compras con su madre y casi se vio obligada a elegir un vestido. A ella no le iban estas

cosas.

—Lo sé, pero debo decirte que estás preciosa.

Miró el reflejo que proyectaba el espejo que tenía delante y a duras penas se reconoció. El *Valentino* era negro y sofisticado. Largo hasta los tobillos dejando ver sus *Louboutin* también negros con algunas piedras incrustadas, igual que el vestido, que se abrazaba a su cuerpo dejando al aire su espalda hasta el final de la columna, una cadena de color oro se cruzaba a varias alturas en sus omóplatos. El maquillaje se lo había hecho una chica

del centro de belleza del hotel a la que había llamado su madre, el peinado era un moño alto y elegante.

—Oh, estáis perfectas. Esa chica ha hecho maravillas.

Cass y ella se miraron y se carcajearon.

—Gracias, mamá. No sé cómo tomarme eso. —dijo con chorreante ironía.

—¿Insinúas algo? —preguntó Cass también riendo.

—Oh. No quería decir eso...

Volvieron a reírse y Cass besó la

mejilla a su madre.

—Está bien, no te martirices. Solo estábamos bromeando.

La mujer abandonó la *suite* para volver a la suya resoplando por sus impertinentes hijas. Pero también la vieron sonreír antes de cerrar la puerta.

—La limusina nos espera en diez minutos, voy a ver si Dean está preparado.

Cass también se marchó dejándola sola. Volvió a mirarse y arrugó los rojos labios. Se sentía rara, pero lo estaba haciendo por sus padres. Todos

los que iban a acudir a la fiesta eran hombres de negocios con sus respectivas familias, y ella ya había faltado a muchas de esas reuniones informales. Al menos dejaría a sus progenitores contentos por un largo periodo de tiempo.

El chófer les abrió la puerta y descendieron para encontrarse con una larga escalinata que daba acceso a una casa señorial impresionante de tres plantas de altura. De fachada clara y llena de ventanas, era sin duda, de estilo renacentista y muy bien

conservada e iluminada con unos focos estratégicamente colocados. La enorme verja, que daba paso al comienzo de las escaleras, estaba abierta de par en par, y una alfombra dorada daba paso a los diferentes invitados, ascendiendo hasta la puerta en forma de arco gótico. Sabía que en Budapest había habido diferentes estilos arquitectónicos llegando a fusionarse en algunas ocasiones. Era una ciudad interesante y bella.

—Vamos, Isabella. —Cass tocó su codo y la sacó de la abstracción momentánea.

Empezó a subir con su hermana y su cuñado, sus padres los precedían. Nada más poner un pie en el gran salón, un camarero se acercó con una bandeja cargada de copas llenas.

—¿*Champagne*? —preguntó con un remarcado acento francés a pesar de que estaban en Budapest.

Todos cogieron una copa agradecidos, y se encaminaron hacia la gente que, apiñada en grupos, hablaban entre ellos.

Un hombre de unos cincuenta años con pinta de arrogante, parecía ser el

anfitrión y acababa de bajar de un escenario donde una pequeña orquesta tocaba algo de Schubert. Habían llegado algo tarde, y no habían podido oír la bienvenida del hombre, pero a su padre no pareció importarle en absoluto.

—Ese es Yegor Gusav. —Su padre habló en voz baja mirando a Dean y Cass.

Cuando Gusav clavó los ojos en su padre, este le hizo un imperceptible gesto.

—En seguida vuelvo —se disculpó besando en la mejilla a su madre.

Mientras su padre estaba en algún sitio privado hablando con ese, supuso que multimillonario, hombre, ella paseó la mirada por la sala. Hombres y mujeres elegantemente vestidos bailaban al compás de la música. Cass y Dean se unieron a ellos y su madre hablaba con otra mujer más joven.

—¿Me concede este baile?

Se giró al oír la voz a su espalda, solo tenía curiosidad por saber quién era el hombre que había utilizado esa frase tan anticuada y manida, para

pedirle que lo acompañara a bailar. Era un hombre de unos treinta años, demasiado joven para hablar así.

Ian no se lo podía creer, le había tocado proteger a Kathryn, la señora Gusav. Y esa mujer no paraba de cogerlo del brazo. Miró dos veces a Sokolov y en las dos malditas ocasiones él había sonreído con suficiencia. Se estaba divirtiendo a su costa. ¿Acaso lo estaba poniendo a prueba?

No era más que un guardaespaldas, ¿por qué ella se empeñaba en que pareciesen una pareja? Estaban provocando a su marido, ella más que él, aun así, Gusav le haría responsable a él, y no quería convertirse en el primer escolta que colgaban por los huevos en mitad de una fiesta en la que la mayoría de asistentes disfrutarían con el espectáculo. Tal vez ya había ocurrido en alguna ocasión, ni lo sabía ni iba a investigar esa posibilidad.

Esta vez, fue Tavalas el que había pasado información de la lista de

nombres que se podían vincular a Gusav. La CIA los estaba investigando en este preciso instante y él rezaba para que dieran luz verde a entrar y comenzar a detener mafiosos. Pero para eso tenía que seguir fingiendo, las horas pasaban con demasiada lentitud, y no parecía que nadie fuera a entrar con un lanzacohetes dispuesto a evitar que esa chica siguiera colgada de su brazo. ¿Dónde coño estaba Gusav?

—Señora Gusav. ¿Quiere que le traiga una copa? —preguntó solícito con tal de que lo soltara.

En ese jodido momento pasó un

camarero y le ofreció una bandeja llena de copas.

—Justo a tiempo —dijo ella guiñando un ojo—. Y deja de llamarme señora Gusav, no me gusta en tus labios.

Levantó la barbilla y lo miró directamente a los ojos.

—Tú y yo vamos a perdernos en un rato.

Apretó la mandíbula.

—Eso no va a pasar —gruñó.

—Oh, sí. ¿Sabes lo que le pasó al último que se negó a estar conmigo? —

Su sonrisa era burlona—. Mejor pregúntaselo a Sokolov, él se hizo cargo.

Por culpa de esta mujer iba a terminar jodiendo la misión. Por otro lado, ¿cuánto hacía que no follaba? Porque lo del puto cuchitril con esa niña-mujer, no contaba. Si Kathryn quería esto lo iba a tener. Quizá así lo dejaría en paz de una maldita vez.

Dio un último repaso a la sala y una chica rubia llamó su atención.

No podía ser.

¿Isabella?

Toda la impotencia que sintió en el

hospital, y la posterior decepción,
volvió a él. ¿Con quién cojones estaba
bailando?

Capítulo 9

El chico se llamaba Dino y era italiano, de buena familia o eso parecía destilar observando sus modales. Pero iba armado. ¿Por qué alguien llevaría un arma en una fiesta como esta? Su madre y su hermana le habían comentado que era una subasta.

No se acercó lo suficiente para notar la pistola, pero la chaqueta de su traje se había abierto un poco y la

había visto. No quería parecer una mujer asustada y salir corriendo, pero después de la canción buscaría una excusa para desaparecer. Solo esperaba que fuera un policía de incógnito o algo así. O simplemente debía dejar de ver películas de 007.

Resopló.

—¿Estás bien? —preguntó él acercándose más de lo que debería.

—Sí. Bueno, algo acalorada. — Improvisó mirando a su alrededor y sintiéndose incómoda.

Sus ojos quedaron anclados en los de ¿Ian? ¿Qué hacía él aquí? De su

brazo iba una chica rubia, alta y guapísima, con pinta de modelo y que en ese instante lo estaba dejando solo. No lo entendía, cambiaba de mujer como de calcetines.

No podía desviar la mirada, a pesar de lo acerada que era la de Ian. Él desvió los ojos primero y giró sobre sus talones metiéndose por uno de los pasillos, lo siguió con la mirada mientras se alejaba. Pudo ver en sus ojos azules la sorpresa por verla allí, pero solo duró unos segundos, después parecía ira lo que destilaban sus iris.

—Lo siento, voy al tocador de señoras. —Ante este hombre no le quedó otra que hablar como si realmente perteneciera a la alta sociedad, que era cierto, pero ella no lo sentía así.

El hombre hizo una especie de ridícula reverencia y ella se levantó un poco los bajos del vestido agarrando la tela con sus manos a la altura de los muslos. Quería ir más rápido. Saber dónde estaba Ian. Hablar con él, preguntarle por qué había ido al hospital si ella ya no tenía lugar en su

vida.

El pasillo estaba desierto, caminó por el suelo enmoquetado, que amortiguaba el sonido de sus tacones, mientras la música procedente del salón llegaba como un eco lejano. Abrió varias puertas, pero dentro no encontró a nadie, Ian tenía que estar en alguna de esas habitaciones, lo había visto tomar esta dirección y no parecía haber otra salida. Todo eran despachos.

De pronto, un murmullo detrás de la puerta a su izquierda llamó su atención. Tal vez estaba hablando por

teléfono. Agarró el pomo y giró despacio para asomar solamente la cabeza. La imagen que se encontró la dejó clavada en el sitio, sus pies se habían quedado anclados al suelo sin posibilidad de moverse, igual que su corazón, que parecía haber decidido dejar de latir.

Ian sostenía a la misma chica rubia contra la pared a su derecha, sus dedos se hundían con fuerza en sus glúteos y la estaba embistiendo con fuerza. Ella estaba completamente desnuda, él solo vestía pantalones, aunque no había

duda de lo que estaban haciendo. Sus ojos volaron a los músculos de su espalda y al movimiento rítmico que marcaban, tensándose y destensándose.

En ese momento, Ian giró la cabeza y sus miradas se encontraron, un atisbo de sorpresa seguido de otro de rabia cruzó por los masculinos iris azules, debería dar un paso atrás y salir de allí a toda velocidad, pero simplemente no pudo. Ian puso la mano en la mandíbula de la chica, que tenía la cabeza apoyada en la pared sin dejar de gemir con los ojos cerrados, y la obligó a girar el cuello hacia el lado contrario

de la puerta. Evitando de esta manera que ellas dos pudieran verse.

—Lárgate —rugió en un sonido bajo, pero contundente. Eso la hizo salir de golpe de su letargo y cerró dando un portazo.

—¿Quién era? —La voz de la chica atravesó la puerta.

Caminó decidida de vuelta a la fiesta, con el martilleo en su pecho a punto de ahogarla.

Ian se podía pudrir en el infierno.

Lo que más le dolía era que sabía cómo se sentía estar entre los brazos de

ese hombre, y ahora era otra la que disfrutaba de esas atenciones. Su estúpido corazón se rompió un poco más.

—¿Me ha confundido con un muñeco vudú?

Eva iba refunfuñando mientras caminaba entre Sarah y Sue.

—Eres una exagerada, ¿le has pedido un recogido? Pues ahí lo tienes. Es una de las mejores peluqueras de Nueva York y estás estupenda. Vas a

enamorar a tu suegra. —Sue se estaba divirtiendo a su costa.

—Qué graciosa eres, jefa — replicó haciendo un mohín de lo más infantil.

—No será para tanto, ¿no? Se supone que con el tiempo deberíais toleraros —intervino Sarah.

El rostro de Eva lo dijo todo y Sarah levantó una ceja.

—Para ti es fácil hablar, la madre de Aylan es un cielo. Esa arpía no me traga.

—Ni tú a ella, tal vez deberías

darle una oportunidad —aconsejó Sue.

—Si tuviera una bala y a Trump delante, le dispararía a ella.

—Joder. —Sarah soltó una carcajada.

Mia iba un poco más adelantada mientras buscaba la entrada de la tienda, escuchando la conversación sin dar demasiada importancia. Ya estaba de cinco meses, y lo que menos le apetecía era comprar ropita de bebé, pero sus amigas habían insistido, así que los malos tragos cuanto antes mejor. Compraría un par de trapitos y de vuelta a la calle. Iba a ser una

madre pésima si seguía así. Pero lo de tener hijos le venía grande, este embarazo no se lo esperaba, pero se arrancarí­a la cabellera antes de admitirlo en voz alta. Ya tenía experiencia con Marie, aunque casi la había criado Theresa, su mejor amiga.

—He recibido un mensaje de Thomas —anunció Sue sonriente.

—¿Qué tal les va? —Preguntó Mia.

—Bien, no imaginé que terminarían en Grecia. Exactamente en Miconos.

—¿Esa era la sorpresa de Matt? —inquirió Eva.

Sue asintió.

—Es magnífica. Supongo que en su línea.

Era bastante previsible que Matt buscara un sitio aislado, seguía sin soportar las miradas de desaprobación de la gente. Al contrario de Thomas, que lo llevaba bien.

—Sí, supongo que sí —admitió Sue.

—La gente debería meterse en sus asuntos y molestar menos —decretó Eva airada—. En cuanto llegue a casa pienso tener una cita de esas en las que

no se necesita a ningún hombre.

Ya habían entrado en la tienda y las tres dependientas se la quedaron mirando. Mia, Sarah y Sue, también. Y algunas de las clientes más cercanas se giraron disimuladamente.

—Fue novia de Justin Bieber — soltó Sarah después de carraspear, como si esa explicación lo aclarara todo.

—¿Qué? —preguntó Eva confundida. Una de las chicas la miraba de arriba abajo levantando una ceja. ¿Sería una fan loca de Bieber?

Sue se acercó a ella y sonrió de

manera forzada.

—¿Tú te has oído? Eva, aquí hay niños...

—Me refería a Lucifer y a un Hagen Dash de chocolate de tamaño industrial.

Sarah fingió sonreír y Mia negó con la cabeza y les dio la espalda, encaminándose hacia el fondo del comercio.

—¡Qué susceptibles! Como si no supierais que tengo un cacharro morado...

—¡Eva! —Sue la cogió de la

muñeca—. Vamos a mirar cunas.

Mia se acercó a ellas de nuevo.

—Terminemos con esto, sí.

—¿Dónde está Brad? —inquirió Sarah.

—Se ha ido a Washington por un cliente, vuelve mañana.

—¿Habéis discutido? —preguntó Mia distraída mirando los muebles diminutos.

—No, ¿por qué?

—Por lo del helado...

—Joder, como helado cuando me apetece, me gusta y me produce un gran placer. Casi, casi como un orgasmo —

la última palabra solo la deletreó sin sonido.

Sue se echó a reír.

—Mira que eres rara —decretó Sarah.

—Más raras son esas tías que se hinchan a helado cuando están tristes, o las ha dejado su novio. Así no se disfruta.

Sarah se carcajeó.

—Joder, en eso tienes razón.

—Tirarse a la mujer del jefe para

que pase a otro candidato, no es una maldita buena idea.

Tavalas lo miró cabreado, estaba susurrando.

—No temas por la operación. Según me dijo Sokolov, suele hacerlo con todos los *Biky* del jefe —soltó indiferente.

—Eso no es excusa, Ian. Slade...

—No me vengas con gilipolleces. Solo espero que mañana, o un día de estos, seas tú el que se vea en esa mierda de compromiso.

Ian sonrió con un cigarro sin encender colgando de sus labios.

—Me la tiro y punto.

—Entonces, ¿dónde cojones está el problema?

—En la chica que ha salido a toda velocidad del pasillo, en ti, buscándola después. Si yo lo he visto, cualquiera puede haberlo hecho. Y reza una jodida oración para que ese *cualquiera* no haya sido Sokolov —dijo en voz baja acercándose a él.

Ian se pasó la mano por el pelo despeinándolo más de lo que ya estaba y soltó el aire.

—Deja de vigilar mis pasos. No

estás en esta misión para eso, Tavalas. Céntrate en lo importante, no necesito que estés pendiente de mí, joder.

—¿Quién es ella? —interrogó.

Su paciencia había llegado al límite.

—¡No es asunto tuyo!

Tavalas no se inmuto ante su grito susurrante. Se recolocó la correa del subfusil y empezó a alejarse para vigilar el perímetro del castillo.

—No la cagues, Bracco —advirtió ya de espaldas.

—Que te jodan, Devos.

Ian estaba de un humor de perros, cuando por fin decidió apaciguar a la ninfómana de la chica, aparece Isabella por la puta puerta. El jodido universo estaba contra él. Estaban atrapados en una operación que no llegaba a su fin porque esos imbéciles de la CIA querían pillar a todos los miembros juntos, y él no dejaba de pensar en Isabella y en qué coño estaba haciendo en la fiesta. La había echado de malas maneras solo para que Kathryn no reparara en ella. Después la había buscado entre la gente y no la había

encontrado.

Suponía que estaba en Estados Unidos, no en Europa.

De repente alguien puso un cuchillo en su cuello y un brazo fornido rodeó su pecho. Ya fuera por la adrenalina del momento debido al cabreo que llevaba, o por las ganas de vapulear a alguien, agarró el brazo que aguantaba la hoja contra su cuello al mismo tiempo que daba un golpe hacía atrás con la culata de su arma. Se oyó un quejido en cuanto lo derribó de un golpe de talón en la espinilla del incauto. Se giró y lo apuntó al rostro

con el subfusil.

—¿Qué coño?

—Joder, Bracco. Te estaba viendo algo distraído. No dispaes.

Levantó la rodilla del pecho de Sokolov y le tendió la mano para ayudarlo a incorporarse.

—No vuelvas a hacerlo, si hubiera estado distraído te habría disparado a la cara.

¿Este tío estaba loco? ¿A qué venía eso?

—Ya veo...

—¿Qué quieres? Mi zona está

desprotegida mientras me distraes.

Lo que menos le apetecía era hablar con el idiota de Sokolov.

—Ya no queda nadie en la fiesta.

—¿Y?

—Tenemos que hacer un pequeño trabajo para el jefe. Deja la vigilancia salimos en un par de horas.

Se giró para mirarlo y en su visión periférica vio a Tavalas entre los arbustos, atento a lo que hablaban. Adrian asintió, dando a entender que estaba al tanto de la situación, antes de dar la vuelta y desaparecer.

—¿Adónde vamos?

—Eso no importa, solo estaremos
unas horas fuera.

Mierda.

Capítulo 10

—Estamos bloqueados hasta que den un paso en falso —dijo Doc apesadumbrado.

—Y, mientras tanto, a nuestros compañeros se les acaba el tiempo. Si los descubren, son hombres muertos. —Aylan habló sin levantar la mirada del monitor.

—Que derroche de optimismo. Tanto Tavalas como Ian saben cuidarse

solos. —Dan estaba hasta los huevos de estar encerrado.

—Esto hay que hacerlo bien, así que paciencia, capullos. —Killian soltó el insulto y se fue a la cocina—. Tengo hambre.

—Según la CIA, tiene que haber un encuentro entre esos tíos en un corto espacio de tiempo.

—¿Qué pasa? ¿Qué esos tipos celebran cumbres de mafiosos? —preguntó Aylan con sorna.

—Eso parece. Imagino que tratándose de un negocio que mueve miles de millones...

—¿Y no podrían hacer conexiones a través de vídeo conferencia? — volvió a preguntar Aylan cortando a Doc.

—No olvides que también mueven obras de arte. Para eso, hay que estar presente —explicó Dan.

—Putos avariciosos —decretó Aylan.

—Así va el mundo —replicó Pan saliendo de la cocina.

Se sentó al lado de Dan y este puso una mano en su rodilla, mientras le guiñaba un ojo.

—¡Mierda! ¡al suelo! ¡al suelo! —
gritó de repente Aylan saltando de su
silla.

Dan se levantó y empujó el sofá en
el que aún estaban sentados Pam y
Doc, volcándolo hacia atrás con ellos
encima. Por el rabillo del ojo vio a
unos tipos vestidos de negro en la
pantalla del ordenador que tenía la
cámara orientada al rellano delante de
su puerta.

Al mismo tiempo, un estruendo los
sacudió, las ventanas se hicieron
añicos y la puerta de entrada voló

hacia el pasillo por donde Slade estaba avanzando mientras encañonaba con su arma a quien fuera que estuviera a punto de entrar.

Estaban todos apuntando en diferentes direcciones, tratando de adivinar por cuál de los huecos abiertos entrarían, o si lo harían al mismo tiempo por todos.

Un ruido metálico resonó en el suelo; una bomba de humo rodaba directamente debajo de una silla. Killian fue el primero en reaccionar y, dándole una patada, la metió en el baño y cerró la puerta.

—¡Fuerzas especiales! ¡Bajad las armas! —gritó alguien desde el exterior con un fuerte acento.

—Rusos —articuló Killian hacia Slade.

El capitán asintió.

—¡Vamos a entrar! —volvió a decir la voz.

Era una buena señal, Slade sabía que si seguían ese protocolo es que no tenían intención de disparar, aunque tampoco podía pedirles que entraran desarmados.

—¡Os estamos apuntando! —

advirtió.

¿Cómo cojones los habían encontrado?

Un tipo enorme, con casco y gafas de aviador, entró con sus armas a la vista, pero levantando una mano con la palma hacia fuera.

—Está bien, van a entrar mis hombres también. Dejaremos las armas en el suelo si vosotros lo hacéis al mismo tiempo.

—¿Por qué debería confiar en ti?

El hombre sacó una identificación y se la lanzó a los pies. Slade se agachó, la recogió sin apartar la vista del

intruso, y la examinó.

—¿FSB? Servicio especial de seguridad rusa. ¿No estáis un poco lejos de vuestro entorno de trabajo?

El hombre se quitó el casco y dejó a la vista su cabeza afeitada y brillante.

—No tanto como vosotros...

—¿Qué coño crees que sabes? — preguntó Killian a la defensiva.

—Todo. Sé por qué estáis aquí y sé lo que pretendéis.

Slade entrecerró los ojos.

—Está bien. Dadme la oportunidad de explicarme —prosiguió el hombre.

El capitán asintió y le dio paso sin dejar de apuntar a su cabeza.

Los hombres que entraron lo miraron y después desviaron la mirada hacia su superior. Debía parecerles una falta de respeto que Slade siguiera apuntando.

—*Не волнуйся* —habló mirando a sus hombres.

Después volvió a mirar a Slade.

—Solo les he dicho que no tienen de qué preocuparse.

El capitán mantuvo la mirada. No le diría que entendía el ruso

perfectamente.

—Mucho confías en nosotros, ¿eh?
—apostilló Phoenix mientras los otros seguían vigilando los diferentes puntos de acceso por los que podían entrar más tipos armados.

El hombre sonrió durante un segundo.

—Confío en vuestro entrenamiento, no te equivoques —dijo ya serio.

—¿Tienes a más hombres fuera? —interrogó Slade.

—No, somos cinco y estamos todos aquí.

—¿Era necesario hacer una entrada

tan teatral? —masculló Dan cabreado.

El hombre dio un paso y lo miró.

—Vuestra reputación os precede.

Killian sonrió.

—Será mejor que no lo olvides.

Que hayáis llegado hasta aquí solo ha sido por nuestra voluntad.

Slade se hubiera carcajeado si no fuera por la situación en la que se encontraban. A Phoenix le perdía la boca la mayoría de las veces, pero lo que acababa de soltar se llevaba el premio gordo. Estaban acorralados como conejos, maldita sea.

—Está bien, deberíamos dejar las armas y presentarnos. Soy Orlov, capitán de mi unidad.

Slade se guardó su arma en la parte trasera de los pantalones, Killian hizo lo mismo y los demás los imitaron.

—Ward, capitán de la mía.

No se estrecharon las manos. El ambiente era tenso y nadie estaba por la labor de ser socialmente correcto.

—Ante todo quiero aclarar que perseguimos a los mismos. Gusav hace tiempo que tiene en jaque a mi gobierno. Tenemos a un agente

infiltrado y sabemos que vosotros también.

Mierda, eran jodidamente buenos en su trabajo. Slade no pensaba aclarar que en realidad tenían a dos agentes infiltrados y no a uno.

—No voy a preguntar cuáles han sido vuestros métodos para saber...

—Y yo no voy a explicarlos. Solo diré que hemos interceptado una conversación. La CIA sabe de nuestra existencia.

—Interesante —convino Killian.

—Pero vuestra agencia no sabe que os hemos encontrado. Y creo que es

mejor así. Mi gobierno no pone ningún impedimento a que trabajemos juntos en esto. Siempre y cuando nuestras respectivas agencias no se enteren. No quieren enfrentamientos con vuestro país.

—¿Y quién coño os ha dicho que nosotros queramos este trato?

—¡Phoenix! —advirtió Slade ante el arranque del teniente.

—Nuestro contacto lleva cinco años metido en ese mundo y trabajando para Gusav —explicó Orlov sin dar importancia a Killian.

—¿Vais a compartir información con nosotros? —inquirió Slade.

—Sí, a cambio de un favor.

Slade entornó los ojos.

—Necesitamos a vuestra mujer — soltó de pronto.

La velocidad de Dan en apuntar al incauto hombre, fue sobrecogedora. Los hombres de Orlov les apuntaron a la misma velocidad.

—Repíte eso, idiota. Tu estúpido acento me ha hecho entender que queréis a nuestra compañera para algo.

—¡Dan! Deja que se explique,

joder.

Dan miró a su capitán durante una sola milésima de segundo, pero en sus ojos, Slade pudo ver todo el odio y la decepción por sus palabras. También dejaba claro que pasarían por encima de su cadáver antes de ponerle un solo dedo encima a Pam.

—Dan. —La mano de Pam sobre su antebrazo es lo único que lo hizo reaccionar y relajarse, solo un poco.

—Опустите оружие! —Orlov levantó la voz cuando se dirigió a sus hombres. Estos bajaron las armas de inmediato.

—Estoy esperando —demandó Dan, sin dejar de apuntar.

—Mi hombre ha contactado con nosotros esta mañana temprano. Algo se está preparando, una especie de cumbre entre capos. Algunas de nuestras agentes se están preparando para asistir, pero Gusav las conoce debido a otros intentos fallidos de capturarlos. No las ha descubierto, pero creemos que nos iría bien alguien que estuviera fuera de ese círculo. Una cara nueva.

—No. No estamos aquí para suplir

vuestras carencias. —La respuesta de Dan fue directa y concisa.

—Creí que Ward era el que dirigía esta unidad —dijo Orlov con sorna.

—Y así es. ¿Qué garantías tenemos? —Slade no parecía afectarse por la puntualización del ruso.

—Podéis estar cerca y protegerla, nosotros también lo haremos.

—Y una mierda.

—¡Dan, basta! —se quejó Pam.

—¡Dan, retírate! —decretó Slade.

—No.

Slade levantó una ceja y lo acribilló con la mirada.

—No lo voy a repetir. —No hizo falta que el capitán levantara la voz, el tono autoritario era más que evidente.

Dan tuvo los cojones de quedarse detrás del capitán, pero no salió de la habitación. Técnicamente Slade no se lo había ordenado así. Se apoyó en la pared y cruzó los brazos sobre su amplio pecho. Su mirada desafiante no abandonó al ruso.

—Ni una palabra más —le advirtió el capitán.

Asintió. Eso estaría por ver. Se trataba de Pam.

—Aparte del hecho de que habéis destrozado este apartamento sin ninguna razón, lo cual me cabrea bastante. ¿Qué os hace pensar que voy a ofrecer a un miembro de mi unidad?

—inquirió el jefe.

—Vamos, Ward, se trata de cooperar.

—Hemos empezado con mal pie.

—No os tenéis que quedar aquí, podéis venir a nuestro centro de operaciones, está más cerca del castillo.

—Eso sería justo. Pero antes tengo

que hacer algunas averiguaciones. Déjame un número y contactaré contigo esta noche.

Orlov sonrió.

—Contaba con eso.

Aylan registró el número que le facilitó el ruso y después salió, junto a sus hombres, del piso sin puerta. No se despidieron.

Slade hizo una señal para que lo siguieran a la cocina.

—¿Cómo ha podido pasar? —La pregunta fue directamente a Aylan, que tragó saliva.

—No había nada ni nadie, han

aparecido de repente.

—Creía que eso solo lo hacíamos nosotros —apostilló Dan.

—En cuanto a ti, tenemos una conversación pendiente.

—Lo sé...

—La tenemos los tres. —El tono de Pam fue cortante.

Aylan volvió a su puesto junto a Killian. Slade hizo algunas llamadas y no pasó por alto que la policía no había acudido al lugar. Ese ruso los había disuadido, eso era una buena señal. La idea de que podían putearlos

se esfumó en la mente del capitán.

Habló con su contacto de la CIA y este se extrañó de que la unidad de Slade supiera de la existencia del equipo ruso. Pero el capitán no descubrió a Orlov y utilizó la misma estrategia que había utilizado el capitán ruso. Habían interceptado una comunicación, la CIA debería conformarse con esa explicación, o no. Le importaba una mierda. Pero él se aprovecharía de la información que pudieran compartir y terminar con esta misión cuanto antes. Tener a dos de sus hombres infiltrados le retorció las

tripas.

—¡Dan! Estoy dispuesto a ceder a Pam si ella está de acuerdo.

Media hora después de la comunicación con su contacto estaba intentando que a Dan no le diera una apoplejía. Joder, se lo había advertido. Pam era un activo más en la unidad y él debía aceptarlo o salir del equipo.

—Lo haré —se ofreció la chica a pesar del gruñido de Dan.

—Esto no estaba previsto, jefe —apuntó cabreado su hombre.

—No, pero la comunicación con

Ian y Adrian está siendo complicada.

—No estoy de acuerdo con esto, jefe.

—Y yo no te estoy pidiendo permiso. —Ya estaba siendo demasiado permisivo con él, de todas formas, no entraría en razón.

El resto del equipo estaba mirándolos, ansiosos por ver cómo terminaba esto.

—Recoged vuestras cosas. Voy a llamar a Orlov.

Lo último que vio antes de darse la vuelta fue la expresión torva de Dan, y a Pam lanzándole cuchillas afiladas

solo con la mirada.

Capítulo 11

—¿Qué ha pasado? Mamá se ha extrañado mucho.

Isabella miró a su hermana y a su cuñado en el taxi que los estaba llevando de vuelta al hotel. Se habían empeñado en acompañarla para luego volver a la subasta.

—No me encuentro bien —mintió.

Cass levantó una ceja, la conocía demasiado bien y en sus ojos veía más

ira que malestar. Aun así, no pensaba aclararle el asunto, no delante de su marido. No es que no confiara en Dean, pero era un hombre y seguramente lo vería todo como un ataque de celos, y le repateaba que fuera verdad.

Guardó silencio el resto del trayecto hasta el hotel, mirando por la ventana las luces que iluminaban las calles y los edificios emblemáticos. Ian se había mostrado tal como era, un hombre al que solo le importaba el sexo, nada más. No tenía ni idea de quién era la rubia, pero poco importaba ya. Lo que tenía que hacer

era olvidarse de él. Aún no entendía por qué lo había seguido hasta aquel despacho.

—Métete en la cama y descansa — dijo su cuñado besando suavemente su mejilla.

—Lo haré.

—Después pasaré a verte — amenazó su hermana, ya sabía que Cassey no se iba a tragar la pobre excusa.

—Está bien. —Entró en el hotel y se encaminó directamente a los ascensores.

Una vez entró en su habitación se quitó la ropa y se metió en la ducha. Solo dos días más en Europa y volverían a Estados Unidos, deseaba empezar a trabajar y volcarse en sus horarios, mantener la mente ocupada.

Se puso unos vaqueros, unas deportivas y una camiseta de manga larga, lo hizo porque su hermana aparecería de un momento a otro, y si la veía en pijama pensaría que estaba peor de lo que sospechaba. Ella era fuerte, y aceptaba que Ian no pareciera estar en absoluto afectado porque ella

lo hubiera echado de su habitación en el hospital donde había sido atendida.

Un ligero siseo la despertó, se había quedado dormida mientras veía un documental, miró la pantalla y bajó el volumen, quizás había sido el sonido del volcán que estaba en plena explosión en la pantalla, mientras la voz en *off* relataba cómo se había desatado el infierno al entrar en erupción el volcán de Santa Elena.

Una lucecita blanca parpadeaba en su teléfono móvil. Era un mensaje de Cass diciendo que no había querido

despertarla y que ya hablarían mañana. De hecho, alguien la había tapado con una manta mientras estaba tumbada en el sofá, debió de ser Cass.

Se incorporó y al momento oyó un roce de ropa detrás, iba a girarse cuando una mano enguantada le tapó la boca y la levantó en el aire agarrándola por la cintura. Se retorció e intentó librarse del fuerte brazo que la sostenía, pero de repente un olor demasiado penetrante la invadió, y todo empezó a nublarse dejando su cuerpo laxo.

Ian era el conductor de la furgoneta negra con las letras UPS en un lateral, ¿en serio iban de repartidores a las cuatro de la madrugada? Sokolov estaba como una puta cabra, pero él mandaba y Ian obedecía. El otro hombre que iba con ellos, un tal David, era el imbécil que le había tocado los cojones en la reunión, el que no se cortaba a la hora de hacer algún comentario sobre su físico.

Estaba esperando en la parte trasera de un hotel, delante de una puerta por donde se suponía que entraban los suministros para la cocina, no tenía ni idea de lo que estaban haciendo los hombres, pero Sokolov le había ordenado que esperara.

La desagradable sensación que tenía en el estómago tomó forma cuando los hombres salieron a toda prisa cargando un cuerpo que era indudablemente el de una mujer, se notaba, a pesar de estar tapado con una manta gris, era demasiado delgado a

juzgar por las manos de David que sostenía su cintura. Mierda, ¿estaría muerta?

Abrieron la puerta de atrás y la metieron primero a ella, dejándola caer al suelo como un fardo, y después entraron ellos.

—Arranca —ordenó Sokolov.

Salió rápido de la calle, procurando no derrapar para no llamar la atención de los pocos coches que circulaban a aquella hora intempestiva. Habían raptado a una mujer, y él estaba tan metido en esto como ellos. Joder, se les estaba yendo de las manos.

Miró un momento hacia detrás y la vio inmóvil, solo asomaban unas zapatillas de deporte blancas.

—¿La habéis matado? —pregunto.

—No, solo está inconsciente, conduce y llévanos al punto acordado —mascullo el ruso.

El punto acordado era la parte de detrás del castillo, Sokolov había visto demasiadas películas, sus expresiones estaban tan fuera de lugar que era para echarse a llorar. Allí había unas celdas antiguas y llenas de humedad, solo había entrado una vez y solamente para

conocer su ubicación durante las vigilancias, ya que era uno de los lugares en donde un francotirador podía esconderse para atacar el castillo.

—¿Quién es? —inquirió con la esperanza de que pudiera poner sobre aviso a su unidad.

—Preguntas demasiado, Bracco.

Bien, ya investigaría por sus propios medios. Se concentró en la conducción y media hora después estaban entrando al lugar fortificado. Olía a humedad y hacía frío. ¿En serio iban a dejar a la mujer aquí? Malditos

tarados. ¿Qué habría hecho para que la retuvieran? Por suerte no le habían pegado un tiro en la frente como solían hacer a menudo.

Él cargó con la mujer al hombro mientras seguía a los otros por estrechos pasillos, había pasado solo una vez, pero no creía que pudiera perderse, tendía a memorizar los lugares en donde podía esconderse en caso de necesidad.

—Déjala sobre ese camastro y quédate hasta que despierte, necesita responder algunas preguntas si quiere

seguir con vida.

Ella no pesaba mucho, la dejó sentada en el borde y después apoyó una mano en su espalda para que no cayera de golpe sobre el camastro.

—No te andes con tanta delicadeza, está dormida aún.

No contestó, él nunca maltrataría a una mujer, fuera ella consciente o no de eso.

Cuando Sokolov y David se fueron se quedó mirando el bulto, sería mejor que quitara la manta que le cubría la cabeza y cubriera su cuerpo, o se iba a quedar helada.

Aunque no miró en ningún momento, tenía controlada la cámara que había en una esquina y seguro que estaba monitoreándolos en ese momento. No le importó, que la hubieran secuestrado no tenía por qué significar que debían dejar que pasara frío.

Tiró de la manta y unos mechones rubios asomaron antes de poder ver su rostro. Ian dio un paso atrás y la observó detenidamente, era Isabella, su Isabella, a pesar de que ella no estuviera de acuerdo con esa

afirmación. Su entrenamiento fue el único responsable de no mostrar la sorpresa que sentía en aquél preciso instante. ¿Qué razones tenía Gusav para retenerla? ¿Qué tenía que ver Isabella con el mundo corrupto que encerraba aquellas paredes? Y no podía preguntar mientras se devanaba los sesos. ¿Cómo iba a protegerla sin descubrirse?

Apartó algunos mechones de su cara, acercándose de nuevo y tapó su cuerpo con la manta. No podía desobedecer a Sokolov, pero tenía que dar con Slade, tenía que saber qué

vinculación podía tener ella con Gusav.

Y lo más difícil era sobrellevar que ella estuviera aquí, con un mal concepto de él y sin poder explicarle las verdaderas circunstancias de su papel dentro de esa pandilla de tarados asesinos. Mierda, esto iba a doler. Aunque si le tocaban un solo pelo a Isabella no lo soportaría.

—Isabella —la llamó bajando el rostro.

Las cámaras no grababan el sonido como las del interior del castillo, o eso

le habían explicado los otros vigilantes. Aun así, se arriesgaría a hablar, pero ocultando sus labios por si alguien se los leía.

—Nena. —La zarandeó un poco, pero seguía inconsciente.

Le tomó el pulso, era rítmico y estable. Volvió alejarse de ella y se sentó en un rincón.

Media hora después Isabella soltó un gemido. Pero no se movió.

—Isabella, no te muevas. No les dejes ver que estás despierta, hay una cámara —susurró.

No había amanecido aún, así que

no entraba suficiente luz por la pequeña claraboya ubicada en el alto techo.

—¿Dónde estoy? —preguntó con voz ronca—. Agua, tengo sed.

—Aguanta un poco, por favor.

—¿Quién eres? —Parecía que iba a intentar incorporarse.

—Isabella, no te muevas —repitió—. Solo intento ganar un poco de tiempo. Te han secuestrado, te hemos secuestrado —rectificó.

—¿Qué?

Estaba teniendo suerte, no le había

reconocido por la voz, aunque susurraba por esa misma razón.

—¿Tienes algo que ver con Gusav?

—¿Gusav? ¿Yegor Gusav? —
preguntó carraspeando.

—Sí, te vi en la fiesta, sé que lo conoces.

—No, yo no. Me lo mostró mi padre. Son socios.

Ian, soltó el aire.

—¿Por qué me habéis secuestrado?
¿Quiénes sois? ¿Por qué sabes mi nombre?

Ella carraspeó de nuevo, pero siguió sin moverse, algo por lo que

estaba agradecido.

—¿Me estás ayudando? —preguntó antes de que volviera a hablar.

—Necesito que confíes en mí, Isabella. Debes saber que estás aquí por tu padre, nada más.

—No te conozco.

—¿Qué clase de negocios hace tu padre? —inquirió obviando su tono crudo.

—No creo que deba hablarte de eso...

—Isabella, sí me conoc...

Un ruido en las escaleras le hizo

cerrar la boca de golpe.

—No me descubras —pidió cuando pasó por su lado para acercarse a la salida de la celda.

Alguien encendió las luces y divisó a Gusav con su mujer Kathryn a su lado, Sokolov iba detrás con una sonrisa lobuna. Joder, ese animal disfrutaba como un sádico, tener a una mujer encerrada debía ponérsela dura al muy cabrón.

—¿Cómo está la bella durmiente? —inquirió socarrón.

No era buena idea que se dejaran ver, pensaban matar a Isabella, después

de conseguir lo que fuera de ella.

—¿Gusav? —preguntó Isabella con la voz áspera.

—Ah, me recuerdas.

—Eres socio de mi padre.

Ian se mantenía de espaldas y no abrió la boca. Intentaba retrasar el momento en que ella lo reconociera y se volviera loca. Por darle una patada en los huevos, claro.

—De eso quería hablarte, tu padre tiende a incumplir los acuerdos. Veamos si gracias a ti, y a tus circunstancias, cambia de opinión.

Mierda, iban a utilizarla para presionar a su padre. ¿Sería ella sabedora de los verdaderos negocios de su progenitor?

—Me habéis secuestrado...

—Qué inteligente es la niña —
soltó la idiota de Kathryn.

Isabella arrugó la frente, ¿Dónde había oído antes esa voz? Decidió ignorarla.

—¿Qué se supone que debo hacer

para que me sueltes? —preguntó demasiado presuntuosa.

—Nada, es tu padre el que lo debe hacer, y espero por tu bien que no se demore demasiado.

—Mi padre es pasante de arte...

—Lo sé, pero no es de eso de lo que estamos hablando.

Apretó los labios.

—¿Tenéis otro tipo de negocios?

Gusav se carcajeó, incluso habiendo luz en el pasillo la celda no llegaba a iluminarse del todo, pero ella pudo apreciar su perfecta y blanca dentadura. De repente, el hombre que

había estado con ella salió de la celda. Iba vestido completamente de negro y lo estaba viendo a contraluz.

—Parece que papá lleva una doble vida y tú acabas de descubrirla, encanto.

Esa frase hizo que ella volviera a prestar atención.

—¿De qué hablas?

—Pronto lo sabrás, tu padre ha cruzado el límite y pagará por ello.

Este tío hablaba como un maldito mafioso. Iba a contestar, cuando reparó en el hombre que le estaba tendiendo

una botella de agua. Su mano quedó suspendida en el aire cuando reconoció a Ian. «No me descubras», las palabras susurradas volvieron a su mente.

—Vaya, Bracco ¿cuidando de nuestra invitada?

¿Bracco?

Él ni siquiera apartó la mirada azul de sus ojos, y tampoco contesto a la chica. Y ahora que volvía a oír su voz, las imágenes de Ian follándosela contra la pared de aquel despacho se representaron en su retina. Ella era la mujer que había preguntado quien era ella justo cuando cerró la puerta para

salir de aquel pasillo y de la fiesta.

Sus ojos fueron de Ian a la mujer y después a Gusav.

Ian carraspeó y volvió a tenderle la botella, Isabella solo pudo arrebatársela de la mano, y sin dar las gracias, la abrió y bebió mirando fijamente a aquel hombre que la había enamorado años atrás. Ya no parecía ser el mismo, sus ojos acerados le estaban pidiendo silenciosamente que no hablara.

Decidió concentrarse en lo bien que le estaba sentando beber y en

escapar de este lugar... y de Ian.

Capítulo 12

Isabella era vulnerable. Estaba en manos de Gusav y ese hombre no se lo pensaría dos veces antes de dar la orden, y terminar con su vida si su padre no accedía a sus demandas.

Gusav y su mujer ya se habían ido, y Sokolov lo había vuelto a dejar para que vigilara a la rehén. Si supiera que ellos ya se conocían desde hacía tiempo...

Una bofetada hizo que su rostro girara de manera súbita, joder con Isabella, igual no era tan vulnerable después de todo. Volvió a mirarla después de volver la cara lentamente y levantó su arma.

—¿Me estás apuntando?

—¿Eres consciente de que hay cámaras?

Los preciosos ojos de Isabela destilaban rabia.

—No me importa, no sé de qué va todo esto. No sé qué pintas tú aquí. No sé en qué te has convertido, y lo más

aberrante de todo. ¿Te acuestas con la mujer de tu jefe?

Ian, sonrió, aunque esa sonrisa, estaba seguro, no llegaba a sus ojos. Ella no debía haberle visto con Kathryn, nunca.

—¿Eso es lo más aberrante? — preguntó arrogante.

—Maldito seas, I...

—Bracco, soy Bracco —la interrumpió.

—Me da igual cómo narices te llames, sácame de aquí.

Ian bajó el arma que nunca utilizaría contra ella.

—Veamos hasta donde está dispuesto a llegar tu padre para salvar tu culo.

—¿Cómo te atreves? —inquirió airada—. Mi padre no tiene nada que esconder, es un hombre honrado.

—Yo no estaría tan seguro.

Ella entrecerró los ojos.

—¿A qué estás jugando? Al único que he visto hacer algo ilegal es a ti, me has secuestrado.

—Técnicamente, sí.

—Es un hecho.

—No me has visto hacerlo.

—Vete a la mierda, Ian. Saldré de esta yo sola. No te necesito.

—Bracco, dirígete a mí como Bracco sí, como bien dices, quieres salir de esta.

No le diría que si lo descubriría serían dos los que estarían metidos en un gran problema. Bajo su falsa identidad, Ian aún podía hacer algo. Si no seguía oculto lo matarían y entonces Isabella... no quería ni pensarlo.

—¿Me estás amenazando?

—Sí, así que compórtate.

Joder, lo que daría por abrazarla y

explicarle lo que estaba pasando en realidad. Aunque, para ser honesto, no sabía en qué mierda se había metido su padre. No había duda de que si era socio de Gusav también movía droga, pero algo se había torcido.

—En algún momento todo se resolverá y podremos hablar.

—No tengo nada que hablar contigo... Bracco. —Había tal desprecio en su voz que se negó a pensar que ella terminaría odiándolo, si no lo hacía ya—. Hay una cámara que me vigila, no hace falta que estés aquí, ¿no?

Perfecto, él se hacía la misma pregunta.

—Saldré de la celda, si es eso lo que quieres.

—Quiero que desaparezcas de mi vida, es más, nunca debiste entrar en ella. Odio haberte conocido.

Y eso dolió, joder.

Salió y cerró la puerta tras de sí. Se apartó un poco y quedó oculto en las sombras, lejos del campo de visión de Isabella. Él sí podía verla.

Oyó un gemido que le retorció las tripas, estaba llorando y no podía

consolarla. Era mejor así. Entonces ¿por qué se sentía como si la estuviera traicionando?

—He hablado con Phoenix.

Ian se acercó más a la valla, se suponía que eran dos vigilantes fumándose un cigarrillo en sus diez minutos libres antes de volver a la vigilancia. Ese Gusav era un maniaco compulsivo. Tenía miedo de un ataque sorpresa y tal vez debía tenerlo, tenía demasiados enemigos y a las

autoridades buscando quiénes eran los cabrones que estaban distribuyendo droga de diseño en Europa y Estados Unidos.

—¿Me estás escuchando? — preguntó Tavalas cabreado—. Atiende, joder.

—Te estoy escuchando.

—Hay un infiltrado de la FSB con un equipo detrás entre nosotros.

Eso llamó su atención.

—¿Sabemos quién es?

—No, pero ellos tampoco saben quiénes somos nosotros, punto a

nuestro favor.

—¿Cómo...

—Se han aliado con nuestra unidad. Dicen que hay una especie de cumbre de mafiosos en pocos días, así que atacarán conjuntamente. La CIA no sabe nada y se va a liar como no sean ellos los que se hagan con Gusav. Slade dice que se la suda.

Tavalas sonrió. Ian sabía cómo era Slade y realmente se la sudaba, sí. Se agarraría a que se había resuelto el caso y punto. A las manos de quien fuese a para Gusav y el resto de implicados, al capitán, le traía sin

cuidado.

—Tío, no estás al cien por cien —
insistió Adrian.

—Sí, lo estoy. Tengo que volver a
contactar con el jefe.

—Eso no es posible...

—La chica...

—¿La que está en la celda? Van a
chantajear a su padre. Siento decirte
que no podemos apartarnos de nuestro
objetivo —estableció Tavalas.

Ian se pasó la mano por el pelo.

—¿Qué pasa con ella? —inquirió
su compañero al verlo preocupado.

—La conocí hace tiempo. Nos
liamos...

—No jodas...

—No tiene ni idea del lío en que
está metido su padre...

—Nosotros tampoco.

—Por eso quiero hablar con Slade,
a ver si puede averiguar algo.

—Mierda. Quieres sacarla de aquí.
La unidad la puede sacar cuando
ataquen.

—¿Y si es demasiado tarde para
ella?

Tavalas lo observó antes de hablar.

—¿Es importante para ti?

—Mucho, la busqué durante años.

—Pero adivino que no la encontraste hasta ahora.

—No, la encontré hace unos tres meses, había sufrido un accidente, estuvo una semana en coma y la fui a ver al hospital.

Tavalas levantó las cejas, el hombre estaba atando cabos.

—Fue por eso que Slade te sacó de la misión en Saint Tropez.

No era una pregunta.

—Sí, argumentó que no estaba

centrado, y tenía razón.

Tavalas miró a su alrededor.

—Intuyo que la cosa no fue demasiado bien con ella.

—No quiso ni mirarme, me echó del hospital, no tengo muy claro el por qué...

—Pero hiciste creer al capitán que todo estaba bien.

—Sí.

—Eres idiota.

—Un idiota armado, no lo olvides.

—Ahora entiendo tu actitud. Estos días estabas algo ido y no es muy recomendable dada nuestra situación.

—Joder, lo sé. No me sermonees.

Adrian dio la última calada al cigarrillo antes de apagarlo con la suela de su bota.

—Alguien tiene que hacerlo —Se colocó bien la correa de su arma—. ¿Alguna idea?

—La voy a sacar de aquí.

—Eso es muy arriesgado.

—No te voy a meter en esto, uno de los dos tiene que informar.

—No te voy a dejar solo. Esa chica no parece merecer que te pongas en peligro, pero una vez tuve a alguien a

quien amar y la mala suerte hizo que no pudiera estar ahí para protegerla.

Ian sabía que la familia de Tavalas había sido asesinada, pero no tenía ni idea de los detalles, tampoco iba a preguntar.

—No la amo, pero me enamoré de ella en algún momento y sé que no tiene nada que ver con los negocios de su familia, no merece esto.

—Ni tú que te echara de su lado. La debiste cagar mucho o ella no siente nada por ti.

—No quiero que te metas en esto, solo cúbreme ante Slade y ante los

rusos. Si algo sale mal, sácala a ella antes que a mí...

Tavalas fue a decir algo, pero cerró la boca cuando él levantó la mano.

—Yo tengo entrenamiento, aunque últimamente haya estado distraído, si sé que ella está fuera de peligro, lograré salir con vida.

—Lo que tú digas. Pero no hagas ninguna tontería. No tiene que porqué ocurrir nada antes de esa cumbre. Lograremos ponernos a salvo los tres.

Ian sabía que no sería así. Isabella

era una presa fácil. Gusav no la dejaría ir y tenía muchos ejemplos para demostrarlo. Tavalas solo pretendía tranquilizarlo, pero si el padre de Isabella no cooperaba sería él el que tendría que actuar. Y no dudaría en hacerlo.

—Dentro de media hora tengo que ir a las celdas, no le diré que te conozco. —Ian sabía que en algún turno le tocaría a Tavalas.

—No confías en ella...

—No la conozco, espero que lo entiendas. No permitiré que tu empañado juicio te engañe, si ella sabe

más de lo que dice saber, la dejarás a su suerte.

—No sabe nada.

—Ya veremos.

Lo dejó pasar, los podían descubrir y no tenía ganas de discutir.

—¿Me cubrirás?

—Te cubriré.

Se dio la vuelta y se encaminó hacia el interior del castillo. En su mente ya tenía un plan, ahora solo tenía que esperar a que funcionase... y que Tavalas no pusiera pegas, que las pondría, sin duda. Pero era su decisión.

—Mierda —dijo Slade colgando el teléfono.

Ya se habían trasladado al piso franco con los hombres de Orlov, no acostumbraba a aliarse con nadie y menos con rusos. Pero eso era una garantía para que la misión terminara con las mínimas bajas posibles, esos tipos merecían la silla eléctrica y él estaba más que dispuesto a ponérsela debajo de sus mafiosos traseros.

También valoró el hecho de que él tenía a tres hombres menos. Michael, Elijah y Matt no estaban esta vez, y se tragaría su orgullo si uniéndose a los rusos su equipo estaba más protegido.

—¿Problemas? —preguntó Killian entrando en la especie de despacho provisional.

—Tienen a una rehén. Necesito que investigues a un tipo llamado Sawyer, pasante de arte, y parece ser que socio de Gusav. Me temo que es uno de los distribuidores de la droga en Estados Unidos. Gusav ha secuestrado a su hija.

Ian la conoce.

—Sospecho que sabes más de lo que cuentas.

—Y así va a continuar. Investígalo y dime algo en menos de veinticuatro horas.

—Está bien. ¿Están en peligro?

—De momento, no. Pero quiero evitar que Ian haga algo por su cuenta y lo arruine todo.

Killian levantó una ceja.

—Es una historia vieja, y es de Ian
—soltó el capitán, zanjando así el asunto.

—Captado.

Capítulo 13

—Qué alegría veros —saludó Sue a Michael y Elijah.

—Hola, Sue.

Los dos besaron sus mejillas y entraron para aposentarse en el salón junto a Eva y Sarah. Ya estaban recuperados de sus heridas. Michael había recibido una bala en el costado y Elijah en la pierna, este último había requerido de una intervención

quirúrgica. Y los dos estaban cabreados con Slade por haber prescindido de ellos en esta misión.

—¿Cómo estáis? —preguntó Sarah.

—Bien, voy a robarte una cerveza —dijo Elijah señalando a Sue.

—Tú mismo, estás en tu casa.

—Tráeme una —pidió Michael antes de que su compañero desapareciera detrás de la puerta.

—¿Qué habéis hecho estos días? —preguntó Eva.

—Nada productivo —contestó Elijah dejándose caer en el sillón.

—Pobrecitos...

Michael levantó una ceja en dirección a Eva.

—¿Dónde está Mia? —preguntó ignorando la sorna de Eva.

En ese momento Sue atendió el telefonillo donde el hombre de seguridad le anunciaba la llegada de la chica.

—Aquí la tienes —anunció dirigiéndose a la puerta.

Cuando Mia entró le llovieron un aluvión de besos, Nayeli y Paige iban tras ella.

—Vaya, a la embarazada se la

mima más —canturreó Eva.

—¿Celosa? —inquirió Michael.

—Ni de coña, por mí podéis seguir.

El tono que usó los hizo reír.

—Hola, chicos —saludó Nayeli.

El saludo de Paige, fue más tímido, llevaba con ella a los hijos de Jacob. Marie, la hija de Mia y Jared el hijo de Nayeli y Wyatt, también estaban.

—Solo falta Theresa —dijo Sue—, creí que vendría contigo.

Mia carraspeó.

—Tiene trabajo, no podrá venir.

Todos fueron testigos de la mirada

significativa que la chica ofreció a Michael. Sue arrugó la frente, algo había pasado entre esos dos. Y que Michael saliera al jardín impulsado como un resorte, cerveza en mano, acababa de confirmar sus sospechas.

—Chicos, salid al jardín a jugar. Nathan, María, Manuelita y Julito están allí.

Los pequeños armaron un pequeño alboroto y salieron corriendo empujándose unos a otros. Todos sonrieron ante la explosión de felicidad.

Sue se armó de valor y dejó escapar el aire mientras cogía a Alexia de su sillita y la acunaba contra su pecho. Miró a Sarah y esta asintió.

—El padre de Slade está grave.

—¿Cómo? —preguntó Elijah.

—Ayer lo tuvo que ir a buscar una ambulancia, la señora Evans estaba con él.

—Joder. ¿El corazón?

Sue asintió.

—Los médicos han dicho que no aguantará mucho más —explicó Sarah.

—No sé qué debo hacer. Slade está

fuera, no debería llamarlo, ¿verdad?

—No. Podría ser peligroso —dijo
Elijah.

—Y qué pasa si...

Elijah se levantó y salió a buscar a Michael. Cuando el hombre entró lo pusieron al día.

—No, no podemos poner a Slade en esa posición —opinó Michael sin dudar.

Sue acarició la cabecita de su hija.

—No abandonará la unidad en plena operación, y si se lo decimos, añadiremos más estrés, no podemos correr ese riesgo, Sue. Debes

comprenderlo —continuó Michael.

—Lo intento. Pero, ¿con qué cara lo podría mirar si algo le pasara a Edgar?

—Lo entenderá, sabe que eso es una posibilidad. —Elijah seguía de pie pasándose la mano por su rubio cabello.

—¿Qué dice Lucas? —preguntó Brad.

—He estado esta tarde con los niños en su casa, y cuando Hannah nos ha propuesto quedarse con los pequeños, hemos ido al hospital. Él

también opina lo mismo que vosotros.

—Sue, la vida en el ejército es así, muchos de mis compañeros se enteraron en Afganistán de la muerte de algún familiar, pero siempre después de alguna misión, solo entonces tenían permiso para volver, o si estaban haciendo un trabajo de campo, los iban a buscar —explicó Mia.

—Está bien —concedió Sue.

Elijah se sentó a su lado y pasó un brazo por encima de sus hombros.

—Confiemos en que Slade pueda ver a su padre cuando vuelva.

—Mañana iremos a verlo al

hospital —dijo Michael, en su voz había tristeza.

Los demás asintieron.

—Venga, borrad esas caras. Edgar es fuerte —animó Eva.

La chica consiguió algunas sonrisas tristes.

—Me ocuparé de la cena —Elijah ya no cojeaba como hacía un mes escaso, Sue lo observó cuando fue a la cocina a abrir la nevera—. ¿Barbacoa?

Todos estuvieron de acuerdo. No estaban para muchas fiestas, pero los niños estaban deseando verse y jugar,

así que la noche transcurrió con los pequeños corriendo por el jardín después de cenar, y ellos charlando, como siempre hacían. Al día siguiente Thomas y Matt aterrizarían en el JFK después de casi tres meses de luna de miel. Los chicos merecían esas largas vacaciones.

—¡Eh! Guapito, Sokolov quiere verte en su despacho.

Ian observó a David el gilipollas, y salió de su habitación dándole un

empujón con el hombro, el tipo era una cabeza más bajo que él y lo único que deseaba era partirle la cara.

—¡Cuidado! —amenazó con su acento ruso.

Ian se paró, giró sobre sus talones y se cernió sobre el tío.

—¿Cuidado? —Lo empujó contra la pared al lado de la puerta—. Escúchame con atención, como te cruces en mi camino, te voy a partir el cuello. Me da igual que seas la puta de Sokolov.

Ya estaba harto de los comentarios

fuera de lugar del imbécil.

—Haz tu trabajo y deja que haga el mío. Solo así evitaras terminar con una etiqueta de mierda colgando del dedo gordo de tu pie. Porque me ocuparé de que encuentren tu cadáver medio mutilado.

—¿Me estás amenazando?

—¿No te ha quedado claro?

—Que te jodan.

Ian sonrió y dio media vuelta para borrar la sonrisa, este idiota podía truncar sus planes por bocazas.

Isabella vio como los hombres intercambiaban algunas frases, y el que había estado sentado cerca de su celda se iba.

—Hola, rubia.

«Rubia», así la llamaba Ian tiempo atrás.

Ian, cerró la puerta de la cabaña sin dejar de besarla, levantó su vestido corto y se lo pasó por la cabeza.

—*Me vuelves loco, rubia.*

Ella sonrió, el hombre parecía

bastante desesperado.

—Y tú a mí —contestó sacando la camiseta por la cabeza de él.

Ian se separó para mirarla.

—Encaje negro, definitivamente pretendes matarme.

Rodeó su cuello con los brazos y lo besó mientras él la alzaba y la obligaba a rodear su cintura con sus piernas. La apoyó contra la pared y soltó un par de botones de sus vaqueros.

—Ni se te ocurra romperlo como la última vez.

Ian hundió la nariz en su cuello

aspirando el aroma de Isabella.

*—Entonces pórtate bien —
ronroneó recordando que tuvo que
cogerla mientras ella corría hacia el
lago burlándose de su deseo por ella,
todo fue una broma, pero le hizo
trizas la ropa interior solo para que
entendiera que lo suyo iba en serio.*

—Eres un salvaje.

*Sabiendo que él podía soportar su
peso se desabrochó el sujetador y lo
dejó caer al suelo. Ian la levantó más
y atrapó un pezón entre sus labios
haciendo que se estremeciera.*

—Solo contigo. Y estoy a punto de penetrarte... salvajemente.

Apoyó la cabeza en la pared y cerró los ojos cuando sus dedos apartaron a un lado la tela de sus bragas.

—Gracias por la advertencia — murmuró de manera entrecortada.

Le hacía gracia que Ian tuviera por costumbre anunciar su próximo paso, como si así le estuviera pidiendo permiso o quizás constatando un hecho.

No tardó en cumplir su promesa y

ella se sintió plena cuando lo sintió completamente enterrado en su interior.

—Deliciosa.

Empezó a salir y a entrar con determinación, clavando sus ojos azules en los de ella. Ian era el hombre más atractivo que había visto jamás, pero lo que más le gustaba era su carácter alegre, siempre estaba bromeando y llevaban una semana saciándose el uno del otro, como si el destino estuviera detrás de todo, como si hubieran nacido para encontrarse.

Enmarcó su rostro con las manos

y lo besó. Otra vez lo estaban haciendo sin protección. Para ser una estudiante de medicina estaba demostrando ser muy poco consecuente con su aprendizaje, ella mejor que nadie sabía los riesgos que eso conllevaba. Pero Ian le había jurado que era la primera vez que lo hacía sin protección y que en el ejército llevaban unos controles rigurosos, estaba limpio y ella confiaba en él.

Cuando alcanzó el orgasmo y él gruñó en su oído se sintió la mujer

más dichosa del planeta. Después de dos intentos fallidos, por fin había dado con el hombre perfecto. Ian era lo que siempre había soñado.

La llevó hasta la cama y se tumbó boca arriba mientras ella apoyaba la mejilla en su pecho. Ian la estrechó entre sus brazos y ella determinó que era demasiado pronto para hablar de sentimientos, a pesar de que estaban ahí, tan presentes que podía palparlos. Un «te quiero» quedó suspendido en sus labios, sin llegar a materializarse.

Esa fue la última vez que

estuvieron juntos. Se habían despedido con la esperanza de volverse a ver, pero las cosas se habían torcido, él desapareció de la faz de la tierra, y además le había mentido sobre su verdadero apellido. Técnicamente no existía. La había engañado solo para acostarse con ella, había sido una ingenua.

—¿Estás llorando, rubia?

La voz del hombre la sacó de sus pensamientos, ni siquiera había sido consciente de la lágrima que resbalaba por su mejilla, la apartó de golpe y le

dio la espalda tumbada en el camastro.

—Déjala en paz. —Esa era la voz de Ian o Bracco, o como fuera que se llamara en realidad.

No se movió.

—Lárgate, es mi turno.

—Lo que tú digas, empezaba a aburrirme. Adiós, rubia.

Juraría que Ian soltó un gruñido bajo.

—¡No la llames así!

Escuchó como el hombre chasqueaba la lengua contra el paladar.

—Vale, tío. Me largo. —Sus pasos se alejaron por el pasillo hacia las

escaleras.

Solamente él podía llamarla *Rubia* ¿cierto? Pero no lo había hecho, había utilizado su nombre en las pocas ocasiones en las que habían hablado, y era tan idiota que echaba de menos esa intimidad entre ellos.

—Isabella —la llamó.

No contestó, su mente aún estaba en la espesa neblina de sus maravillosos momentos juntos. ¿Cómo se había ido todo al traste de esa manera?

—Isabella ¿estás bien?

¿Cómo se atrevía a preguntar eso?

Maldito Ian.

Capítulo 14

—Isabella, tenemos que hablar.

—No tengo nada que decirte, a no ser que puedas sacarme de aquí.

Ian no contesto en seguida y ella se dio la vuelta para quedarse sentada de lado. En el momento en que lo miró se arrepintió. Estaba tan guapo y la miraba con tal intensidad que no pudo apartar la vista.

Era el único de sus carceleros que

entraba en la celda, los otros se mantenían sentados en una silla fuera de ella.

Él le dio la espalda a la cámara, imaginó que para que no pudieran ver lo que estaban haciendo. Ella solo veía su perfil ahora.

—No mantengas tu atención sobre mí, mira hacia el suelo para contestarme.

—¿Qué quieres? —preguntó haciendo exactamente lo que él había dicho, miró sus pies mientras hablaba.

—Es importante para ti, déjame explicarte...

—¿El qué, Ian?

—No utilices mi nombre, Isabella.

Ella puso los ojos en blanco.

—No eres consciente de lo que tu familia ha estado haciendo, ¿verdad?

Ella levantó una ceja, si esto era un ataque mental para ponerla en contra de su padre, iba a terminar saltándole al cuello.

—Conozco los negocios de mi padre.

—No todos. —Ian fue categórico.

—¿Y por qué debería creerte?
Hace tiempo que deje de confiar en ti.

Levantó un momento la mirada y vio como sus iris mostraban dolor, fue solo un momento mientras sus ojos se cruzaron, aunque él desvió la mirada inmediatamente.

—Porque soy tu única tabla de salvación, sé de lo que son capaces estos hombres.

—Y tú trabajas para ellos, sois todos la misma basura, Ian.

Lo estaba atacando con la esperanza de herirlo, tal como él estaba haciendo con ella.

—Puede bajar alguien en cualquier

momento, te he pedido que no uses mi nombre, no me hagas perder el tiempo. —Sus aceradas palabras calaron en Isabella, ¿qué había sido de aquel hombre cariñoso?

Apretó los labios, tal vez él podía ayudarla después de todo, así que se contuvo y no dijo todo lo que realmente pensaba de él.

—Drogas de diseño detrás de una tapadera que no es otra que el arte —resumió Ian mirando hacia las escaleras, supuso que temiendo que apareciera otro carcelero de un momento a otro.

—Mi padre nunca haría eso, esas drogas matan a demasiados jóvenes.

—Sé que es difícil para ti...

—No te creo.

—Deberías.

—No...

—Tu familia estaba arruinada, y tu padre accedió a ser un distribuidor a cambio de sustanciosas sumas de dinero.

No, no era cierto. Pero ella había estado fuera del país, ¿y si su familia se lo había ocultado? Cass, no haría algo así. Ella trabajaba con su padre,

era su mano derecha.

Se cabreó consigo misma por dudar.

—¿Qué pretendes? —preguntó sin importarle si la cámara captaba sus palabras.

—Ayudarte, nada más.

«Nada más», ella ya no significaba nada para él.

—Bien.

—Bien —repitió él—. Quiero que estés preparada, en algún momento durante la próxima noche te sacaré de aquí.

No contestó. Ya no podía, un

sonido lejano les advirtió de que alguien se acercaba.

—Una vez te quise —susurró sin poder detener las palabras.

Arrepentida por lo que acababa de decir, volvió a acurrucarse en el camastro, de espaldas a él. Definitivamente era idiota.

—Lo sé —gruñó Ian.

Y en su voz pudo notar un deje de añoranza, aunque sabía que eso era imposible. Él ya no era el mismo. Y ella no quería a este Ian que parecía estar en un mundo corrupto y que solo

la quería ayudar para limpiar su conciencia.

Una vez te quise, las palabras se repetían una y otra vez en su cabeza. Nunca se lo habían dicho cuando estuvieron juntos, pero un tiempo después él supo que jamás encontraría a alguien como Isabella, por eso la buscó, pero no la encontró. Y cuando lo hizo, ella lo despreció.

Aclaró su mente y se centró en su próxima misión. Necesitaba una pistola

con silenciador, las llaves de un coche y toda la suerte del mundo. Sí él fallaba, Isabella pagaría las consecuencias. Después de lo que Sokolov le había contado sobre el padre de la chica, sabía que esta tenía las horas contadas antes de que empezaran a torturarla, a cortarla en pedazos para enviárselos a su familia. Daba igual si Sawyer hacía todo lo posible para salvar a su hija, la advertencia llegaría de todas formas y su hija sufriría, sí o sí.

Ian no lo permitiría.

Buscó a Tavalas y lo encontró en el comedor junto a otros dos hombres que hablaban entre ellos. Cogió una bandeja y se sirvió algo de carne, se sentó frente a Adrian y al lado de uno de los hombres, y se mantuvo en silencio.

Tavalas tragaba despacio, haciendo tiempo a la espera de que los otros se fueran, mientras él cortaba la carne a trozos con la misma esperanza. Cinco minutos después se quedaron solos.

—Tenemos un problema —empezó Adrian.

—¿Solo uno? —preguntó con sorna.

—He hablado con Slade, tu chica sufrió un accidente de coche ¿verdad?

—Sí, ¿qué tiene eso que ver? —Al momento se le borró la sonrisa—. No fue un accidente.

—No, Nelson Sawyer ya había sido amenazado antes, cuando consiguió saldar sus deudas quiso salir de la red. Él sabe lo del supuesto accidente, me temo que su hija no.

—Joder. Ella podía haber muerto.

Miró a su alrededor, seguían solos.

En el comedor no había cámaras.

—Más razón para que la saque de aquí, podría ser que ahora no fueran tan benevolentes. Lo que me extraña es que vayan a por Isabella y no a por su hermana, no es que la chica lo merezca.

—Entiendo. Eso también es un misterio para todos.

—Lo de esta noche...

—Slade ha dejado un coche aparcado en un lugar cercano, aunque a unos diez minutos de camino a pie. Y debes saber que no está muy contento.

Ian levantó una ceja.

—El capitán nunca lo está.

Tavalas sonrió, algo que no hacía a menudo. La mayoría de sus sonrisas iban acompañadas de una ironía latente que no intentaba ocultar. Esta parecía franca.

—Tiene un problema de felicidad cuando está con la unidad, ya lo he notado.

—Demasiado protector.

—O vosotros demasiado predispuestos a morir. Lograréis que le dé un ataque.

Ian no se carcajeó para no llamar la atención.

—Le dijo la sartén al cazo —soltó satisfecho.

—Pareces mi abuela.

—Soy más guapo.

—Eso no lo voy a discutir, capullo.

Ian, quería ir a comprobar a Isabella, era una compulsión.

—¿Qué hay de...

—Lo he dejado todo donde acordamos, la dirección del piso franco, las llaves y el arma. Intenta no matar a nadie.

—No te prometo nada. Siento dejarte solo en esto...

—Yo haría lo mismo —dijo con la comprensión en su mirada—. Mañana es la reunión de estos tipos, Sokolov tendrá mucho trabajo que hacer.

—Enviaré a sus mejores hombres para cazarnos. A Isabella y a mí.

—Eso te lo puedo asegurar, sé rápido. No puedes descubrir a la unidad y no te pueden ayudar. Tú sí que estás solo, cuídate, Ian. Nos volveremos a ver, si antes no te han matado... tus compañeros de equipo.

—No te ganarías la vida como visionario.

—Yo no estaría tan seguro, quieren tu cabeza, más de lo que la va a querer Gusav.

Ian asintió con una media sonrisa, esto le iba a costar una buena bronca y muchos insultos. Cuánto amor había en su unidad, joder. Pero que Slade hubiera cedido a su plan ya era mucho. El hombre era un hueso duro de roer.

—Una hora.

—Una hora.

Cronometraron los relojes y Ian se fue a su habitación a cambiarse y preparar algo de ropa para Isabella.

Cinco minutos más tarde estaba esquivando cámaras y entrando en la parte trasera del castillo, vio a Isabella paseándose por la celda y a David mirándola con un deseo carnal en los ojos visible desde kilómetros. Mierda, no podía estar en dos sitios a la vez.

Caminó todo lo rápido que pudo sin llamar la atención. Entró en su habitación y cerró la puerta soltando el aire.

—Sabía que tarde o temprano aparecerías, he mirado tu cuadrante.

Se giró despacio al oír la voz de

Kathryn. Estaba tumbada de lado en su cama con un codo apoyado sobre la almohada y su cabeza descansando en su mano. Y también estaba desnuda.

¡Joder!

—¿Qué coño haces aquí?

—A mí no me hables así, ya sabes a lo que he venido.

No apartó los ojos de su rostro, no le daría el placer de recorrerla con la mirada. Ella se levantó y acercándose a él apoyó las manos en su pecho.

—¿No había otro disponible?

La bofetada reverberó en todo su cráneo.

—Con decirle a mi marido que me has violado...

Se la tenía que quitar de encima y esta vez no iba a ser follando.

—¿Te haces una idea de que ni siquiera eres la madre de sus hijos?

—¿Qué quieres decir con eso?

Ian sonrió a pesar del escozor en la mejilla.

—Te creía más inteligente —dijo dando un paso atrás.

Si ella levantaba la mano de nuevo no se iba a contener, la ataría a la cama con un *posit* en la frente que pusiera:

«Bracco se niega a follarme, rescátame».

—Está demasiado enamorado de mí, ¿no te parece?

—Claro, por eso va al club de la ciudad a follar con putas, despierta, Kathryn.

La sangre abandonó su cara y él disfrutó del espectáculo. Se había lanzado sin paracaídas, esa afirmación ni siquiera sabía si era cierta, y le importaba muy poco lo que Gusav hiciera en el club, él no estaba por la labor de averiguarlo. Pero había dado en la diana, si tenía en cuenta que la

mujer del mafioso se estaba vistiendo a toda velocidad.

—Terminaremos esta charla —
soltó antes de salir dando un portazo.

Perfecto, entre que discutían y después se mataban entre ellos, le daría tiempo a llevar a cabo su plan.

Se llevó todo lo que pudo en una pequeña mochila y después de vestirse totalmente de negro salió de la habitación, no se fiaba de ese David.

Subió a la azotea y buscó la piedra donde se suponía que estaba todo lo que había dejado Tavalas para él. Se la

había mostrado la noche anterior al apagar un cigarrillo en el hueco.

El grito de Isabella le llegó haciendo eco mientras comenzaba a bajar las escaleras, el resto lo descendió corriendo y encontró a David acorralándola debajo de la cámara. Hijo de puta.

Soltó la mochila en un rincón oscuro y siguió avanzando para poco después quedar paralizado. Isabella le había lanzado una patada a los huevos y acto seguido tenía los pulgares sobre los ojos del tipo. No pudo evitar que una sonrisa asomara a su rostro cuando

David soltó toda una retahíla de insultos en ruso.

Se paró al lado del hombre y cruzó los brazos sobre su pecho. Isabella lo miró un momento y levantó la rodilla para darle en la mandíbula al hombre que tenía agachado delante de ella.

Ian levantó una ceja y sonrió de nuevo, estaba orgulloso de ella. Aunque no se lo diría debido a la mirada de pocos amigos que le dedicó la chica. Iba a decirle a David que se largara cuando vio un movimiento por el rabillo del ojo.

David estaba apuntando a Isabella con su arma, Ian sacó la suya tan rápido que el hombre no lo vio venir.

—Eso es jugar sucio ¿no crees? — preguntó apuntando a su sien.

—¿Qué haces, Bracco? Esta puta me ha atacado.

—No es lo que yo he visto. Baja el arma.

Isabella dio un paso atrás hasta que su espalda tocó la pared. David sonrió al verla asustada.

—No hagas que te levante la tapa de los sesos, sabes que lo haré —

amenazó Ian.

El hombre apuntó durante un par de segundos más y después empezó a bajar la pistola lentamente. Ian dio la vuelta a la pistola en el aire y le dio un golpe seco con la culata en la nuca. David, cayó como un plomo, no era muy alto, pero abultaba.

—¿Qué...

Ian miró su reloj. Mierda, tenían escasos tres minutos para salir cagando leches, esa idiota de Kathryn le había hecho perder un tiempo muy valioso.

Capítulo 15

Guardó la pistola ante la atónita mirada de Isabella y la cogió de la mano.

—Vamos, no hay tiempo que perder.

Ella tiró de su mano para soltarse.

—¿Vamos? ¿Ibas en serio? —Le dolió que no le hubiera creído cuando le dijo que la sacaría de aquí.

—No hables, sígueme.

Cuando llegaron hasta la mochila ya estaban en un punto muerto, donde la cámara no alcanzaba a verlos.

—Sácate esas deportivas blancas, llaman demasiado la atención. —Sacó unos calcetines negros y se los tendió —. Lo siento, no he encontrado botas de tu talla.

—Me las apañaré —contestó seca.

Ian lo pasó por alto mientras se sacaba el chaleco antibalas y la obligaba a ponérselo.

—No puedo moverme, me va grande —se quejó ella.

—Puedes correr y eso es lo que importa. —Era obvio que se volvería loco si alguien lograba herirla.

Recogió las deportivas y las metió en la mochila, se la colgó al hombro y empezó a subir las escaleras.

—Recógete el pelo y ponte la capucha. —Le tendió una chaqueta negra.

Ella lo hizo sin rechistar esta vez.

—Detrás de mí, no te separes y no hables —ordenó sin vacilar.

Cuando llegaron arriba él apuntó hacia un lado del pasillo y al otro, al

momento, dos hombres aparecieron corriendo, seguro que habían visto las imágenes de las celdas, los habían visto huir. No se lo pensó dos veces y les disparó.

—Coge la cinturilla de los pantalones, necesito saber que estás justo detrás —dijo sin dar opción a réplica ya que empezó a caminar de nuevo sin dejar de apuntar.

Notó los finos dedos de ella agarrar la tela de sus pantalones cargo negros.

Isabella no entendía nada, Ian acababa de disparar a dos de sus compañeros. No entró en un pánico absoluto porque su prioridad era salir de allí, con o sin Ian. Aunque la ayuda era bienvenida, no confiaba en él. Y menos entendía aún, que primero la hubiera secuestrado y ahora la ayudara a escapar. No, nada de lo que hacía Ian parecía ser racional.

No importaba, ella saldría de aquí e iría corriendo a su familia para advertirlos sobre Gusav. No se había

creído ni una sola palabra de lo que le había contado Ian. No porque él hubiera mentido, sino por lo que le habían hecho creer sobre su padre. Ian sabría, tarde o temprano, que su progenitor era inocente.

—Bien ¿ves ese claro? —Habían salido al exterior, aunque se mantenían pegados a la pared.

Ian hablaba en susurros.

—Sí.

—Si nos separamos en algún momento, evítalo, serías un blanco fácil.

—De acuerdo.

—Isabella, preferiría que no te despegaras de mí. ¿Tu pierna está recuperada del accidente?

Lo haría en cuanto estuviera a salvo, se marcharía sin mirar atrás.

—Mi pierna está perfecta, y no me separaré de ti.

Por el momento.

—Perfecto, a mi señal corre todo lo que puedas hacia esa arboleda, llegaremos al límite del terreno y saltaremos una valla, tenemos que cubrir un par de kilómetros andando y ya nos estarán buscando, pero lo

conseguiremos.

—Vale.

Ian levantó la mano para acariciar su mejilla, pero ella se apartó en cuanto rozó su piel.

Sus ojos la escrutaron, Isabella esquivó la mirada.

—Ahora.

Buscó la señal que había estado esperando Ian, y vio algo extraño, alguien parecía estar encendiendo un mechero del que solo salían chispas.

Las cámaras exteriores estaban equipadas para ver en la oscuridad y los intentos totalmente intencionados de encender un mechero por parte de Tavalas estaría volviendo locos a los hombres que miraban los monitores. Los destellos debían estar cegándolos.

—¡Eh, tío, no hagas eso! —gritó alguien.

—Lo siento ¿tienes fuego? —Esa era la voz de Adrian.

—No, no tengo.

—¡Alerta! —gritó Adrian.

El hombre buscó en la dirección

que señalaba Tavalas, que era en la dirección totalmente contraria de donde estaban Isabella y él.

—¿Qué?

—He visto una sombra.

En ese momento Ian tiró del brazo de Isabella instándola a correr mientras Tavalas entretenía al otro hombre. Mantuvo el ritmo por ella, aunque no iba despacio para llevar solo calcetines, se sintió culpable. Se metieron entre los árboles y divisaron la verja al final, ese era un buen escollo para superar.

Se plantó de espaldas a la valla y

apuntó con su arma hacia dentro del recinto, dobló una rodilla y le hizo una señal a Isabella para que trepara por encima de su cuerpo, era una manera de evitar que se magullara los pies más de lo ya lo haría, le tela metálica media unos dos metros de altura, ella fue rápida y se dejó caer al otro lado, soltando un quejido.

—¿Estás bien? —susurró sin girarse.

—Sí.

De repente el infierno se desató, las balas venían de todas partes, él

respondió devolviendo el fuego.

—Agáchate. Al suelo, Isabella.

—No podrás saltar.

—No te preocupes por mí.

Cúbrete.

Había una ligera pendiente al otro lado y eso mantendría a Isabella a salvo de las balas. Si él no podía saltar. Al menos ella podría huir, pero se estaba conteniendo de incitarla a hacerlo, quería estar con ella, protegerla.

Miró hacia su derecha y vio que una parte del vallado quedaba oculto por varios troncos, desde allí podría

saltar si era lo suficientemente rápido.

—Isabella intenta correr lo más rápido posible en paralelo a mí —dijo desde el suelo—. Nos cubriré.

—No podré alcanzarte.

—Entonces desciende un poco y agáchate, vendré a por ti.

Se levantó y disparando corrió hasta internarse entre los troncos, lanzó la mochila y trepó a toda velocidad, paso las dos piernas a la vez sosteniéndose solo con las manos y aterrizó dejando que su cuerpo resbalara por el terraplén más

pronunciado ahora.

Isabella venía corriendo hacia él y cojeando. Mierda. Se había hecho daño al saltar.

No se lo pensó, colgó la mochila en su hombro y corrió hacia ella, al llegar la levantó y se la puso al hombro para volver a emprender una carrera frenética hacia los árboles que estaban a unos cincuenta metros. No pesaba demasiado, pero si la cargaba durante demasiado tiempo terminaría por ralentizar su avance. Se internó entre la arboleda y se giró a tiempo de ver como las grandes puertas de hierro

forjado se abrían y dos vehículos salían derrapando del interior.

—¡Ian, bájame!

—No.

Y sin más, volvió a correr, si conseguían llegar al otro lado encontrarían el coche que los llevaría más lejos de esos tarados. Alcanzó el coche resollando, un Opel Astra hecho un asco, que estaba aparcado exactamente donde debía estar.

Habían parado dos veces y ella había intentado correr, pero había terminado por cargar con ella de

nuevo, a pesar de los insultos que más bien lo hicieron reír.

La ayudó a entrar y él se sentó al volante. En ese preciso momento los dos coches se acercaban por la calle a bastante velocidad, los estaba mirando por el retrovisor. Cogió por la nuca a Isabella y la obligó a agacharse, él también lo hizo y los coches pasaron como una exhalación por su lado.

—¿Eran ellos?

—Sí.

Cogió su pierna y lentamente la puso encima de sus muslos para quitarle el calcetín negro y el otro

calcetín blanco que ella llevaba debajo.

—¿Qué haces?

—Control de daños.

Examinó el tobillo, estaba hinchado y en la planta del pie tenía varios cortes.

—Joder, lo siento.

Ella levantó la pierna y volvió a ponerla en el suelo de su lado del conductor.

—No pasa nada, ya se curará.

Echó mano de la mochila que había lanzado al asiento trasero y sacó las

deportivas.

—Póntelas, ahora ya no hay peligro.

—¿Estamos a salvo?

—Sí, imagino que lo has pasado mal cuando nos disparaban.

Ella miró al frente, su mente parecía estar muy lejos.

—Isabella, ¿estás bien?

La vio parpadear, saliendo de donde fuera que estaba.

—No es la primera vez que me disparan.

—¿Qué?

Lo miró seria.

—Ian, no es el momento, salgamos de aquí, ellos pueden estar haciendo rondas, saben que caminando no llegaremos muy lejos. Aprovechemos la ventaja.

Asintió, arrancó el motor y lo sacó de entre los dos vehículos en los que estaba aparcado en batería. Esto no iba a quedar así, ¿dónde cojones habían disparado a Isabella? Quería saberlo, ya.

Isabella detestaba haber metido la pata de esa manera, pero no quería que la tomara por una mujer débil, no lo era y las circunstancias en las que había tenido que vivir eran una prueba de ello. Si Ian estaba acostumbrado a sacar a damiselas en apuros de una celda y después tirárselas para calmarlas, este, no iba a ser su caso.

—¿Adónde vamos?

—A un piso franco.

—¿Es seguro?

—Del todo.

—Pero la gente para la que

trabajas...

—Creo que tienes un lío mental, Isabella. Después hablaremos.

Sintió cómo la ira se adueñaba de ella.

—El concepto que tengo de ti está bastante dañado, no lo empeores.

—No tengo el menor interés en que me veas como a un ángel —contestó seco, la tensión en el interior del vehículo se podía cortar con un cuchillo.

—Perfecto. ¿Cuándo podré ver a mi familia?

—No puedes verlos, nos pondrías

en peligro.

Ella se giró apoyando la pierna doblada en el asiento, encarándolo.

—¿A quién pondré en peligro? A ti ¿y a quién más?

—A mi unidad.

Eso ya empezaba a ser ridículo.

—¿Llamas unidad a esa panda de delincuentes?

—No. Llamo unidad a mis compañeros de equipo, los que nos están ayudando a salir de aquí.

Eso la dejó paralizada.
¿Compañeros de equipo? Él ya no

estaba en el ejército, ¿no?

—Esos cabrones, ¿son tus compañeros de equipo? ¿Los del castillo?

Ian la miró un momento.

—No Isabella, en el castillo estaba infiltrado. Después apareciste y todo cambió.

¡Joder!

—¿Te has descubierto por mí?

—Sí, nena. Eso he hecho y ¿sabes qué? Deberías cerrar esa boquita y dejarme pensar, no conozco la ciudad y desearía terminar el trabajo.

Perfecto, le acababa de soltar que

ella no era más que un trabajo de la manera más sutil.

—Siento haber desbaratado tus planes y los de tu equipo. ¿Saben ellos que te follabas a mujeres en horas de trabajo? ¿O eso entraba dentro de tu encubrimiento?

Capítulo 16

Ian, se mordió la lengua, no era el momento ni el lugar para hablar de eso. Le dolía lo que ella acababa de soltar, pero Isabella lo había visto en directo, y ni podía ni quería mentir.

Había poca circulación y eso tampoco le daba demasiada confianza, si se cruzaban con otros vehículos y uno de ellos eran los hombres de Sokolov pintarían una diana sobre

ellos. Intentó conducir por calles estrechas mientras el GPS le guiaba a base de recalcular el recorrido ya que él se negaba a ir por calles céntricas. Isabella guardaba silencio a su lado, un sutil recordatorio de que seguía cabreada con él.

Diez minutos después llegaron a una calle llena de coches aparcados y casas apiñadas, dio un par de vueltas y dejó el vehículo bien aparcado, asegurándose de no cometer ninguna infracción que pudiera descubrirlos.

—¿Puedes andar? —preguntó antes de abrir la puerta.

—Puedo andar —contestó ella abriendo y saliendo.

Perfecto. Echó un vistazo y palpó las llaves del piso en el bolsillo. Cerró el coche y guardó la llave en otro de sus muchos bolsillos.

—El piso está tres portales más allá.

Ella asintió y caminó todo lo rápido que pudo mientras intentaba ocultar su cojera.

—Deja que te ayude...

—No.

«Tozuda».

—Está bien.

Caminó a su ritmo, preparado por si tenía que intervenir en el caso de que ella perdiera el equilibrio, hasta que llegaron al portal y abrió. El ascensor estaba en la planta baja y entraron, era un trasto viejo, que hacía mucho ruido, con puertas de ballesta. Pero el piso franco era el último, y subir por las escaleras estaba descartado debido a la lesión de Isabella.

Sacó la pistola ante la atónita mirada de ella y apuntó, preparado por si había alguna sorpresa en el quinto y

último piso.

El rellano estaba vacío cuando lo alcanzaron, y él abrió las puertas para que ella pasara.

—Ian, no me dispares.

Se volvió rápido para ver aparecer a Killian.

—Joder, teniente.

Killian se llevó un dedo a los labios y abrió la puerta del piso. Cuando entraron ella se apoyó en la pared y miró a Killian frunciendo el ceño.

—Pertenece a mi unidad, te presento a Killian. Ella es Isabella.

—Un placer, Isabella. Espero que estés a gusto aquí, deberéis permanecer al menos un par de días.

Ella lo miró con cautela.

—Lo mismo digo, ¿dos días?

Ian, fue consciente de la mirada nerviosa que le lanzaba Isabella. Si Killian también la había visto iba a tener que soportar sus sandeces durante décadas.

—¿Algún problema, nena?

Isabella frunció el ceño ante tal apelativo.

—Quisiera hablar con mi familia.

—Eso está fuera de discusión. Tu padre...

—Teniente —intervino antes de que dijera algo que hiciera saltar a la chica—. ¿Tenemos suficientes víveres?

—Sí, he traído un teléfono, algo de comida y ropa para ella...

—¡Mi padre no tiene nada que ver con todo esto! —los interrumpió.

—¿Es que no le has explicado el asunto? —preguntó Killian levantando una ceja, y para cabreo de la chica, algo divertido.

—Tenemos que profundizar —se

excusó Ian.

—Estáis equivocados —insistió ella.

El teniente resopló.

—Me voy, os mantendremos al tanto de la operación de esta noche.

—Me voy contigo, tengo algunas cosas que aclarar... —empezó a decir ella.

—Isabella, nos están buscando.

—No me importa, llegaré hasta mi padre.

—Lo pondrás en peligro, ¿es eso lo que quieres?

—Maldita sea, Ian. No sé qué

película os habéis montado, pero mi padre está limpio. Esas acusaciones son falsas.

—Como decía, me voy, y vosotros dos deberías *profundizar* más, cuida de ella, Ian.

—¡No! Espera —gritó Isabella.

Pero Killian ya había cerrado la puerta tras de sí. Ian se acercó y la cerró con llave.

—¿Te hubieras ido con él? Pero si ni siquiera lo conoces, joder, Isabella.

—No importa, no quiero estar aquí contigo.

Mierda, ¿qué coño había hecho él para provocar tanto odio?

—Después hablaremos, tenemos que curar ese tobillo.

—Yo lo haré, soy médico ¿recuerdas?

—Lo recuerdo, solo intentaba ayudar.

—Ayúdame indicándome el baño. A lo mejor deberías salir a buscar una pomada antiinflamatoria y vendas compresivas.

—Buen intento, en el baño hay un botiquín actualizado.

Sabía que ella intentaría escapar si él se ausentaba. La acompañó hasta el pequeño baño y ella le cerró la puerta en las narices.

Iba a romperle algún hueso, aún no sabía cómo, pero lo intentaría. Estaba harta de Ian, de idiotas secuestradores y tenientes capullos con pinta de modelo de GQ. Aunque debía reconocer que el que estaba realmente guapo y atractivo era Ian. Era

simplemente irresistible.

—Tengo que salir de aquí —dijo en voz alta mientras se quitaba la ropa.

Una vez desnuda buscó el botiquín y se dispuso a preparar las cosas que iba a necesitar. Se dio una ducha y agradeció el agua caliente sobre su piel. Se sentó sobre la tapa del váter, ya envuelta en una gran toalla, y apretó suavemente con los dedos en su tobillo, ya sabía que no estaba muy dañado, pero buscó el bulto justo al lado del hueso y lo palpó. Hizo una mueca mientras se hacía un masaje con la pomada y después se puso la venda.

De repente cayó en la cuenta de que, al entrar en el baño tan decidida, no había cogido ropa para vestirse. Se aseguró de que la toalla tapaba todo lo que tenía que tapar y salió, hasta ese momento no se fijó en que daba al pequeño salón y que en ese instante estaba vacío. Oyó trastear en la habitación de al lado e imaginó que sería la cocina. Divisó la bolsa que había traído el guaperas del teniente, y caminando deprisa, la cogió y se volvió a meter en el baño.

Ropa interior, unos vaqueros

oscuros y una camiseta de manga larga. Y todo de su talla. ¿Alguien le había tomado las medidas mientras dormía? Salió con paso ligero y abrió la puerta de lo que suponía que era la cocina. Iba a pedir explicaciones cuando se le secó la boca, la cerró a tiempo de no quedar como una completa idiota babeante cuando él la miró.

Solo llevaba los pantalones y una pistola enganchada en la cinturilla, entre la tela y la piel de su espalda. Y acababa de dejar un plato sobre la mesa con un par de trozos de pizza.

—Si ya has terminado es mi turno

de entrar en el baño. Come un poco, te sentará bien. No tardo.

No fue capaz de decir ni una sola palabra mientras admiraba ese desarrollado torso bronceado. Su lado lógico, ese que debía pedir explicaciones y exigir hablar con su familia, quedó relegado al olvido. Cuando él salió de la estancia soltó el aire y se sentó en una de las sillas frente al plato. Se suponía que era una mujer inteligente, pragmática y lógica. No un ser que se derritiera ante la visión de un hombre medio desnudo.

Se daría bofetadas mentales si pudiera.

—Ah, una advertencia. —Su voz la sobresaltó y miró hacia la puerta—, no intentes escapar. Con eso solo conseguirás poner en peligro a tu familia.

Su intensa mirada azul desapareció de nuevo.

¿Qué se suponía que debía hacer? Sus padres y su hermana debían estar preocupados y ella estaba en un piso franco, con un tipo guapo que le hacía disfrutar de unas maravillosas vistas. Su familia no entendería ni en mil años que no hubiera, al menos, podido haber

enviado un mensaje diciendo que estaba bien. Buscó la ropa que él se había quitado en cuanto oyó correr el agua de la ducha, la encontró en el salón, tirada en el sofá, registró los bolsillos, pero Ian no era tan tonto como para dejar un teléfono a su alcance, de la misma manera que se había asegurado de cerrar la puerta con llave. Se asomó a la ventana, la altura era considerable, lo que descartaba cualquier intento de fuga si no quería terminar hecha un charco en la acera.

—Sería un buen salto, no te lo

recomiendo. —Llevaba unos vaqueros limpios y se estaba terminando de poner una camiseta —. Ahora que ya lo has visto, apártate de la ventana, no es seguro.

Su pelo corto y oscuro, aún estaba mojado y se disparaba en punta en varias direcciones, casual y atractivo. Ese era Ian.

—Está bien. —Se hizo a un lado y volvió a entrar en la cocina, él la siguió.

—No lo has probado —dijo señalando el plato sobre la mesa con la barbilla.

—No tengo hambre.

Ian se rascó la cabeza y después se apoyó en la encimera cruzándose de brazos.

—Sé que esto es difícil para ti...

—Sí, Ian, lo es...

—¿Cómo tienes el tobillo? ¿Te duele? Creo que tengo algún calmante.

—La pomada me va bien, gracias.

Estaba siendo muy seca, pero no le importaba. Tenía que convencerlo para que la sacara de aquí, se había dado cuenta de que seguían en Budapest. Por un momento, cuando despertó en esa

celda, pensó que la habían sacado del país.

—Killian ha traído un informe, me gustaría que lo leyeras. Lo ha redactado la CIA, supongo que es la única manera que se me ocurre de que aceptes lo que está pasando —expuso Ian cortando sus pensamientos de golpe.

Se giró y cogió una carpeta oscura que estaba al lado de la nevera y que ni siquiera se había percatado de que estaba ahí. Se la entregó rozando sus dedos, y eso hizo que ella reaccionara. Debería estar contenta de que Ian

estuviera allí para ayudarla y debería agradecersele, pero no encontraba las palabras. Lo que le había contado sobre su padre aún escocía demasiado.

—Te dejaré sola para que lo leas, si tienes alguna duda estaré en el salón.

Abrió la nevera y sacó una Coca-Cola antes de irse.

Ian dio un trago al refresco y se sentó en el sofá, apoyando los pies en la mesita de centro algo

descascarillada. Sabía que ese informe iba a ser un mal trago para Isabella, pero debía estar al tanto y saber a lo que atenerse.

A pesar del más que desastroso reencuentro que habían tenido, la ayudaría, ya no solo por salvar a una rehén de los rusos, sino porque Isabella había significado algo para él. Era una chica brillante, no merecía que su padre la arrastrara al turbulento negocio en el que se movía. De repente, una idea atravesó su mente, ¿y si Isabella ya lo sabía todo e incluso estaba involucrada? Tenía que ser una

buena actriz ya que parecía totalmente consternada cuando él dejó caer la bomba sobre su familia. Porque, en realidad, ¿cuántos de sus seres queridos sabían o incluso apoyaban los negocios del cabeza de familia?

No sabía cuánto tiempo había pasado cuando todas sus dudas se esfumaron como el humo. Isabella salió de la cocina con el rostro desencajado.

—Dime que no es verdad, Ian. Dime que la CIA se ha equivocado de hombre.

Su voz rota y el desengaño

reflejado en sus preciosos ojos miel, le hicieron saltar del sofá como un resorte para ir a abrazarla mientras el informe caía al suelo y sus páginas quedaban esparcidas a su alrededor.

—Lo siento, nena. Ojalá pudiera cambiarlo.

Ella se aferró a su camiseta, aunque no lloraba, solo parecía contener la decepción y la rabia.

—Tengo tantas preguntas...

Se separó de ella y levantó su barbilla con la mano.

—Intentaré contestar, Isabella.

—Son preguntas que quisiera

hacerle a mi padre, saber por qué tomó ese camino. El peor que podía haber tomado.

Se separó de manera abrupta.

—Ese Gusav está acusado de muchas cosas, y no puedo entender que mi padre aceptara ser su socio. No lo necesitaba, maldita sea, no así. ¿Por qué no acudió a su familia? Tal vez... ¡Joder! ¡Hasta se dedica al tráfico de personas!

Había pasado de la conmoción a la rabia, tal vez la impotencia de no haberse dado cuenta antes.

—Nunca notaste nada, supongo.

Ella lo miró seria.

—Estuve tres años fuera de Estados Unidos. ¿Cómo iba a saberlo? Ni siquiera sé cuándo empezó todo esto.

—¿Qué?

Capítulo 17

Ahora ya sabía por qué no la había encontrado. Ese inútil de detective que contrató, solo la pudo hallar cuando ya estaba en el hospital, en estado de coma.

—¿Estuviste fuera?

—Sí, con una oenegé en África, había ahorrado lo suficiente y me fui con un amigo.

—Te busqué, Isabella. Todos estos

años te he estado buscando.

Ella lo miró sorprendida... y esperanzada.

—Yo lo intenté durante un año, y aunque no te vi, supe de ti.

Maldita sea, las cosas habrían sido muy diferentes si al menos se hubieran visto una sola vez.

—Pero ahora eso ya no importa — continuó ella.

—Lo sé. Solo una pregunta, ¿por qué no quisiste verme en el hospital?

Isabella se apartó y cruzó los brazos sobre su pecho.

—Digamos que me llegaron

algunas informaciones que no me gustaron.

—¿Qué informaciones?

Lo miró levantando una ceja.

—No quiero hablar de eso ahora.

¿Puedo contactar con mi hermana al menos?

Sabía que lo próximo que iba a decir le iba a molestar, pero no podían correr riesgos.

—Perfecto, espero que algún día me expliques qué coño pude hacer tan grave, para que fueras incapaz de mirarme a la cara. —Ella le mantuvo la

mirada—. En cuanto a tu hermana — prosiguió—. Por la información que tenemos, trabaja para tu padre. Así que siento decirte que tampoco puedes llamarla.

—¿Qué? —La furia asomaba a sus ojos—. Ella ha llevado el peso de la galería que mis padres tienen en Nueva York, ha trabajado muy duro para que las exposiciones salieran perfectas, se hacía cargo también de las subastas. El que viajaba era mi padre, estoy segura de que Cass no tiene nada que ver en todo esto.

—Bien. Hasta que no lo

confirmemos, no habrá ninguna forma de contacto.

Isabella apretó los puños.

—Cuatro años sin verte, Ian, cuatro años. —Levantó cuatro dedos—. Y cuando apareces, todo son problemas. Debiste quedarte en el agujero donde estabas metido. Debí quedarme con Nate, maldita sea.

Se fue, y después de abrir varias puertas, se metió en una habitación, supuso que quería estar sola, así que no insistió. Pero lo que acababa de decirle era injusto, si no hubiera sido

su unidad habría sido la CIA u otros, los que hubieran ocupado su lugar. Pero su padre no se habría librado.

Y ahora que lo pensaba ¿quién coño era Nate?

Slade, siguió señalando la pizarra y mostrando los lugares por los que debían acceder, Orlov, su colega ruso, daba alguna que otra puntualización. Habían llegado a un acuerdo, los detenidos con nacionalidad rusa eran de los agentes rusos, el resto eran

propiedad de la CIA, que era quienes, al fin y al cabo, habían descubierto la trama junto al FBI.

—Es la única oportunidad que tenemos, dado que no estarán acompañados de sus familias, según nuestro contacto.

El capitán se cuidó mucho de no descubrir a Tavalas, que era el que ahora quedaba como único enlace. Lejos de lo que se podía pensar, y en gran parte por culpa de Hollywood, se solía infiltrar a más de un agente en casos en los que se determinaba un

número demasiado alto de sospechosos. Y aunque el agente ruso al mando hubiera mencionado a un solo infiltrado, estaba completamente seguro de que había más.

—Se podría dar la circunstancia de que alguien de las familias también esté involucrado. Ahí nosotros no entramos, nuestro objetivo principal es desarmar a esos tipos.

—¿Es una advertencia? —preguntó Orlov divertido.

El hombre estaba apoyado en una mesa con un pie cruzado sobre el otro a la altura del tobillo, con la punta daba

golpes en el suelo.

—Para mis hombres, no los voy a poner en peligro persiguiendo objetivos colaterales, de eso que se ocupen otros.

—Nosotros, no.

—Perfecto. —Miró a sus hombres —. ¿Alguna duda?

—Ninguna —contestó Killian.

Los hombres del ruso estaban atentos, aunque Slade no estaba seguro de que hubieran entendido algo. Orlov se puso a traducir y dio instrucciones.

—Es una sala de arte ubicada al

norte de Budapest, cruzando el río. Hay una exposición y una subasta. Los interesados abandonarán la sala cuando empiecen a repartir los aperitivos de después, ahí es donde nosotros actuamos. Los únicos que estarán en la sala serán Pam y Dan.

Era por eso que Orlov había pedido la cooperación femenina, se haría pasar por una invitada y daría el aviso cuando todos los hombres estuvieran fuera de su vista y reunidos.

—¡Sí! —saltó Dan—. Gracias, jefe.

—Sí, gracias —dijo Pam sin

ninguna entonación en su voz.

—Nena...

—Dan, eres un perfecto grano en el culo. Busca un esmoquin, prefiero que actúes como acompañante, a que te distraigas pensando en la seguridad Pam... —aseveró el capitán.

—Sé cuidarme sola —decretó la chica.

—También te gusta mi compañía —contraatacó Dan.

—No siempre, Dan.

—Esta vez, sí. Además, no intentes ocultarlo, estás loca por mí.

Las carcajadas no se hicieron esperar.

—Maldito idiota. —Pam se levantó y Dan fue detrás.

—Pero tu idiota, al fin y al cabo.

Slade entrecerró los ojos observando cómo salían de la habitación.

—No tienen arreglo —soltó Killian.

—¿En serio? —preguntó Jacob.

—No me hagas hablar, Phoenix. Que para sacar tu lado protector solo tiene que aparecer Mia —argumentó

Slade.

—A mi chica no le importa.

—Entonces ¿por qué estuvo a punto de dispararte la última vez que quisiste protegerla?

Jacob aún recordaba la cara del teniente cuando Mia fue herida de gravedad por un imbécil que se inmoló a solamente dos metros de ella, el grueso muro que los separaba salvó su vida y Killian, en su necesidad de cuidar de ella, la sacó de quicio cada cinco minutos. Por no hablar de cuando terminó con un cuchillo clavado cerca del corazón, en ese momento, hasta él,

como médico, temió por la vida de Mia.

—Tiene una cierta tendencia a cabrearse conmigo, pero me adora.

—Y así queda todo explicado — soltó Aylan haciéndolos reír.

De repente se dieron cuenta de que los rusos los miraban serios. Todos menos Orlov, que tenía una mueca de diversión en la cara.

—Deberías sacarles el palo del culo a tus hombres, terminarán teniendo una úlcera —decretó el teniente.

—No os entienden.

—No me refiero a eso. Se trata de liberar tensiones.

—No lo necesitan.

—Si tú lo dices...

—Basta, Phoenix —atajó Slade.

Se levantaron todos y, mientras los rusos empezaron a revisar sus armas, ellos fueron a comer algo y a charlar un rato. Quedaban doce horas para la reunión de capullos y necesitaban distenderse. La casa franca de los rusos estaba bien acondicionada y era enorme. Si esos estirados no aprovechaban para disfrutar de ella ya

lo harían ellos. Slade se sirvió un café y lo degustó, la cafetera era bastante parecida a la suya.

El teléfono personal de Killian empezó a sonar y Slade levantó una ceja. No acostumbraban a usarlos mientras estaban en una misión, pero lo dejó pasar debido al embarazo de Mia. Aunque sabía que ella no llamaría si le hubiera pasado algo, estaba más que habituada a salir en operaciones. No, no era para dar una mala noticia.

Killian miró la pantalla y vio el número de su Mia. Sonrió saliendo de la cocina y metiéndose en una de las

habitaciones. Se sentó en una de las dos camas individuales.

—Hola, nena.

—*Hola, cariño* —dijo la voz de Elijah.

—¿Qué coño haces con el teléfono de mi chica? —preguntó mientras su compañero soltaba una carcajada.

—*Teniente, si hubiera llamado con el mío habrías dicho en voz alta que era yo. Nadie se habrá extrañado de que te llame Mia ¿cierto?*

—Visto así... Pero ¿por qué el jefe no puede saber que llamas....

Un sudor frío le bajó por la espalda.

—Mia, ¿está bien? El embarazo...
¿Marie?

—*Sí, Killian, no se trata de Mia ni de Marie.*

Soltó el aire que había retenido, sus chicas estaban bien. Aunque Marie era la hija de Mia, él la consideraba suya también, la pequeña se había convertido en su ojito derecho.

—*Se trata del padre de Slade, está mal* —continuó Elijah.

—Mierda.

—*Sí, mierda. Está ingresado y, según los médicos, esta vez no hay ninguna operación que pueda ayudar a su corazón.*

—*¿Lucas está con él?*

—*Sí, y Sue va en cuanto puede dejar a la pequeña Alexia. Sue está preocupada también por Slade.*

—*Entiendo, ¿le has explicado que no es recomendable decírselo a Slade?*

—*Sí, pero se siente culpable.*

—*Dile que puede ponerlo en peligro.*

—*No le voy a decir eso, Phoenix.*

Ya se siente bastante mal. He pensado en mentir diciendo que no os puedo localizar. Ella no intentara llamar...

—A menos que muera —terminó Killian.

—*Exacto.*

—Bien, desvía las llamadas del teléfono de Slade al mío, yo cargaré con la responsabilidad.

—*¿Estás seguro? Yo pensaba estar con ella a todas horas, si ocurriese lo peor...*

—No vas a poder hacer eso, si Sue llama, dará conmigo. Aunque, creo que no lo hará.

—*Está bien. Intenta arrastrar el culo del jefe de vuelta en cuanto puedas.*

—Eso está hecho. Gracias, tío.

—*De nada, volved pronto.*

Cuando la línea se quedó en silencio, se percató de que a él también le afectaba el precario estado de salud en el que se encontraba Edgar Ward, había sido más un padre para él que su propio padre, que no veía más allá de sus negocios petrolíferos. Tiempo atrás ya lo habían operado y había superado ese trance, esta vez la cosa pintaba

mal, según Elijah. Y sabía que su compañero no habría llamado si el asunto no fuera de vital importancia.

Se pasó una mano por el pelo y soltó el aire por la nariz.

—¿Quién va a morir? —Se sobresaltó al oír la voz de Dan, Pam estaba a su lado.

—Joder, ¿estabais escuchando?

—Las paredes son de papel — argumentó Pam.

—Pues suerte que estoy lejos de la cocina, Slade sigue ahí ¿no?

Dan dio un paso hacia atrás y miró hacia la cocina.

—Eso creo.

—Tenemos un problema...

Cuando les explicó lo que pasaba, los dos se sentaron en la otra cama apesadumbrados.

—Joder, esto va a ser un verdadero palo para el jefe. —dijo al cabo de unos minutos Dan.

—¿No hay esperanzas? —preguntó Pam.

—No lo sé, pero no pinta bien.

La puerta se abrió de golpe. Jacob entraba decidido hasta que los vio.

—Eh, no me miréis así, podía

haber sido uno de esos rusos o algo peor.

Se los quedó mirando.

—Venía a cambiarme, dejé mi petate en esta habitación, lo siento, no sabía que estuviera ocupada. ¿Ocurre algo?

—Slade ¿está con Aylan? — preguntó Killian.

—Sí, los acabo de dejar.

Esta vez fue Dan el que puso en antecedentes a Doc, que terminó sentado al lado de Killian.

—¿Qué opinas? —preguntó el teniente.

—Sin verlo, y sin hablar con su médico, poco puedo aportar, pero os diré que su corazón ya estaba bastante mal hace unos años. Debido a eso y a su avanzada edad, bien podría quedarse en la mesa de operaciones. Imagino que los médicos lo habrán valorado y habrán quemado todos los cartuchos.

—Esperemos que pueda verlo...

—No nos pongamos en lo peor, si está monitorizado, aguantará —dijo Jacob muy seguro, lo cual les dio la remota esperanza de que al menos el

capitán pudiera despedirse de su padre.

—Vayamos a la cocina antes de que nos pille a todos aquí.

—Sí, es una buena idea —convino Dan.

Killian entró el primero seguido de Pam y Dan. Jacob se quedó en la habitación para cambiarse. Estaba claro que su estado de ánimo había cambiado, solo esperaba que su mejor amigo y jefe no lo notara.

—¿Va todo bien? —preguntó Slade nada más verlo.

Mierda.

—Sí, todo bien —comentó ausente.

—Me refiero a Mia, teniente.

—Ah, sí... se ha hecho una ecografía y quería decírmelo —mintió al vuelo.

Slade levantó una ceja. No se había creído ni una palabra, pero lo dejó pasar, por suerte. Más valía que pensara que no quería comentar sus asuntos con Mia delante de sus compañeros, a que supiera la verdad. Si alguien tenía que estar centrado, ese era Slade Ward.

—¿Cómo va el tema del vestuario?

—preguntó a Dan y a Pam.

—Bien, todo controlado —
respondió Dan.

—Vamos, no pongas esa cara, Pam.
Tenía que meter a Dan en la subasta o
hubiera terminado conmigo, ya lo
sabes.

Killian se alegró de que el capitán
hubiera malinterpretado las caras
largas de sus compañeros.

—Lo sé. Lo superaré —farfulló la
chica.

Aylan se rio. Cuando tuviera un
momento, Killian también se lo diría a
él. Era uno más en el equipo desde

hacía tiempo.

Capítulo 18

Ian oía teclear o al menos intentarlo. Había puesto la función en el teléfono para oír si ella lo intentaba, sonrió. Isabella no tenía ni idea.

Se levantó del sofá donde había pasado la noche sin dormir y fue a la habitación. No se molestó en llamar, simplemente abrió. Ella lo miró sorprendida pero no intentó esconder el teléfono. Debía darle crédito.

—Deduzco que tiene un código de acceso.

—Deduces bien, los teléfonos vía satélite no están para usarlos a la ligera. También te diré que normalmente no emiten sonido alguno cuando tecleas.

Estaba sentada con las piernas cruzadas sobre la cama, con solo una camiseta suya después de haberse duchado esa mañana, algo que la hacía lucir sexy, su pene dentro de los pantalones se sacudió. Ella levantó una ceja.

—Lo has hecho expresamente.

Esperaba que estuviera hablando del teléfono y no se hubiera dado cuenta de su reacción al verla.

—Sí, quería saber lo que tardarías en robarlo.

—No lo he robado, estaba sobre la mesa de la cocina.

—Lo que sea. Dámelo —pidió alargando la mano.

Ella se levantó y lo dejó con fuerza sobre su palma para, acto seguido, salir de la habitación.

—Creo que deberíamos hablar,

Isabella —propuso yendo detrás de ella.

—No, no lo creo.

Alcanzó su antebrazo y eso hizo que Isabella se detuviera.

—No me toques.

Él la soltó enseguida.

—Está bien. Pero, insisto...

—¿De qué quieres hablar, Ian? ¿De que no entiendo nada de lo que está pasando?

—No, quiero que hablemos de nosotros.

Ella bufó y entró en la cocina.

—No hay un nosotros, Ian.

—Lo hubo...

—Pasado, es pasado.

—Joder, Isabella. Al menos dime de qué coño va todo esto...

Ella dejó de golpe la bolsa del pan de molde sobre la encimera, y se giró. Él la miró, seguía igual de guapa, aun clavando su determinada mirada furiosa en sus propias manos. No quería ni mirarlo, pero él no podía dejar de admirarla. Era así de patético.

—Me mentiste, eso pasa. Y me defraudaste.

La vio quedarse conmocionada, tal

vez había hablado demasiado.

—Olvida lo que acabo de decir, parece que me importes y no es así — dijo dándose la vuelta.

Se acercó a ella, todavía sorprendido por el arranque de sinceridad. La cogió por la muñeca antes de que saliera.

—¿Te mentí?

—No eras quien dijiste ser, supongo que así te aseguraste de que no te perseguiría ¿verdad?

—Fuiste a ver a mi madre.

Ella frunció el ceño.

—¿Lo sabías?

—Sí, por eso yo también te busqué.

—Tu madre...

—No tengo ninguna relación con ella desde hace años.

Isabella se soltó y fue a sentarse en una de las sillas.

—Entonces ¿cómo lo supiste?

Se pasó una mano por el pelo. No le gustaba hablar de su familia. En realidad, solo se componía de su madre drogadicta, porque el haberse unido al hombre que conoció después de morir su padre solo le había aportado drogas y alcohol a su vida.

Llevaba unos meses en un centro de desintoxicación y él corría con los gastos, pero no iba a verla desde hacía meses. Ella tendía a ponerse histérica y a culparlo de todo en cuanto lo veía.

—Aún iba a verla en aquella época, cada vez que tenía permiso, ahora ya no voy. Digamos que las cosas se torcieron y en uno de sus ataques de locura dijo que una chica me había ido a buscar.

En realidad, dijo: «Una zorra de buena familia fue a casa a buscarte, ¿la has dejado preñada?»

Isabella escuchaba sin decir nada.

—Dilo, supongo que te encontraste con una deplorable imagen de ella. Estaba muy demacrada la última vez que la vi. —A Ian le dolía ver a su madre hecha un desastre.

—Eso no importa —dijo ella.

Mejor no saberlo. Se fue a sentar al sofá.

Isabella no deseaba decirle que aquella mujer no la había recibido precisamente con una sonrisa, no es

que lo esperara, pero algo de amabilidad hubiera sido aceptable. Todavía tenía grabadas en su memoria las palabras que soltó sobre Ian.

«No eres la primera tonta que viene a buscarlo, mi hijo es un cabronazo que no te conviene, así que vuelve a meterte en la mansión de la que has salido y no te compliques la vida ni se la compliques a él». No, no repetiría esas palabras. Que fueron muchas para el estado en el que se encontraba.

—Estaba drogada, yo estaba a punto de terminar la carrera, no me costó mucho percatarme de que ella

tenía las pupilas muy dilatadas, y enseguida até cabos. Me dijo que no sabía nada de ti. Que incluso te habías cambiado el apellido. Pero me dio una dirección de Nueva York.

—Mi madre cree que el mundo está en su contra. Piensa que me cambié el apellido para que no me relacionaran con ella. Lo cierto es que lo hice porque empecé a trabajar en una empresa de seguridad, una que de vez en cuando se mete en asuntos demasiado truculentos, cambiamos nuestra identidad para proteger a

nuestras familias. Empecé como escolta y después he estado haciendo misiones.

—¿No se lo has contado?

—Tiene esquizofrenia, una secuela de todo lo que ha consumido, me niego a contarle nada que pueda hacerla saltar, y ese, es un asunto demasiado espinoso. La simple visión de mi rostro la altera.

—Lo siento. En esos centros suelen recuperarse bien...

—El problema es que ella no pone de su parte.

Ella se apoyó en la pared y se

cruzó de brazos mirándose la punta de las deportivas. Durante un buen rato ninguno de los dos dijo nada.

—Ese tal Gusav... yo no lo conocí hasta la otra noche en la fiesta. Vuestra misión es él, supongo.

Cambió de tema, quería saber más sobre la implicación de su padre.

—Él, y todos los que lo rodean, siento que tu padre...

Ella levantó la mano haciéndolo callar.

—No, no sigas, intento encajar las piezas.

—¿Crees que si hablaras con él
sacarías algo en claro?

—¿Podría? —preguntó
esperanzada.

—No podemos ayudarlo a huir,
Isabella. Si lo llamas y le haces
preguntas, desaparecerá.

Isabella se envaró.

—¿Sabes? Creo que, aunque
pudiera, no hablaría con él. No os lo
voy a poner en bandeja, seguro que hay
una explicación para todo esto.

Ian la miraba escéptico cuando el
teléfono vía satélite empezó a sonar

emitiendo pequeños pitidos.

—Porter —contestó Ian.

Ella no podía oír al interlocutor al otro lado de la línea.

—Perfecto, mañana saldremos hacia allí, solo dame la señal —decía mientras ella escuchaba.

Cuando colgó, levantó una ceja inquisitiva.

—Mi capitán ha hablado con tu padre, sabe que estás segura y va a colaborar. Nos ha dado el lugar exacto donde tendrán la reunión de esta noche.

—¿Qué reunión?

—La que utilizan de tapadera para

hablar de otros negocios.

—Pero Gusav irá a por él, sabe que hemos escapado.

—Hay una baza a nuestro favor, Gusav no le ha dicho a tu padre que ya no te tiene. Así que pretende acorralarlo.

Abrió la boca para decir algo, pero la cruda realidad se cernió sobre ella. Su padre iba a morir.

—¡No podéis dejar que lo haga!

—Nena, lo protegerán.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque es nuestro trabajo.

Ian sabía que ella no confiaba en ellos, pero iba a tener que hacerlo.

—Dijiste que te habían disparado en otra ocasión.

Ella lo miró frunciendo el ceño.

—Digamos que a muchos hombres de Sudáfrica no les hace ninguna gracia que instruyamos a sus mujeres en un control de natalidad, son pequeñas tribus que entienden que su Dios desea llenar sus poblados de niños, sin

importar que estos acaben con malnutrición o enfermedades por las que acaban muriendo, las vacunas tampoco son bienvenidas. Practican la ablación genital a las niñas en algunas de esas tribus, y el SIDA se extiende por no usar preservativos. Un día nos dispararon antes de llegar siquiera a pisar un poblado. Nuestro intérprete murió y dos de mis compañeros resultaron heridos.

—Joder. Que esa gente tenga armas ya es peligroso...

—Lo sé, pero hay que ayudar a esas mujeres que ven morir a sus hijos

sin poder hacer nada.

—Entiendo.

Tuvo que morderse la lengua para no echarle en cara que ir a esos sitios era ponerse una diana en la frente. Pero formaba parte de su trabajo como doctora, y debía respetarlo.

—¿Vas a volver?

—No, he conseguido una plaza en el hospital Presbiteriano, en Nueva York, ya había hecho prácticas allí. Empiezo en pocos días.

Soltó el aire mentalmente.

—Esa es una buena noticia, te

felicito.

Isabella se retorció las manos nerviosamente.

Se levantó y se acercó a ella cauto. Quería abrazarla, aun sin saber cómo reaccionaría. Así que lo hizo, la atrajo hacia su pecho y puso una mano en su cintura y la otra en la nuca. Tal como había hecho años atrás cuando se abrazaban, sobre todo cuando se despidieron. Ella correspondió poniendo sus palmas abiertas en su espalda y aferrándolo con fuerza.

—Todo se arreglará, Isabella.

—Si mi padre ha cruzado la línea,

que lo pague con la justicia, pero no quiero que muera a manos de ese ruso.

—Te prometo que mi equipo lo mantendrá a salvo. Son buenos en su trabajo.

Ella se separó y lo miró a los ojos.

—Tus amigos, aquellos que estaban contigo en el lago, ¿trabajan contigo?

Ahora fue él el que se separó y por un lado de la ventana atisbó fuera, todo parecía tranquilo. Pero en su interior, la tristeza se estaba despertando, algo que hacía tiempo que había dejado que

se deslizara al fondo de su mente, en ese lugar no dolía tanto.

—¿Ian?

—Murieron, los dos, el mismo día y a la misma hora. Poco tiempo después de volver a incorporarse, después de aquellas vacaciones — soltó intentando tragar el nudo de su garganta.

—¿Qué? ¿Un accidente? —Su voz se fue apagando al mismo tiempo que sentía que se acercaba a él por la espalda.

—Eran pilotos...

—Sí, lo recuerdo.

—Perteneían al mismo escuadrón, aquel día volaban por debajo de los radares para prestar apoyo a una unidad que se había quedado atrapada en medio del fuego enemigo, al superar una ensenada, los alcanzaron los lanzamisiles de los rebeldes. No tuvieron tiempo de reacción.

Aún podía recordar el funeral, las medallas al mérito y el llanto de sus familiares, sus fotografías encima de los féretros... Su propio dolor.

—Lo siento.

Los brazos de Isabella rodearon su

espalda y se apoyaron en su pecho.

—Crecimos juntos en Maine. Esa también fue una de las razones por las que no volví a mi pequeña ciudad. Sus madres... las madres de Chaisse y Sam...me rompía el corazón verlas.

Permanecieron en esa postura un buen rato, el sol ya empezaba a perderse en el horizonte cuando él se dio la vuelta para encararla.

Capítulo 19

—Cuanto capullo suelto —dijo Dan al oído de Pam, aunque realmente todos los auriculares estaban conectados.

—Tienes razón, pero es irrelevante, concéntrate —contestó la acerada voz del capitán.

—Veo a Gusav junto a su mujer, está hablando con otro de los sospechosos —anunció Pam

Dan avanzó hasta una de las paredes que estaban repletas de obras de arte de lo más variopintas, Pam iba colgada de su brazo, los dos muy elegantes.

—Ya hay tres localizados, aparte de Gusav —aportó Dan.

Habían memorizado sus fotografías.

—Solo a ti se te ocurriría plantarte aquí, y a solo medio metro. —Pam parecía divertida, aunque estaba seria.

Dan miró lo que tenía delante, no había prestado atención, solo lo había

hecho para hablar fingiendo que admiraba el enorme cuadro de dos por dos.

Dio un paso atrás arrastrando a Pam con él.

—¿Qué coño?

—Sí, cariño, eso es.

—Joder, nunca había visto uno tan grande.

En los auriculares se oyeron algunas carcajadas.

—Tíos, es un enorme...

—Lo hemos pillado —cortó Slade.

La mujer tumbada con las piernas completamente abiertas y dobladas por

las rodillas dejaba al descubierto sus genitales, de hecho, el cuadro se componía solo de esa parte, todo en tonos dorados y marrones.

—Es una pasada...

—Me alegro de que le guste, señor.

—Una chica bajita con un vestido blanco al estilo ibicenco se acercó a ellos, llevaba el pelo muy largo con la raya en medio, una mitad era de color azul eléctrico y la otra de color negro.

Dan se quedó mirando su cabeza fijamente.

—Soy Lulú, es mi nombre artístico,

y estaré encantada de oír su opinión —
dijo alargando la mano hacia él.

—Pues no estoy muy puesto en
estilismo, pero es un peinado divertido
—decretó con aplomo.

La chica levantó una ceja.

—Cariño... —empezó Pam.

—Ah, se refería al cuadro. Muy
bonito —soltó Dan cuando ya parecía
que no iba a decir nada más.

—La madre que lo parió —soltó
Killian.

Pam iba a abrir la boca, pero Dan
estaba dispuesto a darlo todo... por lo
visto.

—Quiero decir que es una maravillosa combinación de colores y detalles, la profundidad es lo que más llama la atención, por no decir que resulta agradable a la vista.

—¿Profundidad? ¿Detalles? —dijo Aylan.

—¿Combinación de colores? ¿Acaba de soltar eso? —preguntó Jacob consternado—. ¿Cuántos colores puede haber en un...

—Basta —bramó Slade—. Corta esa mierda, Dan.

—No olvides decirle que es muy

inspirador, lo de agradable te ha quedado muy bien —apostilló Killian con guasa.

—También me parece muy inspirador —dijo Dan, sorprendiéndolos a todos—, bella Lulú. Estoy seguro de que mi pareja de esta noche piensa lo mismo ¿verdad, encanto?

Pam se lo quedó mirando como si tuviera dos cabezas. ¿Por qué había repetido las palabras del teniente? Estaba igual de tarado que él.

—Lo de «mi pareja de esta noche» te ha condenado, idiota —se carcajeó

Killian.

—Estoy totalmente de acuerdo. —
La dulce voz de Pam no auguraba nada bueno. Y, además, contestaba a la chica y a Killian al mismo tiempo.

—Eso es un tanto impreciso, pero me siento halagada, que pasen una buena noche.

La chica giró sobre sus talones y se fue por donde había venido.

—La has cabreado —dijo Aylan.

—¿A cuál de las dos? —preguntó Jacob.

—Chicos, que os den —terminó

Pam haciéndolos reír.

—¿Qué pasa? —preguntó Dan fingiendo inocencia.

—No me hagas entrar a por ti, Dan. Pam, controla a ese energúmeno.

—Estoy en ello.

—Qué susceptibles. —Besó a Pam en los labios y miró la sala en un rápido barrido—. Jefe, ya están todos, aunque muy dispersos —comunicó contra sus labios.

—Bien, estamos en posición hasta recibir vuestra señal —advirtió el capitán.

De repente una orquesta empezó a

tocar una canción lenta, y Dan sacó a bailar a su chica.

—¿Tengo que dar las gracias porque no le hayas preguntado si era un autorretrato? —inquirió Pam con voz cortante.

—Mierda, no he caído.

—Estás loco.

—Por ti, nena.

Un montón de sonidos imitando vómitos les llenaron los oídos y Pam no pudo evitar reírse.

—¡Atentos! —volvió a vociferar el capitán.

—¿Y tus amigas?

Isabella hizo una mueca ante su pregunta.

—Ya no tengo relación con ellas.

—Lo siento, ¿os distanciasteis?

—Sí, supongo que sí —contestó con voz taimada.

—Chaisse, y tu amiga...

—Clara —aclaró ella.

—Sí, Clara. Se liaron en el lago — dijo con una sonrisa recordando a su

feliz amigo en aquella época.

—No fueron los únicos.

—No, tengo buenos recuerdos de nosotros dos.

Ella levantó una ceja.

—También lo debes tener de Jane ¿verdad?

¿Jane? ¿Quién era Jane?

—¿Jane?

Isabella se alejó de él, hasta hacía un momento la había abrazado y ya la echaba de menos.

—Mi otra amiga, a la que, por cierto, te tiraste.

—A la que me tiré... —repitió. Iba

a volver a preguntar, pero las imágenes de la chica con la que tuvo un encuentro fugaz en un cuartucho de la taberna antes de conocer a Isabella, acudieron a su mente —. No sabía...

—Lo sé. En realidad, da igual lo que hicieras, no estábamos juntos.

Ian arrugó la frente y ella se sentó en el sofá.

—No, no lo estábamos. Aun así, estás cabreada.

—Decepcionada, más bien.

—¿Porque no te llamé? Sí, lo hice. Pero tu número de teléfono no estaba

operativo.

Isabella se puso un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Lo cambié. Al poco tiempo me fui de Estados Unidos. —Su voz se volvió fría.

Ian se agachó delante de ella, y apoyó las manos en sus rodillas.

—No sé qué es lo que pasó para que dejaras de intentarlo, después de conocer a mi madre, mi única familia, imagino que no te quedaron ganas. Pero, espero que me lo expliques.

—¿En serio, Ian? —preguntó levantándose—. Tu madre no tiene

nada que ver en todo esto.

—Entonces, ¿qué pasa? —inquirió acercándose a ella, pero dejando un poco de espacio en medio, para no obligarla a huir de él.

—Pasa, que estás casado o estuviste. —Se sorprendió tanto que no pudo contestar a esa acusación.

Entrecerró los ojos y se incorporó, la miró inclinándose un poco hacia atrás y cruzó los brazos sobre su pecho.

—¿No dices nada? ¿Creías que no terminaría sabiéndolo? —inquirió ella.

—Isabella. ¿De dónde has sacado esa información? —Cuando ella iba a contestar, él levantó una mano—. Deja que te diga que eso es falso y que la persona que te contó eso, estaba muy equivocada o te la jugó.

—¿Lo vas a negar? ¿Vas a negar que te casaste? ¿En qué te convierte eso?

—En alguien sensato, por descontado.

Isabella resopló.

—No creo que esto sea para bromear, ¿Cómo te atreviste a estar

connmigo mientras tenías o tienes esposa?

—No estoy casado, ni lo he estado nunca ¿aclara eso tus dudas?

Ella apretó los puños.

—¡Hablé con tu mujer, maldita sea! ¿Vas a seguir negándolo? —gritó levantándose del sofá.

Esta, se estaba convirtiendo en una conversación muy surrealista. Pero, de repente, algo encajó en su cerebro. ¿Isabella había hablado con Lyb? Sospechaba que así era.

—¿Morena, delgada, ojos color café y piernas kilométricas?

—Vaya, pues parece que la conoces bien, para no estar casado con ella.

Era un tema espinoso.

—¿Te dijo que estaba casada?

—Vi su anillo, Ian.

—Y supongo que lo seguirá estando —dijo pensativo.

—¿Qué? No te entiendo.

—Isabella. Está casada, sí, pero no conmigo.

Ella abrió los ojos con la sorpresa.

—Pero estabas con ella.

—Sí, aunque solo por dinero.

—¿Qué? ¿Eres una especie de gigoló en tus ratos libres?

—Lo fui, sí. Y solo tuve a una cliente, Lyb. La mujer morena...

—... de piernas kilométricas, lo sé —terminó ella.

Celos, tenía celos, y eso casi le hace sonreír. Isabella no era alta, no como Lyb, pero no la cambiaría por ninguna otra, ahora que la había encontrado de nuevo, solo podía admirar lo maravillosa que era.

—Exacto.

Se miró las manos.

—No sé qué decir —dijo consternada.

—No digas nada. —Apoyó las manos en la pared en la que ella estaba recostada ahora y se agachó a su altura —. Eso es pasado, necesitaba dinero después de dejar la Marina y una casualidad hizo que coincidiera con esa mujer, estaba casada con un hombre mayor y con un alto poder adquisitivo. Ella solo buscaba sexo y yo tenía que vivir. Al poco tiempo entré a trabajar en la empresa de seguridad, y aquello terminó. Por si

sirve, no me enamoré de ella, hay mujeres que son muy atractivas, pero se supone que sus mentes me tienen que gustar un poco para que vaya más allá de un simple polvo. Y créeme, Lyb tenía la cabeza hueca. Entre mirarse al espejo y estar enamorada de sí misma ya tenía el día completo, no daba para mucho más.

Eso era un poco cruel, pero no menos realista.

—No, no lo sabía, durante este tiempo he pensado que me engañaste, que solo fui un pasatiempo para ti. El hecho de que hubieras estado con Jane,

ella se encargó de decírmelo, me hizo ver que no eras lo que esperaba.

Acarició su cabello con ternura.

—Lo siento, nena. Siempre has estado en mi cabeza, no te pude encontrar, tampoco pude hacerlo personalmente. Por mi trabajo de escolta, me llevaba meses estar libre de nuevo, y solo lo estaba por unos días antes de volver a ser el protector de algún imbécil engreído.

—¿Quién me buscó, entonces?

—Un detective, bastante idiota, ahora que lo recuerdo.

Sus ojos buscaron algún tipo de señal en el rostro de Isabella, pero ella seguía pensativa, sin cambiar su semblante serio.

—La dirección que me dio tu madre...

—¿Fuiste?

—Sí, allí hablé con la que supuse que era tu mujer.

—¿Qué pasó?

—Cuando llegué el portero me dejó entrar; cuando pregunté por Ian Morrison, el apellido que tú me dijiste. Me fijé en una mujer que estaba

hablando por teléfono a su lado, me miró un momento y siguió a lo suyo.

Alzó una ceja, Morgan, el portero, nunca confiaba en nadie.

—Es extraño. Ese tipo era bastante obtuso.

—Él me dijo que no estabas. La mujer colgó el teléfono rápidamente y se plantó ante mí con una actitud bastante protectora, fue oír tu nombre y se puso en guardia.

Capítulo 20

—¿Ella te dijo que yo era su marido? —preguntó Ian.

—Me preguntó para qué te buscaba, pero antes de contestar entró un hombre y la saludó, la llamó señora Morrison. Ese era tu apellido. Vi su anillo y...

—Diste por sentado que era mi esposa —terminó por ella.

—Sí, aproveché el momento para

marcharme. Salió la oportunidad de ir a África al cabo de unos días, y no le di demasiadas vueltas.

Isabella seguía sin comprender nada. ¿Por qué esa mujer usaba el apellido de Ian?

—Ese ático lo alquiló ella, pero usamos mi apellido para pasar desapercibidos, si su marido se hubiera enterado... —aclaró Ian—. Le di esa dirección a mi madre por si necesitaba huir de ese hombre con el que estaba, aunque nunca lo valoró.

—Entiendo.

O por lo menos, lo intentaba.

—¿Has vuelto a hacerlo? —
preguntó encogida.

Estaba molesta. No, molesta no, irritada. Imaginar a Ian con otras mujeres la estaba consumiendo. No había olvidado lo que había visto en aquel despacho.

—No, gano lo suficiente ahora.

—¿No tenías una pensión del ejército?

—Sí, pero era ridícula, no quería volver a mi ciudad y la vida en Nueva York es cara, además, mi madre... ese cabrón con el que se había unido, le

robaba todo el dinero a principios de mes. Cuando lo supe fui a por él, y después de zarandearlo un poco, la dejó.

Ya se imaginaba el *zarandeo*, Ian era un hombre fuerte, si al tipo le había quedado algún hueso sano debía ser el que usó para huir.

—¿Por qué dejaste el ejército? ¿Te licenciaste? ¿Abandonaste?

Ian se pasó una mano por el alborotado cabello y se puso de espaldas a ella.

—Cuando ellos murieron, mis amigos, me derrumbé. Podía haberme

reenganchado, pero no lo hice, estaba asqueado y ya había cumplido con mi deber. Harto de muertes, y de la tristeza que ello conllevaba, lo dejé.

Se adelantó y puso una mano en su espalda.

—Al final has conseguido salir adelante, y me alegro. Aunque, es un trabajo peligroso.

Él se giró para encararla de nuevo.

—He conseguido trabajar a gusto y tener un equipo que es como una familia, nos cuidamos los unos a los otros, y no siempre es peligroso.

—Lo sé, lo pude comprobar.

Ya había tenido bastante por hoy. No iba a hablar ahora de esa rubia que tan gustosamente se había follado, la mujer de su jefe, y ni siquiera era por trabajo ¿verdad? ¿O estaba obligado a ello? No, no lo creía.

—Isabella...

—Voy a tirarme en esa cama, no dormiré. En cuanto sepas algo de mi padre, dímelo, por favor.

—Nena, preferiría que te quedaras, podríamos hablar... de nosotros.

—No, Ian. Nuestras vidas ya no

son las mismas. Nuestro tiempo se agotó. Me buscaste, te busqué... y aquí nos tienes al fin. Sin nada más que decirnos. Me enamoré de ti y desde entonces han pasado demasiadas cosas, ya nada es igual. Después de esto puedes seguir tu camino. ¿Sabes? A veces el amor no puede con todo. Un amor de juventud no es suficiente, y las decepciones acaban marcando el destino de cada uno.

Y dicho esto, se fue, dejándolo plantado en mitad de ese desnudo salón.

Ian se dejó caer de nuevo en el sofá. Él también había sentido algo por ella, pero las cosas se precipitaron, no estaba en su mejor momento, acababa de enterrar a sus amigos y tenía que lidiar con su madre que se gastaba la pensión de viudedad en drogas, siempre y cuando, ese idiota de su novio no se la hubiera robado antes.

Isabella también lo había pasado mal. Había pensado que él la había engañado teniendo esposa, y después,

el accidente.

—Joder —siseó.

Se levantó y fue a buscarla. Abrió la puerta y miró la cama, ella estaba tumbada de lado mirando hacia la ventana.

—No te decepcioné. Tú supusiste muchas cosas —murmuró sin levantar la voz.

Ella se giró lentamente.

—¿También supuse que te estabas follando a una mujer el otro día?

Mierda. Ese tema estaba aún en el aire.

—Pero no te preocupes, no me

debes ninguna explicación, yo misma te obligué a marcharte del hospital.

—Nena...

—Ian, mi cabeza está en otra parte, déjalo.

—Cada uno de los *Byki* que protegen a Gusav, ha pasado por su cama. Esa mujer va a conseguir que su marido la mate. Se encaprichó de mí, y yo tenía que mantener mi infiltración intacta.

—¿*Byki*?

—Guardaespaldas de los rusos, de la mafia, para ser exactos.

—¿Pretendías salir vivo de ahí?

La miró con media sonrisa.

—Me hubiera jodido bastante no hacerlo.

—No bromees...

Se tumbó a su lado en la cama y cruzo los dedos detrás de la nuca.

—Me gustó esa chica rubia, sigue siendo lo más bonito que he visto en mi vida.

Ella estaba de lado y frunció el ceño.

—No sabes cuánto me alegro.
¿Piensas entrar en las filas de Gusav

solo por ella? ¿Te van las putas? —
dijo girándose de golpe.

No pudo evitar soltar una
carcajada.

—Lo de follar se me da bien, es
una liberación y nada más. —tiró de su
hombro suavemente, obligándola a caer
de espaldas sobre el colchón—. Solo
hay una chica rubia que me guste, con
la única que he hecho el amor en una
cabaña en el lago Sanarac. Esa chica
me deslumbró, tenía una sonrisa
preciosa, y la miro a menudo en una
fotografía que guardo celosamente.

Isabella recordaba esa imagen, era la única fotografía que hicieron estando allí. Y él la guardaba... celosamente.

Miró sus labios, y después desvió la mirada a sus ojos, esos preciosos ojos azules que tanto recordaba. Ian se cernió sobre ella. Sus labios la buscaron y se estrellaron contra los suyos, no pudo evitar gemir, su cuerpo recordando los besos de Ian, anhelándolos y temblando por la anticipación.

—Tu rostro siempre me ha llenado las noches, Isabella —dijo contra sus labios.

—Yo intenté que el tuyo no viniera a mí, pero lo hacía —se sinceró ella.

Ian pasó un dedo por su mejilla.

—Lo siento, siento que las cosas no salieran bien, que hayas creído durante todo este tiempo que me había olvidado de ti.

Miró sus labios masculinos.

—Fue intenso...

—Lo fue —admitió ella.

—Quiero tenerte de nuevo.

—Ian, tu vida... me da miedo, no quiero estar con un hombre y pensar que cualquier día lo traerán en una caja.

Ian sonrió.

—Es mi trabajo, me gusta y sé cuidarme, confía en mí.

—¿Sabes esquivar balas?

—Tanto como esquivar compromisos —dijo con una sonrisa torcida que le daba ese aire canalla junto a su loco peinado.

No pudo contener una carcajada.

—Entendido. No te voy a poner en

esa tesitura.

Aunque, en otro tiempo, a ella le hubiera gustado exactamente eso, tenerlo a su lado siempre. Despertar cada día y ver su marcada mandíbula y su apuesto rostro enmarcado por aquellos profundos ojos azules, y que le sonriera como hacía antes. Ahora, Ian ya no le regalaba esas sonrisas. O tal vez, un par de veces. Estaba claro que la vida había sido dura con él.

Él besó su cuello haciendo que su piel reaccionara y se estremeciera bajo el suave toque de sus labios. ¿Cuánto tiempo hacía que no había permitido a

nadie tocarla así? Se había acostado con otros hombres, con tres, para ser exactos, pero había sido solo eso, sexo. Una necesidad fisiológica que como médico sabía que existía y que, debido a su mala interpretación de los acontecimientos, ahora lo sabía, se había dejado llevar, había dejado que otros disfrutaran de su cuerpo. No era tan terrible después de todo, desconectar el corazón mientras estaba en plena experiencia sexual no era tan difícil.

Sintió como sus manos cogían el

bajo de su camiseta y la subían hasta sacarla por su cabeza, ahora solo llevaba el bóxer que había cogido prestado de la bolsa de Ian después de ducharse.

—Interesante —dijo Ian levantando una ceja divertido.

Ella sonrió.

—Reconócelo, me quedan mejor que a ti.

—Sin duda, pero no los quiero ver ahora.

Apoyó las manos a cada lado de su cuerpo en el colchón y deslizó su gran cuerpo hacia abajo sin dejar de

mirarla. Después engancho los pulgares en la goma elástica y tiró del bóxer arrastrándolo por sus muslos hasta llegar a sus tobillos, cuando lanzó la prenda al suelo la miró fijamente. Isabella aguantó la respiración mientras la mirada de Ian vagaba por su cuerpo.

—Sigues siendo la cosa más bonita que he visto en mucho tiempo —dijo después de pasear la punta de su lengua por su carnoso labio inferior.

Y esas palabras aterrizaron en su corazón con un sonido ensordecedor.

Ella ya no era aquella chica delgada que él había acariciado, ahora tenía más curvas y la sensación de ser menos atractiva no dejaba de dar vueltas en su mente. Pero él... sus palabras...

—Hemos cambiado...

Ian besó las cimas de sus pechos, dejando un rastro con la lengua de uno a otro.

—La vida te cambia, nena. Pero eres Isabella, mi preciosa Isabella.

Cuando él se enderezó para quitarse su propia camiseta se quedó boquiabierto, los pectorales de Ian estaban muy desarrollados en conjunto

con el resto de su cuerpo.

—Vaya... lo has trabajado, eh.

—Me mantengo en forma, si no, no hubiera podido sacar tu precioso trasero de esa celda.

Abrió la boca escandalizada.

—Ni que me hubieras llevado en brazos todo el tiempo.

—No me has dejado.

—Aún puedo caminar sola.

Se quitó los pantalones sonriendo y gateó sobre la cama dejándose caer sobre ella.

—Maldita mujer testaruda —dijo

besando sus labios.

—Esa soy yo.

Sus lenguas se encontraron y el beso la hizo gemir de nuevo, excitándola y queriendo más. Sus manos recorrieron su amplia espalda, mientras las de Ian acunaban sus mejillas.

—Déjame recordarte —susurró.

—Necesito sentirme viva —
contestó.

No iba a explicarle que su vida sexual había sido un completo desastre. La de él no parecía, ni de lejos, estar mal.

Ian se sentó a horcajadas sobre su vientre sin dejar caer su peso y sostuvo sus muñecas a cada lado de su cuerpo. Besó sus labios suavemente y fue bajando por su cuerpo, entreteniéndose en sus duros pezones, lamiéndolos y succionando sin soltarla, ella no hacía más que retorcerse bajo su tortura, maravillosa tortura. Cuando llegó al vértice de sus piernas un escalofrío la recorrió por completo. Ian la miró pidiendo así que le dejara acceder a su carne más tierna. Abrió las piernas y bajó la cabeza para besar su pubis y

sus manos se anclaron en su cintura, atrapándola contra el colchón.

—Ian...

En la garganta de Ian sonó una especie de gruñido de aprobación. Besó sus pliegues y giró su lengua alrededor de su clítoris sin llegar a tocarlo, sus manos seguían manteniéndola en el sitio mientras él usaba nada más que sus labios y lengua para darle placer, algo que no la dejaba ni respirar, miró hacia abajo al mismo tiempo que Ian aflojó su agarre para bajar una mano a través de las sábanas lentamente e introducir un

dedo en su canal.

—Tan preparada...

Se arqueó sintiendo a Ian trabajar sobre ella, sintiendo que el orgasmo se construía en la base de su espalda, sintiendo que él era el único que había conseguido eso de ella. Un grito salió de su boca cuando el placer la atravesó, era todo tan intenso, tan... especial. Ian volvía a estar con ella, el hombre que se había adueñado de su corazón. El hombre al que realmente no conocía. Aun así, acostarse con él era algo natural.

Ian esperó a que se calmara abrazándola, besando sus suaves labios y atrayéndola hacia su pecho. Isabella era suya, muy suya. Aunque ella aún no lo supiese.

—Isabella...

—Aún te necesito.

—No, nena. No tenemos protección.

Ella abrió los ojos y después pareció comprender.

—¿Sueles protegerte? —preguntó esperando que así fuera.

—Sí, nena. Siempre.

—No tomo anticonceptivos... desde el accidente.

Vio la tristeza en sus ojos.

—No te preocupes, solo... deja que me enfríe un poco.

Salió de la cama después de acariciar su mejilla y entró en el cuarto de baño. Una ducha fría le haría perder todo el interés, aunque para eso se le congelaran las pelotas.

No hizo más que cerrar la puerta y

abrir el grifo de la ducha cuando Isabella apareció detrás de él.

—No quiero que te quedes así...
—dijo acercándose—. Me gustaría que entendieras que, como médico, me niego a tener relaciones sin un preservativo. Sé que pasáis revisiones a menudo...

—Eh, nena. No hay problema, ven aquí.

La abrazó y besó su sien, después la levantó para que ella envolviera las piernas en su cintura y sin darle tiempo a reaccionar entró en el cubículo de la ducha, ella gritó y terminaron riéndose.

Ella estaba a punto de acariciarlo, vio su mano viajar a través de su estómago en esa dirección y se tensó con la anticipación bajo el agua caliente. Cuando, en ese jodido instante, sonó el teléfono vía satélite, tuvo que morderse la lengua para no escandalizar a su chica con todas las maldiciones que pasaron por su mente.

Pero, ¿no estaban a punto de ejecutar la misión? ¿Algo había salido mal?

—¿Qué es? —preguntó Isabella—. Ah, oh, él teléfono —reaccionó al

momento.

—Sí, y tengo que contestar.

Cogió una toalla al vuelo y se envolvió las caderas con ella, llegó a la habitación patinando para descolgar, cogiéndolo de la mesita.

—Porter —contestó.

—Ian, desaparece, la casa ya no es segura. De alguna manera te han rastreado. Sospecho de la ropa.

La voz de Tavalas le perforó el tímpano.

—Mierda.

—Estoy con el equipo, estamos a la espera de actuar en la reunión. Danos

tu nueva ubicación cuando sea seguro.

—De acuerdo.

Colgó y se giró para ver la frente fruncida de Isabella.

—Tenemos que irnos, nena. Date prisa.

Isabella se puso la camiseta, un pantalón de chándal de Ian y un abrigo, todo le iba enorme, pero en la calle hacía frío.

Ian se puso unos vaqueros, una camiseta negra y una parca. La ropa que había llevado cuando escaparon quedó desechada, según le había

explicado podrían haberlos encontrado por algo que estuviese oculto en la ropa.

Capítulo 21

Ian cogió la mano de Isabella.

—Vamos, nena tenemos que salir de aquí cuanto antes.

—¿Qué pasa? ¿Mi padre?

—Tu padre está bien, pero nos han descubierto.

Ella contuvo el aliento mientras él tiraba de su mano en dirección a la puerta cargando la bolsa y un subfusil.

Un estruendo y la puerta de la

entrada al piso volando hacia ellos, los hizo detenerse en seco. Impulsó detrás de su espalda a Isabella y apuntó al hombre que estaba entrando, que no era otro que Sokolov.

Joder.

—Hombre, aquí estás, Bracco. ¿Es ese tu verdadero nombre? ¿O mejor te llamo Porter?

Ian, no contestó, dos hombres más entraron armados y apuntándoles. ¿Qué coño hacía Sokolov aquí? ¿No debería estar protegiendo a Gusav?

—¡Baja tu arma! ¡Ahora!

Barajó las posibilidades, pero todo

iba en contra, no quería que Isabella resultara herida, pero ir con estos tipos traería consecuencias.

Dejó su arma en el suelo lentamente.

—Señorita —dijo Sokolov a modo de saludo.

—Dejadla marchar.

—No, aún tenemos un tema pendiente con su padre.

Isabella salió de detrás y se puso a su lado. Él puso su brazo delante para que no avanzara. El hombre delante de él siguiendo sus movimientos.

—Interesante —murmuró ladeando la cabeza.

—Has descubierto quien soy, el gobierno estadounidense pagará mi rescate...

No iban a pagar una mierda, ellos ni siquiera existían. Aunque esto se hiciera público el Tío Sam se lavaría las manos, pero los rusos no tenían por qué saberlo.

—Cogedla —ordenó a sus hombres, sin contestarle.

—¡No! —se catapultó hacia adelante para atacar a su antes

superior.

Uno de los hombres lo bloqueó y le dio un golpe con la culata en las costillas. Un dolor agudo y un grito de Isabella le llegaron al mismo tiempo. Se estaba enderezando cuando el otro hombre lo atacó por la espalda, se retorció y terminó dando un cabezazo hacia atrás pero el otro lo vio venir y lo esquivó, le estaba costando deshacerse de su captor, pero al fin consiguió en un movimiento rápido girarse y darle un fuerte golpe en el cuello que lo hizo tambalear trastabillando. Iba a por su próximo

objetivo cuando una aguja se clavó en su cuello.

Se dio la vuelta poniendo la mano en el lugar del pinchazo, Sokolov lo miraba con la jeringa en la mano y él empezó a ver doble mientras sus rodillas se doblaban.

—¡Ian! —gritó Isabella.

Sokolov tiraba de su brazo y ella le dio una patada, eso es todo lo que vio antes de estrellarse contra el suelo.

—¡Hola, cariño! —gritó Eva cuando entró en el apartamento.

Soltó las bolsas en el sofá y corrió hacia la habitación, pero el sonido del agua le advirtió de que Brad estaba usando la ducha. Se quitó la ropa y entró. Abrió la puerta corredera de la mampara y se unió a Brad. Puso su mano en el pecho mientras él se estaba enjabonando la cara.

—¡Eva! ¡Joder! ¿Me quieres matar? —preguntó mirándola a través de sus pestañas mojadas con los ojos entrecerrados.

—¿Y oír los llantos de tu madre?
No, gracias —se carcajeó.

Brad no contestó, solo hizo una mueca.

—¿No lloraría? ¿Ni siquiera por ti? ¡Qué bruja! —continuó Eva.

Brad puso las manos en su cintura y la atrajo hacia su cuerpo.

—No seas bruta, nena. Por cierto, ¿de dónde sales?

Ella pasó las manos por su pelo y besó sus labios.

—Hemos ido de compras, Sarah y yo, y después a recoger a Thomas y a

Matt al aeropuerto. Han venido felices y relajados.

Brad sonrió.

—Me alegra oír eso.

La mano de Eva empezó a acariciar sus genitales y él cerró los ojos. Era ya tarde, y se había extrañado de que su mujer no hubiera aparecido aún. Pero, esto lo compensaba todo. Su pequeña guerrera siempre estaba a punto.

—Te he echado de menos, nena.

—Y yo a ti —contestó mordiéndose el labio inferior mientras su mano viajaba arriba y abajo sobre su pene erecto.

—Nena, antes de que se me olvide... mi hermana se casa — anunció entre gemidos.

—¿En serio? ¿Salía con alguien?

—Eso parece... lo conoceremos el día de la boda... se casa en quince días.

Ella siguió manteniendo el ritmo, lo que le complicaba cada vez más articular alguna palabra.

—¡Qué rapidez! ¿En Chicago? — inquirió ella.

—S...Sí. En... la mansión de mis padres.

Eva abrió los ojos con la sorpresa.
Brad también.

—¡Joder! —dijo Eva—. La verdad es que estoy viendo demasiado a tu madre.

—Nena...

—No es que Helen no merezca una boda por todo lo alto, pero ¿en casa de tus padres?

—Nena...

—Estoy casi convencida de que tu madre habrá puesto el grito en el cielo.

—Cariño...

—Si cuando le expliqué a tu

hermana que mis padres nunca se casaron y que practicaban el amor libre entre ellos, y también con otras personas, a tu madre por poco le da un ictus cuando me escuchó.

—Eva...

—No quiero ni pensar en cómo habrá reaccionado...

—¡Eva! —gritó Brad.

—¡¿Qué?!

—¡Deja de estrujarme, joder!

Eva miró hacia abajo y vio su mano cerrada en un puño con los nudillos blancos alrededor de su polla, lo soltó al momento.

Brad soltó el aire.

—¡Oh! —exclamó contrariada.

—Cariño, me puede gustar un poco de sexo duro, pero por poco me cortas la puta circulación.

—Lo siento, ya sabes que hablar de tu...

—¡Olvídala! ¿Cómo te puede dar por pensar en ella en estos momentos?

Eva se puso de rodillas, ya estaba completamente empapada por la ducha. Capturó su pene entre las manos y lo guio a su boca.

—Esto tiene arreglo, cielo —dijo

antes de introducirse en la boca y succionar con fuerza.

—Sí, nena, lo tiene —cerró los ojos mientras ella utilizaba la lengua a su alrededor.

No quería correrse solo, así que la levantó a pulso, y saliendo de la ducha, se tiró en la cama con ella quedando a horcajadas sobre él.

—Vamos a empaparlo todo.

—¿Importa? —preguntó él levantando una ceja.

—Para nada —soltó ella en una carcajada.

Apoyó las manos en su pecho y

resbaló lentamente sobre su pene.

—¡Sí! —gritó Eva.

Tan espontanea como siempre, si algo de entre sus muchas cualidades le había enamorado de ella, era su manera de soltar lo que pensaba, sin filtros y totalmente sincera. El problema es que Eva nunca sopesaba las consecuencias ni evaluaba el lugar. Pero esa era ella, su pequeña loquita.

Agarró sus pechos mientras ella se movía con fluidez, no iba a tardar nada en correrse, lo de la ducha había ayudado mucho.

—Cariño, voy a...

—Hazlo.

Eva soltó un largo jadeo y se arqueó haciendo que sus pechos sobresalieran aún más, y eso lanzó a Brad por el precipicio, soltando un gutural gemido. Joder, nunca podría cansarse de esta mujer. Su Eva.

Cuando ella se derrumbó sobre su pecho le acarició el largo cabello.

—¿Cansada?

Ella asintió contra su piel. Su dedo haciendo círculos sobre el pezón.

—Pero si ha sido un asalto corto

—dijo riéndose.

—Lo sé, Brad.

La seriedad en su voz hizo que él la empujara suavemente para encontrar sus ojos.

—Nena, ¿qué pasa?

Ella suspiró.

—Es Edgar Ward, está ingresado. Sue teme que Slade no pueda volver a tiempo para ver a su padre antes...

Se pasó una mano por el pelo.

—Mierda, eso es duro.

—Sí —convino ella.

Los dos se quedaron acostados un rato más sin decir ni una palabra. Brad

sabía que a pesar de tirarse las pullas que se tiraban entre ellos. Eva sentía afecto por Slade, y le dolía la situación en la que se encontraba.

—¿Está muy mal?

—Sí, pero va aguantando, parece que esté esperando para ver a su hijo. Tiene a Lucas a su lado, y Sue va siempre que puede dejar a la pequeña Alexia.

Brad la abrazó reconfortándola, su mejor amiga también debía estar pasándolo mal. Y él lo sentía por Slade. Aunque era ley de vida que los

padres llegaran a edades en las que sus cuerpos empezaban a fallar, Slade Ward ya había sufrido bastante en el pasado, y esto sería un nuevo golpe.

—Slade, los han cogido. Sokolov acaba de llamarme para hacer un traslado. Eso me da mala espina.

Slade se arrancó el auricular.

—Joder, tenemos las manos llenas. Y no voy a perder a ningún hombre, abortamos la misión.

—¿Y qué hay de la CIA?

—¿Tengo que contestar a eso?

A Slade le sudaba bastante que la agencia no estuviera contenta con su decisión. Tavalas empezó a quitarse la ropa que llevaba.

—¿Qué coño haces? —pregunto el capitán ceñudo.

—Vuelvo con los rusos. Terminad con esto y os pasaré información.

—No, iremos a por Ian.

—Slade, sé que he sido el último en llegar, y que mi opinión puede no ser bien recibida, pero a Ian no vamos a encontrarlo si no vuelvo a

infiltrarme. Ni siquiera saben que he salido. Ese gilipollas de Sokolov cree que estoy protegiendo a su jefe. La prueba es que me acaba de llamar. Y déjame decirte que tengo serias dudas sobre ese tío. ¿Por qué no está aquí hoy? Ha preferido seguir a Ian. Piénsalo.

Slade se puso la mano en la nuca. Pareció pensarlo durante un eterno minuto.

—Está bien, cuida tu culo y mantenme informado. En cuanto terminemos con esto, iremos a por nuestro chico.

Se volvió a colocar los auriculares y no dijo nada sobre Ian a su equipo. Los quería centrados. Si se enteraban de que Ian había sido capturado, enviarían tan lejos a la CIA que ni él mismo los encontraría.

Aunque ya había tomado la determinación; si esto no se resolvía en una hora, abandonarían. Ian podría desaparecer del mapa cuanto más tiempo pasara. Y ahora había depositado toda la confianza en Tavalas, el tío era bueno en lo suyo.

Habló solamente con Killian, él

retendría a Sawyer, si esos tipos tenían a Ian, ellos tenían que tener algo con lo que negociar.

Capítulo 22

—Están todos en el punto indicado —anunció Dan.

—Perfecto, a vuestros puestos, ahora —ordenó Slade.

Dan y Pam debían acceder a sus armas, buscando al teniente, y posicionándose. Estaban rodeando la estancia sin ser vistos por los *Byki*, los guardaespaldas que protegían las entradas en donde estaban los rusos, y

adheridos de otros países, haciendo sus negocios sucios.

—Sawyer está localizado, Phoenix y Dan, vosotros os encargáis. El resto, proteged vuestros traseros. Orlov nos dará la señal.

El hombre al que debían proteger debía ser entregado a la CIA junto a Gusav. Su hija, Isabella, no parecía estar enterada del asunto, según Ian.

—Adelante —dijo Orlov a través de los auriculares.

Slade caminó pegado a la pared y uno de los guardaespaldas apareció en su ángulo de visión. El hombre se giró

y disparó, la bala pasó silbando sobre su cabeza, el capitán lo abatió de un disparo en la frente, estos tipos podían llevar placas de protección debajo de sus caros trajes. Continuó despacio y desde la siguiente esquina observó a Jacob quitarse a otro *Byki* de encima. Los irían eliminando uno a uno, mientras el equipo ruso entraba en la sala como primera intervención, después el equipo de Slade entraría como apoyo.

Miró hacia abajo al salón donde se estaban exponiendo las obras y vio a la

gente entrar en pánico intentando alcanzar las salidas. La policía local los retendría fuera, todos iban a ser interrogados y él no pondría la mano en el fuego por ninguno, estaba seguro de que no todos eran inocentes compradores.

De repente todo estalló, las balas volaban sobre sus cabezas y hombres gritando en ruso corrían de un lado a otro exponiéndose para proteger a su jefe, todos iban cayendo, uno a uno. Slade dejó que sus hombres hicieran el trabajo y se deslizó dentro de la sala. Orlov tenía a Gusav acorralado y los

hombres a su mando intentando contener al resto de invitados. Levantó su arma y apuntó a los hombres que poco a poco se iban alineando contra la pared, sus ojos buscaron a Swayer, no lo encontró. Pam y Dan, entraron detrás de él y también apuntaron hacia los hombres.

—Phoenix, ¿tienes a Sawyer?

—Afirmativo.

Soltó el aire, el teniente había sido rápido.

—Lo estamos conduciendo a la furgoneta exterior.

—Copiado. —A ese hombre no podía cogerlo la agencia, su hija había sido secuestrada junto a Ian, y él no iba a permitir que la CIA metiera las narices cuando uno de sus hombres estaba en peligro.

—Hay un problema —continuó Killian—, un hombre estaba espiando la reunión desde una habitación contigua, Aylan lo ha sorprendido, pero ha logrado escapar, nuestro chico va tras él.

—Mierda.

—Aylan, olvídale, que se ocupen

los rusos.

—Ha escapado en un Audi negro, he disparado a las ruedas, pero no puedo alcanzarlo.

Slade frunció el ceño.

—No sabemos quién es, nuestro trabajo aquí a terminado, tenemos a Gusav y a los otros, reúnete con Phoenix.

—Captado —contestó Aylan, su voz cansada le daba la pista de que había corrido tras el coche.

—Ha llegado el transporte — anunció Orlov, el jefe del equipo ruso.

—Hay un par de agentes de la CIA

fuera, os están esperando, nosotros nos retiramos.

Gusav gritó algo cuando Orlov se apartaba de él para acercarse a Slade.

—Ha sido un placer trabajar con vosotros, a pesar de ser unos putos americanos —dijo tendiendo una mano.

—Que Gusav te acabe de llamar «perro» dice mucho de ti —contestó sonriendo y estrechando la mano que se le ofrecía.

—¿Entiendes el ruso?

Slade sonrió de nuevo.

—Todo el tiempo te he entendido,

si en algún momento hubieras ordenado a tus hombres dispararnos te habría volado la cabeza.

Orlov levantó una ceja.

—Soy un tipo honrado —dijo con su marcado acento.

—Lo he comprobado.

Slade hizo una señal a Pam y a Dan, y salieron de la sala.

—Id a la furgoneta, enseguida os alcanzo, tengo que hablar con la agente de la CIA.

Los dos asintieron saliendo por una puerta lateral y él se encaminó hacia la entrada principal que en ese momento

estaba plagada de agentes uniformados.

—Tápale los ojos y ponle los auriculares —ordenó Phoenix a Doc.

Jacob hizo una mueca dentro de la furgoneta, pero hizo lo que se le había ordenado. La música atronadora de Metálica se oía fuerte incluso a través de los cascos.

—¿A qué viene esto? —preguntó cuando estuvo seguro de que Sawyer no los podía oír.

—Slade —contestó escueto.

—Entiendo, vas a decirle lo de su padre.

—Sí, debería volver cuanto antes a Estados Unidos.

Dos golpes en la parte de atrás les anunció la llegada de los otros. Abrió y dejó pasar a Aylan, Dan y Pam.

—Enseguida vendrá el jefe, ¿qué coño? —inquirió Dan mirando al hombre maniatado, amordazado y con cara de sufrimiento debido al volumen alto de la música en sus oídos.

—Necesitamos intimidad —

explicó Jacob.

—Ya veo. ¿qué coño hace aquí?

Pam se sentó al lado de Dan, en un sobresaliente de la chapa que hacía las veces de banco en la parte trasera del vehículo, junto a Jacob y Killian, y apoyó la cabeza en su hombro. Sawyer permanecía sentado en el suelo en el centro, Aylan se había puesto al volante, aunque su cuerpo estaba de lado mirando hacia ellos. Todos esperaron a que Slade entrara por esa puerta para darle la mala noticia.

—Han cogido a Ian y a Isabella, los han descubierto en el piso franco,

Tavalas está de nuevo infiltrado para poder seguirles la pista —explicó Killian mientras tanto.

Un montón de improprios abandonaron sus bocas.

—Joder, tenemos que ir a por él —propuso Dan.

—Y lo haremos, no volveremos aún a casa.

—¿Es por eso que tenemos al padre de Isabella? —preguntó Aylan.

Killian les explicó lo que había pasado y cómo Slade le había ordenado retener al hombre.

—La CIA lo va a reclamar —
puntualizó Jacob.

—Van a tener que esperar —
sentenció Pam.

Pasaron más de diez minutos antes
de que el capitán entrara por la puerta
del copiloto y se sentara.

—Arranca, Aylan.

El hombre señaló atrás con la
barbilla.

—¿Qué es esa música? —preguntó
el capitán mirando hacia detrás.

Todos lo miraron.

—¿Eso era necesario? —Preguntó

de nuevo señalando al hombre en el suelo.

—Completamente —afirmó el teniente.

Slade frunció el ceño.

—¿Estáis todos bien? ¿Algún herido?

Asintieron.

—Entonces, ¿qué coño os pasa? Killian, ¿les has dicho lo de Ian?

Killian se apartó el cabello de la frente y asintió.

—Pues vámonos, estoy harto de perder el tiempo.

—Slade, es tu padre, hemos sabido

que está ingresado...

Slade giró más su cuerpo.

—¿Hemos sabido? ¿Cuándo? —
preguntó con voz grave.

—Hace tres días.

—Joder, Killian.

El teniente enfrentó su mirada.

—Tú habrías hecho lo mismo.
Estábamos en una misión, siempre nos
quieres centrados, ¿cuántas malditas
veces has ocultado algo para
protegernos?

Slade aplastó los talones de sus
manos en sus ojos.

—Mierda... ¿Cómo está?

Nadie contestó. Pam se levantó y fue hacia él, esquivando a Sawyer. Se agachó y puso una mano en la rodilla de su jefe.

—Slade, sé que quieres encontrar a Ian, pero déjanos ayudarte. Nosotros lo haremos, tú deberías volver, Edgar te necesita a su lado —dijo a la cara oculta de su jefe.

Slade la miró, su rostro no expresaba nada. A Killian le recordó la misma reacción que tuvo cuando le informaron de la muerte de Victoria, su

exmujer, y la de Nathan, su hijo.

—Slade, Sue, Lucas y Hannah se están turnando en el hospital, siento decirte que los médicos no están muy seguros de cuánto podrá aguantar.

La mirada de Slade se centró en Jacob.

—Su corazón no aguantará mucho más, siento que sea así —explicó Doc.

Slade cerró los ojos, su mente luchando entre su padre enfermo y Ian, que debería estar ahora mismo con ellos.

—Jefe. —Esta vez fue Dan el que habló—. Encontraremos a Ian y lo

traeremos de vuelta, confía en nosotros. Cuida ahora de los tuyos.

El capitán los observó, sus ojos vagando sobre sus hombres y sobre Pam que permanecía junto a él.

—Sois pocos...

—Somo suficientes, Tavalas nos sigue ayudando desde dentro — argumentó Aylan.

Slade apretó la mano de Pam y miró al teniente.

—Killian, sal fuera.

Los dos salieron al exterior.

—Maldita sea —dijo apoyándose

en la chapa.

—Lo siento, Slade. —Killian puso una mano en su hombro y apretó—. Siento que tengas que irte, espero que lo supere.

—No puedo dejaros...

—Sí, puedes. Y lo harás, sabemos cuidarnos. Deberías aprender a delegar, capullo.

Ahora que nadie los oía eran los dos amigos de siempre.

—Está bien, cuida de ellos. Quiero que volváis enteros.

Killian lo atrajo hacia su cuerpo y lo abrazó.

—Lo haré exactamente como lo harías tú.

Se dieron unos torpes golpes en la espalda y se separaron.

—Quiero saber de vosotros, no me vuelvas loco.

—Captado, jefe.

Slade apoyó la mano en su propia nuca.

—Me llevo el avión, pero lo organizaré para que os recoja.

—No hay problema. Vamos a llevar a Sawyer a un lugar seguro, intentaremos sacarle la máxima

información y esperaremos noticias de Tavalas. Ian es nuestra prioridad.

Cuando volvieron a entrar en la furgoneta, Aylan arrancó el motor, y llevó a su jefe al aeropuerto donde estaba el avión privado de la empresa. Killian sabía que el viaje sería duro para Slade. Las diez horas de vuelo le parecerían interminables.

Se despidió de todos y se marchó a paso ligero hasta el coche que lo llevaría a la pista en donde ya estaba esperando el piloto, Killian lo había avisado.

Phoenix ocupó el asiento que Slade

había dejado libre y miró a Dan.

—Busca un lugar apartado, tiene que haber alguna casa abandonada en donde nos podamos meter, el piso franco ya no nos sirve. Que esté cerca del castillo, supongo que Ian estará allí.

—Estoy en ello.

Killian supo que la misión de recuperar a Ian iba a ser difícil y poco planificada. Pero estaban preparados para algo así, iban a tener que improvisar sobre la marcha. De momento mantendrían a Sawyer bajo

custodia. Se giró para hacer una señal a Jacob y este le quitó los auriculares de los oídos y destapó su boca.

—Por favor, sé que no son rusos...
—se aclaró la garganta, su voz salía pastosa.

—No, gracias —gruñó Dan sin dejar de introducir datos en su *tablet*.

—Ellos tienen a mi hija, Isabella.

Jacob le acercó una botella de agua a los labios y el hombre bebió con avidez.

—La tienen —confirmó Killian.

—Ustedes son norteamericanos —
afirmó.

—Bingo —contestó Dan de manera mordaz, continuaba sin mirar al hombre.

—¿Van a ayudarme? Ustedes me han sacado de la reunión, Gusav me... amenazó.

Killian se giró en su asiento y pidió a Dan que se sentara al lado de Aylan.

—Indícale el camino.

Dan se sentó y habló en voz baja con su compañero.

—Señor Sawyer, no estamos aquí por usted, créame. Pero uno de mis hombres logró rescatar a su hija de la

celda en la que estaba prisionera, estaban seguros en una casa cuando los localizaron, así que ahora son dos los secuestrados. Le juro que como no me explique ahora mismo qué es lo que ha hecho para cabrear a Gusav, lo voy a soltar en mitad de la nada. Los rusos no tardarán en dar con usted y pegarle un tiro después de torturarlo y violar a su hija.

El hombre tuvo el acierto de bajar su cabeza avergonzado.

—¿Y? —insistió el teniente.

La furgoneta olía a rancio y ahora no hacían más que moverse de un lado

a otro, la incomodidad los estaba poniendo de mal humor.

Y ese hombre tenía que hablar, ya sabían lo que había hecho, pero si había algo más de lo que no habían sido informados, tenían que saberlo.

Capítulo 23

Sue oyó unos pasos que se acercaban por el pasillo, eran decididos y rápidos. Y algo le dijo que Slade ya estaba de vuelta. Salió de la sala para familiares de pacientes en la UCI y vio venir a su hombre. Iba vestido totalmente de negro, imaginaba que se había duchado en el avión, y toda la ropa que tenía de recambio era la que usaban para sus misiones.

Pantalones cargo y camisetas negras de manga larga, la tela se estiraba sobre sus pectorales haciendo que se marcara su musculoso torso y las botas de soldado resonaban contra las brillantes baldosas del impecable suelo, cuando sus ojos se encontraron, Sue pudo ver toda la tristeza en ellos.

Elijah la había llamado y le había explicado sobre su conversación con Killian. Si Slade estaba aquí es que su misión había terminado, y dio gracias al cielo porque el padre de Slade, Edgar, estuviera grave pero estable.

—Hola, pequeña —Slade puso una

mano en su mejilla y besó sus labios.

—Hola, cariño, me alegro de que estés aquí, ya sabes...

—Killian me lo explicó. ¿Cómo está?

Puso una mano en su pecho que él enseguida envolvió con la suya. Estaba serio y triste, y eso le rompió el corazón.

—Sigue igual.

—Voy a hablar con el Doctor Martin. Ve a casa a descansar, nena. Sé que has estado aquí estos días.

—Sabes que no me importa.

—Y te quiero por eso, pero déjame tomar el relevo, ¿vendrá Lucas?

—No, Hannah. Él ha estado toda la noche, a pesar de que solo puede entrar a las horas convenidas.

Slade asintió.

—Te llamaré si hay algún cambio.
Los niños, ¿están bien?

—Preocupados, pero bien.

—Más tarde iré a casa.

—De acuerdo. Te quiero.

Se besaron.

—Te quiero, pequeña. Gracias por estar aquí y por cuidar de él.

—Poco más puedo hacer que coger su mano.

Slade hundió la nariz en su cuello y aspiró lentamente.

—Estoy seguro de que mi padre sabe que eres tú la que lo anima.

Ella sonrió, acarició de nuevo su mejilla y se apartó.

—¿Todo bien? Killian y los demás...

—Están todos bien. Aún no han terminado, pero pronto volverán.

Y una vez más, Sue sabía que no se lo estaba contando todo, lo conocía

demasiado bien. Se despidió y fue hacia la salida.

—Me importa una mierda tu marido. El negocio continuará, así que decídetes, estás conmigo o estás contra mí.

Ian escuchaba con los ojos cerrados, el dolor en sus extremidades recorriéndole todo el cuerpo y la cabeza embotada. No tenía ni idea de dónde estaba, pero parecía que era un lugar frío y húmedo.

—Eres demasiado arrogante, los socios de Yegor te buscarán, a estas alturas ya deben saber que estás involucrado en su detención. Y todo para robar su imperio.

La espesa niebla que envolvía su mente no le dejaba reconocer las voces, Ian intentó centrarse.

—Kathryn, es todo tuyo, si así lo deseas, pero no te inmiscuyas o saldrás mal parada.

Gusav... su jefe. Kathryn ... su mujer, la misma que se había encaprichado de él. Se habían

acostado... Mierda, lo habían cogido.

—Sokolov, diviértete mientras puedas. No estaré en contra de lo que hagas, pero debes protegerme, si me detienen me interrogarán. Los otros capos del crimen organizado cerrarán filas y estarás solo.

—Lo sé, y es por eso que no quiero que te relaciones con nadie durante un tiempo. Si te pierdo de vista, te buscaré y te mataré. No voy a permitir que arruines lo que he conseguido.

—No diría nada...

—Tienen formas de hacerte hablar.
No seas tan ingenua, ¿o es que en esa

cabeza tuya solo hay serrín? En cuanto a los otros jefes, déjalos para mí.

Sokolov, Ian recordó el nombre, ese hijo de puta había traicionado a su jefe para hacerse con todo. Siguió sin moverse.

—No me faltes al respeto, te he ayudado, aunque nunca pensé que ibas a hacerlo.

—Mucha gente tiende a subestimarme, no te equivoques conmigo.

Oyó movimiento de ropa y unos pasos que caminaban de un lado a otro.

—¿Y al guapito para qué lo quieres? —preguntó ella.

—Para lo mismo que tú, no.

Los pasos, ahora más fuertes y más decididos, se alejaron.

—¡Traed a las chicas! —ordenó Sokolov.

Tenía los brazos por encima de su cabeza, algo duro envolvía sus muñecas y ahora empezaba a tener calambres, tarde o temprano se tendría que mover.

Poco a poco todos los acontecimientos vinieron al presente,

estaban en el piso franco. Le clavaron algo en el cuello... Isabella, ¿dónde estaba? Su cuerpo se sacudió, tenía que encontrarla, ellos también la tendrían. Tiró de sus manos, pero un agudo dolor lo atravesó por completo. Intentó abrir los ojos, sus parpados se sentían pesados, aun así, se obligó a enfocar solo para ver a Kathryn delante de él, mirándolo condescendiente, maldita sea. La mujer se desdoblaba ante sus ojos, lo habían drogado.

—Bienvenido de nuevo, Bracco.

No contestó, ni quería ni podía, su boca estaba seca y parecía que había

tragado arena, miró a su alrededor, todo se veía doble y bailaba, pero se hizo una idea bastante acertada de dónde estaba, ¿qué coño les pasaba a estos tíos con las celdas? Parecían vivir en la época medieval. De repente unos finos dedos chasquearon delante de su rostro.

—Vamos, mírame.

Levantó su mirada y ella estaba sonriendo.

—¿No dices nada?

Dejó caer la cabeza, le dolía demasiado. Solo con ese movimiento

se miró el torso, estaba desnudo. Los tobillos también estaban envueltos en el frío metal, todo unido a unas cadenas detrás de su cabeza, o eso intuyó.

—A...Agua —logró pedir con voz ronca.

—En cuanto contestes algunas de mis preguntas.

Seguía con la cabeza abajo, se sentía mareado y tenía náuseas.

—¿Me has oído?

Se oyeron murmullos de mujeres, sollozos.

—Déjalo, es demasiado pronto. Aún está bajo los efectos, y como no le

des agua morirá deshidratado. Cuida de tu juguete, nena.

¿Juguete? Ian se esforzó en mirar a Sokolov, junto a otro hombre, estaban guiando a varias chicas jóvenes a otra celda. No veía los rostros de ninguno de ellos, no conseguía enfocar las imágenes ante sus ojos. Necesitaba beber. Las mujeres no dejaban de llorar y su cabeza estaba a punto de estallar.

—Bebe —dijo Kathryn empujando una botella en su boca.

Tragó tanta agua como pudo, ella

sostenía la botella sin darle tregua, por lo que terminó atragantándose y una fuerte tos hizo que todo su cuerpo se estremeciera. La oscuridad se cernía sobre él cuando una mano le abofeteó la mejilla.

—¡No te duermas! —ordenó Kathryn.

Se dejó llevar con la imagen de Isabella. No podía apartar su miedo por ella.

—¡Callaos de una puta vez! — Gritó Sokolov a cierta distancia, supuso que se dirigía a las mujeres.

Su cuerpo se estaba apagando.

—¿Dean? —preguntó Isabella contrariada—. ¿Qué haces aquí? ¿Dónde está Cass?

—Demasiadas preguntas, cuñadita.

Isabella frunció el ceño al hombre que acababa de entrar en la habitación en donde la tenían encerrada, su tono de voz era extraño.

—Unos hombres me secuestraron, conseguí huir, pero me encontraron de nuevo.

No estaba nombrando a Ian intencionadamente.

—¿Te han hecho daño? —preguntó él sin acercarse.

—No, solo me han arrastrado hasta aquí, ¿dónde estamos?

Dean se pasó la mano por el pelo y evitó su mirada.

—Dean, ¿qué ocurre? Has venido a buscarme, ¿verdad?

—Me temo que no.

Se envaró, el marido de Cass era siempre un hombre muy dulce, pero ahora se mostraba arisco.

—Me explicaron lo de mi padre...

El hombre se apoyó en un andrajoso escritorio y la miró.

—¿Qué quieren? ¿Dinero? Tengo unos cuantos ahorros...

—Lo que tu padre ha hecho lo pagará con su vida en cuanto lo encontremos, o con la tuya si no aparece. Traicionar a la organización trae consecuencias graves. Y ahora ellos desconfían de mí.

Una furia ascendió por su pecho, se acercó a él.

—¿Qué estás diciendo? ¿Qué sabes

tú de todo esto? —inquirió levantando su dedo y señalando su pecho.

—Lo sé todo, he estado trabajando con tu padre codo con codo.

¿Qué?

—¿Y sabías lo de las drogas?

—Yo lo propuse, estaba arruinado y sin saber qué hacer.

Lo empujó plantando las dos manos en su pecho.

—¡Eres un cabrón! ¿Cómo has podido? Mi padre morirá por tu culpa.

Dean, que no se había movido del sitio pese a su empujón, se levantó y se acercó a ella, mientras Isabella

retrocedía.

—Si no se hubiera arrepentido de todo, si no la hubiera cagado, nada de esto habría pasado. El dinero entraba de manera fluida en nuestra familia. Hasta que tu padre tuvo un ataque de pánico o de conciencia, no lo tengo muy claro. Me he visto obligado a tomar las riendas para no perderlo todo, ¿entiendes?

—¿Estás loco? ¿Sabes cuántos jóvenes mueren al año por esa mierda?

Él sonrió, una sonrisa falsa, una que nunca había visto en su rostro.

—Hay cosas que deben hacerse, y si no hubiéramos entrado en el negocio, lo hubiéramos perdido todo; la galería, la casa de tus padres, la mía...

De repente algo cruzó su mente, no quería hacer la pregunta.

—¿Qué hay de mi hermana? ¿Sabe ella que hay detrás de las ventas de las obras?

—Tu padre la dejó fuera de esto, y como el perrito faldero que es, sigue a mi lado. Y eso es algo que me conviene.

—¿Por qué hablas así de ella? Te

quiere, estúpido. La has engañado, es una víctima más. Y cuando os he visto juntos...

—He hecho muy bien mi papel, Bella.

—¿Bella? Solo Cass me puede llamar así.

Volvió a adelantarse y ella volvió a retroceder.

—No hables de Cassey, no está aquí, así que no la nombres. Y déjame decirte que te llamaré como yo lo crea conveniente.

Sus piernas hicieron tope en la cama.

—Es tu mujer, la mujer con la que te casaste...

—Me casé con la hermana equivocada, siempre me gustaste tú — confesó.

Abrió los ojos con la sorpresa.

—¿Qué?

—Y al fin te tengo. ¿Sabes? Puedo salvar tu vida, pero a cambio vas a tener que cooperar.

Se apartó a un lado y corrió hacia la puerta, intentó abrir, pero estaba cerrada con llave, y la ventana tenía gruesos barrotes y estaba alta en la

pared, como ya había visto cuando la habían empujado al interior de la habitación.

—¡Déjame salir! No eres más que un enfermo. Si Cass se entera de esto...

—Nunca lo sabrá, ella quiere estar fuera del negocio, así que ya lo está.

La sangre se drenó de su cara.

—¿Qué has hecho? ¿Dónde está Cass? —preguntó de nuevo intentando abrir la puerta.

De repente dos manos se apoyaron en la madera encerrándola. Se dio la vuelta para enfrentar a Dean.

—¿Qué hay del hombre que estaba

contigo? ¿Por qué contrató a un detective para buscarte?

—Eso no es asunto tuyo, apártate.

—¡Contesta! Sé en lo que trabaja, sé cómo se llama y sé lo que va a pasar con él. Pero me falta esa información, ¿lo conocías?

Fijó sus ojos en él, sin comprender y sin querer contestar a eso. No entendía en qué se había convertido Dean. Era un completo desconocido ahora.

—Vete. A. La. Mierda —deletreó ante sus narices.

La mano del hombre aterrizó con fuerza sobre su mejilla, ni siquiera la vio venir.

Capítulo 24

Cuando Ian volvió a abrir los ojos, empezó a verlo todo un poco más claro. Espabiló a su cerebro y recorrió mentalmente los pasos hasta llegar a este lugar inmundo. Isabella volvió a aparecer ante sus ojos. Fijó la vista al frente y vio al grupo de chicas que estaban en otra celda. Sentadas en el nauseabundo suelo se apoyaban unas en otras, los vestidos que llevaban le

recordaban algo...

Las recorrió con la mirada y se detuvo en una que estaba de pie agarrada a los barrotes, mirándolo fijamente. Ese rostro le era familiar, pero no lograba situarlo.

Terminó por mirarse a sí mismo. Solo llevaba unos pantalones de chándal negros, y nada más, sus pies serían restringidos y sus manos también. Se levantó haciendo ruido con las cadenas, y se estabilizó sobre sus pies. Miró sus muñecas y dio un tirón.

—¡Joder! —gritó haciendo que las chicas lo miraran curiosas.

No les hizo demasiado caso. Aunque se preguntaba por qué estaban también aquí. De pronto, una de ellas, la misma que estaba mirándolo antes, se movió apoyando su peso de un pie a otro. Olga. La imagen apareció nítida en su memoria, ella era la chica del club, con la que había tenido relaciones sexuales. Los camisones transparentes, negros y muy cortos, que llevaban todas aquella noche, seguían sobre sus delgados cuerpos.

—Olga —dijo con voz forzada, después carraspeó.

Ella asintió.

—¿Me recuerdas? —preguntó
esperanzado.

—Sí.

—¿Hay una chica rubia
estadounidense entre vosotras?

Desde su posición no podía verlas
a todas, hacían pequeños grupos y
algunas ni siquiera giraban sus rostros
ahora. El miedo se respiraba en el aire.

Ella recorrió la celda en donde
estaba y después negó.

—No.

—Mierda —gruñó.

Una de las chicas fue a ella y le habló frunciendo el ceño, no reconoció el idioma, tal vez era ruso, pero hablaba en susurros. Olga negó con la cabeza y lo volvió a mirar.

—¿Qué hacéis aquí? —cuestionó de nuevo.

—¿Los has traicionado? —preguntó ella a su vez.

Él negó con la cabeza y se pasó la lengua por los labios resecaos, buscó alguna cámara con la mirada, pero no la encontró. De hecho, no estaban en el castillo de Budapest o él no había

estado en esta parte de los sótanos.

—¿Sabes dónde estamos? —
insistió en preguntar.

Ella no contestó esta vez.
Sospechaba que la otra chica le había
dicho que no confiara en él.

—No los he traicionado. Soy
estadounidense y no estoy metido en
este puto mundo de destrucción.

Ella abrió los ojos.

—Baja la voz, pueden oírte.
Ellos... son crueles.

Giró su cabeza hacia el pasillo,
como esperando que viniera alguien,
pero nadie apareció y ella volvió a

fijar su atención en él.

—Estamos en Budapest. En el castillo del amo.

Perfecto, esta era una zona que había sido vetada para él, por lo consiguiente también para Tavalas, sería difícil que sus compañeros lo encontraran.

—¿Por qué estáis aquí? —volvió a preguntar.

—Nos dijeron que el club no era seguro, nosotras no estábamos trabajando, nuestro turno empezaba en media hora. Nos metieron en varios

vehículos y nos trajeron aquí.

Imaginó que los agentes locales habían dado con el antro de prostitución después de las detenciones en la galería de arte, y los hombres de Gusav habían salvado la *mercancía*.

—¿Es la primera vez que estás aquí adentro?

—No, cuando nos recluyen, pasamos un tiempo aquí siendo... adiestradas.

Ian entrecerró los ojos. Ya imaginaba la clase de entrenamiento que recibían. Joder, eran poco más que unas crías.

—Dijiste que estabas allí por tu propia voluntad.

—Te mentí.

Él levantó una ceja.

—No eres el primero que promete sacar a una de las chicas, y acaba muerto. Después la chica es torturada... y raras veces sobrevive. Es la manera más efectiva de condicionarnos.

—Entiendo, y lo siento. Yo estaba con una mujer...

—¿La que estás buscando?

—Sí. No la han traído aquí —No

era una pregunta.

—Espera.

Olga se dirigió a sus compañeras y habló en susurros. Las vio negar con la cabeza.

—Ninguna la ha visto. Pero han oído que Sokolov tenía a una americana prisionera. Lo han dicho los hombres que nos han traído. Eran varios vehículos, y en el que iba mi compañera los hombres han hablado.

Entonces estaba viva, un sentimiento de alivio recorrió su cuerpo.

—Gracias —dijo aún en voz baja.

—Lo siento.

La miró, la chica se expresaba muy bien en su idioma, pero el ligero acento la delataba, era rusa.

—Hablas bien mi idioma.

Ella cerró los ojos un momento.

—Mi padre era de Seattle y mi madre rusa, nacida en Moscú. Murieron hace años, el autobús en el que viajaban cayó por un barranco en la India. Yo solamente tenía doce años y estaba con mi abuela paterna, a los dieciséis años viajé a Rusia para visitar a mis abuelos maternos, pero

nunca llegué a verlos, me secuestraron.

—Joder, dijiste que tenías un hijo.

—Sí, vive con una de las chicas.

Doy gracias a que ella no estaba trabajando cuando nos llevaron.

—¿Dónde está ahora?

—Cerca del club tenemos una casa, está vigilada, y allí hay varias mujeres con hijos. Son mayores para ejercer, y Gusav las tiene como sirvientas, las trata bien, por eso ellas no se van y cuidan de nuestros hijos.

Ian daba por sentado que aquellas mujeres ya no tenían a donde ir ni con quien volver, estos cabrones habían

arruinado sus vidas y ellas seguían bajo sus fauces.

—El padre...

—No sé quién es, me quedé embarazada cuando ya trabajaba en el club.

La vida de estas chicas era muy dura, estaba convencido de que las que tenían hijos estaban más atadas a ellos, los debían usar para retenerlas. No preguntó.

—¿Por qué confías en mí?

Ella se encogió de hombros.

—Por mi padre, supongo.

Lo entendía.

—¿Conoces los accesos?

—Sí, no es difícil. El problema es que están muy vigilados.

—¿En qué parte del castillo estamos?

—En la sur.

Eso era diametralmente opuesto a la celda en donde había estado Isabella, ¿la tendrían allí? Iba a recabar más información cuando un grupo de hombres entró dando bandazos, riéndose y dándose empujones unos a otros, estaban

borrachos, y fueron directamente a la celda de las chicas.

Olga clavó sus ojos en él, sabiendo lo que iba a pasar a continuación, una mano cogió su brazo y la arrancó de los barrotes donde ella había permanecido agarrada. La tiró al suelo mientras el tipo sacaba su polla de los pantalones y se cernía sobre ella, abrió sus piernas y se introdujo en ella de golpe haciéndola gritar. Las otras chicas estaban corriendo la misma suerte, algunas incluso tenían a dos hombres sobándolas.

—¡Parad, animales! —gritó en

cuanto salió de la estupefacción en la que se había sumido.

Su mente corrió rápido, imaginando a Isabella en la misma situación y tirando de las cadenas soltó un grito.

—¡Malditos hijos de puta!
¡Dejadlas! —rugió furioso por no poder hacer nada.

Los grilletes se clavaron en sus muñecas por la tensión a la que estaban siendo sometidos por las cadenas atrapadas en el muro a su espalda y sus fuertes tirones. Todo su cuerpo estaba tenso hasta el punto de que parecía que

iba a romperse en su intento por llegar hasta las chicas.

Los ojos de Olga se encontraron con los suyos mientras era subyugada bajo el cuerpo de uno de los guardias de Gulav, suponía que ahora estaban bajo las órdenes Sokolov. Las que gritaban de dolor rápidamente callaban cuando recibían puñetazos de esos animales. Olga parecía ser consciente de eso, y aunque pudo ver alguna lagrima resbalar por las comisuras de sus ojos, no emitió ningún sonido más. Estaba siendo sumisa para no ser golpeada.

—¡Sokolov! —gritó hacia la puerta sin dejar de mirarla.

Ellas eran las putas del club, pero cuando fue allí no vio ningún maltrato, estas bestias estaban violándolas sin ningún remordimiento. Olga hizo un gesto de negación casi imperceptible.

—¡Joder! ¡Sokolov, malnacido, baja aquí! —Por mucho que Olga negara, él no podía quedarse de brazos cruzados.

Unos pasos rápidos llegaron hasta él, eran dos tipos. En seguida reconoció a uno de ellos; David, el

cabrón ruso que había estado a punto de atacar a Isabella en la celda antes de que él se la llevara de allí.

—¡Cállate, o te haré callar! —gritó el otro hombre abriendo la puerta metálica.

—¡Para, eso! —dijo señalando con la barbilla a la otra celda.

El tío tuvo los cojones de reírse. Pero David miraba a Olga y en su mirada había furia.

—¿Está hiriendo tu sensibilidad? —dijo el otro acercándose a él con una porra eléctrica.

Maldito cobarde.

—Esas chicas no merecen ser tratadas así, joder —gruñó.

—Creí que los Marines de mierda tenían más agallas, veo que no es así. De hecho, trabajas para un grupo de maricas que lo único que van a conseguir es que los maten, aquí somos más fuertes.

¿Cómo había conseguido esa información de él? Tavalas ya no estaba infiltrado, y nadie más sabía nada de su vida. Dudaba mucho que Isabella hubiera hablado.

Si leía entre líneas, podía adivinar

que su unidad estaba intentando dar con él, reprimió las ganas de carcajearse por la metedura de pata del idiota.

—¿Qué has dicho? —Solo estaba esperando su oportunidad.

El incauto se acercó un poco más, era un poco más bajo que él, pero su cuerpo era el doble de ancho que el suyo, aun así, intentaría atacar.

—He dicho que los americanos os creéis superiores, y aquí estás, lloriqueando por esas putas.

David se acercó a él y le sostuvo la mirada.

—Haz el jodido favor de cerrar la

boca —dijo acercándose.

Ian había dado un paso atrás, así que cuando David estuvo a tiro, se adelantó sorprendiéndolo y bajó su cabeza de golpe sintiendo como la nariz del hombre se rompía bajo su frente, que también estalló en un profundo dolor que sacudió toda su cabeza. Pero no pudo evitar sonreír con desprecio. Iba a atacar al otro, pero David se había puesto a tiro.

—Hijo de puta —gimió David dando un paso atrás tambaleándose.

De repente, el otro levantó la porra

y se la clavó en el estómago. La descarga eléctrica lo tensó y una aguda sacudida le subió por la espina dorsal. Apretó los dientes y se dejó caer de rodillas.

—La próxima vez métesela por el culo— dijo alguien al otro lado de la celda—. Ve a que alguien arregle ese destrozo en tu jodida cara, David.

Ese era Sokolov.

—¿No te gusta ver a las putas hacer su trabajo? —preguntó dirigiéndose a él—. Te has atrevido a infiltrarte entre mis hombres, eso es una humillación para mí, y pagarás por ello.

La voz del hombre le entraba en los oídos como si fuera a través de un túnel de viento, demasiados sonidos alrededor, pero entendió sus palabras.

No podía hablar, tenía todos los músculos tensados y no respondían con normalidad, sus parpados se negaban a abrirse. Paralizado como estaba, era incapaz de emitir ningún sonido.

La mano de Sokolov golpeó su rostro y eso hizo que levantara la cabeza lentamente. Agarró su cabello en un puño y lo encaró.

—Me vas a servir para algo, así

que atiende.

Buscó a Olga, estaba acurrucada contra los barrotes con los ojos cerrados, aunque sabía que no dormía. Ya no había rastro de los hombres, y todavía se oían algunos sollozos de las chicas al fondo.

—¡Señor Porter! —el grito de Sokolov le hizo hacer una mueca.

Lo miró.

—Necesito que me atiendas, porque no lo voy a repetir.

Entrecerró los ojos.

—Sabemos que Sawyer está con sus amigos americanos. Ese hombre se

quedó con más dinero del que debía y lo queremos aquí, solo lo intercambiaremos por ti. Ya que su hija no está a mi alcance, de momento.

¿Qué?

—Isabella...

—Sí, esa. Si su padre no se entrega a mis hombres, tus compañeros lo harán por él, no te dejarán morir. Si después reciben tu cadáver a cambio, depende de la rapidez con que lo hagan.

—¿Dónde está ella?

—Alguien que trabaja para mí la

tiene retenida, a mí eso me sirve si a cambio salgo ganando, así que se la ha quedado.

Se impulsó hacia delante sacando fuerzas de flaqueza.

—Recupérala.

—No, no puedo. Ese hombre puede conseguir lo que quiero, y yo no apuesto por una puta americana.

—¿Quién es?

—No es asunto tuyo —contestó ya marchándose.

Pero de repente se paró y retrocedió.

—Y no vuelvas a atacar a uno de

mis hombres, para ti son intocables. Más de uno estaría encantado de follar tu culo.

Se inclinó sobre él y le dio un fuerte puñetazo en la mandíbula que hizo que su cabeza cayera hacia atrás de golpe. Su cuerpo quedó colgando solo sostenido por los grilletes en sus muñecas.

—¡Hazlo! —ordenó—. Demuestra a ese cabrón cómo tratamos a los que intentan jodernos.

Un hombre con un látigo se puso delante de él, era uno de los *Byki* de

Gusav que ahora debía servir a Sokolov.

Mierda.

El tipo cogió impulso y dejó caer las hebras de cuero sobre sus costillas, el dolor fue lacerante, inhumano. Pero no emitió ni un solo sonido, no les daría ese placer.

Los latigazos se sucedieron uno tras otro, cubriendo su pecho, abdomen y muslos, el dolor se expandía y no le dejaba respirar. Tavalas estaba en un rincón mirándolo, no parecía inmutarse ni apartaba los ojos de él, y un juramento atravesó su nublada mente,

Adrian Tavalas moriría, y él mismo se encargaría de eso. Apretó los dientes. No era más que un puto traidor.

—Te mataré —susurró de manera entrecortada.

Su mente fue a Isabella.

Ella era en la única en la que pensaba, ella y solamente ella lo podía mantener con vida, la que conseguiría que sacara la fortaleza que aún debía haber en su interior y hacerle pensar con claridad. Mataría al traidor, lo haría, y después saldría de este agujero putrefacto.

Pero su mente derivó a la oscuridad, un manto negro que caía sobre él inexorablemente.

Capítulo 25

—Jefe, hemos conseguido dar con la casa familiar. Dos mujeres acaban de entrar.

Slade sostenía el teléfono con rabia. Killian ya le había informado de la situación, y se le había ocurrido que debían interrogar a la mujer y a la otra hija de Sawyer.

—Perfecto, hacedles una visita y volved a llamar.

Elijah y Michael, estaban ya recuperados, y aunque no había querido incluirlos en la última misión, para este trabajo eran los más indicados.

Se sentó de nuevo en la sala para los familiares de los pacientes que estaban en la UCI y se sintió impotente. Con respecto a la situación de su padre, y con la situación de su unidad, atado de pies y manos, metafóricamente hablando.

Lucas y él tenían que tomar una decisión, su padre estaba enganchado a

una máquina que lo mantenía con vida. El doctor Martin fue claro cuando hablaron, no había nada que hacer, solo intentar que su corazón funcionara un poco más después de desconectarlo.

—Slade.

Lucas entró cabizbajo y se dejó caer en el asiento de al lado.

—Tenemos que tomar una decisión —dijo sin querer mirarlo a los ojos.

Esto iba a ser difícil.

Elijah fue el encargado de tocar el

timbre. Según sus propios argumentos, era el más cualificado para hacerlo y el más guapo. Y eso era lo que necesitaban esas mujeres después de lo de Isabella, expuso.

Michael se vio incapaz de rebatir semejante diatriba. Era un capullo.

Una chica de unos treinta años bastante bonita, de pelo rubio y ojos marrones les atendió.

—¿Hola? ¿Señor Granston?

Elijah alargó la mano para estrechar la suya.

—Llámame Elijah, él es Michael

Geller.

—Mucho gusto. Soy Casandra Harmon. Pasen, les presentaré a mi madre.

Habían llamado por teléfono antes de ir, y ellas habían accedido a verlos.

Cuando los condujo a un salón enorme adornado con piezas y cuadros antiguos, vieron a una mujer mayor que se estaba retorciendo las manos.

—¿Cass? ¿Son ellos?

—Sí, mamá.

La saludaron y se sentaron en el sofá de enfrente.

—¿Y dicen que saben algo de mi

hija Isabella? —La señora Sawyer fue al grano.

—Sí, señora. Sabemos quién se la llevó.

—¿Quién fue? ¿Y por qué razón?

—Fueron los rusos, y tiene que ver con el trabajo de su padre.

—¿Qué? —pregunto la madre.

—Yo trabajo con mi padre...

—¿A qué se dedica exactamente?

—Organizo los eventos, busco las galerías idóneas y preparo la nuestra para las subastas.

—¿Qué tiene que ver eso con la

detención de mi marido? ¿O con el secuestro de mi hija? —preguntó la señora Sawyer de nuevo.

—Vayamos por partes, señora. Necesitamos hacerles algunas preguntas.

—¿Son policías?

—No, mamá, ya te lo he explicado, trabajan en una empresa de seguridad para el gobierno. Papá nos pidió que no llamáramos a la policía, ¿recuerdas?

La madre asintió y no dijo nada más, pero no podía dejar de moverse en su asiento.

—¿Quién lleva la parte financiera del negocio?

—Mi padre, y cuando mi marido perdió su trabajo, hace unos meses, él le ofreció empleo. Dean, así se llama mi marido, le ayuda con la contabilidad.

Elijah y Michael se miraron un instante.

—¿Puedo usar el aseo? —preguntó Elijah mirando fijamente a la hermana de Isabella.

La chica pareció captar el mensaje, y se levantó rápidamente.

—Sígame.

Elijah miró a Michael y caminó detrás de la chica.

Cuando ella cerró la puerta del salón se giró y esperó a que él hablara.

—Lo siento, quería hablar con usted a solas.

—Lo sé. Mejor así, mi madre no aguantará más malas noticias.

—Eso he supuesto.

Elijah la miró, no sabía hasta qué punto la chica estaba enterada de los pasos de su padre, si no tocaba la parte económica de la empresa familiar

podría ser que no estuviera al tanto.

—Isabella fue secuestrada para poder chantajear a tu padre.

Ella frunció el ceño.

—¿Mi padre?

—Después de las detenciones en Budapest, conseguimos ponerlo a salvo.

Ella soltó el aire con alivio.

—Pero mi hermana...

—Ahí quería llegar. ¿Conoces a Ian Porter?

—¿Ian? ¿El mismo que conoció años atrás?

—Sí, pertenece a nuestro equipo.

—Hablé con él no hace mucho, quería ver a mi hermana, ella tuvo un accidente, pero las cosas entre ellos no estaban muy bien ¿Qué tiene que ver con todo esto?

—Él consiguió sacarla de la celda en la que la tenían retenida.

—¿Sí? ¿Mi hermana está a salvo?

Elijah estaba dando tumbos mentalmente. Las noticias salían de su boca para dar esperanza y después todo se derrumbaría de nuevo.

—Necesito que me digas qué sabes de los negocios de tu padre.

—Es pasante de arte, nada más. Tuvimos algunos problemas hace unos meses, y él se mostró preocupado, pero después nos aseguró que todo estaba solucionado.

Elijah cruzó los brazos sobre su pecho y valoró a la mujer enfrente de él, ¿decía la verdad?

—Estaba arruinado y en una de esas reuniones para comprar obras de arte, contactó con un hombre que le propuso un negocio ilegal a cambio de salvar vuestra empresa —explicó finalmente dejando caer la bomba.

Ella se cubrió la boca, estaba realmente sorprendida, o era muy buena actriz.

—¿Qué...? ¿Qué clase de negocios?

—Distribución de una nueva droga de diseño, el FBI ha descubiertc recientemente, que se trata de una droga exclusivamente para mujeres, las incita a tener relaciones sexuales, dispara su lívido al máximo.

—¿Burundanga? —preguntó en un susurro.

Elijah negó con la cabeza

lentamente.

—Mientras que la sustancia que contiene la burundanga anula la voluntad y el poder de recordar, con esta droga, ellas son plenamente conscientes de lo que hacen, pero no pueden evitarlo. Los efectos secundarios se reducen a uno: la muerte.

—Oh, Dios mío, ¿mi padre accedió a eso?

—Sí, el problema es que después tuvo un ataque de arrepentimiento y dejó de distribuir, algo que ha cabreado a la mafia rusa. Ya que las

ganancias se han perdido.

—¿La mafia? ¿Mi padre tiene negocios con la mafia?

—Exacto, por eso secuestraron a tu hermana, ahora les debe mucho dinero. No se trata de devolver la mercancía, eso no sería suficiente.

Ella se apoyó en la pared y cerró los ojos, dos lágrimas resbalaron por sus mejillas.

—¿Estás bien? —dijo tocando su hombro.

—Sí, lo siento. Es que cuesta creer que un hombre que tiene dos hijas haya

estado de acuerdo en hacer algo así.

—A veces, el dinero es lo único que cuenta, quiero pensar que solo quiso impedir terminar arruinado, y no vio las consecuencias de sus actos.

—Pero has dicho que Ian...

—Los volvieron a coger, los encontraron, y ahora los tienen prisioneros.

—Isabella... —murmuró cerrando los ojos.

—Estamos en ello, pero necesitamos tu ayuda.

Ella lo miró con determinación.

—Lo que necesites.

—Dices que tu padre contrató a tu marido, tal vez él pueda allanarnos el camino, si conseguimos encontrar la droga, y cuáles eran sus contactos aquí, en Nueva York, podamos hacer algún trato con ellos.

—Pero Gusav ha sido detenido, junto a otros...

—Sí, pero eso no significa que, aunque se haya cortado la cabeza del dueño de ese imperio, otros no ocuparán su lugar.

—Dean se quedó en Budapest, me obligó a volver con mi madre, me

pidió que cuidara de ella mientras él intenta encontrar a mi padre. Me explicó que a mi padre lo habían detenido, pero no la CIA como a los otros.

Elijah supuso que era comprensible.

—¿Nos darás acceso a esa información?

—Por supuesto.

—¿Podrías mantenerme informada sobre Isabella? Quiero... necesito tenerla de vuelta.

—No hay problema, en estos momentos algunos miembros de nuestro

equipo están sobre el terreno. No puedo darte un número de teléfono, pero si me das tu número personal, te llamaré.

Una hora más tarde, Elijah y Michael caminaban de vuelta al coche.

—¿Qué opinas? —preguntó Michael.

—Me atrevo a decir que ella no sabe nada, y me ha asegurado que su madre tampoco. No lo tengo tan claro

con su marido, un tal Dean Harmon, no ha vuelto con ellas a Estados Unidos, y según Casandra, tiene multitud de archivos encriptados en el ordenador personal de su casa.

—El FBI se ocupará.

—Sí, pero es extraño que ella no se haya enterado de nada. O su padre, o su marido, incluso los dos, les ocultaron información a las mujeres de la familia.

—Según Ian, Isabella tampoco era consciente, aunque estuvo fuera del país.

—Mierda, sabemos que trafican

con personas, con armas y con todo tipo de drogas, pero esta, en particular, es muy jodida.

—El FBI encontró esa sustancia por primera vez en el cadáver de una mujer que encontraron en el río Hudson, y de eso ya hace tres años, estará bastante extendida a estas alturas.

Elijah apretó el volante entre sus dedos con rabia. Todo esto escapaba a su entendimiento. La maldad de algunas personas no tenía límite. El dinero se movía a gran velocidad cayendo

siempre en las mismas arcas. Gente sufriendo a manos de organizaciones criminales.

Isabella seguía con los ojos vendados y las manos atadas cuando alguien le dio la comida en la boca. Ya la habían drogado una vez y se negaba a comer nada. Escupió de nuevo.

—Me lo estás poniendo difícil — dijo una voz grave.

—No tengo hambre. ¿Dónde está el hombre que estaba conmigo? —

preguntó por cuarta vez en diez minutos.

—¿El Marine?

—¿Está bien?

—Dada las circunstancias, sí.

Tenía que enterarse de qué era lo que querían de Ian, y lo de «dadas las circunstancias», no sonaba demasiado alentador. Iba a preguntar cuando alguien golpeó la puerta.

—Tu teléfono móvil no deja de sonar, nos va a volver locos a todos — dijo una voz desconocida, era un hombre con voz ronca.

—Mierda. —Esa era la voz de Dean. ¿Había estado en la habitación todo el tiempo?

—Sal, ya me quedo yo —ofreció el de la voz ronca y su estómago se apretó.

—No la toques, ese era el trato —advirtió su cuñado, aunque no parecía demasiado contundente.

—Tú cumple y no le pasará nada —amenazó el otro—. Hazte cargo de esa zorra de tu mujer.

—No voy a hablar con ella, puede tener a alguien hurgando en la línea.

—Más vale que no nos ponga a nadie más detrás, ya estamos bastante jodidos, así que arréglalo —ordenó el tipo de voz grave.

—Sí. —Dean parecía un cordero sumiso.

—Podría darte información valiosa, me temo que la policía ya habrá contactado. No debiste dejarla marchar, idiota.

Dean gruñó, o eso supuso, ya que no veía nada.

—Eso hubiera levantado sospechas.

—Largo —volvió a ordenar el que parecía estar al mando.

Oyó movimiento. Alguien más había entrado.

—¿Aún no has comido? —preguntó el hombre de la voz ronca cerca de su oído, el aliento bañando su oreja.

—No me apetece.

—Perfecto, entonces te alimentaremos por vía intravenosa.

Mientras escuchaba ruidos metálicos se imaginó al tipo preparando alguna solución con nutrientes para inyectar, este no era un

lugar estéril, y nunca sabría qué le estarían suministrando. Eso era una muy mala idea.

—¡Espera! Comeré.

La droga podría estar en todas partes, pero, por experiencia, sabía que si entraba en su torrente sanguíneo podría ser letal, y más rápida.

—Bien, te informo de que es pasta y está buena, la cocinera es excelente.

—Un dedo recorrió su mejilla y cuando estaba a punto de llegar a su escote se apartó de golpe. Una risa baja salió de la boca del hombre.

—En algún momento tendré un

pedazo de ti.

—Eso no va a pasar —contestó provocando una risotada en el idiota que estaba a su lado.

¿Dónde estaba? Lo cierto es que olía a limpio, como si hubieran usado un limpiador con limón. Le habían tapado los ojos y después llevado a otra habitación, en la anterior no había notado la pulcritud que había en esta.

Mientras masticaba lentamente, intentando buscar alguna textura extraña con su lengua, pensó en esos hombres, había oído tres voces

diferentes y después estaba Dean. El único que se dejaba ver. Unos fuerte brazos la levantaron de la silla, haciendo que soltara un grito, y la guiaron hasta la cama dejándola caer sobre el colchón. Sus manos, atadas a su espalda, se retorcieron de dolor.

—Intenta dormir y no molestes demasiado.

Pero lo último que le apetecía era dormir. En contra de su código ético, solo tenía deseos de acabar con Dean, lenta y dolorosamente, por haberla metido en esto, y explicar a su hermana cómo era el monstruo con el que se

había casado.

Capítulo 26

Isabella estaba sobre él, sus pechos balanceándose sobre su rostro, lo montaba sin restricciones, moviéndose a buen ritmo mientras sus labios recorrían su cuello. Echó la cabeza hacia atrás y tensó los músculos del cuello, estaba a punto. Sin embargo, también sentía dolor. Quería abrazarla, obligarla a aumentar el ritmo, pero algo se lo impedía. La respiración de

su chica se volvió errática y sintió su orgasmo, los músculos internos apretándose alrededor de su pene. Necesitaba más.

Intentó abrir los ojos sonriendo, sus parpados negándose a cooperar, iba a hablar para decirle que él también se iba a correr, pero su boca se sentía seca. La sensación no le era desconocida. Cuando por fin forzó a sus parpados a abrirse, el cabello rubio de Isabella caía salvajemente sobre sus hombros.

El orgasmo cayó sobre él y lo disfrutó, dejó que lo atravesara por

completo y volvió a abrir los ojos, Isabella se movía en cámara lenta y como le había pasado con anterioridad, las imágenes frente a él se desdoblaban de nuevo.

Ella se subió el vestido negro y tapó sus pechos, después se levantó. La goma de la cintura de los pantalones de chándal que llevaba, subió de golpe y cubrió su polla. Miró hacia abajo, estaba sentado sobre sus talones, y seguía encadenado. Sus manos, por encima de su cabeza, también. Le dolían los hombros.

¿Cómo coño había llegado Isabella hasta ellos?

—Sigue atontado —dijo una voz.

—Yo lo he disfrutado igual.

Esa voz era la de Kathryn, la miró: rubia, vestido negro... ella era la que había estado sobre su pene. ¡Maldita zorra!

Se levantó de golpe y bramó, era lo único que salió de su garganta. Dio un paso al frente para intentar alcanzarla, pero las cadenas tiraron de él. Kathryn fue lo suficientemente inteligente como para dar un paso atrás.

—Eres un animal —Después sonrió—. Tal como me gusta.

—¡Puta! —escupió.

No coordinaba bien la lengua y solo consiguió soltar esa palabra.

—Tu puta, cariño —soltó orgullosa.

—No... no vuelvas... a acercarte... a... a mí. Juro... que te mataré.

¿Cuándo lo habían vuelto a drogar? Sokolov lo había golpeado, había perdido el conocimiento, no recordaba una mierda. Pero, ellos lo habían

drogado. Estaba seguro. Tenía sed otra vez.

Una botella de agua apareció de repente y atrapándola con los labios la tragó toda de un tirón. Sorprendentemente sus ojos se cruzaron con los de Tavalas, era él quién le estaba dando el preciado líquido. Su rostro no demostraba emoción alguna.

—¿Qué haces...

No pudo terminar la frase, Tavalas le dio un puñetazo en el estómago que lo hizo doblarse. El agua volvió a salir de su boca, vomitó en sus pies y volvió

a caer de rodillas.

—Hijo de puta... —masculló.

—Vuelve a hablar y tu lengua será historia. Tú, sal de aquí, ahora.

Cuando escucho el ruido de tacones supo que esa última orden había sido para Kathryn. Tavalas dando órdenes a la mujer del jefe. Interesante. El cabrón lo había traicionado, ya no tenía ninguna duda.

Levantó la mirada, pero Tavalas ya estaba saliendo de la celda.

—La próxima vez déjame a mí. Le debo una —gruñó David.

Se alejaron los tres, estaba atado, así que supuso que no era necesario que lo vigilaran. Tosió.

—¿Estás bien?

Levantó los ojos del suelo y vio a Olga con cara de preocupación. Asintió.

—¿Tú? —preguntó forzando la garganta.

De repente se dio cuenta de que solo estaba ella y otra chica al fondo de la celda, y estaba sentada de cara a la pared.

—¿Dónde las han llevado?

—Las han repartido por otros clubes —explicó encogiéndose de hombros.

—¿Y vosotras?

Olga bajó la mirada a sus pies.

—Servimos a los guardias.

Ian apretó los dientes.

—Cabrones.

—Ella te ha...

—Lo has visto todo —afirmó Ian.

—Te han drogado, así es como doblan nuestra voluntad. Tú... aún tienes las pupilas dilatadas.

Cerró los ojos, se sentía humillado.

Joder, esa mujer lo había violado, ¿verdad? Eso había sido una puta violación.

—Estoy jodido —logró decir.

—Lo sé, pero pasará. La droga se desvanecerá.

—¿Tú también? —preguntó dejando caer la cabeza, su cuerpo se balanceaba colgando de sus brazos.

—No, ya no, solo al principio.

Su mente voló de nuevo a Tavalas.

—Traidor —masculló.

¿O le estaba ayudando? Había cargado contra él, tal vez para hacerlo todo más creíble. Mierda, no pensaba

con claridad.

—¿Qué? —preguntó ella.

No contestó, pero una oleada de rabia lo alcanzó, tiró de los grilletes y se puso de pie, no sin esfuerzo. Estaba sudando.

—Tenemos que salir de aquí — dijo apretando los dientes.

—No puedo...

La miró extrañado, ella no podía escapar, ¿por qué decía que no podía? ... «Porque estáis encerrados y vigilados, capullo», le gritó su mente.

—Por mi hijo...

Cierto, ella tenía un hijo, que no vería nunca más si se arriesgaba a escapar de la celda y del castillo.

—No podemos contactar con Tavalas, y el parece que se ha olvidado de nosotros —dijo Aylan.

—No importa, lo haremos sin él —contestó Killian.

—No estamos seguros de que esté allí.

—No consiguieron detener a su

mano derecha, tienen que estar en ese castillo, nadie de su entorno conoce su ubicación, solo los de confianza. Creo que ese Sokolov, se ha fortificado en el castillo mientras se lame las heridas, y vuelve a poner la rueda en marcha — explicó el teniente.

—Tavalas dijo que ese tipo estaba loco —apuntó Dan.

—Es un cabrón muerto, si tiene a Ian —apostilló Pam.

—Elijah y Michael, ya han aterrizado, están de camino —anunció Aylan mirando el pequeño dispositivo en su mano.

—¿Están recuperados? —preguntó el teniente—. Ese tozudo de Slade los ha enviado.

—Me preguntó antes de tomar la decisión —aclaró Jacob—. Lo están, aunque no en su mejor forma, harán bien su trabajo.

—Está bien, cuantos más seamos, mejor —admitió el teniente.

Habían terminado metidos en una especie de cobertizo a un par de kilómetros del castillo de Gusav. Olía a mierda y casi no entraba luz, pero en peores situaciones se habían visto.

—¿Iremos a ciegas? —inquirió Aylan.

—Si Tavalas no contacta, sí.

—¿Algún plan?

—Sí, pero esperaremos a Elijah y a Michael. Ellos traen información.

Dos horas después, alguien empujó la puerta. Aylan ya los había visto antes de entrar. El primero en acceder fue Elijah. Se paró en seco y dio un paso atrás haciendo que Michael chocase contra su espalda.

—¡Joder!— Se llevó la mano al

rostro y se tapó la nariz y la boca—.
¿Cuánto hace que no os laváis, tíos?

—Capullo —dijo Pam.

—En serio, huele muy mal —
añadió Michael—. Abrid las putas
ventanas, joder.

—¿Quieres que lancemos bengalas
también? —inquirió Jacob, mordaz.

—¡Basta! Maldita sea, no me
extraña que Slade quiera cortarse las
pelotas cuando os tiene cerca.

Todos guardaron silencio y miraron
a Killian con interés.

—¿En serio, teniente? —preguntó
Doc.

—Cerrad la puta boca. Tema cerrado, buscad la manera de respirar a través de la mierda, ¿estamos?

Terminaron riéndose, Killian estaba muy metido en el papel, más valía dejarlo correr. Los recién llegados soltaron las mochilas y las armas en el suelo. Después Michael repartió pequeños bocadillos y agua. Comer con el ambiente de ese lugar era vomitivo, pero el hambre estaba ahí.

—¿Ha comido algo? —preguntó Elijah llevando su pulgar hacia el hombre sentado en la esquina, Sawyer.

—No, se niega —contestó Aylan.

Elijah levantó los hombros desinteresado.

—Su problema.

—Bien, ¿algún plan? —preguntó Michael.

—Entrar, matarlos a todos, sacar a nuestro hombre, y volver a casa —soltó Killian.

Jacob levantó una ceja.

—¿Ese es el plan? ¿El que teníamos que discutir con Elijah y Michael?

—Ese mismo. He obviado la

estrategia, pero lo discutiremos tarde o temprano. —Killian estaba tan tranquilo dándole mordiscos al bocadillo como si no estuviera comiendo sobre un maldito estercolero.

—Yo lo apoyo absolutamente —añadió Dan.

—Ya. —Jacob contestó por todos, Dan era un tarado, igual que el teniente.

—El plan puede variar según lo que nos cuenten estos dos —murmuró Killian señalando a Michael y Elijah.

—Menos mal —susurró Pam.

—¿No te gusta el plan, nena? —preguntó Dan con una sonrisa.

—Veo lagunas, cariño. A ver si lo podemos mejorar, ¿vale? —acarició su cabeza como lo hacía con su perro, Goose.

Terminaron riéndose otra vez, mientras Dan fruncía el ceño.

—Vamos al tema que nos ocupa —empezó Elijah—. Hemos conocido a la hermana de Isabella, la chica raptada. Se llama Casandra, y por lo visto, no está involucrada en el tema. La policía registró su apartamento con su permiso, encontraron muchos datos detrás de una encriptación de mierda en el ordenador

personal de su marido. Los del FBI tardaron exactamente dos segundos en destruir la encriptación. Hay un almacén en New Jersey en el que, cuando accedieron, se encontraron con parte de la mercancía, drogas de diseño.

»En definitiva, está todo incautado. Ahora viene lo más apasionante. Casandra intenta contactar con su marido y no consigue dar con él. El FBI cree que ha decidido unirse a los rusos con la promesa de hacer circular la droga. La CIA se lava las manos, tienen a Gusav y pasan de nuestro

hombre, así que estamos solos. Dean Harmon, es el marido, y agarraos los machos, le ha jurado a Sokolov que nosotros tenemos la droga, por eso retienen a Ian. Quieren un intercambio, y todos sabemos que eso nunca sale bien. Matarán a Ian. Tanto si consiguen la mercancía como si no.

—Es el que huyó en el Audi al que disparé a las ruedas. —Ató cabos Aylan.

—Bastante probable —concedió Killian.

—Nunca debí hacer negocios con

ellos —lloriqueó el padre de Isabella.

—Demasiado tarde, señor. Su hija también está secuestrada.

El hombre abrió los ojos con la sorpresa.

—¡Me dijeron que estaba a salvo!

—Ya ve que no. Y, ahora, ¿lo explica usted o lo hago yo?

—¿El qué?

—Lo del accidente de su hija, lo del detective que contrató Ian...

—Yo... lo supe más tarde.

—¿De qué coño estáis hablando?

—cuestionó Killian.

—Isabella e Ian, se conocieron

hará unos cuatro años, parece que tuvieron más que una aventura — explicó Michael—. Se perdieron la pista y con el tiempo se buscaron. Ella no logró encontrarlo y Ian contrató a un detective para dar con ella. Pero aquí el amigo —paró para señalar con la barbilla a Sawyer—, le pagó el doble para que diera solo una mínima información. Él desconfiaba de Ian, pensó que era alguien enviado por la Bratva rusa, maldito capullo.

—Estaba interesado en la vida de mi hija, y tuve miedo de que Gusav

estuviera tras el detective investigándola.

—No estarías aquí si Gusav hubiera estado detrás de eso. No es idiota, si hubiera sospechado que escondías algo te habría pegado un tiro.

El hombre miró al suelo martirizado.

—Pero, resultó que Gusav sí estaba detrás del accidente que tuvo hace unos meses Isabella, y que la dejó en coma durante una semana, no atacaron a su hermana Casandra, porque su marido y ella estaban fuera de la ciudad y vieron

un objetivo más fácil. Isabella ya había vuelto de África, donde había estado durante un tiempo, provocaron el accidente para darle un aviso cuando ella iba a Washington de viaje, Sawyer no estaba moviendo el negocio y eso estaba cabreando a Gusav.

—¿No lo vio venir? —inquirió Jacob mirando al hombre.

—¡No! No lo vi, y eso me torturó durante todo el tiempo que ella permaneció en coma.

—Una pregunta... ¿para qué tenéis a este tío aquí? —preguntó Elijah.

—Eso forma parte del plan —
explicó Killian.

Todos levantaron la ceja, más o
menos.

—La parte estratégica, espero —
murmuró Jacob.

—Exacto y consiste, básicamente,
en entregarlo a cambio de su hija o de
Ian, lo que ocurra primero.

—Lo entregarás a una muerte
segura —argumentó Michael.

Killian se levantó y se sacudió los
pantalones.

—¿Tengo cara de que me importe?

—Son ustedes peor que ellos.

Todos se quedaron mirando al hombre en el rincón. Dan se levantó y se acercó a él.

—No te haces una maldita idea, capullo. —Se dio la vuelta después de hablar y dejó al tipo temblando en el suelo.

—¿Siguiente paso? —Jacob fue el que habló después de unos tensos minutos.

Capítulo 27

Slade, Sue, Lucas, Hannah y la señora Evans, que cogía la mano de Sue. Estaban alrededor de la cama de Edgar Ward. Grace, la mujer que los había cuidado cuando su madre murió y que ahora se había hecho cargo de su padre, estaba en un rincón con un pañuelo blanco cubriendo su boca. Slade cogió su mano y la situó entre él y su hermano. La mujer era de la

familia y merecía estar allí.

Las dos mujeres mayores sollozaban mientras el médico y la enfermera desconectaban las máquinas que mantenían con vida a su padre. Había sido una decisión difícil, pero tanto su hermano como él sabían que esa no era la vida que Edgar hubiera querido.

Cuando el médico terminó su trabajo se retiró al fondo de la habitación situándose detrás de la familia, la enfermera estaba a su lado.

Slade miraba el rostro de su padre mientras sentía la mano de Sue en la

suya, dándole fuerzas para enfrentar los próximos minutos. Lucas y él se posicionaron uno a cada lado de la cama y cogieron su mano.

Y ocurrió, el corazón de su progenitor se detuvo definitivamente, observó al doctor mientras hacía las comprobaciones, el hombre lucía triste también, la relación que tenían se remontaba a más de cuarenta años atrás. Sintió que Sue acariciaba su rostro mientras él no podía apartar la mirada de su padre. Un hombre que consiguió levantar su propio negocio

con la ayuda de su madre y de mucho esfuerzo.

Miró a su hermano, Lucas estaba exactamente igual que él, observando a su padre. Imaginaba que con el corazón destrozado por el tiempo que habían estado distanciados tiempo atrás. El tozudo de Edgar Ward había abandonado este mundo, pero con la satisfacción de ver a su hijo pequeño a su lado de nuevo.

Sintió el abrazo de Sue, la cogió por la cintura y la apretó contra su cuerpo. Dio las gracias mentalmente por tener a esta maravillosa mujer a su

lado, Sue lo era todo para él. Escondió el rostro en su cuello y aspiró su femenino aroma, y fue entonces cuando se dio cuenta de que estaba llorando, sintió la humedad en su propio rostro. Su padre había dejado una profunda huella en él, a pesar de haber discutido en numerosas ocasiones, lo respetaba y lo echaría de menos. Había ejercido como un gran abuelo y lo difícil sería dar la noticia a sus hijos.

Dean había estado trabajando para

su padre. Isabella empezó a atar cabos. Según Ian, Gusav solo quería recuperar la droga que su padre se había negado a distribuir. Pero si no estaba toda o su equivalente en dinero no habría trato, Dean debía estar intentando remediarlo para salvar el pellejo.

La puerta se abrió de golpe, el susto hizo que su corazón se saltara varios latidos. Alguien le arrancó la venda de los ojos y la repentina claridad fue molesta.

—¡Maldita sea! —bramó Dean ante su cara.

—¿Qué? —preguntó confundida y

aterrada al mismo tiempo. Dean estaba furioso, sus ojos parecían disparar dardos envenenados.

—He hablado con Cass, dice que el FBI ha descubierto el lugar donde tu padre escondía la mercancía. ¿Sabes lo que significa eso para mí?

Le dio una bofetada con el dorso de la mano que la tumbó en la cama de lado. El dolor se repartió por todo su cráneo.

—¿Dónde está mi hermana? —gimió—. ¿Es ella la que te llamaba por teléfono? Quiero hablar con Cass.

La levantó por los brazos apretando con los dedos y magullando su piel.

—¿Eso es lo único que te importa? Prometí a estos tíos que arreglaría lo que había hecho tu padre, estamos muertos, joder —susurró entre dientes.

El pánico se adueñó de ella. Y él la soltó para empezar a pasearse por la habitación de manera nerviosa.

—Tenemos que ganar tiempo, a cambio, es tu amigo el que morirá.

—¡No! ¿Qué vas a hacer?

—Pretenden intercambiarlo por la

droga, la que se supone que yo iba a vender. La unidad de Ian Porter está tras él, han contactado. Ellos entregarán a tu padre a cambio de su hombre y después los matarán a los dos, para entonces, tú y yo estaremos lejos.

Esto no podía estar pasando. El equipo de Ian no podía entregar a su padre.

—Dean, podemos hacer las cosas bien, si te entregas a la policía reducirán la condena y los hombres de Gusav no te encontrarán...

—¿Tan ingenua eres?!

—Deja que hable con ellos. Puedo ayudarte —mintió.

—No, no hablarás con nadie. Ahora estás conmigo y así seguirás hasta el final. Si alguien intenta cualquier cosa contra mí, tú morirás.

Cass estaba bien, ella no estaba involucrada en esto. Su único pecado había sido casarse con un estúpido ambicioso, aunque no lo había visto venir nadie, ni la propia Cassey ni nadie de la familia.

—Escucha, Dean. Podemos salir de esta —intentó esconder la rabia, este

hombre la había golpeado y traicionado a su familia.

—¿Sí? Pues no sé cómo.

—Dile a Cass que ingrese dinero en una cuenta, pagaremos lo que debe mi padre...

—No tienes ni idea, ¿verdad? —dijo apretando los dientes—. No hay suficiente dinero. Tu padre la jodió, y no tuve tiempo de solucionarlo antes de que Gusav reclamara lo que es suyo.

—Dean, tenemos que buscar una solución.

—No sabes nada, tu accidente solo fue un aviso... y, aun así, tu padre

decidió meterte en una urna sin pararse a pensar en las consecuencias.

¿Qué?

—¿Provocaron ellos mi accidente?

Asintió poniéndose los dedos entrelazados tras la nuca mientras se sentaba y apoyaba los codos en la mesa. De pronto se levantó, parecía haber tomado una determinación. Se dirigió a la puerta.

—¡Dean!

Él volvió sobre sus pasos y le puso la venda en los ojos de nuevo.

—¿Qué vas a hacer? No te vayas...

Salió de la habitación sin contestar y bloqueó la puerta.

Reconoció su voz hablando con alguien al otro lado, aunque a cierta distancia. Se acercó y apoyó el oído en la madera.

—... ¿Y qué pretendes?

—Hacer algunas visitas, asegurarme de que todo va como había planeado —explicaba Dean.

—Tienes doce horas, si para entonces no has vuelto, ella sufrirá. Sokolov vendrá en cualquier momento, no voy a cubrirte.

—El cargamento y el dinero estarán aquí en pocas horas.

Ella abrió la boca incrédula, no había cargamento, no había dinero. Estaba mintiendo para salvar su culo.

—Está bien.

Iba a huir, estaba segura de que Dean iba a huir, había hecho creer a estos hombres que ella le importaba, y no era cierto. La acababa de dejar a merced de esos tipos sin importarle lo que pudiera pasar.

Golpeó la madera con el hombro y gritó:

—¡Dean!

No hubo contestación.

Se apoyó en la puerta y maldijo su suerte. Era imposible que pudiera salir de aquí y esos hombres no eran precisamente muy amables. Arrastró la frente contra la puerta intentando desplazar la venda de los ojos, y para su sorpresa, esta subió un poco, ahora podía ver si levantaba la cabeza. Había una ventana tapada con madera, ya la había visto antes pero no se había podido acercar a ella. Cada vez que Dean destapaba sus ojos, él se quedaba

en la habitación.

Se desplazó hasta la ventana y miró entre dos tablones, vio árboles y la valla, la misma que había saltado junto a Ian. Suspiró, al menos ahora sabía dónde estaba, la parte negativa era que, aunque pudiera salir por ahí, la altura a la que estaba la ventana era considerable.

—¡¿Por qué has dejado que se fuera?! No confío en ese tío y es el único que sabe dónde está nuestra mierda —bramó alguien con un fuerte acento ruso.

—Estamos en un callejón sin

salida. Lo vi como una oportunidad para que nos ayude.

Se escuchó sonido de sillas y un golpe.

—¡Joder! —gritó el de la voz grave.

—Llévatela a las celdas, no entiendo la utilidad de tener a estos dos, pero hasta que ese idiota vuelva, mis guardias darán buen uso de ella.

La sangre se drenó se su rostro.
¿Otra vez a las celdas?

—No, espera... —contradijo el de la voz ronca.

—Putos americanos, no servís para nada. Más os vale que todo se solucione, porque si no es así vais a morir como ratas. Os había dado un voto de confianza, New Jersey era vuestro lugar y lo habéis jodido. No saldréis de aquí, ya no tenéis carta blanca, mis hombres se encargarán de ello.

El FBI tenía lo que este hombre esperaba recuperar, ninguno de ellos, y se incluía a sí misma y a Ian, iba a salir vivo de allí.

—¡Tráela!

Al cabo de dos segundos la puerta se abrió y alguien se abalanzó sobre ella, la cogió de un brazo y la arrastró.

—¡No! —gritó alarmada por el trato.

—Cállate y camina.

Estuvo tropezando todo el tiempo hasta que le quitaron la venda. Estaban en un amplio pasillo lleno de cuadros antiguos, cuando llegaron a unas puertas dobles accedieron a un despacho. Tres hombres iban con ella, el que la agarraba del brazo era un tipo muy ancho, aunque no muy alto y

llevaba la nariz enyesada y con protección. El otro era enorme, y debía reconocer que, apuesto, en su rostro tenía una cicatriz que atravesaba su mejilla de arriba abajo, y la observaba con curiosidad, mientras que el tercero, que parecía ser el jefe, se sentó detrás de un escritorio en un gran sillón de cuero. Hablaban entre ellos en ruso y no entendía una palabra.

—Bien, señorita Sawyer, me temo que tendrá que dar algunas respuestas —dijo este último con su acento.

No contestó, pero observó los rostros de sus captores.

—Mi padre está detenido... —dijo al fin.

—No, nos han propuesto intercambiarlo por su compañero de piso. —Su tono era mordaz—. Debo advertirle que ha sufrido algún percance, pero sigue vivo.

Su compañero de piso era Ian, y ellos se estaban vengando por haberla ayudado a escapar.

—¿Qué le han hecho?

El hombre dibujó una sonrisa siniestra en su rostro.

—Digamos que ha recibido una

pequeña lección por ayudarla a escapar.

Se acercó a la mesa.

—Sois una panda de animales, yo le pedí que me sacase de allí —mintió aun a riesgo de recibir ella también una *lección*, la que sea que fuera.

—Para usted ya tengo planes, ahora dígame, ¿dónde se supone que debo empezar a buscar lo que es mío? No me fio de los americanos, de usted tampoco, pero tiene mucho que perder.

—¡No lo sé!

—Si el señor Porter se arriesgó a sacarla de su encierro es que ya se

conocían, deme información sobre sus compañeros. Cuántos son, sus nombres, imagino que son mercenarios...

Ella se envalentonó y dio una patada a una de las patas de la mesa, enseguida el idiota que la sujetaba la zarandeó.

—Estate quieta, zorra.

—¡No los conozco!

Entonces tomó una decisión mientras el hombre levantaba una ceja ante su arranque, descubrir a Dean, se lo merecía por capullo.

—Sabe que Dean Harmon trabaja

para mi padre. —No diría que era su cuñado, tenía la esperanza de que no lo supieran y poder así proteger a Cass y a su madre, si es que estaban en el punto de mira—. Tal vez es de él de quien debería ocuparse. Él sabe más que yo. Y me temo que es él el que ha podido entregar su tan ansiada mercancía a los hombres que ahora la tienen.

El hombre de la cicatriz hizo una mueca que solo vio ella.

—Esas son muy malas noticias. Sabía que no debíamos confiar en él, Sokolov. —soltó.

—Ya me he ocupado de eso, ¿crees que soy idiota?

Se oyeron varios disparos y ella se encogió, el corazón lo tenía tan acelerado que parecía que se le iba a salir por la boca. El hombre de la cicatriz se abalanzó sobre ella y la empujó contra un lateral, pegando su cuerpo a la pared.

—No te muevas. —Dentro de su estado de pánico advirtió que él no tenía acento ruso.

—Id a comprobar —ordenó el jefe.
El tal Sokolov permaneció sentado

mientras los otros dos salían del despacho, dejándolos solos.

Cuando la puerta se abrió de nuevo, dos hombres que no había visto nunca traían a Dean, arrastrándolo uno por cada brazo, lo dejaron caer en el centro del despacho y cayó de rodillas. Estaba herido.

—Vaya, mira lo que tenemos aquí.

—Sokolov se levantó y caminó alrededor de su mesa, se apoyó en la parte delantera de la madera y cruzó los brazos.

—Estaba intentando comprar un billete de avión —informó uno de los

hombres.

—Solo... solo quería recuperar...

Maldito cobarde, la había dejado a su suerte.

—Dean Harmon, intentabas escurrir el bulto —adivinó el jefe.

Los ojos de Dean se cruzaron con los suyos, ella parpadeó para evitar que las lágrimas cayeran. En su pensamiento ya se había instalado la idea de que Dean iba a morir. Cass lo pasaría muy mal.

—Señor —intervino el hombre que había salido junto al de la cicatriz y

que había entrado de nuevo—. Los americanos han sido eliminados.

¿Qué? ¿Qué americanos?

—Perfecto, no los necesitamos. Cubriremos la zona de New Jersey.

—¿Los habéis matado? —preguntó Dean perplejo.

—Te dejaron marchar, nadie desobedece mis órdenes.

Isabella soltó el aire, el de la voz ronca y el de la voz grave, nunca llegó a ver sus rostros, pero ahora estaban muertos.

Dean intentó levantarse, pero parecía que había recibido una buena

paliza y se desequilibró. Sokolov hizo un gesto con la barbilla y uno de los tipos que lo habían traído hasta aquí apuntó con la pistola a la nuca de su cuñado.

—¡Espere!

Sokolov la miró un momento, pero la orden ya estaba dada.

Sus ojos se encontraron un segundo antes de que el disparo resonara dentro del despacho.

—¡No! —gritó viendo caer el cuerpo sin vida de Dean hacia delante.

Capítulo 28

—Mierda, tengo que llamar a Sue
—dijo Thomas mientras besaba a Sarah para saludarla.

Eva los había llamado, a él y a Matt, para darles la mala noticia.

—No, Thomas, ella vendrá de un momento a otro —explicó Eva.

Estaban en casa de Slade y Sue por los niños, Matt acababa de hablar por teléfono con Elijah y parecía

devastado, aunque no contó nada de lo que habían hablado.

—¿Lo saben ya los críos? — preguntó Matt.

—Sue me ha enviado un mensaje, imagino que cuando lleguen se lo dirán.

—Mi suegra debe estar pasándolo mal también, se habían hecho inseparables —musitó Sarah.

Los cuatro asintieron.

—Vete, Matt, todos lo entendemos —soltó de repente Thomas.

—¿Qué pasa? —preguntó Eva—. ¿Va todo bien?

Matt la miró, pero no contestó.

—Digamos que las cosa no van como deberían —contestó Thomas, salvando a su pareja—. No es que yo sepa nada, pero conozco esa mirada.

—Lo siento —se disculpó Matt—. Slade me cortaría el cuello...

Eva soltó un bufido.

—Ya, conozco las reglas.

Sarah, miró al gran hombre de color.

—Matt, no sé nada, Aylan no ha hablado conmigo tampoco, pero si tienes que irte, hazlo. No puedes hacer nada por el señor Ward, y debo

suponer que Slade prefiere que estés ayudando, si es eso lo que sospecho que pasa. Quiero a mi chico de vuelta.

Matt asintió, no era un hombre de muchas palabras. Se acercó a Thomas y besó sus labios ante las chicas.

—¿Estarás bien? —preguntó a Thomas.

—Sí, simplemente mantén tu culo a salvo, cariño.

Matt volvió a asentir y les ofreció una mirada antes de salir de la casa, ya estaba sacando su móvil del bolsillo, supusieron que buscando un vuelo.

No hacía ni diez minutos que había

salido Matt cuando sonó el telefonillo al lado de la entrada. Alguien venía y el de seguridad tenía que asegurarse de que la visita podía entrar.

—Soy la señora Holmes.

Thomas y Sarah, se miraron. Sarah levantó una ceja por encima de la cabecita de su hija. Y Thomas sonrió, Eva no decía muy a menudo eso de «señora Holmes».

—¿En serio? ¡Claro que es bienvenido! Abre la verja, por favor —dijo al cabo de unos instantes y después colgó.

—¿Qué...

Pero la pregunta de Sarah quedó en el aire, Eva corrió hacia la puerta con expresión alegre.

—¡Denis! ¡Denis Vides! —gritó y acto seguido saltó sobre el hombre que acababa de salir de un robusto coche —¡Qué alegría verte!

—Hola, preciosa.

Sarah no lo recordaba tan alto ni tan robusto, el hombre estaba moreno, como si pisara la playa a menudo, y era apuesto. La sonrisa en su rostro no dejaba lugar a dudas de que ver a Eva

también era una alegría para él.

Los dos caminaron hacia dentro de la casa cuando Eva lo soltó. Sarah y Thomas no pudieron evitar repasar al hombre de arriba abajo, era un buen ejemplar. Iba vestido con un traje de tres piezas gris oscuro, una camisa azul claro y una corbata gris, un tono más claro que el traje. Y sus desarrollados músculos seguían marcándose a través de la ropa.

Se saludaron todos y pasaron al salón.

—¿Es tu hija? —preguntó acariciando la mejilla de la pequeña

que Sarah tenía en brazos, con el dorso del pulgar.

—Sí, y de Aylan. Te presento a Nerea, nuestra pequeña.

—Es muy bonita.

—Gracias. Se parece a mí, por supuesto —dijo Sarah guiñando un ojo.

Denis sonrió.

—Por supuesto —convino.

—¿Qué te ha traído de nuevo a Nueva York? —preguntó Thomas amable.

—Llegué hace dos días por temas de trabajo. Pero las noticias vuelan,

estaba en una reunión cuando uno de los asistentes ha comentado el fallecimiento de Edgar Ward.

—Pero si ha pasado hace pocas horas...

—Era un hombre conocido en nuestro círculo, Eva —aclaró.

Denis había trabajado codo con codo con Sue y Eva en la construcción del emblemático edificio *Life Building*, en la zona cero. Un diseño exclusivo de Suemy. El constructor había consolidado una buena amistad con ellas, aunque con Sue algo más que una simple amistad.

—Y hablando de vernos... no asististe a mi boda.

—Lo siento, no estaba en el país. Te envié...

—Lo recibí, y está colgado en un lugar especial en mi casa. Gracias, es un bonito cuadro de Brasil. A Brad también le gustó.

—Tenemos magníficos acantilados, ese en especial, está cerca de donde nací, me pareció una bonita manera de que te acordaras de mí.

—Que presuntuoso —dijo Eva riéndose.

—Ya me conoces. —Guiñó un ojo
—. Esperaba ver a Sue.

—No creo que tarden mucho. Se va a llevar toda una sorpresa —dijo Sarah, que también lo conoció cuando empezó a salir con Aylan.

—Sobre todo Slade —apostilló Thomas.

—Ya, bueno espero que las aguas se hayan calmado.

A Slade no le caía muy bien el hombre, eso de que Vides estuviera rondando a Sue mientras él estaba en una misión en Brasil, supero al capitán.

Todos sabían la historia.

—¿De dónde han salido tantas criaturas? —preguntó Denis señalando hacía el jardín.

—Los hijos de Sue y Slade. Jaxon el hijo de Aylan. Y pronto conocerás a Marie, la hija de Mia, ¿la recuerdas?

Denis asintió.

—Killian y ella van a ser padres de nuevo.

—Bien, la familia crece.

—Sí, está toda la casa llena de mocosos —se jactó Eva.

—¿Y tú y Brad?

Eva dio un paso atrás y levantó las

manos.

—¡Ah, no! A nosotros déjanos fuera de este lío.

Los tres se echaron a reír.

—Algún día te llamaré para darte la noticia, Denis —avisó Sarah.

—Ni lo sueñes —refunfuñó Eva.

De repente se oyó un gritito seguido de una carcajada infantil. Eva buscó el monitor con los ojos y vio a Alexia despierta en la pequeña pantalla.

—Te falta conocer a la benjamina de la familia Ward, espera, voy a

buscarla —dijo mientras subía las escaleras.

—Sue ha formado una gran familia —comentó sorprendido, volviendo a mirar a los críos—. Son muchos...

—Sí —Thomas se echó a reír—, pero no todos son de Slade y Sue. Jaxon, el hijo de Aylan. Marie, la hija de Mia. Nicole y Roy, los hijos de Jacob y Jared, el hijo de Wyatt y Nayeli. Por último, esos dos repetidos, son Mark y Andrew, los sobrinos de Slade. —Thomas los iba señalando.

—Me temo que he estado demasiado tiempo fuera.

—Te has perdido muchas cosas — dijo Sarah—. No te preocupes, te pondrás al día. Falta Pedro, el más mayor, Slade y Sue terminaron adoptándolos, a él y a sus hermanos, y ahora están integrados.

—Sue y yo hemos ido hablando por teléfono, aunque ahora hacía tiempo que no lo hacíamos.

Eva bajó las escaleras con Alexia en brazos, Denis la miró, era preciosa, tanto como su madre. Sue había sido la única mujer que había traspasado la barrera imaginaria que ponía al resto

de chicas. La única de la que había llegado a enamorarse. Pero Sue estaba ya enamorada de ese cabronazo de Slade Ward. Y dejarla ir le dejó una buena herida, casi como la que dejó... desvió su atención a la pequeña Alexia, dejando así de lado los malos recuerdos.

—¿Puedo?

Se quitó la americana rápidamente, y la colgó en una silla. Era la pequeña de Sue y quería sostenerla, aunque fuese unos minutos. Se remangó la camisa dejando a la vista los antebrazos. Sarah no le quitaba ojo,

frunció el ceño y volvió a mirar a Eva.

—Claro que sí. —Eva le acercó a la pequeña.

Alexia sonrió en sus brazos, tenía la misma sonrisa que su madre y no podía dejar de observarla. Caminó hacia el jardín y saludó a los pequeños que corrían de un lado a otro detrás de la pelota. Tal como él había hecho en su juventud. Revolvió algunas cabezas y sonrió ante las risas infantiles.

Slade entró en casa detrás de su mujer, Lucas y Hannah los seguían para recoger a los pequeños gemelos. Tenía que agradecer a Eva y a Sarah que se hubieran ofrecido a cuidar de los niños, mientras ellos estaban en el hospital, aunque tal vez debería comprobar primero el estado de los pequeños. Eva era muy capaz de teñirles el pelo de colores, la mujer estaba muy tarada.

Sue entró y besó a sus amigas, ellas la abrazaron y después a él. Le dieron el pésame y preguntaron cómo estaba.

Pero mientras hablaban en su oído, vio a Sue correr hacia el jardín. El jodido constructor estaba allí, con su hija en brazos y rodeando a Sue por la cintura mientras ella besaba su mejilla.

Partir el cuello de Denis Vides el mismo día en que había muerto su padre no estaría bien visto, pero si seguía tocando a sus mujeres iba a terminar ahogándolo en la puta piscina. Aún tenía que arrancarle los huevos por haber intentado seducir a Sue, mientras él y Killian estaban secuestrados en Brasil. El jodido país de su exmujer y del constructor.

—Eh, hombre de las cavernas, solo es un amigo y ha venido a ofrecerte sus condolencias —murmuró Eva dándole un puñetazo en el hombro.

—¿Y eso iba a ocurrir antes o después de magrear a mis mujeres?

Eva pareció pensarlo mientras se daba golpecitos con el dedo en los labios.

—Después, definitivamente.

—Ya veo. —Comenzó a caminar hacia ellos, pero Thomas lo cogió por el brazo.

Bajó la mirada y después encaró al

entrenador personal.

—Siento lo de tu padre, hombre.

—Gracias, suéltame —gruñó sin dejar de observar la puta sonrisa atractiva de Vides.

—Te suelto, lo siento.

Siguió caminando sabiendo que los otros estaban expectantes.

—Matt se ha ido, se va a reunir con tus hombres... donde quiera que estén —informó Thomas con la clara intención de que se detuviera

—Perfecto.

Salió al jardín.

—Esto pinta mal —oyó decir a

Sarah a su espalda.

—Vamos —dijo Thomas.

Sue hablaba con él cuando Denis lo vio venir, soltó a su mujer mientras lo observaba, después Alexia pasó a los brazos de su madre. Y Vides alargó la mano.

—Ward.

Estrechó su mano con fuerza, aunque el constructor no se quedó atrás.

—Vides.

El saludo fue frío, aunque había ganado puntos por el simple hecho de

separarse de sus mujeres.

—Lo siento, me he enterado hace poco, espero que no te importe que haya pasado a saludar.

Sabía que Eva, Sarah y Thomas estaban parados detrás de él.

—¿Slade? —preguntó Sue mirando sus manos, los nudillos estaban blancos, los de los dos hombres.

Soltó su agarre y sonrió de manera forzada, no quería disgustar a Sue. Ese cabrón estaba más fuerte que antes, más desarrollado, tal vez se pasaba la vida en el gimnasio, y... ¿qué cojones le importaba eso?

—Gracias —dijo arrugando la frente.

Después miró a Sue.

—Voy a hacer una llamada.

Sue lo miró preocupada, pero a él no le apetecía quedarse allí. Cruzó el salón, y entró en la cocina dando un portazo. Apoyó las manos en la encimera e intentó relajarse dejando caer la cabeza en un profundo suspiro. Denis Vides no era alguien en quien descargar su frustración, su padre se había ido, su equipo estaba en Europa dejándose la piel, se sentía un

completo inútil. Era un jodido mal momento, eso era todo.

Alguien entró, unas manos lo rodearon por la espalda y se aplanaron en su pecho.

—Te quiero, cariño.

Puso una mano sobre las de ella.

—Y yo a ti, pequeña.

Capítulo 29

Le dolía todo el cuerpo, se mantenía de pie para que sus brazos descansaran, tenía tantas heridas que no sabía atribuir cual era la que más dolía o escocía. Y para ser honestos, no tenía ni idea de por qué lo mantenían con vida, daba igual el trato que hubieran hecho con él. Estos tipos no se andaban por las ramas. Mataban por menos, y él había sido testigo

directo de ello. Siempre conseguían lo que querían.

Kathryn había venido de nuevo a joderlo, y maldecía a su cuerpo por responder. Se había convertido en su juguete, le decía lo guapo que era y lo que le gustaba follárselo al oído. Había intentado morderla. Se apartaba de ella, pero ahí estaba algún *Biky* para doblegarlo a base de golpes. Siempre tenía sed, suponía que por la sangre que había perdido. Y no dejaba de preguntar por Isabella, pero nadie le daba respuestas y era consciente de que la estaba poniendo en peligro con

su interés. Había una mujer que lo miraba con pena, pero nunca hablaba, solo lo alimentaba, era mayor y declinaba mirarlo a los ojos.

Tavalas no aparecía desde hacía días o tal vez horas, había perdido la referencia, no sabía si era de día o de noche, ese cabrón andaba metido en algo y lo estaba dejando languidecer en esta puta celda. Ya no confiaba en él.

Un ruido sordo a su derecha le hizo girar la cabeza. Dos hombres traían a Isabella, uno de ellos era ese hijo de puta de David.

—¡Isabella! —gritó con voz desgarrada, su garganta no daba para más.

—¿Ian? —preguntó ella mientras era arrastrada a la celda donde estaba Olga, que los miraba a uno y a otro.

—Desátale las manos —ordenó David al otro hombre.

Isabella no dejaba de mirarlo frunciendo el ceño. Y él fue consciente de los dos cardenales que adornaban su bonito rostro, le habían pegado, maldita sea. Esperaba que nada más.

—Tenemos una zorra más. —

David lo miró con una sonrisa en su jodido rostro.

—Más te valdría matarme, porque si no lo haces, te romperé el cuello con mis propias manos —dijo en un tono que no dejaba lugar a dudas de que lo haría.

Y ese mierda tuvo la precaución de no responder, su nuez subió y bajo cuando tragó saliva.

—¡Vámonos! —ordenó al otro tipo.

Cuando salieron Isabella se acercó a los barrotes que separaban las celdas.

Isabella observó a Ian, atado como un animal, con solamente unos pantalones negros que parecían de chándal y todo el pecho lleno de cortes sangrantes, ¿eso habían sido latigazos? Sus labios se veían resecos. Y había adelgazado. Estaba bastante magullado y en sus ojos había rabia, mucha.

—¿Estás bien? —preguntó él.

¿Se lo estaba preguntando a ella?
¿Era consciente de lo que le habían hecho a su cuerpo? Necesitaba puntos,

antibióticos y estaba deshidratado.

—Sí, Ian, te han torturado...

Tenía ganas de llorar, de gritar y de disparar a alguien.

Él bajó la cabeza para volver a levantarla y mirar a la chica que tenía al lado, y de la que no había sido muy consciente al entrar, otra chica estaba tumbada al fondo de la celda. Y las dos parecían muy jóvenes.

—¿Está herida? —preguntó a la que estaba de pie.

Ella la observó, pero no contestó.

—Olga —dijo Ian con la voz ronca —. Isabella es médico.

Ian sabía su nombre, la conocía.

—No lo sé, ella no quiere hablar
—explicó Olga volviéndola a mirar.

Aunque, lo que le gustaría era poder ayudar a Ian, poder cerrar sus heridas. A él no podía alcanzarlo y el miedo por saber cómo terminaría todo la estaba atenazando, tenía que comprobar a la otra chica. Las palabras del tipo que la había lanzado dentro de la celda no le habían gustado, «tenemos una zorra más», eso no sonaba bien.

Se acercó y agachándose tocó su

hombro, ella se encogió y sollozó.

—¿Habla mi idioma?

—No, solo ruso —dijo Olga.

—¿Y tú hablas ruso? —Olga asintió—. Por favor, pregúntale cómo está y qué es lo que le duele.

Olga habló y la chica en el suelo se giró lentamente y se señaló las costillas.

—Tengo que apartar el camisón para poder palpar.

Olga lo tradujo y la chica abrió los ojos asustada. Su respiración era lenta y pausada, seguramente no podía expandir los pulmones.

—¿Cómo te llamas?

—Anja —dijo Olga.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó apartando el camisón y viendo un gran cardenal debajo de su axila izquierda.

Eso pintaba mal.

Al ver que Olga no contestaba levantó la cabeza, ella estaba mirando a Ian. Parecía pedirle permiso para hablar.

—Puedes confiar en ella —le dijo Ian asintiendo.

—Nosotras trabajamos en un club de alterne, pertenece a estos hombres,

pero hubo una redada y ellos nos sacaron para traernos aquí. El otro día vinieron los guardias y nos atacaron.

—¿Os violaron? —preguntó con el corazón encogido por estas chicas.

—No somos más que putas, para ellos somos un servicio, nada más. Estaban borrachos.

—¿Estás disculpándolos?

Olga bajó la mirada. Y ella se quiso abofetear por ser tan ruda.

—Viendo esto —señaló con el dedo el cuerpo de Anja—, sé que os forzaron.

Esta vez suavizó la voz.

—A ella la tomaron dos, creo.

Cerró los ojos un momento, pobres chicas. Pero buscó las costillas palpando a la niña, porque eso es lo que era, solo una niña.

—Hay tres costillas rotas, puede haber más, malditos animales.

Olga acarició el pelo rubio de Anja.

—Dile que la vamos a ayudar a sentarse y la apoyaremos en la pared, en la postura en la que está ahora le dolerá más. Necesito algo de tela, una sábana... —recorrió la celda con la

mirada después de haber colocado a la chica en la posición indicada.

—Hay un colchón, ¿te sirve? — preguntó Olga.

—Rasga la funda, si puedes.

Olga rompió la tela y le llevó un trozo. Isabella utilizó eso como venda, después de doblar algo de tela sobre las costillas para lograr acolchar la zona, la vendó alrededor del tórax. Intentando mover lo menos posible a la chica.

—¿Estás mejor ahora?

Ella asintió cuando Olga tradujo.

—Bien. No puedo hacer mucho

más. ¿Tú estás bien?

—Tuve suerte esta vez.

«Esta vez», un escalofrío recorrió su espalda, pero no quería mostrar miedo ante estas crías.

—Ian, ¿crees que tienes algo roto?

—preguntó acercándose a los barrotes y rodeándolos con los dedos.

Pero Ian volvía a estar de rodillas y la cabeza caída.

—¿Ian?

—A veces pierde la consciencia —
explicó Olga a su lado.

—¿Le pasa a menudo?

La chica asintió.

—Es por la pérdida de sangre, tiene suerte de estar bien entrenado, su cuerpo aguanta más de lo que lo haría otra persona —Las últimas palabras le habían salido como un sollozo.

Se sentó dejándose caer al suelo arenoso que olía a orina.

—Dios, lo han destrozado.

—Ha estado preguntando por ti y ha luchado todo lo que ha podido, también intentó ayudarnos a nosotras y se llevó una paliza por gritar mientras los hombres...

Las lágrimas ya caían por sus mejillas.

—Entiendo —logró decir.

—Es un buen hombre, no me hizo daño como los otros....

Isabella la miró.

—¿Cómo podría hacerte daño?

—Lo siento, no debí decir eso. ¿Es tu pareja? —Olga lucía arrepentida.

¿Eran pareja? No, no lo eran.

—No, es un amigo. Cuéntame qué pasó.

La chica titubeó sentándose a su lado.

—Sokolov lleva a sus hombres, los guardias de aquí, al club, siempre dice que así los mantiene contentos. Por lo poco que he oído, Bracco o Ian, estaba infiltrado, algo me ha explicado. Y su jefe lo llevó una noche al club. Sé que él no quería mantener relaciones con ninguna de nosotras, pero yo fui advertida de que debía seducirlo. Los castigos son severos.

Se retorció las manos y ella puso una sobre las suyas mientras con la otra retiraba las lágrimas de su propio rostro.

—Y lo hice, a la vista de todos —
Olga continuó sin mirarla —. Él me
dejó hacer, pero estaba ido, no se
involucró en ningún momento, su única
preocupación es que yo estuviera
retenida a la fuerza y que fuera menor.
En realidad, lo vi venir. Me hubiera
sacado de allí, no sé cómo, pero lo
habría intentado. Así que mentí, sé
cómo han terminado algunos intentos
de huir de esta vida. Le mentí —repitió
—, le dije que estaba allí por voluntad
propia y que era mayor de edad, creo
que en el fondo no me creyó. Estaba

furioso, pero no insistió. Debes entender que no hubieran dudado en dispararle si se hubiese negado.

Apretó los parpados, intentaba entenderlo, sí.

—Lo siento —murmuró Ian detrás de ellas.

Las dos se giraron.

—Ian...

—Nena, no podía... explicarte nada de la operación hasta que no hubiera terminado. Pensaba hacerlo.

Ella asintió.

—Solo dime si crees que tienes algo roto, tu pecho está en carne

viva...

—Creo que no.

—Está bien.

—Isabella, no llores.

¿Seguía llorando? No se había dado cuenta. Apartó las lágrimas de un manotazo.

—Me gustaría saber cómo salir de aquí. Todos habéis sufrido, esa niña está mal, si la vuelven a tocar... Dean, el marido de mi hermana, ha muerto, lo han ejecutado como a un cerdo... estaba con ellos...

—Mierda, lo siento —dijo

sorprendido por la revelación—, pero tratar con esta gente tiene sus riesgos, nena.

—¿Es preocupante que haya sentido que un gran peso se me quitaba de encima? No era bueno para mi hermana, después de todo. Pero lo han matado sin remordimientos, a sangre fría. También era mi familia.

—Lo sé, pero hubiera hecho daño a tu hermana. O a ti. Seguramente se volvió ambicioso.

Nadie dijo nada después de que ella hablara.

—No sé si es de día o de noche —

dijo de pronto Ian.

—Es medianoche, calculo. Estaba oscuro cuando me llevaron a través de la casa, miré las ventanas.

Ian se levantó y tiró de las cadenas con fuerza, lleno de rabia.

—¡Tengo que sacarte de aquí, joder!

—Ian, no te hagas más daño. Oí que tu equipo estaba negociando.

Él asintió repetidamente.

—Ellos vendrán, nunca dejan a un compañero atrás —dijo convencido.

—Entonces esperaremos.

Matt llegó nueve horas después, cansado, pero con ganas de matar a alguien. Sus compañeros ya habían trazado un plan y en unas escasas dos horas lo iban a ejecutar.

No dijo nada del padre de Slade, Killian había hablado con el capitán y no había comentado nada tampoco, se miraron con complicidad y el teniente lo puso al día.

—Sabemos dónde lo tienen y

sabemos que la hija de Sawyer está con él.

—Perfecto.

—Hay tres entradas principales, todas vigiladas. Así que nos dividiremos, Aylan, Elijah y tú en la norte. Pam y Jacob en la sur y Michael, Dan y yo en la oeste. Después nos encontraremos aquí. —Señaló un punto en un rudimentario plano de la casa.

—¿Este plano es fiable? Parece dibujado por un niño.

Dan lo miró frunciendo el ceño.

—Que te follen, Matt. Lo he tenido que hacer en base a unas fotografías.

—Ah.

Killian lo miró y sonrió.

—¡Teniente! —gritó Dan.

—¿Qué? —preguntó Killian
inocentemente.

—¿Algo que decir sobre mi plano?

—No.

—Es una obra de arte, Dan —soltó
Elijah lanzando un vaso de plástico
hacia su compañero.

—Desagradecidos y cabrones, eso
es lo que sois.

—Dejadlo —ordenó Killian.

Se rieron bajito.

—En este punto volveremos a unirnos y no entraremos hasta estar todos menos Aylan, que se quedará fuera por si aparecen más hombres.

Matt asintió y Killian cambió a otro plano, peor que el primero. Michael, que se había unido a ellos soltó una carcajada.

—Por más que lo miro no logro entenderlo. Supongo que será más fácil cuando bajemos ahí.

Dan gruñó y Pam se echó a reír.

—Reconócelo, el dibujo no es lo tuyo.

—Nadie más quería hacerlo, así que a joderse.

—A partir de aquí nos dividiremos en dos grupos. Por estas escaleras....

—¿Son de caracol?

—No, solo están torcidas —aclaró Michael.

—Vale, no pretendía ofender —se disculpó Matt, ante la mirada penetrante de Dan.

—En mitad de la bajada hay un descansillo y ahí una bifurcación. Michael y tú iréis a comprobar si hay alguien ahí y después seguiréis al resto

por aquí. ¿Alguna pregunta?

Matt había memorizado ya todo.

—No.

Capítulo 30

Ian estaba medio ido de nuevo, pero el movimiento a su alrededor lo obligó a abrir los ojos. Varios guardias bajaron las escaleras a toda prisa y se metieron directamente en la celda de las mujeres. El corazón se le detuvo un momento antes de emprender una loca carrera que retumbaba en sus oídos.

Eran cuatro y entre ellos estaba Tavalas y David.

—¿Qué queréis? —La voz de Isabella llegó hasta él.

—¡Largaos! —gruñó desde su celda.

Tavalas lo miró, y le guiñó un ojo. Uno de los hombres fue directamente hacia Anja.

—Está herida. —Isabella se puso delante de la chica protegiéndola.

—¡Nena! —Tenía agallas enfrentándose a uno de esos rusos que fruncía el ceño, el idiota no entendía nada.

—Déjala, ahora vendrán las otras,

se están jodiendo los clubs.

Tavalas lo observó un segundo mientras hablaba. Le estaba dando información, aunque hablaba en ruso.

En ese momento, más chicas bajaron acompañadas por más guardias.

—Vamos a pasar un buen rato. —A David solo le faltó frotarse las manos y a Ian se le tensó el estómago.

Isabella dio un paso atrás y puso el brazo sobre los hombros de Olga, Ian quería decirle que no se expusiera, no podía salvar a estas chicas, no a todas. Ellos tomarían lo que quisieran de

ellas. Los hombres entraron con las chicas, preparados para empezar la fiesta. Uno se acercó demasiado a Isabella y a él empezó a subirle la rabia por la garganta, tiró de los grilletes.

—¡No la toquéis! —gritó, pero nadie pareció oír nada.

—Me quedo con la americana, no me gusta follar con niñas —dijo Tavalas de pronto.

Esos idiotas iban armados y medio borrachos. Que Tavalas comenzase una discusión no era la mejor idea. Pero se

aferró a que estaba protegiendo a Isabella.

El problema es que Isabella no entendía el ruso y no conocía a Tavalas, para ella, era un capullo más de los que había allí. Tavalas cogió de la muñeca a Isabella y la arrastró al fondo, lejos de su vista, el resto de hombres y chicas le tapaban la visión. Su cuerpo estaba atenazado. Quería confiar en Adrian, pero, estando infiltrado, había llevado las cosas muy lejos. ¿Y si abusaba de Isabella para hacerlo todo más creíble? Joder, la había elegido a ella, eso tenía que

significar algo.

Tavalas lo había golpeado, ¿se había pasado al otro bando? ¿O estaba tramando algo para ayudarlos a escapar? No lo conocía tanto como para confiar en él, pero Slade sí lo había hecho.

¡Joder!

Entre el movimiento de los cuerpos, vio a su compañero sobre el cuerpo de Isabella. Y un grito desgarró sus cuerdas vocales. No podía ser, ese cabrón estaba haciendo daño a su chica. Olga estaba a cuatro patas

recibiendo las embestidas de David. Lo miró y negó con la cabeza. ¿Qué coño quería hacerle entender?

Kathryn eligió ese momento para aparecer junto a un guardia.

—¡Lárgate, puta! —bramó Ian, nada más verla.

Para su sorpresa el vigilante sacó una pistola de la funda que llevaba en un costado y disparó al techo. Todos se quedaron congelados en el sitio y después empezaron a salir de la celda de las mujeres abrochándose los pantalones.

—¡Arriba! ¡Nos están atacando!

¡Deprisa! —gritó el *Biky*.

Buscó a Isabella con la mirada, estaba completamente vestida y soltó el aire con alivio. No pudo observarla más de un segundo. Kathryn, estaba ante él blandiendo un cuchillo.

—¿Y a ti qué coño te pasa? —preguntó con desprecio.

—Tus amigos están aquí. No han cumplido con el trato, así que Sokolov quiere que te encuentren... muerto.

Se oyó un jadeo, no miró, pero sabía que provenía de Isabella.

—Pues pégame un tiro, eso te viene

grande —dijo señalando el cuchillo con la barbilla.

—No, sería demasiado rápido, quiero que sufras por haberme despreciado.

Levantó una ceja, sabía que se estaba mostrando demasiado prepotente, pero ninguna perra con un cuchillo, por grande que fuera, iba a terminar con él. Estaban los dos solos en esa celda.

—Hubiéramos podido escapar juntos, pero Sokolov no lo permitió, así que la decisión está tomada — continuó ella con su diatriba.

La habían dejado venir a matarlo, y Sokolov sabía que eso iba a ser difícil. Así que cuando ella se acercó con el cuchillo, él retrocedió. Un soldado bien entrenado no habría entrado en el juego, no se habría acercado si las cadenas que lo sostenían estaban flojas, pero Kathryn no tenía ni idea.

Apoyó el cuchillo en su pecho y lo arrastró hacia su estómago dejando un corte a su paso del que brotaba sangre. Apretó los dientes ante el dolor. Y oyó un grito de Isabella. Olga le dijo algo de que podía herirlo a él, no

comprendió a qué se refería. No podía apartar la atención de Kathryn, esa mujer podía clavarle el arma en un segundo.

—Es una lástima, eres perfecto.

En un movimiento rápido envolvió la cadena, que soportaba el grillete de su muñeca derecha, alrededor del cuello de Kathryn. Le dio la vuelta y apoyó la espalda sobre su pecho, dio otro paso atrás para poder alcanzar el cuchillo mientras ella gritaba sorprendida.

—Cuando quieras matar a alguien no vaciles, o lo haces o no lo haces,

eso marca la diferencia entre tu vida o la del otro.

—¡No! ¡Suéltame! —gritó con voz ahogada.

Sus pies le estaban pateando las espinillas, pero ya no sentía dolor y su agarre era demasiado fuerte como para que ella se soltara.

—Te han enviado a una trampa, Sokolov sabía cómo terminaría esto. Y sí, vas a morir por lo que has hecho.

Cruzó los brazos con el cuchillo aún en la mano y agarró la cabeza de la mujer, hizo un movimiento seco y el

crujido de sus huesos resonó en el lugar. Para Ian fue la mejor de las melodías, la dejó caer al suelo y luego pateó su cuerpo lejos.

Cuando levantó la vista Isabella lo estaba mirando horrorizada. Olga sonreía y las otras chicas... simplemente, no mostraban emoción alguna.

Sokolov, acompañado por Tavalas y David, entró corriendo y miró a la mujer desmadejada en el suelo.

—Bueno, ha tenido su momento de gloria. Has hecho un buen trabajo. Pero tenemos un problema; mis hombres

están muriendo ahí afuera por protegerme, no permitiré que muera ni uno más.

Ian sonrió, enseñó todos los dientes, y estaba prácticamente convencido de que su imagen era la de un desequilibrado.

—¿Y qué vas a hacer? Debiste pensarlo antes de que los «putos americanos» decidieran darte caza. Estoy hablando con un cadáver.

Sokolov lo miró.

—Como ya te dije, nadie jode en mi territorio.

Se giró hacia Tavalas, que Ian no sabía muy bien cómo se había ganado la confianza de Sokolov, y lo señaló.

—Mátalo y larguémonos de aquí cuanto antes.

Adrian Tavalas apuntó a su pecho.

Isabella fue hasta los barrotes y lo miró fijamente. Las lágrimas inundaban sus mejillas.

—¡Vamos! —gritó Sokolov al ver que su hombre no seguía su orden directa.

Ian vio a Tavalas poner los ojos en blanco. Se giró y disparó al pecho de

Sokolov, ante la sorpresa de todos.

—Cállate de una puta vez —dijo.

Ian se dejó caer de rodillas de nuevo, volvía a perder sangre y se sentía profundamente cansado. Esperó el siguiente disparo, pero este no llegó. ¿Por qué Tavalas no se había cargado aún a David, al desgraciado ruso cabrón?

—Suéltalo —ordenó Tavalas a David.

¿Ese idiota estaba con ellos?

El ruido de unas botas se acercaba rápidamente. Otros dos *Biky* asomaron sus feos rostros y se quedaron mirando

a Sokolov en el suelo. En una fracción de segundo levantaron sus armas, pero casi al mismo tiempo, Isabella y Tavalas dispararon y los abatieron.

Y ahora entendía las palabras de Olga, Isabella había querido disparar a Kathryn Gusav, pero podía herirlo a él, por eso no lo hizo y mantuvo la pistola escondida.

Los grilletos cayeron al suelo y David lo miró con una puta sonrisa en el rostro, ese jodido ruso lo había hecho electrocutar, golpeado, reído de él y se había follado a Olga.

—¿Quién es? —preguntó a Tavalas mientras se levantaba lentamente.

Se miró las muñecas ensangrentadas y los tobillos, Había llagas por doquier.

—Otro infiltrado, de la FSB, para ser exactos.

Con sus últimas fuerzas, se lanzó a por David y le estampó el puño en la boca. Estaba seguro de que se había tragado unos cuantos dientes y él se había roto algunos huesos de la mano. David cayó de espaldas y él se tambaleó hacia atrás. Pero unos

brazos lo cogieron antes de que tocara el suelo.

—¡No! —Esta vez fue Olga la que gritó, frunció el ceño sin entender nada.

—Vamos, Ian, solo estaba haciendo su trabajo.

—Hijo de puta —bramó David desde el suelo cubriéndose la boca con el antebrazo.

—¡Qué te jodan!

Intentó ponerse de pie, pero no se sostenía.

—Tío, descansa no fuerces más la máquina.

Viendo que estaba perdiendo el

equilibrio, hizo ademán de estampar de nuevo el puño, esta vez en el jeto de Tavalas.

—No te acerques a mí, no me toques, jodido cabrón traidor.

Adrian optó por esquivar sus patéticos intentos de zurrarle con una sonrisa.

—Esperaré a que caigas redondo. Creo que te quedan unos treinta segundos.

—¡Para, Ian! Te vas a destrozar — exclamó Isabella.

David se sacó unas llaves del

bolsillo y las lanzó a ras de suelo hacia las chicas. Olga las recogió y abrió. Todas salieron corriendo, menos Isabella que corrió hacia él y lo abrazó. Y por encima de su cabeza vio a Olga abrazar a David.

—Me cago en la puta...

—Shhh, siéntate, déjame atender tus heridas —pidió Isabella.

Detrás de Doc había un tipo agazapado, Killian no se lo pensó y apuntando, le voló los sesos. Jacob,

sorprendido, miró por encima de su hombro y levantó el pulgar como agradecimiento.

Killian señaló hacia delante, esos rusos se multiplicaban. Se oían disparos por todo el castillo. El suelo estaba lleno de casquillos y el aire estaba enrarecido. Jacob disparó a uno que venía de frente gritando algo en su jodido idioma.

Se disponían a bajar las escaleras cuando un montón de chicas salieron corriendo, se apartaron, pero ellas se pararon chocando unas contra otras, en

sus miradas había pánico.

—Bonita imagen —dijo Dan que venía por detrás.

Todas llevaban un camisón corto, negro y transparente. Jacob lo miró y después miró al teniente y carraspeó, Killian estaba babeando también.

—Despejado y llegando —dijo Pam por los auriculares.

Dan pegó un salto y apartó la vista de las chicas como si Pam pudiera estar allí mismo. Elijah se rio y Michael se descojonó directamente. Iban llegando todos al segundo punto de encuentro.

Finalmente, el teniente les hizo una señal a las chicas para que salieran. Ellas pasaron entre ellos cautas y en silencio. Paró a la última y le susurró algo en ruso.

La chica negó con la cabeza y corrió tras las otras.

—Dice que no sube nadie más. Adelante.

Se escuchó el eco de dos disparos y eso hizo que las chicas corrieran hacia el exterior.

—Mierda —maldijo Elijah.

Bajaron en completo silencio uno

detrás del otro con el teniente en cabeza y Dan pegado a él. Killian asomó un momento la cabeza y su arma antes de continuar, voces llegaban hasta ellos. Bajaron el último tramo y lo que se encontraron ante sus narices los dejó bloqueados.

Ian lucía salvaje, lleno de heridas y arremetiendo contra un hombre, y después contra Tavalas. Parecía fuera de sí hasta que Isabella corrió hacia él y lo abrazó. Solo eso pareció calmarlo.

—¡Joder! —exclamó Dan.

—Vamos, necesita ayuda —dijo Jacob adelantándose y mirando a los

lados.

—Despejado —dijo Killian.

Tavalas alzó la mirada, pero dio a entender que ya los había visto.

—Ian, deja que te ayude —dijo Doc agachándose a su lado.

La mirada de Ian estaba perdida, cada vez que alguno de sus compañeros se acercaba lo apartaba con movimientos descoordinados, no distinguía nada, ni rostros ni voces.

Solo estaba seguro de que era Isabella la que le estaba ofreciendo consuelo, acariciando su rostro y besando su mejilla.

Su cuerpo dolorido y exhausto dijo basta. Y a pesar de intentar mantenerse despierto, se desmayó.

Capítulo 31

Slade colgó el teléfono y respiró más tranquilo. No se hubiera perdonado nunca que algo hubiera ido mal en su ausencia. Killian había llevado la misión perfectamente, y aunque era un puto tarado, sabía hacer su trabajo.

Salió del despacho y se sentó en el sofá del salón, todos estaban fuera con los niños, pero él necesitaba su

momento de soledad. Pensó en su padre, y se le empañó la vista. Se había ido y costaba creer que nunca más volvería a verlo. De repente, el recuerdo de la pérdida de su hijo Nathan, cuando le dieron la noticia del accidente de avión en el que viajaba con su madre, volvió a él como un maldito tren de mercancías. Sintió una opresión en el pecho y cerró los ojos obligándose a acompasar la respiración.

Unas manos se posaron en las suyas y abrió los ojos de golpe. Mia estaba agachada delante de él. Y por lo visto,

no había perdido su entrenamiento, ni siquiera la había oído acercarse.

—Slade...

Una vez más se obligó a centrarse. Dejando atrás el trauma y sabiendo que el recuerdo volvería, miró a Mia que estaba preocupada.

—Todos están bien —dijo para borrar su ceño fruncido.

Ella se levantó y se sentó a su lado poniendo la mano en su abultado vientre.

—Por un momento pensé...

—Lo sé. Ha sido... mi cabeza

haciendo de las suyas.

Ella puso una mano sobre su rodilla y apretó.

—Jefe, es normal que te preocupes, hoy es un día triste para ti.

—¿Jefe? Hacía tiempo que no me llamabas así. —Su sonrisa era triste.

—Siempre serás mi jefe.

Pasó el brazo sobre los hombros de su chica, la más joven de su equipo.

—Lo sé. ¿Cómo va el embarazo?

—Como si tuviera gases todo el tiempo.

—Es una buena manera de definirlo. Me alegro de que vayas a ser

madre de nuevo, Mia.

—Gracias.

Se quedaron en silencio un rato, juntos y pensando en sus compañeros de equipo.

—Sabes que puedes volver, ¿verdad? —ofreció Slade.

—¿No te cabrearías? —Preguntó levantando una ceja.

—Era tu meta, querías entrar en el FBI, ya lo has hecho, y algo me dice que no eres feliz.

Mia se miró las manos y después subió una sobre su hombro para coger

la del capitán.

—Te lo agradezco, pero creo que tengo una misión que cumplir. —Se señaló el vientre y le guiñó un ojo—. Después ya hablaremos.

—Cuando quieras.

Llevaban unos minutos allí sentados cuando vieron a Eva cruzar el jardín y yendo directamente hacia ellos.

—Hora de hacer vida social —dijo Slade.

—Vamos —animó Mia.

Estaban los dos de pie, a punto de salir, cuando Eva se lanzó a sus brazos

sin previo aviso. Se agarró a su cuello mientras Mia soltaba una risita. No le quedó otro remedio que abrazar su cintura si Eva no quería terminar con su trasero en el suelo.

—¿Se puede saber qué coño haces?
—gruñó en su oído, aunque Mia lo estaba escuchando también.

—Abrazar a un amigo que está triste; te he visto, y aunque vas de super hombre por la vida, sé que mi *Slade—cañón* tiene un bajón importante. Por otro lado, es normal, acabas de perder a tu padre. También

sé que te preocupan tus chicos, eres una maldita mamá gallina. Pero debo advertirte de que no puedo darte sexo de consuelo, va contra mis principios.

Mia soltó una carcajada y se tapó la boca con la mano. Y él frunció el ceño, maldita tarada, estaba entre dejarla caer al suelo o lanzarla a la piscina. Así que optó por lo segundo. Caminó decidido con ella acuestas dejando atrás a Mia y viendo las miradas curiosas de sus amigos y familiares. Cuando estuvo al borde del agua la cogió por las axilas, ella gritó e intentó aferrarse a su cuello, pero él

tenía más fuerza.

—¡Slade! —El grito de Sue, junto a las carcajadas de los otros, se unieron al sonido de Eva impactando en el agua mientras soltaba un chillido.

—Gracias Eva, me siento alagado de que hayas encontrado un momento para mostrar tus condolencias —escupió cuando ella sacó la cabeza del agua.

—¡Eres un desagradecido! —gritó ella desde el agua.

Se dio la vuelta para volver a entrar, con las miradas sorprendidas de

todos a su espalda.

—Te salvas de que no esté Brad —
amenazó Eva.

Y eso le hizo gracia. Se detuvo y se
giró clavando su mirada en la de ella.

—O no... es mejor que no esté —
reconoció ella.

Mia se empezó a reír de nuevo.

—Estás loca, Eva.

—¿Yo? Ese hombre no sabe
aguantar una broma. Solo porque lo he
llamado «mamá gallina», mira cómo se
ha puesto.

Mia terminó desternillándose de la
risa y los demás también, solo con

verla a ella. Los niños, que también se habían quedado hundidos con la muerte de su abuelo, saltaron de sus sillas y corrieron alegres hacia el espectáculo.

—Anda, sal de ahí, que vas a coger frío. —Su Sue ya estaba yendo al rescate de la zumbada de su amiga—. Iré a por una toalla. Y puedes ponerte algo de mi armario.

Cuando entró en su despacho de nuevo, se sentó detrás de su escritorio y tuvo que admitir que nadie como Eva para distender situaciones tensas, sonrió. Nunca se lo diría, pero estaba

agradecido de que el espíritu alegre que siempre lucía, le hubiera ido bien en aquel momento.

Llamó a Lucas, se tenían que hacer cargo de todo lo que vendría ahora.

Isabella estaba sentada al lado de Ian en el borde de la cama del avión privado que les estaba llevando de vuelta a Nueva York. El doctor del equipo y ella habían desinfectado y lavado las heridas, pero tenía que pasar por el hospital.

—¿Todo bien por aquí? —preguntó Jacob asomando la cabeza por la puerta entrecerrada.

—Sigue durmiendo, le estoy dando agua de vez en cuando.

—Sé que te las puedes apañar sola, pero si me necesitas, llámame.

—Gracias.

El hombre asintió y volvió a la cabina de pasajeros. Todos estaban tristes por la muerte de alguien cercano, el tal Killian lo había dicho unas horas antes cuando habían embarcado. El padre del capitán. No

sabía de quién se trataba.

Miró el suero, aún estaba por la mitad. Ian había tenido un sueño inquieto. Pero ahora estaba más tranquilo.

Mirándolo pensó en Cass, su hermana tenía que saber que su marido había muerto, y que la había traicionado. Su padre estaba fuera, sentado con los otros hombres, pero se negaba a hablar con él. No podía perdonarle lo que había hecho. Eran una familia, si las cosas no iban bien tenían que haberse reunido y haber buscado soluciones, sin embargo, él

había elegido la vía fácil, animado por Dean, sin pararse a pensar en las consecuencias, y en el daño que podría hacer.

Killian, el teniente, ya le había advertido de que el FBI estaría esperando a pie de pista. Se lo llevarían detenido, y ella supuso que después del juicio pasaría unos cuantos años en prisión, su madre lo pasaría mal. Todos lo harían.

Ian soltó un gemido y abrió los ojos. Sus preciosos ojos azules la buscaron.

—Estoy aquí. —Le dio la mano.

Él la miró desconcertado y miró la aguja clavada en su brazo.

—Ian, ¿cómo te encuentras?

—Mareado.

—Espera.

Se levantó y buscó una botellita para añadir al suero.

—En unos momentos se te pasará. Además, has perdido mucha sangre.

—¿Tú? ¿Estás bien? —preguntó él preocupado.

—Sí, asimilando todavía los hechos, pero bien.

—Lo siento.

—No tienes la culpa.

Él cerró los ojos de nuevo. Pero ella sabía que no estaba durmiendo.

—Siento que estoy roto.

—Es por todo lo que has pasado — se apresuró a aclarar acariciando su cabello.

Pero él giró la cabeza alejándose de su toque.

—Siento rabia, impotencia, decepción... todo está en mi cabeza, me va a estallar.

Lo entendía, aunque no era muy

consciente de todo lo que él había pasado en aquella celda, imaginaba lo que era sentir que no podías controlar la situación y que, además, fueras tratado como un animal.

Lo que no entendía era el por qué él había dado la espalda a sus compañeros y amigos, los mismos que había dicho que eran su familia. No les hablaba ni dejaba que lo tocasen, ni siquiera que se acercasen. Con ella hablaba, pero también mantenía las distancias. Y eso la estaba matando, porque no quería forzar la situación.

Estaba completamente enamorada

de él, de hecho, nunca había dejado de estarlo. Sin embargo, Ian no estaba demostrando nada hacia ella. Solo la había querido proteger en el castillo, como haría con cualquier persona que estuviera en peligro, como había hecho con Olga.

Anja había muerto, finalmente. Se había ahogado en su propia sangre cuando uno de esos animales la había zarandeado para violarla. Una de sus costillas rotas, o varias, habían terminado perforando el pulmón, y ella, como médico no había podido hacer

nada. Cuando fueron a buscarla a la celda, ya había muerto. Era solo una niña, no tendría más de diecisiete años. Una lágrima rodó por su mejilla, era la impotencia ante esas situaciones las que la ponían así. Eso, y ver el estado de Ian.

El avión aterrizó puntual y, junto a Jacob, ayudó a Ian a subir a una camilla. Se apartaba del médico y apartaba sus manos, pero el médico fingía no darse cuenta. Una vez lo sujetaron, entre varios compañeros lo bajaron por la escalerilla del avión.

Una ambulancia estaba esperando. Cada uno del equipo lo animó y prometieron ir a verlo al hospital, pero siguió encerrado en sí mismo. Ella cogió su mano, pero esta permanecía laxa.

—Iré contigo, conozco a varios médicos que...

—No, ve a ver a tu familia, te necesitan.

—Llamaré a mi madre y a mi hermana desde el hospital.

El cerró los ojos y apretó los labios.

—No quiero que vengas, quiero estar solo, maldita sea.

Los camilleros hicieron su trabajo y lo metieron en la ambulancia, el doctor que había en su interior enseguida se puso a tomar su tensión.

La ambulancia arrancó y ella se quedó paralizada en la pista de aterrizaje. Sin saber muy bien cómo reaccionar.

—Vamos, te llevaré a casa.

Se giró para mirar al hombre rubio y bastante guapo que tenía al lado.

—Gracias...

—Elijah.

—Elijah —repitió—. Lo siento...

—No te disculpes, yo suelo olvidar los nombres a menudo.

No era cierto, estos hombres estaban entrenados para no olvidar nada, solo estaba siendo amable con ella.

—Vivo en...

—Sé dónde vives, fui a hablar con tu madre y con tu hermana, fue cuando empezamos a sospechar de Harmon, tu cuñado.

—Ah.

Se despidió de los otros y les dio las gracias.

—No se lo tengas en cuenta. —
Elijah habló al cabo de unos minutos mientras se dirigían al *parking* a buscar su vehículo. Caminaban uno al lado del otro.

—¿Qué?

—Ian, no se lo tengas en cuenta. Después de estar pendiente de si vivirás para contarlo al día siguiente, es normal que te encierres en ti mismo. Los psicólogos del hospital lo atenderán, Killian ya ha explicado la

situación.

—Bien, eso será de gran ayuda.

—Sí, mi consejo es que hagas como nosotros, dale tiempo. Volverá a ser el mismo.

Capítulo 32

El día del funeral llovía a mares, y Slade se preguntó si era necesario añadir más tristeza a un día ya de por sí gris.

Sue no se había apartado de su lado y allí estaban, bajo el paraguas, escuchando las palabras que el sacerdote estaba dedicándole a su padre. Lucas tenía un brazo sobre el hombro de su mujer y miraba fijamente

el féretro con un hermoso centro de flores blancas sobre él.

Los niños no estaban, se habían quedado con Eva y Sarah de nuevo. Pero estaba todo su equipo menos Ian, que permanecía ingresado, y las mujeres de sus hombres, todas y cada una de ellas habían dado el pésame a él y a Lucas. Pedro, el mayor de sus hijos permanecía estoico a su lado. Seguía preparándose para entrar en la Marina, pero había pedido permiso para acudir al funeral de su abuelo.

Slade estaba orgulloso de él, Pedro se estaba convirtiendo en todo un

hombre, a sus veintitrés años, había demostrado ser responsable y tenaz con lo que quería.

Cuando el ataúd descendió lentamente, su estómago se apretó. Sue besó su mejilla y fue a dejar una rosa blanca sobre la madera. Todas las mujeres lo hicieron.

Volvían a los coches después de estrechar la mano de todos, cuando vio a una mujer de pie algo apartada.

—Es Isabella —informó Elijah—. La misma que Ian estuvo buscando. Oí cómo le decía que no la quería ver.

Slade asintió.

—Cariño, enseguida vuelvo —dijo agachándose para hablar con Sue.

El capitán caminó hasta debajo del árbol en el que la chica se estaba cobijando.

—¿Isabella Sawyer? —le dio la mano, que ella estrechó asintiendo—. Soy Slade Ward.

—Sé quién es, Ian me habló de usted. Oí que su padre había muerto, le doy mi más sincero pésame. Sus hombres estaban muy afectados.

—Gracias, por favor, no me hables

de usted.

—Está bien, espero que no te importe que haya venido. Soy una desconocida para ti, pero como Ian no podía venir... Le pregunté a Elijah cuando me llevó a casa. En un par de días empiezo a trabajar en el hospital y me he tomado la libertad...

—No te preocupes. Ahora iba a ver a Ian.

Ella lo miró un momento y enseguida bajó la vista.

—Creo que me voy a marchar, ha sido un funeral muy bonito.

—Se está recuperando bien —

continuó Slade.

—Lo sé, aunque no he ido a verlo, sé por colegas que está bien.

—Si quieres darme un número de teléfono, puedo llamarte cuando le den el alta, tal vez...

Ella negó con la cabeza mirando hacia el cementerio lleno de lápidas.

—Creo que es mejor así.

—Como quieras, te agradezco que cuidaras de él, entre nuestro doctor y tú hicisteis un buen trabajo.

—No hay de qué, él hizo mucho por mí. Espero que se recupere pronto.

Ha sido un placer conocerte.

Volvieron a estrechar las manos.

—Lo mismo digo. Adiós Isabella.

—Adiós.

Se dio la vuelta y la vio caminar bajo el paraguas hacia un coche.

Llevaba tres días metido en esa cama y empezaba a desesperarse. Los médicos no le habían dejado acudir al funeral de Edgar Ward. Slade había prometido pasar a verlo, pero lo cierto, es que no le apetecía hablar y Slade,

aunque era hombre de pocas palabras, terminaría dándole la brasa.

Se levantó y se metió en la ducha, aún cojeaba un poco por las heridas en los tobillos y los médicos habían detectado un mal funcionamiento en su riñón izquierdo, por eso estaba todavía aquí. Pero había buenas noticias, la medicación estaba haciendo efecto.

Se duchó con cuidado y se puso unos pantalones de pijama de color oscuro. Michael se había pasado su necesidad de estar solo por el forro, y acudía a verlo a cada rato, en una de

esas no deseadas visitas, le trajo un par de pantalones de pijama, «porque estoy hasta los huevos de ver tu feo culo», esas fueron las palabras exactas.

El día antes había hablado de Isabella, el muy gilipollas se había atrevido a llevarle la contraria en todo, en lo concerniente a la chica, también. Dijo que Elijah iba a terminar corriendo tras ella si él no espabilaba. Ni siquiera contestó.

Michael y él habían salido varias veces por ahí, a tomar algo o a alguna fiesta privada. Lo consideraba su mejor amigo dentro de la unidad, pero

su mente estaba lejos de querer hablar de Isabella o de lo que había tenido que pasar en Budapest, no entraba en sus planes. Seguía inmerso en una espesa neblina que no le dejaba pensar con claridad. En su teléfono móvil había mil llamadas perdidas de sus compañeros y ninguna de ella.

No hablaba con nadie, ni quería ni podía.

Por no hablar del psicólogo del hospital, que se estaba volviendo loco intentando que él hablase de lo sucedido. Joder, ¿es que nadie entendía

que no necesitaba nada de eso? Tenía que olvidarlo y punto. Después estaría preparado para volver al trabajo.

Se plantó delante de la ventana y fijó su mirada en los altos edificios de Nueva York cruzando los brazos sobre su pecho ahora lleno de cicatrices, siseó y los dejó caer de nuevo. Estaba dejando pasar las horas, le prometió al psicólogo que iría a un centro de veteranos militares para ver a otro profesional que trataba estos temas en exclusiva. Si después mantendría su palabra o no, era otra historia.

Alguien golpeó la puerta y entro, se

giró para ver a tres enfermeras, una de ella llevaba una bandeja de comida, la dejó sobre la mesa auxiliar.

—Gracias —dijo antes de volverse a girar.

Pero, las chicas no se iban, volvió la cabeza y las pilló a las tres mirándolo.

—Esto... ¿necesita algo? —tartamudeó una.

—Le arreglaré la cama —dijo otra.

Lo extraño era que, para traer una bandeja, habían acudido las tres, ¿se había convertido en un mono de feria?

—No, gracias. Quiero estar solo —
gruñó.

Las tres se dirigieron a la puerta cuando esta se abrió y entró Slade.

—Buenas tardes —saludó.

Hizo un ligero movimiento con la barbilla para responder al saludo y pudo ver a las tres chicas mirar al capitán, solo les faltaba babear, en sus ojos había aprobación. Slade frunció el ceño y las miró fijamente.

—Disculpe, ya nos íbamos.

Salieron de la habitación a trompicones. El jefe producía un efecto

así en las mujeres.

—Vaya, las tienes a tus pies —
murmuró Slade.

—¿Yo? Te estaban mirando a ti.

—La puerta estaba abierta, he visto
lo que he visto —decretó el capitán.

Ian entrecerró los ojos.

—Acabo de hablar con tu
psicólogo —soltó su jefe sin anestesia.

Mierda.

—Conozco a un psicólogo que trata
todos estos asuntos, es su especialidad.

Le dio la espalda y siguió mirando
por la ventana.

—Y vas a ir.

Notó cómo se le tensaban los músculos.

—Porque si no lo haces, te sacaré del equipo y si quieres seguir teniendo un sueldo harás trabajos de oficina.

Maldito cabrón.

Giró en redondo, sus brazos seguían a sus lados y se tenía que recordar mentalmente no cruzarlos sobre su pecho, aunque en este momento quería hacerlo solo para molestar a su jefe. Slade se había sentado en un sillón, y su mirada y su media sonrisa eran de lo más petulante.

—¿Algo que añadir? —preguntó encarando a su jefe.

—Sí, pero es asunto tuyo y es privado.

Si se le ocurría nombrar a Isabella la conversación sería muy corta.

—Bien.

Slade se levantó.

—Tavalas ha hecho un informe muy detallado de lo que pasó en Budapest.

Apretó la mandíbula.

—Así que no tienes nada que explicarme si no quieres, ese informe permanecerá en mis archivos y nadie

más lo verá, si eso te hace sentir mejor. Pero huir del problema no soluciona nada.

Siguió mirándolo en silencio.

—Ian, pasará, solo date tiempo. Pero no apartes a las personas que te aprecian.

—¿Qué ha sido de Olga? —Slade frunció el ceño ante su cambio de tema.

—El hombre de la FSB, el que estaba infiltrado, se ha hecho cargo de ella y de su pequeño. Ese tío llevaba demasiado tiempo metido en esa mierda, Olga le gustaba. Orlov, su jefe, le dio el visto bueno, y ahora tiene unas

interminables vacaciones, así que no te preocupes, ella estará bien.

—Tavalas... llegué a dudar de él, de su fidelidad hacia el equipo. Sé que es una idiotez por mi parte, pero sentí...

Tenía que darle algo a Slade. Merecía saber cómo se sentía.

—Sé lo que sentiste, a lo largo de mi carrera he conocido a unos cuantos infiltrados, hacen tan bien su papel que llegan a hacerte dudar. Si es necesario, se drogan, follan o matan, todo para no ser descubiertos. Tavalas te estuvo

ayudando todo el tiempo, incluso protegió a Isabella. Él fue el que le dio un arma mientras tú creías que abusaba de ella.

—Ahora lo sé, pero soy incapaz de enfrentarme a esto. Es como si estuviera fuera de todo. Mi mente está bloqueada, puedo sentirlo.

Slade, se acercó a él.

—Estás vivo, piensa en eso.

—Sí, lo hago, pero esta mierda...

Slade pasó un brazo sobre sus hombros.

—Eva me soltó que soy una mamá gallina. —Hizo una mueca—. Empiezo

a pensar que es cierto, que esa bruja tiene razón. Aunque, si lo repites públicamente, lo negaré todo. Os aprecio demasiado. No sabes lo que significa para mí cuando todos volvéis a casa sanos y salvos.

—¿Y cuándo volvemos algo tarados? —preguntó con sorna.

—Ya os escogí tarados, no tenéis remedio.

Sonrió sin ganas.

—¿Eva ha vivido para contarlo?

Todos sabían el desastre de relación que mantenían esos dos.

—Digamos que la piscina estaba demasiado cerca, para su desgracia — dijo guiñando un ojo.

—¡Joder!

Ya se imaginaba los gritos de esa loca.

—Te van a dar el alta. Mañana estaremos todos en la Taberna de Julio, voy a brindar por mi padre y quiero que estés allí.

No, no, no. Era demasiado pronto para enfrentarse a sus compañeros. Estaba seguro de que a ninguno de ellos los habrían atrapado como a un

conejo en una trampa, ni siquiera había podido proteger a Isabella. Se sentía como un imbécil por haber fallado. No quería la compasión de nadie, joder.

—Irás —decretó Slade adivinando sus dudas—. Y la semana que viene, vas a ir a ver a este tipo. —Se sacó una tarjeta del bolsillo y se la entregó—. Es un buen psicólogo, y vas a ir porque te quiero de vuelta en mi equipo. Necesito tu cara bonita para deslumbrar al enemigo.

Slade salió de la habitación después de soltar semejante burrada.

—Firma los putos papeles, te

espero abajo —dijo desde el pasillo.

Maldita sea.

Las enfermeras volvieron a fijarse en él, pero estaba seguro de que la cara de malas pulgas que debía llevar ahora, derribaría cualquier intento de acercarse. Cerró la puerta y se sentó en el sillón a la espera de que alguien le trajera los papeles del alta médica.

Capítulo 33

Michael estaba aporreando la puerta, así que abrió de golpe y lo miró ceñudo.

—¿Quieres que te dispare? — preguntó cabreado.

—Aféitate y ponte todo bonito, nos vamos —dijo entrando sin inmutarse.

—No voy.

—Sí, sí vas, van a ir todos y están deseando verte, capullo.

—Joder, ¿es que no respetáis nada?

Michael sonrió de lado.

—¿No estás viendo que no?

—Vete a la mierda, Michael.

—Vale, pero tú me acompañas.

Fue hasta el sofá y se dejó caer.

—¡Joder!

—Tío, como no vengas, los vas a tener entrando por esa puerta en menos de una hora.

Algo le decía que eso era cierto.

Media hora después estaban aparcando en el *parking* de la taberna.

Michael salió del coche y echó a andar en dirección a la puerta.

—Yo ya he hecho mi parte, ahora te toca a ti, no te voy a dar la jodida mano para que entres, ¿estamos? — dijo girándose al ver que no salía del coche.

Asintió y cerrando la puerta, llegó hasta su altura para entrar en el bar. Estaban todos reunidos donde siempre solían hacerlo, cerca del escenario, unos jugaban al billar otros bebían cerveza con sus mujeres al lado. También estaba Denis Vides; eso le hizo recordar la escena que vivió en su

ático. Había salido con Sue y estaban a punto de liarse cuando él llamó. Tal como llevaban la ropa aquel día fue una clara señal. Y joder, se alegraba de haberlos interrumpido. Sue pertenecía a Slade ya entonces.

—Hombre, mirad quien está aquí —saltó Dan que estaba jugando contra Elijah, este levantó la mano.

—Toma, refréscate —Pam colocó una cerveza en su mano y le guiñó un ojo.

—Hola, cielo —Mia besó su mejilla.

Estaba empezando a abrumarse con tantas muestras de cariño.

Estaba cabizbajo mirando su cerveza cuando una mano con la palma hacia arriba apareció en su campo de visión.

—Ian.

Levantó la vista para ver a Tavalas, su cicatriz brillaba bajo las luces del bar.

—Adrian —estrechó su mano.

—Te veo bastante bien.

—Gracias, voy a saludar a los otros. —No podía mirar a los ojos a su

compañero y admitir que había pensado que era un traidor, aún no.

Slade puso una mano en su nuca y apretó ligeramente, pero no dijo ni una palabra.

Todos le preguntaron cómo estaba y después de asegurar que estaba bien y de ser consciente de que ninguno se lo había creído, se sentó junto a Sue.

—Me alegra mucho verte, imagino que aún te duele todo, pero gracias por venir. Slade está contento de que estés aquí.

Asintió. Todos parecían pasar por alto el hecho de que él no hubiera

contestado a sus llamadas.

—Estamos todos, ¿no? —preguntó de repente Slade, traía una gran bandeja llena de chupitos, la dejó sobre la mesa y cuando todos se acercaron, empezó a repartir.

El capitán se colocó en medio y los miró a todos antes de hablar. Levantó el vaso.

—Por mi padre, el cabrón más arrogante que he conocido y al que quería por encima de todo. Por Edgar Ward, el fundador de esta empresa, nuestra empresa.

—Por Edgar Ward —dijeron todos a la vez para después beberse el chupito de bourbon de golpe.

Mia volvió a dejar el vaso intacto sobre la mesa y besó a su antiguo jefe. Sue lo abrazó y el resto de mujeres también lo besaron. Chocaron sus manos y hombros entre ellos, y hablaron durante horas. Las risas de las mujeres le hicieron recordar a Isabella.

Mierda. Ella ya debía odiarlo a estas alturas.

Se fue al baño y se lavó la cara. Se miró en el espejo y tomó la decisión de

largarse de allí. Había venido con Michael, pero pediría un taxi, la taberna estaba demasiado apartada del centro y lo único que le apetecía era acabar tirado en su sofá. Salió del baño y giró a la derecha, sabía que había una puerta trasera.

Caminó hacia el borde de la carretera mientras sacaba el teléfono móvil del bolsillo, bordeó un coche y la punta de un cigarrillo encendido llamó su atención. Killian estaba apoyado en el *Hummer* de Slade, fumando tranquilamente.

—¿Huyes?

—preguntó

pausadamente.

—Estoy cansado.

—Estás acojonado —rectificó.

—Vete a la mierda, teniente —
tronó cabreado.

—Si me dieran un dólar por cada vez que alguien me envía a la mierda, mi futuro hijo sería más rico que los herederos del jodido Trump.

Ian lo miró levantando una ceja y después se giró para continuar su camino.

—Adiós.

—Cobarde.

Ian se paró en seco, Killian se estaba pasando.

—¿Qué has dicho? —preguntó volviendo atrás y encarándolo.

Killian apagó el cigarrillo en el suelo.

—Lo que has oído. No quieres enfrentar la situación, vas a necesitar a un maldito psicólogo solo porque no quieres hacerlo.

¡Joder!

—¿Qué quieres que enfrenté? He venido, ¿no?

Killian caminó un par de pasos y lo

rodeó, Ian se quedó apoyado en el coche del jefe.

—Sé lo que te está jodiendo —dijo el teniente.

—No sabes nada, maldita sea.

—Entonces, explícamelo.

La rabia volvió a hacer acto de presencia. Un ligero temblor recorrió sus extremidades y tuvo ganas de gritar como un poseso.

—¿Qué quieres que te explique?
¿Que me he sentido un completo inútil?
¿Que por un fallo de mierda me cazaron? ¿Que no supe proteger a una mujer? ¿Qué desconfié de un

compañero de equipo, por mi puta inseguridad? ¿O mejor te explico que una zorra abusó de mí?

Acababa de caer en la trampa, Killian era un zorro viejo.

El teniente se lo quedó mirando y después dibujó una sonrisa lenta.

—No está mal, es un principio.

—Que te jodan, Killian. Déjame con mi mierda y olvídate.

Se enderezó y empezó a caminar de nuevo, pero una mano impactó en su hombro y lo empujó hacia el coche otra vez.

—¿Y cuánto tiempo piensas estar así? —inquirió Phoenix.

—¿Así? ¿Cómo?

—Compadeciéndote de ti mismo, joder.

Ian se revolvió el pelo y gruñó.

—La cagué, ¿tanto te cuesta entenderlo?

Ese cabrón volvió a sonreír, si seguía así iban a acabar a hostias, algo que le vendría muy bien, por cierto. Soltar adrenalina lo calmaría.

—Tú la cagaste, perfecto. ¿Entonces? ¿Cómo me debería sentir

yo? Raptaron a Mia y no pude hacer una mierda, Wyatt no pudo proteger a su propio hermano de una maldita bala, Slade no pudo proteger a su hijo de las manos de unos señores de la guerra. — Apoyó la palma de su mano en su frente y volvió a empujarlo—. ¡Joder, despierta! ¿Cómo cojones crees que se sintieron Dan y Pam? Intentaron protegerse el uno al otro y acabaron malheridos. ¿Y qué hay de Jacob? Sus hijos llegaron a estar malditamente cerca de un pederasta. ¿Crees que eres el único aquí que la ha cagado? ¡Abre los ojos y asúmelo! La vida sigue y nos

tienes a nosotros para sobrellevar tus cagadas.

Ian ni siquiera parpadeó. Aún estaba asumiendo lo que Killian acababa de escupir ante su cara.

—Vaya, teniente, a veces me sorprendes. —La voz de Slade llegó desde el otro lado del coche, a su espalda.

—Sí, tiene mucha labia. —Esa era Mia.

—Phoenix, eres un puto encantador de serpientes. Pero no ha estado mal la diatriba —opinó Jacob.

—Lo extraño es que Ian no le haya soltado una hostia —murmuró Michael.

—Está en estado de shock —soltó Matt.

—Joder, lo que acabas de soltar por esa boca, teniente —dijo Dan.

—Si se te ocurre utilizar esos argumentos conmigo, juro que te arreglo la cara —amenazó Elijah.

—La última frase no ha estado mal —convino Pam.

—¿Alguien ha conseguido grabarlo? —preguntó Aylan.

Las palabras se sucedían una tras

otra en su cabeza. Puso las manos en la carrocería del coche y se impulsó hacia delante, viendo el rostro de Killian sonriendo con suficiencia. Se giró lentamente y los encaró. Todos estaban allí, todo su maldito equipo, y no los había oído llegar, siempre actuando como unos putos fantasmas.

—Lo vi en tus ojos.

Estaba oscuro, pero buscó a Tavalas y lo encontró justo a su derecha.

—Desconfiaste y lo supe. Pero eso no te hace culpable de nada —continuó su compañero.

—Lo siento, no debí dudar.

—Intentaron romperte, sé cómo se siente eso. Así que olvídalo, ¿estamos bien?

Ian asintió y todos se acercaron a él, mientras Tavalas palmeaba su espalda.

—Tú solito te lo has buscado, Ian.

—Slade pasó un brazo por sus hombros y tiró de él de vuelta a la taberna—. ¿Dices que la has cagado? Sí, lo has hecho. Una gran cagada, debo admitir, solo a ti se te ocurriría escuchar los putos consejos de Killian.

Las carcajadas estallaron y resonaron por todo el *parking*, una pareja que pasaba por su lado los miró con curiosidad.

—Cabrones. Mia, eres la única que me comprende. Trae tu culito aquí y abrázame.

Ella lo hizo, sonriendo.

—No creas, cariño, la mayoría de las veces no te escucho.

No dejaron de reír hasta que entraron de nuevo y se aposentaron en los asientos alrededor de una mesa llena de diferentes platos.

—Esa chica vale la pena, ¿sabes?
—murmuró Elijah pasando por detrás de él mientras jugaban al billar.

No contestó, no era asunto de su compañero.

—Intercambiamos nuestros números de teléfono —soltó de pronto al ver que no contestaba.

Se enderezó y dejó el taco sobre el tapete.

—Haz lo que te de la puta gana, Elijah. Llámala y hazla feliz.

Elijah se echó a reír.

—Solo lo hice por ti.

—¿Por mí?

—Sí, puedo mover los hilos para que os volváis a encontrar, me siento como Dios.

Ian quería romperle la cara.

—Pues detente y deja que me ocupe yo de eso, ¿estamos?

—Estamos. Joder, me acabas de cortar el rollo.

—Capullo, ve a por cervezas y piérdete.

Se sentó al lado de Michael.

—¿Todo bien? —preguntó su amigo.

—Bien, aunque está siendo una noche extraña.

—Pues la cosa no se va a poner mejor. —Michael señaló con la barbilla a Thomas—. Dice que va a explicar cómo ha sido su luna de miel, será divertido ver a Matt sonrojarse.

Se echaron a reír.

La noche se puso interesante cuando llegaron Eva y Brad y se disculparon por llegar tarde. Eva lo zarandeó de esa manera que ella lo hacía.

—Oye, fuiste a buscarme a Hawái,

¿recuerdas?

—Sí.

—Solo por eso ya eres mi amigo de por vida.

No tenía muy claro que eso fuera bueno.

—Perfecto.

¿A dónde quería ir a parar?

—Sé que en tu vida ha habido muchas mujeres, rollos de una noche.

—¿Y?

Ella colocó sus pequeñas manos en sus hombros, poniéndose de puntillas, y habló en un tono muy bajo.

—Pues que eso se acabó, sé que

hay una dama que espera una llamada tuya, hazla o te cortaré los huevos.

Se apartó de ella dando un paso atrás.

—Eva, a veces das miedo.

—Soy muy convincente.

—Creo que no, ¿qué tal el baño en la piscina?

Eva buscó a Slade con la mirada y resopló.

—Se la devolveré, algún día lo pillaré con la guardia baja.

—No lo creo, mujer.

—Oh, sí. Los años pasarán y él se

confiará.

—Eva, eres retorcida.

—No lo sabes tú bien —dijo Brad que venía hacia ellos.

—¡Oye! —exclamó su mujer.

Brad se rio.

—Vamos a bailar, nena —pidió guiñándole un ojo a él.

Brad la conocía, y supuso que le acababa de salvar el culo. Ya había tenido bastante con Killian por esta noche y para toda una vida.

Killian estaba tocando la guitarra y *Always On My Mind* con su voz rota, llenaba todo el local.

Capítulo 34

Dos meses después.

Nueva York.

Isabella había encajado bien entre sus compañeros, todos eran muy abiertos y amables. Hacía su trabajo a gusto y todas las tardes cuando terminaba, solía dar un paseo hasta el piso donde ahora vivía su madre, solo eran diez manzanas.

La mujer lo llevaba mal, su padre estaba en prisión preventiva sin posibilidad de fianza y a la espera de juicio. Y ella había vendido la mansión donde habían vivido durante tantos años. Que su marido hubiera caído tan bajo la había molestado mucho, pero seguía queriéndolo.

Cass, lo llevaba mejor. No perdonaba a su marido, Dean, ni después de haber muerto. Lo culpaba de todo lo que había tenido que pasar Isabella y se sentía traicionada. Isabella pensó que era mejor así,

Cassey era preciosa, no tardaría demasiado en rehacer su vida.

Era viernes y Nate había insistido en ir a recogerla al salir del trabajo. Se había llevado ropa de recambio y se había duchado en los vestuarios para personal sanitario. Después de ponerse un vestido azul marino, los tacones y haberse maquillado suavemente, estuvo lista para salir.

Nate estaba en la entrada con los brazos cruzados sobre su pecho y una gran sonrisa. Isabella seguía pensando que solo era un amigo, pero era consciente de que él quería más. Había

sido honesta mil veces y Nate no parecía captarlo, aunque tampoco se pasaba en su trato con ella.

—Estás preciosa. Ese trabajo te sienta bien.

Se acercó lo suficiente para besar su mejilla y se apartó de nuevo. Ella siempre intentaba mantener una barrera entre ellos.

—O me ha sentado bien la revisión que me han hecho esta mañana por lo del accidente, el escáner ha salido perfecto.

No le había explicado nada de lo

que había ocurrido en Europa. Sabía que lo tendría pegado continuamente.

Nate dio un paso adelante y la abrazó con fuerza.

—Cuanto me alegro, Isabella. —
Besó su cuello y ella se quedó congelada.

Puso las manos sobre su pecho y lo apartó lentamente. Sin llegar a ser grosera. En ese momento una moto paso por su lado rugiendo mientras el motorista, totalmente equipado, daba gas y ganaba velocidad. Frunció el ceño ante tal muestra de desfachatez. Era tarde, y estaba cerca de un hospital

para andar haciendo tanto ruido.

—Gracias, Nate. ¿Vamos?

«Ahí lo tienes, capullo» se dijo a sí mismo Ian. Ella ya no estaba interesada en él, ni se acercaba. Llevaba dos meses visitando al psicólogo y no quería que ella lo viera como un ser despreciable e inseguro. Joder, lo había visto matar con sus propias manos a Kathryn, no es que la mujer no necesitara morir. Él solo la había

ayudado. Pero comprendía que para Isabella habría sido demasiado.

Desde su apartamento había buscado el horario que ella hacía en el hospital, y cuando por fin se había decidido a ir a verla, se encontraba con que ella estaba con otro tío. ¿No había nombrado a un tal Nate cuando estuvieron en el piso franco? Su memoria nunca fallaba.

Llevaba semanas intentando tomar una decisión y después de ver lo que acababa de ver, la decisión estaba tomada. Fue a su apartamento con la firme idea de hacer la maleta. Slade

aún no lo había llamado para trabajar, así que aún tenía unos días más por delante.

Intentó por todos los medios borrar a Isabella de su mente, pero su precioso rostro enmarcado por sus grandes ojos color miel no dejaba de aparecer una y otra vez. La imagen de ese tío besando su cuello también le estaba dando por culo. Él la había besado ahí antes y la había hecho estremecer, sabía lo que se sentía. Si ese tipo era medianamente inteligente, no la dejaría escapar. Y él tendría que

vivir con eso.

Llevaba tres días en la cabaña del lago Sanarac. Debía ser masoquista para volver al lugar exacto donde conoció a Isabella, había podido alquilar la misma cabaña porque estaban en temporada baja, y la paz que se respiraba era algo que le apetecía, que necesitaba. Dejó la mochila sobre la mesa y salió al porche, había ido a por provisiones, nada de alimentos básicos, sino cerveza, mucha. Estaba

anocheciendo y las luces de las pequeñas barcas se reflejaban en el agua, igual que las que procedían del pueblo. Se acababa de zampar una hamburguesa gigante y al día siguiente desayunaría en alguna cafetería cercana. El frigorífico estaba vacío y no pensaba llenarlo, a excepción de las latas de alcohol.

Estuvo absorto en el paisaje, y se había bebido ya un par de cervezas cuando decidió acercarse a la taberna del pueblo, si iba a seguir bebiendo al menos lo haría con música de fondo y

compañía.

Se dejó caer en unos de los taburetes al lado de la ventana, casi no había gente, pero supuso que era bastante lógico; era lunes. Tres cervezas más tarde, un todoterreno llegó y aparcó justo enfrente de la entrada, conocía ese coche, joder. Entrecerró los ojos cuando vio a Elijah y a Michael descender del vehículo. Maldita sea, ¿qué coño hacían esos dos aquí?

Estaba algo mareado, pero no había duda de que eran ellos. No dejó de seguirlos con la mirada mientras ellos

entraban y lo buscaban.

—Ahí está nuestro hombre —dijo Michael en cuando dio con él.

—Joder, ya era hora —exclamó Elijah.

Michael se quedó en la barra pidiendo bebidas, y Elijah se sentó a su lado.

—Nos has despistado, pero una chica muy guapa nos ha dicho que podrías estar aquí.

No contestó, solo lo miró mientras daba un trago a su botella. A Elijah todas las mujeres le parecían guapas,

él mismo se había cruzado con unas cuantas mientras venía hacia la taberna.

—¿No te alegras de vernos? Joder, pensaba que saltarías de alegría.

Michael dejó una cerveza en la mesa-barril delante de Elijah y se sentó.

—Espera, Elijah, lo está valorando.

Eran un par de idiotas. Y esta situación le recordaba a otros dos amigos que también estuvieron con él en este mismo lugar. Pero rápidamente apartó la imagen de Sam y Chaisse de su mente.

—¿Qué cojones hacéis aquí? —
preguntó por fin.

—Vaya mierda de bienvenida. —
Elijah chasqueó la lengua.

—Te lo dije —contestó Michael.

Elijah lo miró de reojo y después
hizo una señal con la mano a Michael.
Sacó su teléfono y salió del bar.

—Tiene que hacer una llamada —
explicó Michael.

Ian levantó una ceja.

—¿Eres su maldita secretaria?

Michael lo miró ceñudo.

—Estás borracho.

—Solo un poco.

—Lo suficiente como para pensar con el cerebro, pero soltar mierda por esa boca, deja de ser tan capullo.

—Te lo preguntaré de nuevo, ¿qué hacéis aquí?

—Hacerte compañía.

Dejó la botella de golpe sobre la mesa, haciendo que el líquido salpicara sobre la madera.

—No la necesito —mintió.

—¿No?

—¿No hablo con claridad?

Michael sonrió.

—No mucho.

Sí, estaba algo borracho, pero a sus oídos, su propia voz llegaba alta y clara.

—¿Cómo me habéis encontrado?

—No había comentado con nadie a dónde se dirigía, y ninguno de ellos conocía el lugar. Solo Isabella había estado aquí antes, y era imposible que supiera que él estaba en el lago.

—Te lo diré solo si prometes no hacerle una lobotomía a Elijah.

—Puse un rastreador en tu moto — dijo Elijah que se estaba sentando en

aquel momento.

—¿Por qué?

—Porque estaba claro que te largarías y no queríamos perderte el rastro.

—Sois unos putos enfermos, esto es acoso.

Se levantó de su asiento y se tambaleó un poco.

—Te lo dije —volvió a decir Michael a Elijah.

—Te repites —contestó el aludido.

—Me largo —anunció él.

Empezó a caminar hacia la salida cuando se dio cuenta de que ellos lo

seguían.

—¿Adónde creéis que vais?

—Tendrás algún sitio donde dormir, ¿no? —preguntó Elijah.

—Sí, la cabaña —contestó Michael como si acabara de recordarlo.

Hizo una mueca.

—Sois un grano en el culo —gruñó.

—Mañana nos mirarás con otros ojos, tal vez con amor —soltó el tarado de Elijah.

—Tío, cambia de camello, lo tuyo empieza a ser preocupante —murmuró

Michael en respuesta.

Joder, lo estaban acribillando.

—Callaos, tíos, en serio.

Elijah soltó una carcajada.

—Sube al coche, parece que has venido andando.

No dijo nada más, no se los iba a quitar de encima, al menos, no esta noche.

En cuanto llegaron a la cabaña, se dejó caer en la cama y los ignoró completamente. Cerró los ojos e intentó pensar en positivo, sus compañeros lo apreciaban y habían acudido a él, no de una manera muy

acertada, ya que lo habían rastreado como a un maldito delincuente, pero se habían molestado en ir a ver cómo estaba. Eran buenos tíos, aunque se pasaran por el forro su necesidad de aislarse durante un tiempo.

—Me pido el sofá y no se te ocurra acercarte —amenazó Michael.

—¿Qué? ¿Me estás acusando de algo? —respondió Elijah.

Se tapó la cabeza con la almohada, como a uno de esos dos se le ocurriera tenderse a su lado iban a volar hostias.

—Aún recuerdo tus muestras de

amor en el avión, gilipollas. —La voz de Michael llegó amortiguada.

—¿Mis muestras de qué? Eres un maldito cabronazo...

—Hay que joderse —susurró antes de dejar que le venciera el sueño.

Epílogo

Ian abrió los ojos, entraba demasiada luz por las ventanas, ni siquiera se había molestado en cerrar los portones de madera antes de dormirse y por lo visto, Elijah y Michael tampoco. Oyó trastear en la cocina, sus compañeros aún estaban pululando por la casa, claro que ellos apenas habían bebido, el único que llevaba una resaca descomunal era él.

Tenía que orinar, su vejiga estaba a punto de reventar, se levantó y entró en el baño sin echar una ojeada a esos dos. Orinó y se miró al espejo. Joder, daba miedo. Se quitó la ropa que aún llevaba del día anterior y se metió en la ducha, eso le haría bien.

Se secó y se lavó los dientes, tenía mucha sed. Salió desnudo, no es que Elijah y Michael se tuvieran que asustar, pero, tal vez conseguiría molestarlos un poco. Killian se paseaba a menudo en pelotas y todos lo abucheaban cabreados.

Se rascó la cabeza y se dirigió a la cocina, necesitaba beber algo fresco, pero se detuvo en seco cuando recordó que en el frigorífico solo había cerveza, eso no sería una buena idea, necesitaba un zumo o alguna mierda parecida.

—Pues bebe agua del grifo, joder —dijo en voz alta.

—¿Qué?

Su cuerpo se petrificó, esa era la voz de Isabella. Miró a su izquierda y la vio entrar en la cabaña. Llevaba unos vaqueros ajustados y una camiseta

también ajustada, sus pechos se marcaban turgentes y eso hizo que tuviera una erección instantánea, miró hacia abajo.

—Joder...

—Vaya —susurró ella mirándolo con atención, aunque no a la cara.

—No sabía que estabas aquí, lo siento... voy a vestirme.

Ella sonrió y esa maldita sonrisa suya le llegó muy adentro. ¿Qué hacía aquí? ¿A todo el mundo le había dado por perderse en el lago? ¿Habría venido con el cabrón baboso «besacuellos» de mierda?

De repente se detuvo y miró a su alrededor.

—¿Dónde...

—Elijah y Michael se han ido hace una hora.

—Vaya, creí que nunca me libraría de ellos.

Ella lo miró de arriba abajo.

—Entonces tenían razón...

—¿En qué? —preguntó mientras cogía unos vaqueros y se los ponía sin ropa interior.

—En que estás de un humor de perros —contestó yendo hacia la

cocina, abrió el frigorífico y sacó un gran *tetrabrik* de zumo de naranja.

—Toma, te sentará bien —dijo después de entregarle un gran vaso lleno y dos pastillas.

Él se había sentado en el borde del colchón mirándola sin saber muy bien qué decir.

—Gracias, las noticias vuelan.

—No hacía falta que nadie me dijera que estabas borracho anoche. Al entrar y verte vestido sobre la cama, me lo he imaginado. Por no decir que fui médico de urgencias, huelo una resaca a distancia —argumentó.

Touché.

Bebió casi todo de golpe y dejó el vaso sobre la mesita a su lado.

—¿Por qué has venido, Isabella?
—inquirió cansado de tener que preguntar a todos la razón de que estén en el mismo lugar en donde pretendía pasar desapercibido.

—Porque quería verte.

—¿Y adivinaste que estaba aquí?

—Lógicamente, no. Elijah me llamó ayer por la noche.

Ese idiota no tenía ni idea de que ella tenía pareja y llamándola la había

cagado. Recordaba, entre brumas, haberlo visto al teléfono la noche anterior en el bar, pero ni de lejos pensó que estaría hablando con Isabella.

Apoyó los codos en sus rodillas y juntó las manos en un puño apretado. Sintió moverse el colchón, ella se había sentado al otro lado de la cama, ahora estaban dándose la espalda el uno con otro.

—No lo culpes, me estuvo informando todo el tiempo de cómo estabas, y decidí darte tiempo.

—Y en ese tiempo has estado

saliendo con alguien —afirmó—. Así que no entiendo tu interés en venir aquí, si es para decirme que sales con otro, no te preocupes, estoy enterado.

Ella soltó el aire.

—Eras tú, ¿verdad? Eras tú el que pasó con una moto por nuestro lado cuando estábamos en la puerta del hospital, al llegar esta mañana y ver tu moto fuera, me lo he imaginado.

No contestó.

—No estoy saliendo con Nate. Es un antiguo compañero de la facultad, es traumatólogo, y es el que me ha estado

tratando la pierna, después del accidente.

¿Y por eso se tomaba tantas libertades con ella?

—Sé lo que viste, Nate siempre ha tenido la esperanza de que un día caeré a sus pies. —Se echó a reír, pero fue una risa seca—. Le he explicado mil veces que no lo veo como nada más que un amigo.

—Deberías hacerlo mejor. Creo que no lo ha pillado.

—A la mayoría de los hombres os cuesta pillar que una mujer puede elegir estar sola.

Él sonrió ahora, eso era cierto.

—Ian, he venido porque te quiero.

Estaba apretando sus puños uno contra el otro, pero se quedó inmóvil.

—Sé que te sentiste muy mal, de hecho, creo que aún lo haces, por no haber podido evitar que nos encontraran en aquel piso de Budapest.

Apretó la mandíbula.

—¿Qué podías hacer contra cuatro tipos armados? Maldita sea, Ian, vi cómo te drogaban.

—Te podían haber matado, Isabella.

—Pero no lo hicieron, estamos aquí, los dos estamos vivos. Deberías ser feliz solo por eso.

Sintió como ella se levantaba, rodeaba la cama y se sentaba a su lado.

—¿Crees que no te valoro? Hiciste lo posible por protegerme, se me cayó el alma a los pies cuando te vi en aquella celda, demacrado, herido y solo.

—E impotente —añadió él.

—Lo sé. Sentí lo mismo. Pero tu compañero, Adrian, creo que se llama, me dio algunas directrices y me

informó mientras me entregaba una pistola. Quise matar a esa mujer, pero la tenías contra tu cuerpo, o hubiera herido a los dos.

—¿Tavalas te contó lo que ella hizo? —preguntó sin enfrentarla.

—Sí, y Olga también, créeme, todos queríamos un pedazo de ella. Así que me alegré cuando oí crujir sus huesos bajo tus manos.

Ian la miró. Había sido brutalmente honesta, lo veía en sus ojos.

—Eso no suena muy bien en la boca de un médico.

En su preciosa boca.

—Me da igual, merecía morir. Igual que todos ellos. Yo también sentí rabia e impotencia, por ti, por Olga, por mi familia... Cass ha perdido a su marido, mi madre al amor de su vida...

Pasó una mano por su espalda y la acarició hasta posarla en su nuca.

—Lo siento.

—Yo también —contestó ella.

—Tuve que hacer cosas...

—No soy ninguna ingenua, hiciste cosas, ¿y qué? Tenías que cuidar de ti, ¿no? Mantener la farsa.

Asintió.

—Ahora entiendo mejor a Adrian Tavalas, él ha estado mucho tiempo infiltrado en bandas de narcotraficantes y asesinos, no sé cómo sigue estando cuerdo.

—Es un buen hombre, lo veía aparecer de vez en cuando en donde me tenían retenida, pensé que era uno de ellos. Ahora sé que solo me comprobaba, se aseguraba de que estaba bien.

—Le debo una solo por eso —dijo acercándose a sus labios.

—Bésame.

—Mandona —dijo antes de estampar sus labios y buscar su lengua.

Lentamente cayeron hacia atrás y se abrazaron tumbados, después se buscaron con las manos, recorrieron el cuerpo del otro y se arrancaron la ropa entre risas y sin despegar los labios.

Ian se puso boca arriba para sacarse los pantalones cuando sintió la boca de Isabella en la punta de su pene.

—Nena...

Ella lo miró introduciéndoselo en la boca. Su lengua jugaba con el glande y después succionaba con fuerza.

—Joder...

La dejó hacer, disfrutando el momento, pero llegó un punto en el que iba a explotar.

—Sube —ordenó cogiendo su muñeca y tirando de ella.

Isabella se sentó a horcajadas sobre él y guio su miembro a su interior. Los dos gimieron. Y ella apoyó las manos en su pecho para impulsarse, sobre las cicatrices que habían quedado sobre él.

Era tan guapa que dolía mirarla, la chica más bonita que había visto en su

vida, la única por la que dejaría de buscar a otras mujeres, quería estar con ella para siempre.

Isabella se sentía como si hubiera alcanzado el cielo con las manos, sentir a Ian en su interior era el mayor tesoro que podía tener. Su marcada mandíbula estaba apretada mientras sus profundos ojos azules la miraban y parecían devorarla.

No dejó de moverse mientras él se sentaba y la abrazaba con fuerza,

ayudándola a llevar el ritmo y haciendo que la fricción tocara un punto dentro de ella que nunca había alcanzado con otro. Lo amaba profundamente. Estos dos meses habían sido terribles, lo echaba tanto de menos que podía sentir dolor físico.

—Ian...

Apoyó su frente en la de él, y se dejó ir con un pequeño grito. Ian la siguió, sintió como la llenaba mientras soltaba un profundo gemido y enterraba la cara en su cuello. Permanecieron abrazados durante lo que parecieron

horas.

—Yo también te quiero, Isabella.
Te he echado de menos, rubia.

Eso la hizo sonreír.

Volvieron a besarse, esta vez con más calma, saboreándose el uno al otro. Cuando se tumbaron ella besó las cicatrices de su pecho.

Ian se puso encima de ella y buscó su cuello, lamiendo y besando esa zona tan sensible. Besó cada centímetro de su cuerpo y se perdió entre sus piernas, utilizó los dedos y la lengua para volver a excitarla y lo consiguió, el orgasmo la arrasó por completo.

Cuando volvió a entrar en ella se movió despacio.

Apoyó los codos a cada lado de su cabeza.

—No pienso dejarte marchar —
confesó Ian sin dejar de moverse.

—No pienso dejar que lo hagas —
contestó sonriendo de nuevo.

Hacía tanto tiempo que no sonreía que estaba segura de que terminaría teniendo agujetas faciales, pero eso no importaba.

—Te necesito, nena.

—Me tienes, cariño.

Y empezó a moverse más rápido, a hundirse más en ella, y se dejaron ir juntos, amándose como ya lo habían hecho un tiempo atrás.

Ian aceleró al salir de una curva y ella echó la cabeza hacia atrás disfrutando del aire que golpeaba su rostro y hacía volar su melena. Sus brazos envolvían el fornido pecho de su hombre y sentía su risa sabiendo que

ella estaba disfrutando de la carrera.

Cuando llegaron a un acantilado desde el que se podía ver el océano, detuvo la moto y los dos miraron al horizonte, ella por encima de su hombro.

—Ian.

—¿Qué?

—Si vuelves a estar infiltrado no te folles a otra, porque te juro que te cortaré los huevos.

Él soltó una carcajada y girándose la levantó y la sentó delante de él, cara a cara. Tendría que presentarle a Eva.

—Para ser una doctora tan dulce

eres un poco violenta, cariño.

—Sé usar un bisturí.

—Ya.

Fingió un escalofrío.

—Eso debería significar algo. —

Isabella entrecerró los ojos arrancándole una sonrisa.

Ian la atrajo hacia él y la besó con fuerza, después acarició su dorada melena.

—Slade, mi jefe, tiene en cuenta esas cosas, nunca metería a ninguno de sus hombres en semejante situación, si tiene pareja.

Ella sonrió.

—Me gusta ese hombre.

Él frunció el ceño.

—Ni de coña, olvídalo.

La carcajada de Isabella resonó en las montañas, y su corazón se expandió al máximo por ello. El sol estaba escondiéndose en el horizonte y ellos seguían prodigándose atenciones, necesitaban recuperar el tiempo.

Un mensaje llegó a su móvil.

«Mia se ha puesto de parto. K», pero él lo vio dos horas más tarde.

FIN

Agradecimientos

Gracias a todas las lectoras que habéis llegado a estas alturas de la saga, eso me demuestra que seguís siendo fieles a los chicos de Slade, y que estáis tan enamoradas de ellos como yo lo estoy.

A mis lectores y lectoras Beta, gracias por vuestras opiniones y vuestra inestimable ayuda. A veces me parto de la risa con vuestras salidas,

sois geniales.

A mi grupo, Locas por los chicos de Slade, que está repleto de mujeres geniales de todas las edades y de países distintos, todas hemos hecho un vínculo inquebrantable y una gran amistad. Os quiero, preciosas.

A mi familia, mis hijas y mi marido, gracias por vuestra paciencia. Sobre todo, cuando estoy tan enfrascada en la escritura que no os hago el menor caso, sé que me lo perdonáis todo. Os quiero muchísimo.

A ti, por darme la oportunidad, muchísimas gracias.

Biografía

N.Q. Palm, escritora aficionada, con sus manuscritos guardados en un cajón y ahora decidida a mostrarse humildemente, es una gran devoradora de libros, le gustan todos los géneros, pero en especial, la literatura romántica adulta, la paranormal y la histórica. Vive en Cataluña junto a su familia, cerca del mar y de la montaña. Gran aficionada a la música, y una enamorada de la informática y la edición gráfica.